

KATE MAC



FLAMEGATE

SOMBRAS INQUIETAS



ILUSTRADO POR LEXIE MCMILLAN

FLAMEGATE:
SOMBRAS INQUIETAS

Kate Mac
Traducido por Gee R.G. Rothvoss

Kate Mac

Copyright © 2024 Kate Mac

Todos los derechos reservados.

Los personajes y los eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionada por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse, por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de fotocopiado, de grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso y por escrito del editor.

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design and illustrations by: Lexie McMillan

Translated by: Gee R.G. Rothvoss



El fugitivo

Phoenix Page bajó corriendo las antiquísimas escaleras. Sus pies desnudos golpeaban con pesadez el asfalto mientras dejaba atrás, a la velocidad del rayo, viejas máquinas expendedoras y edificios de apartamentos abandonados, con el viento helado azotándole el rostro y alborotando su maraña de pelo rojo. No había pasado ni una hora en el Anillo Medio de Veracity, pero ya había concluido que todo lo que había en el miserable vertedero de metrópolis en el que se encontraba era tan lúgubre y gris como el raído uniforme carcelario que llevaba puesto. Aunque, si se hubiera parado a mirar, Phoenix se habría dado cuenta de que su ropa de preso gris ya no era tan gris como le hubiera gustado; por la tela se extendía, a una velocidad alarmante, una mancha húmeda de color rojo oscuro.

Por encima del imponente muro que cercaba el pico de la montaña, tras él, despuntaban ya los primeros rayos de sol de la mañana, mientras Phoenix seguía persiguiendo su larga y distorsionada sombra cuesta abajo y rezando a dioses en los que no creía para que la adrenalina lo mantuviera en movimiento hasta que diera con un lugar en el que esconderse. Su único consuelo era que el estallido de energía que había creado hacía unos pocos momentos había dejado la red eléctrica de toda la ciudad frita, y había interrumpido la comunicación con todos los drones de vigilancia que rondaban por aquellas calles tan sombrías.

Ojalá el esfuerzo que había tenido que hacer para lograr algo tan impresionante no lo hubiera dejado medio muerto.

Dobló la esquina al pie de las escaleras, se tropezó con una pila de botellas vacías y latas, trastabilló mientras recorría un laberinto de callejones fríos y húmedos, y por fin se detuvo a trompicones ante un edificio residencial altísimo, de al menos treinta plantas, construido con ladrillos manchados por décadas de suciedad.

Phoenix se apoyó contra un árbol muerto frente al edificio, presionando con la mano la herida que escondía bajo su camiseta. También le sangraba el antebrazo, pero decidió ignorarlo por ser menos preocupante. Observó, mareado por el cansancio, cómo la multitud sobrellevaba el día: asomándose por la ventana para colgar la colada mojada, quejándose a los vecinos sobre los cortes de electricidad, o caminando fatigosamente hacia sus trabajos peligrosos y mal pagados.

Nadie lo miró dos veces. Era obvio que ayudar a un chico de diecinueve años con el pelo revuelto que sangraba profusamente, y que vestía harapos grises, era un riesgo que no merecía la pena.

Phoenix no podía culparlos. La supervivencia en Veracity no pasaba por jugarse el cuello por los demás.

Esa fue la razón por la que le sorprendió ver a una chica de apenas diecisiete años acercándose a él, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta vaquera desgastada y las hebillas de las botas reluciendo bajo el sol. Se detuvo a una distancia segura, y se cruzó de brazos.

—Parece que alguien está teniendo un mal día —dijo a modo de saludo. Phoenix miró la sangre que empapaba su camisa, y luego le sonrió.

—Es muy amable por tu parte darte cuenta.

La chica se apartó el pelo corto de la cara. Era castaño, un solo tono más claro que su piel, y le confería una refinada elegancia a la que el desastre de rizos rojos de Phoenix jamás podría aspirar. La chica ojeó la mancha de sangre carmesí del mismo modo en que un lobo de mar experimentado observaría las olas.

—¿Puñalada?

—Tiro —replicó Phoenix—. Superficial.

—¿Superficial?

—La bala sólo me hizo un rasguño en el costado. —Phoenix le ofreció otra sonrisa—. He sobrevivido a cosas peores. ¿Supongo que no tendrás un kit de primeros auxilios? ¿O simplemente un sitio donde me pueda echar una siesta? —Hizo una mueca al notar náuseas—. No soy tiquismiquis. Duermo en cualquier lado. Una vez me dormí durante todo un robo a mano armada en una taberna llena de ogros borrachos y trolls de montaña. Y por cierto, los trolls de montaña hacen mucho ruido. Gana la discusión quien sea capaz de gritar más fuerte.

La extraña lo estudió por un momento, y luego se metió una mano en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Llamaré al hospital.

—¡No! —Phoenix se abalanzó sobre el delgado dispositivo, que cayó al suelo mientras él se tambaleaba peligrosamente. Apartarse del árbol había sido un error.

La chica le lanzó una cuchillada tan rápida que Phoenix ni siquiera vio de dónde había sacado el arma.

—Lo siento. —Retrocedió hasta que tuvo la espalda contra el árbol muerto.

—Tócame otra vez, y haré que tu día sea aún peor. —La chica no bajó el arma.

—Entendido.

Se estudiaron el uno al otro un rato más antes de que la chica pareciera decidir que aquel idiota con hemorragia no era una amenaza tan grande. Envainó el cuchillo a su costado y miró su

teléfono, abandonado sobre el suelo. Phoenix tragó saliva.

—Si llamas al hospital, será lo mismo que si me sentenciabas a muerte.

—Estoy intentando ayudarte.

Phoenix sacudió la cabeza.

—Me encontrarán. No puedo volver. Por favor. —Las piernas le fallaron, y se dejó resbalar por el tronco—. No puedo...

—Estás perdiendo mucha sangre —dijo la chica.

—¿Sangre? —Phoenix cerró los ojos—. ¿Y quién la necesita? Estoy bien. Solo voy a... Sentarme aquí un rato...

La chica chasqueó la lengua.

—Ya he visto morir a demasiada gente. —Recuperó su pequeño dispositivo, y frunció el ceño al ver la pantalla—. No tengo cobertura.

—¿Aún no? —dijo Phoenix con una risa nerviosa—. He armado una buena, ¿eh?

La chica entrecerró los ojos.

—¿Quién te ha disparado?

—Alguien no muy amistoso.

—¿Ha sido Flamegate?

Phoenix se revolvió, incómodo, bajo su escrutinio.

—Eso pensaba —dijo la chica—. Tu tatuaje de rebelde necesita un retoque, por cierto. —Señaló los cinco puntos negros tatuados sobre la clavícula de Phoenix, colocados como el número cinco de un dado—. Flamegate es dueña de toda la Tierra, y de todos sus habitantes. ¿De verdad crees que alguien puede tener una oportunidad contra ella?

—De hecho, sí —murmuró Phoenix, subiéndose la camisa para ocultar la marca—. Pero este tatuaje no es lo que crees. —El sonido lejano de unas sirenas atravesó el zumbido habitual de la ciudad; la señal de una manada de lobos hambrientos cerniéndose sobre una presa herida. Phoenix se puso en pie—. Siento haberte molestado. Me marchó.

—Necesitas un lugar en el que esconderte, ¿no?

Phoenix se detuvo.

—Bueno... Si me estás ofreciendo uno... —dijo, tapando la herida con una mano para parar el flujo de sangre y apoyando la otra contra el árbol—. Odiaría parecer desesperado.

La chica se mordió el labio durante un segundo, y luego asintió en dirección al edificio detrás de ella.

—Sígueme. —Comenzó a alejarse sin esperarlo.

Phoenix se aferró al costado, intentando no desplomarse mientras la seguía al interior del vestíbulo a oscuras.

—Los ascensores no funcionan —comentó la chica, pasando por delante de las puertas de metal cerradas y dirigiéndose hacia las escaleras.

Aunque agradecido por no tener que soportar el confinamiento de un ascensor, Phoenix se detuvo al pie de las escaleras.

—Dime que no vives arriba del todo, por favor.

—Decimoquinto —replicó la chica, que ya había subido hasta el rellano.

Phoenix asintió.

—Puedo con eso.

No podía. Cuando alcanzó el tercer piso, se desplomó contra la pared. La chica le lanzó una mirada de recelo.

—No tendrás la plaga, ¿no?

Phoenix se rió, y luego paró de hacerlo porque el dolor era insoportable.

—Si tuviera la plaga, no podría hablar. Ni moverme, ya que estamos. Lo cual sería... Inconveniente..., teniendo en cuenta que intento salvar al mundo del colapso. —Dudó un momento—. Es complicado, aun así, esto de salvar el mundo. Sobre todo cuando los mundos tienen la manía de cambiar sin previo aviso. —Apoyó la cabeza contra la pared, cerrando los ojos—. Siendo realistas, el universo entero es una causa perdida. Pero ¿qué tiene de divertido ser realista?

—Usas demasiadas palabras para responder a preguntas simples —comentó la chica, pasándose el brazo bueno de Phoenix por los hombros—. Vamos.

—Si no aguanto... —comenzó Phoenix, pero ella no le dejó terminar.

—Vas a aguantar.

Se enfrentaron al siguiente tramo de escaleras en silencio. Phoenix se concentró en su respiración, intentando ignorar las extrañas miradas que la chica le seguía lanzando mientras subían con cuidado cada escalón hacia el decimoquinto piso.

—Tus ojos... —dijo la chica, entrecerrando los ojos para mirar a Phoenix. Él se encogió.

—Sé que el dorado incomoda a la gente.

—No me había dado cuenta antes, ahí fuera —siguió ella—. Están...

—Brillando —terminó la frase Phoenix—. Lo sé.

—Dan bastante mal rollo.

—Alguien más sensiblero quizá las describiría como antiguas galaxias que titilan en lejanos rincones del universo.

—Rara vez soy así de empalagosa.

—Ya me estoy dando cuenta, ya.

—Además, yo no los llamaría galaxias —añadió la chica mientras se acercaban a su piso—. Más bien luciérnagas tristes al final de una larga noche.

Phoenix se rió sin fuerzas.

—Me has pillado en un mal momento.

—Si, eso me había parecido.

Entraron en un estrecho pasillo con lamparitas anticuadas en las paredes y falsa tarima. Las lámparas se encendieron al acercarse los dos.

—Ha vuelto la luz —notó la chica, deteniéndose ante una fea puerta de metal. Tocó un sensor con una tarjeta, y la puerta se abrió con un “clic”. Phoenix trastabilló hacia el interior y se tendió sobre la alfombra que había junto a un viejo sofá. La chica se acercó a la ventana que había tras él, y echó un vistazo por debajo de la persiana.

—Flamegate se ha puesto en marcha —recalcó, mientras Phoenix se fijaba en las curiosas quemaduras negras que manchaban el techo beige de la habitación—. Han sacado camiones, tanques, y de todo para patrullar las calles. Y todos los carteles de anuncios se han encendido en rojo.

Phoenix asintió, atontado.

—No esperaba menos. Querrán dar un gran espectáculo. Sirenas, soldados, esos coches huevo pijos con luces intermitentes... Debería sentirme halagado. —Se giró para quedar tendido sobre su costado—. Me gusta tu casa. Bonita alfombra. Si me muero, al menos será sobre una bonita alfombra... Siempre pensé que la palmaría sobre cemento. ¿Ha habido un incendio aquí dentro? ¿Qué le ha pasado al techo?

—¿Hablas siempre tantísimo?

—Solo cuando estoy despierto. —Phoenix cerró los ojos—. Por cierto, soy Phoenix. Phoenix

Page.

—Belinda Loft —murmuró su rescatadora—. Mis amigos me llaman Bee.

Phoenix sonrió.

—Gracias, Bee.

—Van a imponer un confinamiento en toda la ciudad.

—¿Estás insinuando —dijo Phoenix—, que el hecho de que esté escondido tras la seguridad de tu sillón tiene algo que ver con la mayor caza de brujas que ha visto esta ciudad?

—¿Acaso me equivoco? —inquirió Belinda.

Phoenix mantuvo los ojos cerrados.

—Los maníacos retorcidos del centro de investigación acaban de perder a una de sus queridas mascotas.

—¿Centro de investigación? —Podía oír cómo Belinda fruncía el ceño.

—Dentro de la Torre Flamegate —explicó Phoenix, señalando sin fuerzas hacia la ventana, al otro lado de la cual se podía ver la colosal montaña sobre la que se había construido la ciudad de Veracity—. El gran edificio de piedra que está en la cima. Tiene vallas electrificadas cubriendo todas las paredes, guardias armados en cada esquina... Escapé esta mañana y ahora aquí estoy, desangrándome sobre tu suelo.

Belinda se agachó a su lado con un montón de vendas y una botella de licor.

—¿Eras un prisionero de la Torre Flamegate?

—Sí. —Phoenix siseó cuando ella le apartó la tela empapada de la camisa—. Desde que tenía cinco años.

Belinda arqueó ambas cejas, sin duda sorprendida al ver el tapiz de viejas cicatrices que cubría el cuerpo de Phoenix.

—No estabas bromeando —dijo—. Sí que has sobrevivido a cosas peores.

—No puedo volver allí —musitó Phoenix, con la mente nublada—. Por favor... —Se le resbaló la mano del costado al suelo.

—No te preocupes —dijo Belinda, destapando la botella de licor—. Los enemigos de Flamegate son mis amigos.

—Si muero aquí, moriré en ambos mundos.

Belinda se detuvo.

—¿Ambos mundos?

—La Tierra es tu mundo —dijo Phoenix—. Pero Yonder..., Yonder es el mío. —Dio un respingo cuando ella derramó el líquido transparente y de olor penetrante por su costado—. Tengo una familia, ¿sabes? —dijo entre dientes—. Allí, en... Mi mundo. El mundo en el que empecé... Es mejor que este sitio.

Bee se rió entre dientes.

—Eso no es muy difícil.

—Nunca tengo suficiente tiempo —murmuró Phoenix antes de que la oscuridad se lo tragara, y le hiciese dejar atrás la Tierra.

*

Phoenix se despertó tendido sobre la espalda al reconfortante son de una melodía de violín, bajo un árbol solitario en un prado abundante de vibrante color verde. El sol se filtraba entre las hojas que pendían sobre su cabeza, calentándole el rostro mientras una suave brisa susurraba teorías conspiratorias entre las briznas de hierba alta.

Parpadeó ante el repentino cambio, y luego le sonrió al hombre joven lleno de tatuajes y de aspecto arisco que estaba sentado contra el árbol, con la mirada perdida mientras tocaba una

melodía suave con su viejo violín. Era más mayor que Phoenix, habiendo cumplido ya veinticinco años, y sus ojos oscuros y presencia imponente lo hacían parecer aún mayor. Su largo pelo negro y su físico musculoso contribuían a su aspecto amenazador, resultando en la inquietante impresión de estar mirando a una mezcla de pirata y oso.

—Simon Wolfe, siempre alerta —dijo Phoenix mientras se incorporaba—. Buenas tardes. ¿Es por la tarde? Tengo la sensación de que sí.

El hombre frunció el ceño en su dirección, dejando de tocar la melodía.

—Que la Luz nos ayude —dijo Phoenix—. ¿Cuánto tiempo he estado ausente? Te está empezando a crecer barba.

Simon se frotó la barbilla rasposa, entrecerrando los ojos por la preocupación.

—Has estado fuera de combate durante tres días.

—Me pareció que habría pasado más tiempo —dijo Phoenix, cubriéndose los hombros con su espantoso abrigo de colores. Estaba remendado por tantos sitios que era difícil saber cuál era la tela original, y cuál la de los remiendos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Simon. Phoenix se encogió, y cogió el violín.

—He estado ocupado —dijo, rasgueando distraídamente las cuerdas—. Escapando de la cárcel... Impidiendo que Flamegate destruya para siempre el equilibrio entre los mundos...

Simon abrió la boca de par en par.

—¿¡Escapaste!?

—Bueno, he causado retrasos más que impedir nada, en realidad —dijo Phoenix, estrangulando el pobre instrumento en sus intentos por conseguir dar la nota—. Me han perdido *ellos a mí*, al menos. Y les he robado su única piedra del vacío. Eso debería molestarlos...

—Phoenix —interrumpió Simon—, ¿que te has *escapado*?

Phoenix bajó el violín.

—Sí. ¿Por qué suenas tan sorprendido?

—¿Eres libre?

—Como el sol cuando amanece.

—¿Pero?

—*Pero* —añadió Phoenix, devolviéndole el instrumento a Simon—, me han disparado. Y creo que me estoy muriendo.

Simon cerró los ojos.

—Relájate. —Phoenix se apoyó contra el árbol, tomándose un momento para apreciar que al menos este cuerpo no se estaba desangrando por momentos—. Si me caigo muerto sin previo aviso, dale mi pésame a las hordas de dolientes y discúlpate en mi nombre ante todas las personas con las que quería arreglar las cosas. —Se cruzó de brazos, observando cómo el viento alborotaba la hierba en las colinas circundantes—. Y, ya que estamos con este tema tan morboso... Gracias por salvarme el pellejo más veces de las que puedo contar. Mi vida no habría sido la misma sin ti. —Phoenix sonrió, y le dio un codazo amable en las costillas a su amigo—. Sospecho que habría sido bastante más corta, y ni la mitad de interesante.

Simon puso los ojos en blanco.

—¿Entonces me puedo quedar con tu trompeta?

Phoenix se rió.

—Vale. Quédate con mis cosas. A un cadáver no le van a servir de mucho.

—Genial —dijo Simon—. Gracias.

Phoenix miró al cielo en silencio mientras la brisa alborotaba las hojas y jugaba con su pelo pelirrojo. Por un momento, se sintió totalmente ensimismado mientras veía las nubes pasar por

encima de su cabeza.

—Rojo —dijo Simon—, todo va a salir bien.

—Ya... —Phoenix tamborileó con los dedos con la compostura de una ardilla con sobredosis de cafeína.

—Sobrevives al Festival de la Luz cada año —añadió Simon—. Un pequeño pinchacito no va a poder contigo.

Phoenix hizo una mueca.

—Hmm...

—Bueno, ya sé que no sobreviviste *del todo* el año pasado... —continuó Simon, con el tono de quien intenta arreglar un comentario hiriente—, pero estar temporalmente muerto es mucho mejor que estar permanentemente muerto, y si pudiste salir de una situación así, estoy seguro de que podrás con lo que sea que te está pasando ahora.

—Seguro que tienes razón —dijo Phoenix, y se puso en pie de golpe—. Al menos aquí no me estoy desangrando sobre la alfombra de nadie.

—¿Estás con alguien de fiar? —preguntó Simon, levantándose también. De pie resultaba aún más intimidante. Hacía que Phoenix pareciera diminuto en comparación, porque la cabeza de éste no le llegaba ni a los hombros.

Phoenix pensó en Bee, de pie a su lado, con sus ojos fríos y calculadores y su cuchillo.

—Eso espero —respondió, sacudiéndose la tierra del feo abrigo. Simon solía quejarse de que aquel harapo de colores hacía a Phoenix parecer un crío fingiendo ser quien no era, ya que era tan largo que lo arrastraba por el suelo y le sobraba medio metro de las mangas. Había sido diseñado para alguien mucho más alto.

Aun así, Phoenix era feliz ignorando los consejos de moda dados por un hechicero peludo, y mágicamente discapacitado, cuya estética imitaba la de una banda de motoristas góticos con sus hebillas, cadenas, y dos mangas completas de tatuajes elaborados que se extendían hasta los nudillos de sus manos.

—¿Qué hay de esa piedra del vacío robada? —preguntó dicho hechicero, devolviendo el violín a su funda.

—La destruí —replicó Phoenix—. Tal y como había prometido.

Simon frunció sus gruesas cejas, con la duda patente en su por lo general indescifrable expresión. Phoenix suspiró con pesadez.

—Relájate. Actúo de forma espontánea, no suicida. Ni Flamegate ni yo vamos a usar esa piedra.

Simon sacudió la cabeza, todavía no muy convencido, mientras una bocanada de aire recorría las colinas, trayendo consigo el débil olor de una granja lejos de allí.

—Nuevo plan. —Phoenix dio una palmada—. Búscate la forma de llegar por tu cuenta a Karvil.

—¿Por qué? —preguntó Simon, ciñéndose las correas de su chaqueta—. Creí que querías hablar con los inventores. Solo estamos a un día de la ciudad.

Normalmente la idea de visitar a la excéntrica banda de inventores que vivía en la capital de Yonder haría feliz a Phoenix, pero aquel día tenía asuntos más urgentes a los que atender.

—Ve tú —dijo mientras Simon comenzaba a coger el equipaje de ambos de debajo del árbol—. Creo que yo me iré a casa.

Simon dejó caer la bolsa que se había echado al hombro.

—¿Cómo? —Entrecerró los ojos oscuros—. ¿A Bloodwood?

—Han pasado diez años —dijo Phoenix, haciendo un gesto vago hacia las distantes colinas

que había en la dirección de la infame ciudad en la que había nacido—. Debería hacer saber a mi supuesta familia que sigo vivo. Me pregunto si mi abuela sigue horneando el pan aquel que me gustaba.

Se apartó tranquilamente del árbol, incómodo al comprobar que era el *único* árbol entre aquellas colinas inquietantemente olvidadas. Aunque los prados parecían inofensivos durante el día, durante la noche del suelo surgían monstruos salvajes. Monstruos ante los que, estaba seguro, había dormido como un bebé mientras Simon mantenía a salvo su cuerpo inconsciente.

—No lo vas a conseguir —dijo Simon.

—¿Huh? —Phoenix miró hacia atrás, distraído pensando en garras, dientes y espinas.

—Solo, quiero decir —añadió Simon—. Vas a necesitar ayuda.

—Mi vieja vida... —Phoenix hizo una pausa, tratando de no ahogarse en la culpa y el resentimiento—. Bloodwood tiene un pasado oscuro. Pero no es de la incumbencia de los hechiceros con un total de cero respeto por la privacidad ajena. —Se llevó dos dedos a la boca y silbó con fuerza. En respuesta a su llamada apareció, en lo alto de la colina más cercana, un caballo oscuro y greñudo que trotó hasta Phoenix, y se detuvo peligrosamente cerca de sus pies antes de dejar escapar un relincho belicoso. Phoenix le rascó el hueco tras la oreja al animal de ojos tristes.

—Hola, Gulliver.

—¿Es en serio? —dijo Simon, pasándole a Phoenix la única bolsa ajada que tenía para guardar todas sus pertenencias—. ¿Si te mueres me alegro de haberte conocido, y si no ya nos veremos en Karvil?

Phoenix se echó la bolsa raída al hombro, y se rió con sequedad.

—En esencia, sí. Nos veremos en el Gremio de Inventores. —Se subió con dificultad a lomos del caballo, sin silla ni riendas, y luego se puso en tensión mientras se frotaba el costado. El dolor de la Tierra lo había seguido hasta allí; mala señal—. No me quedará mucho tiempo en Bloodwood. —Hizo girar a Gulliver hacia el horizonte. La hierba se extendía tan lejos como alcanzaba la vista.

—¿Cuánto tiempo debería esperar antes de quedarme tu trompeta? —preguntó Simon—. ¿Bastará con una hora como período de duelo respetable?

—Qué gracioso eres —dijo Phoenix. Entonces se desplomó desde su caballo. Gulliver se sobresaltó, trotando hacia delante, antes de regresar con cautela para comprobar cómo estaba su jinete. El fornido hechicero se agachó junto a Phoenix, intentando escuchar si continuaba respirando.

—Vivo —murmuró—, pero a duras penas. —Alzó la mirada hacia el caballo—. A lo mejor se está muriendo.

Gulliver aplanó las orejas, que tenían las puntas blancas.

—Bueno... —dijo, proyectando su voz monótona y sin emoción directamente en la mente de Simon—, no me sorprende, que digamos.



Complicado

Phoenix abrió los ojos para encontrarse sin camisa sobre un suelo de baldosas, con un joven pálido y vestido a la moda inclinado sobre él con gafas y un par de guantes de goma ensangrentados. Varias puertas de armarios se extendían hacia él, mientras un frigorífico oxidado ronroneaba como un tigre asmático junto a su cabeza.

—Quédate quieto —dijo el extraño—. Estoy acabando de remendarte.

—¿Qué? —Phoenix intentó apartarse, pero sintió un ramalazo de dolor por todo el cuerpo que le hizo gemir. El hombre chasqueó la lengua.

—Quédate *quieto*.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está Bee? ¿Ha llamado al hospital? Si estoy en el hospital, alguien saldrá herido. Tengo cosas que hacer. ¡Maldición! ¡Deja de darme pinchazos!

El hombre enguantado suspiró, y apartó las manos.

—Joder, Bee. Habla por los codos.

—No soy muy fan del silencio —replicó Phoenix, levantando un poco la cabeza e intentando mirar a su alrededor. La cocina de Bee estaba abarrotada pero ordenada, llena de antiguos electrodomésticos y el olor del té y unas tostadas—. ¿Está aquí Bee? ¿Qué está pasando?

Bee esbozó una agradable sonrisa desde su silla en la esquina, sosteniendo una taza de té humeante.

—Phoenix, este es Jayden, el hombre que te está salvando la vida. Jayden, este es Phoenix, el

extraño descalzo que se estaba desangrando, y casi muere, detrás de mi sofá. —Hablabas con voz cálida, pero su mirada continuaba vigilándolos tras varios mechones de pelo oscuro—. Créeme cuando digo que odiamos Flamegate más que nadie, y que necesito que confíes en mí. Cuéntanos lo que sabes.

Phoenix miró al hombre que había a su lado, fijándose en su camisa impoluta y su rostro simétrico hasta resultar casi ofensivo, y luego volvió a mirar a Bee.

—¿Y este tío de dónde sale?

—“Este tío” —dijo Bee— es mi novio. También es veterinario. En prácticas.

—¿*Veterinario*? —Phoenix parpadeó.

Jayden sonrió.

—Trabajo con roedores, sobre todo.

Phoenix valoró de nuevo su sonrisa impecable y su pelo rubio ondulado y perfectamente peinado. No podía evitar sospechar de cualquiera que pasara más de tres segundos arreglándose el pelo.

—Bueno —dijo—, aprecio la ayuda.

—Como deberías —dijo Jayden, preparando una gasa para cubrir el costado de Phoenix—. La ciudad entera está confinada. ¿Qué diablos has hecho?

—Cabré a gente muy poderosa —respondió Phoenix mientras se incorporaba.

Bee se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Por qué te busca Flamegate con tantas ganas?

—Soy un enlace entre mundos —explicó Phoenix. Un portal al propio vacío.

Bee hizo una mueca.

—¿Con qué le has drogado?

—Con nada —replicó Jayden, presionando con una fuerza algo excesiva la gasa contra las doloridas costillas de Phoenix—. Está tan pirado como parece.

—Flamegate quiere acceder a Yonder —dijo Phoenix—. Aunque no va tanto de conseguir tierras como de obtener el suministro de energía aparentemente infinito de Yonder. La Tierra del siglo veintitrés no está precisamente a rebosar de energía del vacío, ¿sabéis?

Jayden frunció el ceño.

—Tengo un total de cero idea de qué quieres decir.

—Digamos que te creemos. —Bee dejó la taza de té sobre las baldosas, a sus pies—. ¿Así que Flamegate no se contenta con robárselo todo a este mundo, y también intenta robárselo a otros?

Phoenix la señaló con el dedo.

—¡Exacto! Supremacía interdimensional. Y acceso ilimitado a la mayor fuente de energía jamás vista. Es por eso que fundaron la Orden de la Noche, para empezar.

Bee se puso rígida. Fuera se oyó un coro de sirenas mientras una flota de coches huevo militares rugía por las estrechas calles en pendiente.

—¿La Orden de la Noche? —preguntó débilmente.

—Sí —dijo Phoenix, rascándose una venda del brazo—. Son la élite del círculo interno de Flamegate. ¿Por casualidad no os sobraría comida? Llevo días sin comer.

Bee se levantó de su silla, hurgó en un armario, y le pasó a Phoenix una bolsa de fruta desecada sin mediar palabra. No volvió a sentarse. En su lugar se apoyó contra la nevera, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Hechiceros —dijo Phoenix mientras masticaba un albaricoque—. En Yonder. Así fue como empezó todo. Encontraron una forma de acceder al vacío.

—*Hechiceros*. —Jayden sacudió la cabeza.

—¿Qué es exactamente el vacío? —preguntó Bee.

Phoenix paró de masticar mientras intentaba procesar su ignorancia.

—El espacio vacío entre los mundos —dijo—. Una fuente de energía inimaginable... capaz de alterar el Tiempo... ¿Hogar de las Sombras? ¿Es que no os enseñan estas cosas en la escuela?

Bee lo miró en silencio mientras Jayden le lanzaba a ella una mirada de asombro exasperado.

—Esto es peor de lo que pensaba. —Phoenix meneó una rodaja de manzana seca ante la cara de Jayden—. No creeríais que Flamegate dio un paso adelante para ocuparse de vuestro planeta, destrozado por la guerra y lleno de plagas, porque les *importabais* lo más mínimo, ¿no?

Jayden no respondió.

—El vacío separa nuestros mundos —explicó Phoenix—, pero también nos conecta. Si Flamegate no deja de perturbar ese equilibrio, el vacío se abrirá en canal y las Sombras invadirán la Tierra. Nuestros mundos chocarán. El universo se tragará a sí mismo; ya está ocurriendo. Debemos ponerle fin a esta obsesión por el poder. Flamegate debe ser detenido. Yo... —Phoenix hizo una pausa—. ¿Tenéis por casualidad un caballo? Porque huele a caballo.

Jayden frunció el ceño.

—No nos podemos fiar de este tipo, Bee. Por el amor de Dios, mira qué ojos de loco. Nuestras familias cometieron el error de oponerse a Flamegate —bajó la voz—, y mira lo que consiguieron. Todo lo que dice este chico es una locura.

—Escucha —dijo Phoenix, dirigiéndose a Bee. Había decidido que ella estaba al mando—. Lo pillo. ¿Por qué ibas a fiarte de un tío sin zapatos, con una herida de bala, y con lo que muchos asumen que es un tatuaje de activista ilegal?

Jayden señaló los cinco puntos que había sobre el pecho de Phoenix.

—¿Me estás diciendo que eso no es un símbolo rebelde? Bee tiene uno prácticamente igual.

Phoenix miró a Bee, y ella se subió la manga para revelar un tatuaje casi idéntico sobre su bíceps; aunque los cinco puntos estaban rodeados por un sencillo anillo en llamas. Phoenix suspiró.

—Aunque estoy de acuerdo con su planteamiento general, no soy un rebelde. Al menos, no es por eso por lo que tengo esta marca. —Frunció el ceño, mirando las profundidades de la bolsa de fruta desecada—. Había cinco de nosotros —dijo al final—. Capaces de aumentar el poder del vacío, o de pasar libremente de un lado a otro de la brecha. —Cogió otro albaricoque y le dio un mordisco—. Nuestros captores, deseando distanciarse del hecho de que éramos individuos complejos con esperanzas y sueños y personalidades vibrantes, nos asignaron a cada uno un número. Es más fácil maltratar a un número.

—¿Y entonces qué? —dijo Jayden, con un tono cargado de incredulidad desdeñosa—. ¿Eres el *prisionero número cinco*?

Phoenix lanzó al aire una uva pasa, y la cazó al vuelo con la boca.

—Prefiero que me llamen Phoenix, si no te importa.

—¿Y los otros cuatro?

La sonrisa desapareció del rostro de Phoenix.

—Muertos.

—Tienes una imaginación impresionante —notó Jayden.

—Tienes una capacidad para tocarme las pelotas impresionante.

—Acabo de salvar tu vida.

—Acabo de salvar tu mundo.

—¿Ah, sí? —preguntó Bee, interrumpiendo el intercambio desde su lugar al lado de la

nevera.

—En cierto modo —respondió Phoenix—. Me he colado en un laboratorio de alta seguridad, robado una piedra del vacío, destrozado un espacio caro de Flamegate, y extraído un microchip de mi propio brazo. Encima, me han disparado. Y todo para poder privar a una organización corrupta de un arma letal, lo cual a su vez es un acto de bondad para con el universo. Creo que merezco un *poquito* de reconocimiento.

Jayden gimió.

—El día de hoy no está yendo como esperaba.

—Ni para ti, ni para mí. —Phoenix respiró hondo y luego se levantó, divertido al ver que Bee se llevaba rápidamente la mano al cuchillo que tenía en el cinturón. Se rió, y le pasó la bolsa de fruta—. ¿Qué esperas que te haga? ¿Sangrarte en el ojo?

—Necesitas descansar —dijo Bee, observando con aire de suspicacia cómo Phoenix se movía al otro lado de la cocina, apoyándose en la encimera para soportar parte de su peso.

—No —dijo Phoenix—. Necesito un chaleco antibalas, un dron con cámara de largo alcance y más tiempo. —Se detuvo y cerró con fuerza los ojos, mientras un temblor profundo le llenaba el cerebro—. Quizá haya soportado demasiada energía del vacío dentro de mi cuerpo en los últimos días. —Se agachó para volver a sentarse sobre las baldosas del suelo.

—Poco a poco —insistió Bee.

—Mirad, son hechiceros —dijo Phoenix, cubriéndose las orejas con las manos—. Maestros de las Sombras de Yonder. Vinieron a la Tierra después de que les fuera mal un experimento.

—Hemos rescatado a un lunático —murmuró Jayden, mientras Bee se quitaba la chaqueta vaquera y la ponía bajo la espalda de Phoenix.

—Pero el vacío dañó sus habilidades mágicas —continuó Phoenix, mientras Bee lo recostaba —, así que los Maestros de las Sombras quedaron atrapados.

—Ajá —asintió Bee con paciencia—. Échate una siesta antes de que acabes haciéndote daño.

—Al final... —dijo Phoenix, tumbado sobre las baldosas—, tras sabotear el planeta y fingir salvarlo, formaron el Flamegate que todos conocemos y adoramos a día de hoy.

Jayden miró fijamente a Bee.

—Este chalado se tiene que ir.

—Este chalado está diciendo la verdad —replicó Phoenix—. Flamegate desarrolló una red mundial de personajes influyentes y espías. Lo controlan todo. Pero en el corazón de todo esto sigue estando la Orden de la Noche, un grupo de fanáticos que puede usar la magia y se dedica a atrapar la energía entre los mundos... —Phoenix envolvió con la mano la venda que tenía en el brazo—. Es por eso que están tan interesados en bichos raros como yo.

—Flamegate no tiene escrúpulos, y no es más que una panda de jefazos con ansias de poder. En eso estamos de acuerdo —dijo Jayden—. Pero ¿aliens mágicos investigando energía espacial mística? Venga ya, Bee. Menuda chorrada.

Bee se había vuelto a apoyar contra la nevera, con el ceño fruncido.

—Es la verdad —insistió Phoenix, aferrándose todavía el brazo vendado—. Me crees, ¿no?

Bee lo miró en silencio, y Phoenix fue dolorosamente consciente de lo chiflado que parecía con el pelo revuelto y los ojos brillantes. De pronto deseó llevar puesta una camisa.

—Quizá —dijo al final Bee.

Phoenix sonrió.

—Es un comienzo.

—Descansa. —Bee hizo un gesto a Jayden para que la siguiera fuera.

Phoenix observó cómo se marchaban. El final abrupto de la conversación le había hecho

sentirse incómodo, como si la cocinita de estilo rústico fuera a tragárselo. Acabó quedándose dormido escuchando a un helicóptero en la distancia, sirenas, y los chirridos de la nevera de Belinda, parecidos a los del dispositivo para capturar el vacío de Flamegate. Aquella invención terrorífica era conocida como la Colisión, y a Phoenix no le cabía duda de que, de haber sido capaz de dormir, habría poblado sus pesadillas.

A veces agradecía ser incapaz de soñar.

*

Simon Wolfe se revolvió sobre la silla de su montura, que había tomado prestada de un soldado imperial hacía varios años y había olvidado devolver. por pura casualidad

El sol de la tarde brillaba agradablemente sobre el campo yonderiano. Los pájaros cantaban melodías dulces y alegres. Y un grupo diminuto de goblins con tres cuernos jugaba a sus violentos juegos de guerra sobre la hierba alta. Era un día hermoso, pero a Simon no le importaba. Estaba preocupado.

Últimamente no escaseaban las cosas por las que preocuparse. La naturaleza frustrantemente limitada de su propia magia parecía casi insignificante en comparación con la creciente fragilidad del equilibrio del universo. Yonder estaba experimentando una era de cambio extraña y sin precedentes. Las Sombras se extendían como una enfermedad, y los informes sobre objetos, personas e incluso ciudades enteras que se desvanecían sin dejar rastro se habían convertido en algo tan común que muchos habían decidido dejar de dudar de ellos. Resignarse y tolerarlo era más fácil.

Pero Simon se negaba a aceptar que a veces, sin ningún aviso, partes tangibles de la realidad desaparecían sin más.

Y, por encima de todas aquellas preocupaciones, el memo inconsciente de pelo greñudo que estaba tirado sobre el taciturno caballo continuaba siendo el mayor quebradero de cabeza de Simon.

—Gulliver —dijo Simon—, ¿crees que a él le importará?

El caballo lo ignoró, como solía hacer. Pese a sus raras capacidades lingüísticas, Gulliver prefería mantenerse misterioso y distante. Simon puso los ojos en blanco.

—Vieja mula irritable.

Phoenix comenzó a revolverse.

—Caballo —dijo mientras se incorporaba, con el pelo rojo tan revuelto y alborotado como la melena del animal sobre el que viajaba—. Estoy sobre un caballo.

—Yep. —Simon trotó hacia delante para que Phoenix y él estuvieran el uno al lado del otro, mientras las colinas se extendían hacia la distancia tras ellos y bocanadas de humo de chimenea poblaban el horizonte. Phoenix frunció el ceño.

—¿Por qué estoy sobre un caballo?

—Bueno, no pensaba llevarte en brazos —dijo Simon mientras un goblin morado los adelantaba, meneando triunfal la cabeza de otro goblin. Una horda furiosa y ruidosa de goblins naranjas cargaba tras él, agitando puños diminutos y lanzas—. Como sea. Me alegro de que estés despierto. Casi hemos llegado.

Phoenix frunció todavía más el ceño.

—¿Que casi hemos llegado adónde?

—Bloodwood —respondió Simon.

Phoenix detuvo a Gulliver de un tirón.

—Santa y bendita Luz, Simon. ¿Bloodwood? ¿Por qué demonios estamos yendo a Bloodwood?

—¿Porque tú querías? —dijo Simon, sin inmutarse ante la reacción. Tras casi diez turbulentos años de viajar juntos, se había acostumbrado a los rápidos cambios de humor de Phoenix.

—Sí —dijo Phoenix—, ¡cuando pensaba que me estaba *muriendo*!

—¿Entonces ya no te estás muriendo?

—Encontré un veterinario —respondió Phoenix—. Pero esa no es la cuestión. No voy a ir a Bloodwood, y no pienso dejar que te acerques siquiera a ese antro.

—Una pena —dijo Simon—, porque voy a ir igualmente.

—Mierda, Wolfe. —Phoenix se pasó las manos por el pelo—. Lo último que necesito es que tu magia espeluznante y tú hurguéis en el miserable pasado de esa ciudad.

—Pero siempre he querido ver este hogar tuyo. —Simon lo adelantó, y tras un momento mirando entumecido a la nada, Phoenix lo siguió a regañadientes—. ¿De qué tienes miedo? —le preguntó mientras alcanzaban el pico de la última colina.

Phoenix se encogió. A sus pies, dispersada por la linde de un bosque que bordeaba la hondonada y se desvanecía en la distancia, se encontraba una ciudad tan maltratada y hecha polvo que podría haber sido confundida con las ruinas de una civilización antigua; una aniquilada hacía tiempo por la hambruna, la plaga, o una estampida de trolls migrantes. Abarrotada de hogares de piedra destartados e innumerables granjas con vallas alambradas para mantener alejadas a las bestias salvajes, Bloodwood solo podía ser descrita como lúgubre.

Lo único de aspecto industrial entre el por lo demás poco sofisticado y caótico desastre era el laberinto de gruesas tuberías de metal que zigzagueaba entre los edificios y sobre las calles, convergiendo al final en un edificio grande con aspecto de fábrica en el centro de la ciudad.

Tras los ojos de Phoenix se asentó la oscuridad.

—Mi Sombra favorita siempre será la que está muerta —dijo Simon—, pero no puedes negar que Bloodwood es un tesoro histórico.

—Más bien una trampa histórica —replicó Phoenix, incapaz de apartar los ojos del caos durmiente de casas anidadas en la oscura hondonada a sus pies.

—No puede ser para tanto —razonó Simon.

—Que no puede ser pa... —Phoenix sacudió la cabeza—. Bloodwood ha estado conservando y transmitiendo técnicas secretas para recolectar energía del vacío durante generaciones. ¿Ves esa fábrica de ahí abajo, a la que llegan todas las tuberías?

Simon frunció el ceño.

—¿Sí?

—Ahí es donde se procesa la energía del vacío y se hace segura para su uso público.

Simon asintió.

—Un logro impresionante.

—Seguro —dijo Phoenix—. Pero refinar energía del vacío y almacenarla en disquetes fáciles, sencillos y para toda la familia no es tarea fácil. Quien no muere por manejarla mal lo hace por sobreexposición a los niveles extremos de energía que irradia este sitio. Y, si eso también falla, termina por despacharlos una de las Sombras que viven cerca. —Phoenix se echó el abrigo por los hombros—. Nadie muere de viejo aquí, en Bloodwood.

—¿Vamos a ir o no? —preguntó Gulliver, con un eco monótono en las cabezas tanto de Phoenix como de Simon. Phoenix frunció el ceño.

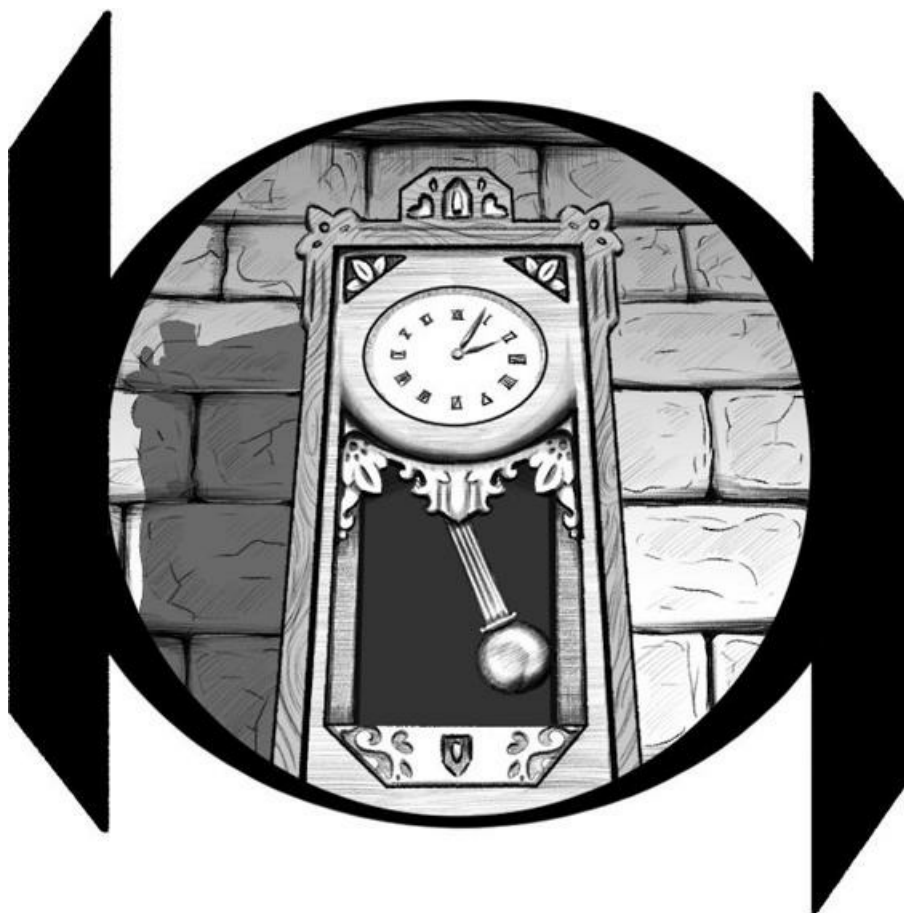
—¿Por qué construyeron una ciudad en un campo lleno de monstruos, *justo* al lado de un bosque con la mayor población superviviente de Sombras conocida? ¿Todo por un poquito de poder? Están como regaderas.

—Rojo —dijo Simon, adoptando el tono firme de “déjate de tonterías” que reservaba exclusivamente para su errático compañero saltauniversos—. Son tu familia.

Phoenix no dijo nada; algo que inquietó a Simon, teniendo en cuenta que Phoenix por lo general no se callaba nunca.

—Tan solo hazles saber que estás bien —añadió.

—Odiaría tener que mentirles —replicó Phoenix. Luego maldijo entre dientes antes de lanzarse a toda velocidad colina abajo.



Cuestión de sangre

Phoenix hizo que Gulliver aflojara el ritmo hasta quedar al trote, y esperó a que el hechicero los alcanzara. Cuando lo hizo, se movieron despacio por el laberinto de hogares derrumbados, siguiendo las calles polvorientas hacia la otra punta de la ciudad, junto al bosque.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Simon mientras atravesaban el desierto centro de la ciudad, donde la mayoría de escaparates o estaban tapiados, o tenían las cortinas echadas y no animaban a pasar. Su caballo relinchó, nervioso, mientras Gulliver continuaba avanzando con indiferencia.

—Están escondidos en sus casas... —replicó Phoenix—, cazando Sombras..., o muertos.

—Esta ciudad solía ser mucho más... Alegre —observó Simon, paseando la mirada por la plaza.

—Tus chorradas nostálgicas son precisamente el motivo por el que no deberías estar aquí —musitó Phoenix—. ¿Qué sentido tiene ver a un puñado de fantasmas ir de acá para allá con sus aburridas e inexistentes vidas? Sobre todo aquí. Solo te deprimes.

—No son fantasmas —dijo Simon, observando la entrada de lo que parecía ser una charcutería abandonada hacía tiempo, en que colgaban canchos y cadenas de aspecto siniestro de las paredes—. Son ecos del pasado. Eventos reales, vistos a través de momentos temporales invisibles a todos los demás. Ya lo sabes,

—Lo que sea —dijo Phoenix con desconfianza—. Ves muertos. Es perturbador.

Simon se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo. —Sus ojos serios siguieron la red de cañerías que iba de un edificio ruinoso al siguiente—. Las Sombras... —comenzó.

—Ni se te ocurra. —Phoenix hizo una mueca, tratando de no imaginar las horribles escenas del pasado de Bloodwood que Simon podía ver—. No quiero saberlo.

Cabalaron hasta una casa castigada por las inclemencias del tiempo en la linde del bosque, cuyo tejado de paja se había hundido con el paso tiempo y el peso de las hojas en forma de estrella de los madera de sangre de alrededor. Marcas de quemaduras ennegrecían las paredes de piedra, al igual que en todos los edificios de alrededor. La única característica que agraciaba un poco aquella casa era una gruesa hilera de flores moradas que crecían como malas hierbas frente a la raquítica verja delantera, pero incluso ellas tenían un aspecto zarrapastroso y lúgubre.

Phoenix examinó la casa con la misma aprensión con la que podría haber mirado una roca suspendida sobre su cabeza al borde de un acantilado.

—Esto es una insensatez.

—Dice el idiota que retó a un gigante a un pulso —dijo Simon entre dientes.

—Los gigantes son un amor, comparados con mi abuela —dijo Phoenix, y se bajó de un salto del lomo de Gulliver; Simon siguió su ejemplo. Dejando los caballos amarrados en la entrada, caminaron hacia el porche delantero. En lugar de llamar a la puerta, Phoenix se detuvo y miró miserablemente la puerta. La ciudad lo estaba envenenando, como él ya había sabido que lo haría—. Preferiría estar en la Tierra.

Llamó con los nudillos a la puerta y esperó, con los brazos cruzados y moviendo los dedos en un intento de distraerse de sus pensamientos.

—Qué árboles más interesantes —dijo Simon, asintiendo en dirección al bosque en lo que Phoenix suponía que era un intento de conversación inofensiva.

Phoenix esbozó una media sonrisa. Los madera de sangre llenaban de pavor a la mayoría de la gente, pero a él le gustaban sus copas grandes y amenazadoras y sus ramas rojas y retorcidas. Pese a la siniestra reputación del bosque y la sensación de amenaza inminente, siempre había sido el lugar más seguro en el que esconderse para él. Ni siquiera los recolectores de vacío se aventuraban más allá de los bordes exteriores del bosque, pese a la increíble energía que albergaba más adentro.

Se rascó el brazo izquierdo con nerviosismo; un hábito que había desarrollado en la Tierra, poco después de que le injertasen el primer microchip.

—¿De verdad dan tanto miedo estos abuelos tuyos? —preguntó Simon.

—No te haces una idea. —Phoenix volvió a llamar a la puerta—. Necesitas más amistades —añadió abruptamente—. Vives una vida vergonzosamente solitaria. Yo moriré primero, eso está claro. Pero ¿y si me matan, y los piratas secuestran a Jess? ¿Con quién hablarás? Con Gulliver, supongo, pero cree que eres un memo.

—Si los piratas secuestraran a Jess, ella solita conquistaría la nave y navegaría hasta casa. Segundo, Rojo... —Simon se permitió una pequeña sonrisa—. *Relájate*.

—¿Que me relaje? —Phoenix empezó a dar golpecitos con el pie, distraído—. Un consejo fantástico, Simon. De calidad. Gracias.

En el interior de la casa sonó el ruido de una silla rascando sobre el suelo, y Phoenix apretó los puños bajo las mangas.

—Con un poco de suerte —dijo, fijándose en una gema roja que colgaba del tejado—, saldrá una Sombra de ninguna parte, y nos lo podremos tomar como una señal socialmente aceptada para salir corriendo. —Se puso de perfil para que la gema decorativa ya no pendiera sobre su

cabeza—. Y si nos limitamos a...

La puerta se abrió con un crujido, y una anciana con fieros ojos verdes los miró, con el pelo de color rojo encendido vetado de gris y la ropa tan desgastada y arrugada como su piel. Su mirada helada se posó sobre Phoenix, a quien se le atragantó la respiración.

—*Abu* —dijo—. Hola.

De un vistazo rápido, la anciana lo evaluó; desde la coronilla cubierta de pelo enmarañado hasta las botas marrones desgastadas. No dijo ni una palabra. Phoenix exhibió una sonrisa ensayada.

—*Abu*, este es Simon Wolfe... Simon, esta es mi abuela, Matilda Elway. Solo pasábamos por aquí, así que... —Con un crujido seco, Matilda le cerró la puerta en la cara—. Bueno. Ha sido menos doloroso de lo que me esperaba. —Phoenix comenzó a alejarse, pero Simon le aferró el hombro y lo hizo girar sobre sus talones.

—Si te marchas ahora, te vas a arrepentir.

—Cuestionable —dijo Phoenix, pero respiró hondo y luego llamó a la puerta. La anciana volvió a abrirla, con unos ojos igual de fieros.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

—Yo bien, gracias. ¿Qué tal estás tú?

—Diez años —ladró Matilda, extendiendo todos sus huesudos dedos, como si Phoenix necesitara una ayuda visual para recordar lo larga que era una década—. Creíamos que habías muerto.

—¿Me habéis echado de menos? —preguntó Phoenix, genuinamente curioso. Su abuela frunció el ceño.

—Diez años. Que la Luz me perdone, pero no puedo ni mirarte a la cara.

—No has cambiado nada —dijo Phoenix—. Supongo que eso me reconforta.

A Matilda le llamaron los ojos.

—No perteneces a este lugar —dijo, y su voz se convirtió en un siseo furioso. Simon arqueó sus pobladas cejas, y Phoenix soltó una risita.

—Nadie pertenece a este lugar, pero aquí estáis todos. *Luchando contra las Sombras*. —Se reclinó contra el marco de la puerta—. Por cierto, me estaba muriendo. Pero no te preocupes. Las cosas han cambiado, y ahora igual vivo un poco más. ¿Quizás deberíamos abrazarnos? Podemos darnos un achuchón, si quieres. Para demostrarnos nuestro mutuo afecto y alivio.

Matilda le lanzó una mirada letal, sin molestarse siquiera en hablar.

—Tienes razón. —Phoenix mantuvo su sonrisa relajada—. Qué idea más tonta. Mejor que no parezca que somos familia.

Matilda tragó saliva, y por un momento un destello de lo que podría haber sido tristeza cruzó por sus ojos. Pero fue reemplazado inmediatamente por la misma frialdad que había estado presente antes.

—Márchate —dijo—. Bloodwood no es ciudad para frágiles florecillas como tú.

—Hey, alto ahí —empezó a decir Simon, pero Phoenix lo interrumpió.

—Después de todo, ¿aún piensas que soy *frágil*?

Matilda le sostuvo la mirada.

—Eres demasiado débil para sobrevivir a esta ciudad.

A Phoenix se le retorció el estómago. Mientras tanto, Simon apartó la mirada con un ruidito de incomodidad, como si se arrepintiera de meterse en lo que a todas luces era una rencilla familiar bastante antigua.

—Esto ha sido un error. —Phoenix se dio la vuelta, y esta vez Simon no lo detuvo. En su

lugar, el hechicero le hizo una reverencia brusca a Matilda antes de seguir a Phoenix por el jardín.

—No dejes que te afecten las guardas al irte —gruñó Matilda.

—Por el amor de la Luz, abu... —Phoenix caminó de vuelta al porche, donde estaba la gema colgante—. Puedo vivir con las guardas. De lo que huí es de *ti*. —Arrancó el adorno y lo sostuvo ante él, apretándolo en el puño. Le quemaba la piel con llamas invisibles, y le produjo un dolor espantoso por todo el cuerpo que hizo que se derrumbara, y que una oscuridad impenetrable le nublase la vista. La negrura lo estrujó con tanta fuerza que le robó todo el aire de los pulmones.

Como si se quitara una venda de los ojos, cuando se le aclaró la visión estaba de rodillas con Simon sobre él, con una mano aferrando el hombro de Phoenix mientras la otra sostenía la gema.

—Eso sí que no lo echaba de menos —logró decir Phoenix, pese al nudo en su garganta—. Soy idiota —añadió con una risa débil—. No debería estar aquí.

—Eso es lo más inteligente que has dicho hasta ahora. —Matilda estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Phoenix miró la lúgubre ciudad, molesto consigo mismo. No estaba seguro de qué había intentado demostrar, pero fuera lo que fuese, le había salido el tiro por la culata a niveles espectaculares.

Un grupo de mujeres con túnicas lo miró con desdén desde el otro lado de la calle, bisbiseando con urgencia en lo que Phoenix imaginaba que sería un debate al rojo vivo sobre si enfrentarse a él verbalmente o simplemente pasar a lo que *de verdad* querían hacer, que era dispararle flechas envenenadas al pecho antes de atarlo a una estaca y quemarlo vivo.

—Escucha —dijo Phoenix, apartando la mirada de la creciente multitud—. He sido un peligro con patas desde siempre. No te culpo por guardarme rencor.

Matilda alzó su barbilla afilada, una que se parecía mucho a la de Phoenix.

—El día que llegaste a este mundo fue el día que lo perdimos todo —dijo con suavidad—. Pero cuidé de ti como lo habría hecho una madre. —Entonces, tras una pausa dolorosamente larga, añadió—. Creo que deberías marcharte.

—Abu... —Haciendo un esfuerzo, Phoenix se levantó y dio un paso hacia su abuela, extendiendo la mano, animado por un instinto absurdo a darle un abrazo o tocarle el brazo. Ella se retiró aún más tras el umbral de la puerta, como si temiera que un simple roce pudiera convertirla en piedra. Phoenix dejó la mano levantada un momento, y luego se dio la vuelta.

—Que te vaya bien la vida.

—Espera.

Phoenix miró por encima de su hombro para encontrar a un anciano rechoncho junto a la casa, tembloroso y diminuto bajo sus pantalones sueltos y su camiseta holgada. Sus nublados ojos grises mostraban un profundo arrepentimiento que Phoenix llevaba mucho tiempo intentando olvidar.

—¿*Teddy*?

—Bienvenido a casa. —El hombre sonrió con labios torcidos, devorados por los años de exposición al vacío. El tejido blando siempre desaparecía primero.

Phoenix retrocedió.

—No voy a quedarme.

—Tenemos sándwiches —dijo Teddy, y Phoenix se detuvo en seco. Simon puso los ojos en blanco—. Venid dentro —insistió con amabilidad—. Antes de que alguien intente devolvéroslos tras lo que hicisteis.

Phoenix miró incómodo al grupo de mujeres al otro lado de la calle, que le estaba frunciendo

el ceño, y luego tiró de la capucha de su abrigo para esconder su pelo, reconocible a niveles frustrantes.

—Comida gratis —dijo, resignado—. A eso no le puedo decir que no.

El silencio en el salón era ensordecedor. Las cortinas, pesadas y llenas de polvo, evitaban que la mayoría de ruidos del exterior entrasen en la casa, lo cual hacía a Phoenix muy consciente del leve resuello en la respiración de su abuelo y del gran reloj de péndulo que hacía tic tac con estridencia en la esquina. Sus abuelos estaban sentados frente a él en sofás mugrientos que recordaba haber escalado cuando era joven, mientras que Simon estaba apoyado contra una ventana inspeccionando la gema roja, alzándola tras la cortina para que capturase la luz trémula del atardecer.

Phoenix tamborileó los dedos sobre las rodillas mientras sus abuelos lo miraban con expectación. Tras lo que pareció tiempo de sobra para recitar los trece versos de la balada tradicional de Bloodwood sobre el honor, el orgullo y la gloria que solo se cantaba en ocasiones muy solemnes o las peores, *peores* fiestas, Phoenix se rindió por fin.

—Bueno, familia. —Abrió los brazos—. ¿Qué me he perdido?

Matilda arqueó las cejas.

—Dejaste esta ciudad en ruinas, sin esperar a ver quién sobreviviría. ¿Y *ahora* quieres saber qué te has perdido?

—Tenía nueve años —señaló Phoenix—. Los críos de nueve años no son conocidos por su capacidad de gestión emocional, precisamente.

—No puedes huir de esta ciudad. —Teddy se inclinó sobre la mesita de café y posó una mano retorcida de tres dedos sobre la rodilla de Phoenix—. La llevas en la sangre.

Phoenix se rió.

—Teddy, no puedo huir de la Muerte o del inevitable paso del Tiempo. Pero ¿de esta ciudad? *Esto* es un asunto geográfico. Un pie tras otro hacia cualquier lugar que no sea este.

—Cobarde. —Matilda hablaba como si la mera existencia de Phoenix fuera un insulto. Su existencia, concedió Phoenix, probablemente *fuera* insultante para toda la población de Bloodwood—. Nos traicionaste. Traicionaste a todo el mundo. Esta ciudad estuvo de luto *durante años*. Eso fue lo que te perdiste.

—Así que... Nada bueno. —Phoenix cogió un sándwich de la bandeja entre ellos, eligiendo centrarse en la comida en lugar de en la furia que emanaba de la mujer que hacía tiempo le había enseñado a leer; un favor por el que todavía le estaba agradecido, pese a todo lo demás.

—¿Es esto un disuasorio de Sombras? —preguntó Simon, mostrando la gema roja que había derribado a Phoenix con tanta facilidad. Matilda asintió.

—La especialidad de Bloodwood —dijo antes de mirar a Phoenix otra vez—. Tu condición ha empeorado.

—No empieces —murmuró Phoenix.

Simon frunció el ceño, mirando la piedra. Phoenix no quería pensar en los puntos que estaría uniendo. Al menos la gema era lo suficientemente interesante para mantener a Simon en el presente. La oscura sombra de la historia familiar de Phoenix no era algo que quisiera imponerle a nadie más; y en especial no al hechicero, que ya se había visto obligado a soportar los aspectos más complicados de la extraña vida de Phoenix.

—Así que —dijo su abuelo—, ¿has estado viajando?

Phoenix sonrió.

—Como una pluma arrastrada por el viento.

—¿Con él? —preguntó Matilda, asintiendo en dirección a la ventana.

—Por desgracia —dijo Simon, aún fascinado con la gema. Phoenix se rió.

—Y con Jess también, pero está ocupada. Con una misión secreta de la que no nos ha permitido formar parte. Bueno, de la que no *me* ha permitido formar parte. Dice que soy peligrosamente impulsivo.

—Es que *eres* peligrosamente impulsivo —dijo Simon, apartándose de la ventana y sirviéndose de la bandeja de sándwiches.

Phoenix sonrió mientras Simon se ponía cómodo, y la silla de madera crujía sonoramente bajo su peso.

—¿Y estás viajando en busca de qué? —preguntó Teddy.

—Problemas, sobre todo. —Phoenix le hincó el diente a un segundo sándwich—. Nuestro último hobby poco recomendable es intentar terminar con el mal uso descarado del vacío. Aunque es difícil..., porque nadie cree en cuánto peligro estamos. Pero así es el egoísmo, ¿eh? Como es evidente, a vosotros dos eso os resulta familiar.

Matilda clavó las uñas en los brazos de su asiento, como un pájaro disgustado clavando las patas en la percha. Phoenix había pensado a menudo que su abuela parecía un pájaro malencarado. Severo, cruel, e incómodo con los abrazos.

—Tú espera a que el universo implodiere por la explotación sin escrúpulos de la energía del vacío, provocando que un sinfín de Sombras nos invada desde más allá del vacío. *Entonces* la gente nos escuchará. Si continúa con vida. Que no será el caso. —Phoenix le dio otro bocado a su sándwich—. La ignorancia da la felicidad, supongo. Por ejemplo, vosotros dos...

—Todavía crees que vives en dos mundos diferentes —interrumpió su abuelo.

Phoenix dejó de masticar. Matilda entrecerró los ojos, y una tensión sofocante invadió la habitación.

—Estás enfermo —dijo Matilda con tono plano—. Siempre lo has estado.

Phoenix tragó su bocado de sándwich.

—Y aun así, pese a los esfuerzos de todo el mundo... Aquí estoy. Sin haberme muerto.

—¿Cuán enfermo? —inquirió Simon. Phoenix le lanzó una mirada.

—Mantente fuera de esto.

—Eso va contra mi naturaleza —argumentó Simon—. ¿Qué te pasaba?

Matilda bajó la voz.

—La Muerte lleva acosando a Phoenix desde que nació.

—¿Acosándome? —Phoenix se rió de forma poco convincente—. Un poquito melodramático, ¿no te parece? ¿Por qué iba a necesitar la Muerte acosar a nadie?

—Queríamos que fuera normal —dijo Teddy, con la voz temblando por una emoción que Phoenix no tenía ganas de oír—. Phoenix no era como los otros niños. Algunos días apenas tenía energía para respirar.

—Traje a un sanador —dijo Matilda, y Phoenix se encogió ante el recuerdo. Una montaña de hombre, con grandes manos y una voz volcánica; con botas pesadas y una enorme capa de piel que ronroneaba secretos con cada ligero roce.

—Maulbrak. —Teddy asintió despacio—. Un Maestro de las Sombras que no desapareció tras la guerra.

—Quizá la Muerte da saltitos —murmuró Phoenix, quitándole la corteza al pan—. Se pasea con globos y serpentinas. Soltando risitas, seguramente.

—Maulbrak llegó en el quinto cumpleaños de Phoenix... —Teddy se frotó los ojos con manos desgastadas por el trabajo, con la voz tomada—. Dijo que disparar a nuestro chico con energía del vacío bruta podría aliviar la enfermedad.

Phoenix se volvió a hundir en la silla.

—¿Y lo hizo? —preguntó Simon.

—Os odio —murmuró Phoenix. Sombrío, pero sin mucha convicción.

—Maulbrak eliminó los peores síntomas —dijo Matilda—. Restauró la fuerza de Phoenix. Aumentó su resistencia a las guardas que rodean nuestra ciudad.

Teddy agachó la cabeza.

—Pero el tratamiento provocó algo peor.

Phoenix gimió, y enterró la cara en el sándwich.

—Empezaron los sueños —continuó Matilda.

El silencio que siguió se volvía más sofocante por momentos. Al final, Phoenix se puso en pie.

—Sueños —dijo, limpiándose migas de la cara—. ¿Ya estás contento, Wolfe?

—Por favor. —Simon le sonrió a Matilda—. Continúa.

Phoenix suspiró, y luego contempló la habitación abarrotada. Lámparas con baterías de disco emitían luz suave desde los muebles envejecidos, iluminando un repertorio de más cachivaches con baterías de disco. Un carrusel en miniatura espeluznante rotaba en silencio sobre un escritorio cubierto de papeles, y una hogaza de pan se cocía en el horno. Un radiador oxidado brillaba cálidamente junto a un armario de cristal cargado con décadas de basura acumulada.

—Habéis redecorado —observó Phoenix, haciendo un gesto vago hacia las paredes, que se estaban pelando. Matilda lo ignoró, moviendo la mano.

—Decía cosas sin sentido —continuó, mientras Phoenix se alejaba de la mesa; el suelo de madera crujía bajo sus pies—. Tecnologías extrañas. Experimentos con seres humanos. Guardias brutales de prisiones imaginarias.

—¡Anda, mira! —exclamó Phoenix—. Las cortinas son nuevas.

—Esperábamos que fuera solo una fase —dijo Teddy—. Pero luego la gente de sus sueños comenzó a morirse.

—Esa lámpara —interrumpió Phoenix, alzando la voz y señalando hacia un rincón de la habitación—. Estoy seguro de que no recuerdo esa lámpara.

—Uno —dijo Teddy—. Siempre hablaba de un amigo llamado Uno.

Phoenix se quedó muy quieto junto a una estantería alta llena de pergaminos, paquetes y frascos de cristal sospechosos, con la mano temblorosa suspendida sobre un pisapapeles ornamentado que le había picado la curiosidad hacía un segundo y que ahora ya no le interesaba en absoluto. De pronto se sintió como si tuviera seis años.

—Por favor —dijo suavemente—. Parad.

Su abuelo se giró para observarlo con detenimiento.

—Son sueños, Phoenix. No una segunda vida.

—Es *una* vida —dijo Phoenix—, que me paso atravesando el vacío sin parar.

Simon se recostó en su asiento, reflexionando mientras escuchaba y comía.

—Ni siquiera abandonaste Bloodwood en ningún momento —añadió Teddy.

Phoenix alzó los brazos, frustrado, con las mangas de colores raídas cubriéndole las manos.

—¡Desde que vino el descerebrado del supuesto sanador ha habido *dos* yoes!

—Qué conveniente —se burló Matilda.

Phoenix agarró uno de los frascos de la estantería y lo puso con fuerza sobre la mesita para que todo el mundo lo viera. La sustancia carmesí en su interior salpicó la tapa, y luego resbaló lentamente por los lados.

—¿Quieres hablar de conveniencia? —gruñó Phoenix—. Andas floja de reservas de sangre.

El rostro de Matilda delató su incomodidad, y Teddy agachó la cabeza.

—Gracias por el almuerzo —murmuró Phoenix, antes de agarrar la bandeja de sándwiches entera y salir de la habitación con una floritura de su feo abrigo.

—Hoy está irascible —señaló Simon mientras se quitaba la chaqueta de cuero moviendo los hombros y la dejaba sobre su regazo, revelando los patrones oscuros e intrincados que le cubrían los brazos. Continuó comiendo sin preocuparse por el drama familiar en torno a él, inmerso en sus pensamientos.

Matilda y Teddy lo miraron con inseguridad, sin duda estudiando sus impresionantes tatuajes y su tamaño considerable.

—Wolfe... —dijo Matilda—. ¿Eres un hechicero?

—Más o menos —replicó Simon. Estiró el brazo para tomar el frasco de sangre, y le dio vueltas como un experto en vinos.

—¿*Más o menos*?

—Mis poderes son limitados. —Simon le quitó la tapa al frasco, y sacó la gema de su bolsillo para dejarla caer dentro. La sangre burbujeó y siseó en respuesta antes de prenderse en llamas. Simon frunció el ceño—. *Fascinante*.

Alzó la mirada y escaneó la habitación; sus ojos se fijaron en un espacio vacío junto al armarito mientras se concentraba en una escena que nadie más podía ver. Un solo vistazo al pasado de Phoenix fue todo lo que le hizo falta para ponerse en pie.

—Phoenix no está enfermo —dijo, poniéndole a Matilda el frasco en las manos—. Lo estáis vosotros.

—¿Sois amigos? —preguntó Matilda.

—Nuestras vidas se cruzaron cuando yo tenía quince años —dijo Simon—, y vivía en la calle. Rojo tenía nueve años. Prácticamente lo he criado yo.

Matilda frunció los labios.

—Ten cuidado, joven hechicero. Es mucho más peligroso de lo que parece.



Huyendo de nuevo

Phoenix estaba fuera contándole toda la situación a Gulliver, quien estaba tendido en el jardín y no mostraba ninguna señal de querer moverse.

—Una auténtica pérdida de tiempo —dijo Phoenix, metiendo sándwiches dentro de su bolsa mientras ojos suspicaces lo observaban a través de las ventanas oscurecidas de los hogares cercanos—. Tampoco es que me esperase que de pronto se creyesen la historia que les llevo contando desde que me convertí en lo que sea que me convertí. El zumbado del saltimbanqui interdimensional. Pero, aun así, un poquito de comprensión no habría estado de más. Levántate, ¿quieres? Nos marchamos.

Gulliver agitó las orejas y luego rodó sobre la tierra deliberadamente, aplastando a un desafortunado goblin de tres cuernos que pasaba por allí en aquel momento.

—¿No puedes ser más como Tugger? —se quejó Phoenix, gesticulando en dirección al caballo de Simon, que estaba de pie obedientemente junto a la puerta donde lo había dejado Simon, atado a un poste y masticando tranquilamente hierba y florecillas.

—*Tugger* —dijo Gulliver, su voz un eco en la mente de Phoenix—, es un idiota.

Phoenix puso los ojos en blanco.

—Nos vamos a Karvil —dijo—. Salvaremos a la gente de su propia estupidez y de las crecientes hordas de Sombras inquietas, invertiremos nuestra energía en no morir, y nos olvidaremos de que existe este agujero pestilente de ciudad. ¿Dónde se ha metido Simon?

—Solo te escuchaba divagar —dijo Simon, de pie en el umbral de la vieja casa, mientras en torno a él zumbaban abejas fluorescentes. Otro goblin se escabulló para tirar en vano de su camarada, que seguía atrapado bajo las nalgas de Gulliver.

—No puedo quedarme aquí —dijo Phoenix—. Salvaré el universo desde algún otro lugar. Karvil suena bien. Los inventores siempre se alegran de vernos.

—¿Vas a huir? —preguntó Simon mientras seguía el camino hasta la verja de entrada.

—Voy a ejecutar una retirada táctica —dijo Phoenix, alcanzando al hechicero en la entrada—. Pensé que quizá este lugar tendría respuestas, pero va a ser que no.

—A lo mejor sí que las tiene, y simplemente estás demasiado asustado para hacer las preguntas correctas.

Phoenix entrecerró los ojos.

—Escucha, hechicero. El hecho de que ahora tengas barba no te da permiso para escupir clichés superficiales disfrazados de sabiduría —Se echó la bolsa al hombro—. Me marchó. Con efecto inmediato.

Simon cruzó sus formidables brazos.

—Pues yo me quedo.

—Que te vaya bonito, entonces.

Phoenix se echó a andar, arrastrando el remendado abrigo por el camino mientras la gravilla crujía bajo sus pies.

—Rojo —dijo Simon—. El vacío se vuelve más inestable con cada día que pasa. Lo has dicho tú mismo. Al mundo se le acaba el tiempo.

Phoenix ralentizó el paso hasta detenerse con recelo, mirando con tristeza la calle que discurría entre humildes hogares de piedra. Desde lejos lo observaban varios grupos de gente, que se llevaba las manos a las armas con cautela o susurraba con otros ciudadanos que estaban cerca. Estaba claro que los delitos menores del pasado de Phoenix no habían sido olvidados por las víctimas que había dejado a su paso.

—No puedes evitar este sitio para siempre —insistió Simon—. Sea lo que sea lo que pasó aquí... No puede ser peor que el fin del mundo.

—Qué teoría tan interesante —dijo Phoenix—. Nos vemos en Karvil. —Comenzó a caminar de nuevo, y luego dio un salto hacia atrás en el momento en que un rayo siseante de brillante luz azul se estrelló el suelo delante de él, quemando un trozo de gravilla a pocos centímetros de sus pies.

Se giró para mirar a Simon, que no parecía arrepentido en absoluto por haberle disparado electricidad a Phoenix por la espalda. Unos últimos relámpagos de energía chisporroteantes saltaron del cuerpo del hechicero, y se desvanecieron, mientras se apoyaba contra la verja.

—¿Acaso te mataría? —preguntó Simon—. ¿Quedarte aquí?

Phoenix sonrió.

—Si digo que sí, ¿me dejarás marcharme?

—Sobrevivirás unos días, seguro —dijo Simon, y pareció que era más para sí mismo que para Phoenix—. Esta ciudad está conectada con todo. Puedo sentirlo.

—Simon —dijo Phoenix—, aquí no soy bienvenido. Mi familia...

Simon saltó por encima de la valla con una agilidad sorprendente para un hombre de su tamaño. Aferró a Phoenix por el brazo y lo arrastró lejos de la mirada vigilante de los cotillas hasta las afueras de la ciudad, donde las casas se detenían y la hierba mecida por la brisa llegaba a los pies del bosque. El sol se hundía lentamente tras los árboles.

—¿Lo notas? —preguntó Simon, observando las profundidades del bosque, todavía

aferrando a Phoenix por el brazo.

Phoenix desistió de intentar librarse de él, y en su lugar miró con aprensión la densa muralla de árboles. La oscuridad lo llamaba, invitándolo a entrar en su penumbra como si fuera una vieja amiga.

—¿La oleada de recuerdos de la infancia que me esforcé mucho por reprimir? —preguntó débilmente—. Sí, la noto. ¿Podemos irnos ya?

—Bloodwood fue construida aquí por una razón —dijo Simon—. Fue fundada por Maestros de las Sombras al principio de la Guerra de las Sombras. A día de hoy, sigue siendo la primera línea de defensa de Yonder.

—No existen palabras para describir hasta qué punto me importa una mierda.

—Aquella guerra terminó hace cincuenta años —continuó Simon, observando todavía el bosque—. Los Maestros de las Sombras se desvanecieron menos de un año después de declararse la victoria, pero sus métodos para recolectar energía del vacío han permanecido en esta ciudad. Como también lo han hecho las Sombras más resilientes de Yonder.

—Las Sombras del Bosque de Bloodwood —dijo Phoenix, y un golpe de viento repentino ululó entre los árboles madera de sangre—. ¿Adónde quieres llegar con todo esto?

—Las Sombras no existían en Yonder antes de la guerra —dijo Simon, apartando por fin la mirada del bosque. Soltó el brazo de Phoenix—. Así que ¿de dónde vienen?

Phoenix empezó a comprender por fin por qué Simon lo había traído a la linde del bosque. Reprimió un escalofrío.

—Vienen del vacío.

—¿Y cómo llegan hasta aquí? —lo presionó Simon.

—A través del Portal. —Phoenix tragó saliva.

—Exacto. —Simon volvió a mirar a los árboles—. El túnel de vacío más grande y poderoso que existe. Oculto en el Bosque de Bloodwood.

A Phoenix se le escapó una vergonzosa carcajada nerviosa antes de que pudiera evitarlo.

—No voy a llevarte al Portal, Simon. Ni en un millón de años.

Simon parpadeó, sorprendido.

—¿Acaso sabes dónde está?

—¿Qué? No —dijo Phoenix—. Su localización es un secreto, que solo conoce un grupo muy exclusivo de profesionales selectos. Hay leyendas..., teorías..., nada con sustancia.

—Interesante. —Simon se agachó para que sus ojos estuvieran a la altura del rostro de Phoenix—. Lo has visto.

—Esta nueva barba tuya —dijo Phoenix, apartándose de la intensa mirada de Simon—, ¿va a quedarse mucho tiempo con nosotros?

—Ese Portal es importante —dijo Simon, ignorando la pregunta de Phoenix—. Quizá mi hermano pasó por aquí. Y si Yonder y la Tierra están de verdad destinados a un choque multidimensional de algún tipo, investigar Bloodwood podría ser nuestra única oportunidad para asegurar un futuro para todo el mundo.

Phoenix miró con ojos entrecerrados a Simon a la barbilla.

—Ermitaño loco —dijo—. Esa es tu vibra. Alguien que desaparece en el bosque para dedicarse a la observación de pájaros o la poesía, y luego se casa con un árbol.

Simon suspiró, y le dio la espalda.

—Tus abuelos —dijo, abriéndose paso hacia un denso parterre de flores moradas en la linde del bosque—, dijeron que tenías una enfermedad.

—Tuve —lo corrigió Phoenix—. Me curaron, ¿recuerdas? —Se puso una mano sobre el

corazón, y sonrió—. Me dispararon una divina bendición de pura energía del vacío, a la tierna edad de cinco años. Ahora soy un pozo sin fondo de pulsante vitalidad. Un sagrado vasallo de la Luz. Un milagro imposible de...

—Tu abuela dijo que estabas empeorando.

A Phoenix se le ensombreció el rostro.

—Solo estoy cansado.

—Quizás. —Simon se agazapó para arrancar un puñado de flores del suelo. Las mismas flores, constató Phoenix, que crecían a lo largo de la valla delantera de su viejo hogar—. Son vigilantiums —añadió Simon. Su aspecto resultaba un tanto paradójico, con el pelo alborotado y el atuendo oscuro y sospechoso, mientras arreglaba el ramo. Phoenix arqueó una ceja.

—¿A qué viene la clase de horticultura?

—Son protectoras —dijo Simon, dando un paso hacia Phoenix—. Mantienen alejadas a las Sombras. —Aplastó las flores entre sus dedos, las frió con un suave destello de relámpago verde, y luego acercó la mano al rostro de Phoenix. Los pétalos destrozados temblaron sobre su gran palma con la brisa vespertina—. Huele.

Phoenix sonrió con rigidez y dio un paso hacia atrás.

—Preferiría no hacerlo. —Pero sin querer olió su potente perfume, y de inmediato sintió que las esporas le quemaban la garganta—. Mierda.

—Lo sabía —dijo Simon, y su voz sonaba muy lejana—. Penumbra.

A Phoenix le cedieron las rodillas, y fue expulsado de Yonder antes incluso de que su rostro tocara la hierba.

*

—Expulsado por unas flores —murmuró Phoenix, con los ojos todavía cerrados—. Qué vergüenza.

Podía oír el zumbido del frigorífico de Bee contra la pared, y el olor punzante de los productos de limpieza le aguijoneaba la nariz. Le dolía todo.

—Deberíamos llevarlo al Anillo Inferior —le llegó la voz de Jayden desde más fuera de la cocina—. Dejarlo con gente que pueda asumir el riesgo. Personas sin nada que perder.

La respuesta de Bee fue corta y fría.

—No sobreviviría ni diez segundos en el Anillo Inferior.

Phoenix se incorporó, con cuidado para no arruinar los vendajes que le cubrían las heridas. Un dolor sordo y pulsante le latía en el cerebro, pero lo ignoró, concentrándose en su lugar en la conversación que se estaba desarrollando al otro lado del banco de la cocina.

—Es importante para Flamegate —dijo Jayden—. Estoy seguro de que es inmune a la plaga.

—¿Cómo puedes tener tan poco corazón? —preguntó Bee.

—Tiene gracia, viniendo de ti.

Phoenix no podía ver el rostro de Bee, pero se imaginaba la mirada asesina que le lanzó a Jayden en respuesta a su comentario.

—Lo siento —se disculpó Jayden—. Solo estoy preocupado. Esto nos supera por todos lados.

—Phoenix se queda.

Phoenix se agazapó y miró por encima de la encimera. Bee estaba recostada en el sofá, observando el techo quemado con las manos tras la cabeza, mientras que su novio estaba sentado sobre el reposabrazos.

—Esto nos va a explotar en la cara más pronto que tarde, Bee. —Jayden hizo un gesto hacia la cocina, sin darse cuenta de la mata de pelo pelirrojo o el par de ojos atentos sobre la encimera—. Ese chaval dejó a los tres anillos confinados. Sea lo que sea en lo que está implicado, va más

allá de cualquier cosa con la que nuestras familias tonteasen antes de que Flamegate empezara a castigarlas una por una.

Bee se incorporó, y frunció el ceño.

—Se queda —repitió. Phoenix frunció el ceño, preguntándose por qué la extraña del cuchillo tenía tantas ganas de que se quedara a su lado.

Jayden se inclinó hacia delante y tomó las manos de Bee.

—Va a destruir todo lo que hemos construido para nosotros.

—¿Y eso es el qué? —preguntó Bee—. Nuestra libertad es una mentira.

No había ni rastro de amabilidad en la risa de Jayden.

—Créeme —dijo, poniéndose en pie del sofá—. Somos más libres ahora que si nos pillan ayudando a ese criminal.

Phoenix se envaró y entró en el salón, sorprendiendo a la pareja cuando se dejó caer junto a Bee.

—Flamegate no descansará hasta encontrarme —dijo—. Estoy de acuerdo con el gruñón. Es hora de que me vaya.

—Me alegro de oírlo —dijo Jayden—. Cogeré tu camisa. —Salió de la habitación sin mediar palabra.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Bee, mientras se oían tiros en la distancia. Phoenix observó la mancha de sangre sobre el suelo del salón, y luego alzó la mirada con una sonrisa sin ganas. Pese a la frecuencia con la que la veía, la imagen de su propia sangre le resultaba perturbadora a niveles que era incapaz de explicar. Entrelazó los dedos y trató de parecer relajado.

—Debería aprovechar mi recién encontrada libertad —dijo con ligereza—. Viajar. Explorar Veracity. Siempre he querido ver el Anillo Inferior. Dicen que está infestado de gatos mutantes.

Bee lo estudió en un silencio torturador, con el rostro compuesto en una máscara inexpresiva. Fuera se oían sirenas mientras drones de vigilancia se movían como abejas obreras por la masa sin fin del Anillo Medio.

—Toma. —Jayden lanzó la camisa de prisión de Phoenix desde la otra punta de la sala—. La hemos lavado.

—Lo aprecio. —Phoenix se puso la camisa por la cabeza. Era un recuerdo débil y con agujeros de bala de su arriesgado escape, pero por lo menos la delgada capa de tela le hacía sentirse menos desnudo ante la penetrante mirada de Bee—. Me marchó ya, entonces. Gracias por todo.

Se levantó para marcharse, pero Bee aferró su muñeca. Phoenix se tensó, y aguantó el impulso repentino de lanzarla al otro lado de la habitación y empezar a destrozar cosas.

—Espera —dijo Bee—. El Anillo Inferior...

—Es una región letal y desgraciada llena de miseria, y reservada para los desafiantes, los desesperados y los moribundos —terminó Phoenix, apartando con cuidado los dedos de Bee de su brazo y dando un paso hacia atrás—. Que me haya pasado quince años encarcelado en el Anillo Superior no quiere decir que no sepa nada de los peligros que acechan fuera de él. Te sorprendería cuánto conocimiento adquiere uno al crecer en una prisión de alta seguridad.

Bee se mordisqueó el labio, y luego se giró para mirar a Jayden.

—Lo necesito —dijo en voz baja—. Sabe cosas.

Phoenix arqueó las cejas.

—Replántate —le pidió Bee—. No te vayas al Anillo Inferior. Quédate con nosotros.

—¿Qué? —replicaron Phoenix y Jayden al unísono.

—Mencionaste a la Orden de la Noche —dijo Bee—. Ellos mataron a mis madres. Que estés

aquí exactamente dos años después de que las mataran no es ninguna coincidencia. Tienes conocimiento de primera mano sobre Flamegate, y un tatuaje como el de los héroes de las historias sobre la rebelión que me contaban mis madres cuando era pequeña. Puedes cambiar las cosas. Liberar a la gente. Terminar con el sufrimiento. Estoy segura de ello.

Era la primera vez que Phoenix veía a Bee tan animada.

—Tienes unas expectativas alarmantemente altas de mí —le advirtió. Entonces frunció el ceño y ladeó la cabeza, confundido e incómodo—. ¿La Orden de la Noche estuvo aquí?

—Te hemos ayudado —dijo Bee—. Ahora, ayúdanos tú a nosotros.

Phoenix sacudió la cabeza, distraído preguntándose por qué la Orden de la Noche, el corazón retorcido y letal de la insidiosa organización que era Flamegate, se molestaría en buscar a Bee. Por lo general solo se involucraban en asuntos de extrema importancia universal.

—Mira —dijo, distraído—, lo mejor que puedo hacer para devolverte el favor es poner tanta tierra de por medio como sea posible. Necesito alejarme. De ti. De Flamegate. De todo.

—Si tiene tantas ganas de desaparecer en el Anillo Inferior, déjale —dijo Jayden—. No es que sea un campo de margaritas, pero incluso a Flamegate le costará encontrarlo ahí. Es lo mejor.

—Totalmente —dijo Phoenix—. Lo mejor. —El murmullo sordo y punzante que le latía en los oídos estaba siendo cada vez más difícil de ignorar—. Así que, si me perdonáis, tengo una cita con gatos mutantes. —Se giró para marcharse otra vez, y Bee se puso en pie del sofá con determinación.

—Voy contigo.

—Que la Luz nos ayude. —Phoenix se cubrió los ojos con la mano.

—Espera. —A Jayden le tembló la voz de la impresión—. ¿Vas en serio?

—¿Vienes conmigo? —preguntó Bee.

Phoenix paseó la mirada entre los dos. Jayden estaba sin palabras, con los brazos colgando inertes a ambos costados.

—Voy a reunir provisiones. —Bee se puso a ello, reuniendo objetos que tenía por toda la casa mientras Phoenix y Jayden la observaban, mudos de asombro.

Al final, Jayden sacudió la cabeza.

—A la mierda —musitó—. Me largo. —Se dirigió hacia la puerta, y Bee no hizo amago de detenerlo.

—Ya volverá —dijo después del portazo, que la dejó a solas con Phoenix—. Y deja de fruncir el ceño. Te ayudo porque a cambio espero que tú me ayudes a mí. —Se movió hacia la ventana, y le hizo un gesto para que hiciera lo mismo—. Mira. Ese es el campo de minas por el que necesitamos escapar.

Phoenix echó un vistazo por debajo de la persiana a la ciudad mugrienta que se extendía bajo la neblina vespertina. Veracity ocupaba kilómetros y kilómetros en torno a la gran montaña sobre la que había sido construida, y estaba dividida en tres enormes anillos que nacían de la impresionante torre, con aspecto de castillo, que coronaba la cima de la montaña. Phoenix nunca había visto la Torre Flamegate desde una perspectiva externa, y contemplar la fortaleza en todo su esplendor, alzándose sobre todo lo que tenía debajo como un fuerte recordatorio de la fuerza de Flamegate, hizo que le subiera un escalofrío por la espalda.

Apartó la mirada.

—¿Y siempre has vivido en el Anillo Medio? —preguntó, observando cómo amenazadores robots de cuatro patas escaneaban las calles. Bee resopló.

—Sí. Clase obrera del Anillo Medio, de la cabeza a los pies. Lo más cerca que estoy de las viscobolas del Anillo Superior ha sido durante el gran Festival de la Luz que celebran durante

tres días cada año.

Phoenix se rascó con ansiedad el vendaje que le envolvía el brazo, intentando no pensar en el festival del año anterior y su roce con la Muerte.

—¿Entonces no sabes cómo salir de aquí?

—Hay un viejo sistema de metro —dijo Bee—, gobernado por las bandas más peligrosas de toda Veracity.

—Suenan divertidos.

—Tengo contactos, conozco a gente de dentro —continuó Bee—. En cuanto alcancemos el túnel del sur, tendremos garantizado el derecho a pasar. Todo el trayecto, hasta el Anillo Inferior.

—Salir del fuego... —dijo Phoenix, y Bee asintió.

—Para caer en las brasas.

Un trueno grave retumbó en el aire, y al alzar la mirada vieron un helicóptero de Flamegate que se acercaba con un rugido al edificio de apartamentos. Sus luces rojas los miraban fijamente como dos ojos malvados.

Bee bajó la persiana. Phoenix la observó como si fuera una confusa obra de arte abstracto.

—Escucha —dijo—. ¿No tienes familia, o amigos, o alguien en quien deberías estar pensando?

—Mi novio se acaba de bajar del carro, y mi familia está muerta. —Bee se colgó una mochila del hombro—. ¿Con qué armas te manejas mejor?

—Cualquier cosa que esté imbuida de energía del vacío bruta suele irme bien —respondió Phoenix, siguiéndola de nuevo hacia la cocina. Bee abrió un cajón.

—Bueno, tengo cuchillos para cortar el pan. O un rodillo.

Phoenix se inclinó sobre la encimera y cogió una cuchara de plata lisa.

—Me las apañaré. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Bee se encogió de hombros y comenzó a rebuscar en la despensa.

—¿Qué quería la Orden de la Noche de tus madres?

—Nada —dijo Bee con tono sombrío—. Las mataron a sangre fría tres mujeres con capas.

—Las Hermanas de la Orden de la Noche rara vez actúan sin motivo...

—¡No hay ninguna razón por la que mis madres no deberían estar vivas! —Bee le lanzó una mirada fulminante—. Solo quiero un cambio. El mundo no siempre ha sido así, Phoenix. Antes de Flamegate... —Perdió el hilo, y Phoenix lo entendió. Flamegate tenía el don de suscitar una sensación vacía e inconmensurable de desesperación e indefensión.

Quería decir algo para animarla, pero lo distrajeron el zumbido sordo en sus oídos y la luz escarlata intermitente del microondas. Las luces rojas parpadeantes le hacían sentirse extremadamente angustiado.

La puerta principal se abrió de par en par, y Jayden entró con expresión sombría.

—He llamado a Flamegate —dijo—. Los Recolectores vienen hacia aquí.

Un ramalazo de terror inundó a Phoenix, y se le cayó al suelo la cuchara que había sostenido en la mano. Bee se acercó a Jayden, con los ojos abiertos de par en par por la incredulidad.

—¡No se te habrá ocurrido!

—Tuve que hacerlo —dijo Jayden, a una distancia prudencial de ella, cerca de la puerta—. No puedes arruinar la vida por una rata de prisión a la que acabas de conocer.

Bee agarró el rodillo del cajón y se acercó a él.

—Pedazo de *idiota*.

Phoenix estaba paralizado tras ella, con la mente a toda máquina llena de ideas y teorías cada vez más improbables.

—Flamegate estaba desesperada por encontrarlo —dijo Jayden, mirando incómodo el rodillo de Bee—. ¡Dijeron que nos recompensarán!

—Pues *claro* que están desesperados por encontrarlo. —Bee le clavó el rodillo en las costillas—. Es un riesgo. Una grieta en su armadura. Nuestra mejor oportunidad de hacer que las cosas vuelvan a estar bien.

Jayden retrocedió hasta chocar contra la pared.

—Luz bendita... —murmuró Phoenix—. La Orden de la Noche.

Bee y Jayden lo miraron mientras el helicóptero pasaba rugiendo junto a la ventana, con los rotores emitiendo un ruido rítmico hacia el cielo.

—Tiempo —dijo Phoenix, ausente.

—¿Tiempo?

—Había rumores... —Phoenix recuperó la cuchara, con la cabeza dándole vueltas—, de que una de las Hermanas puede saltar a través del Tiempo. —Miró a su alrededor, tamborileando nervioso con la cuchara sobre su rodilla—. Algo ha ido mal. Volverán. Tenemos que irnos.

Jayden frunció el ceño.

—¿Qué?

—*Tenemos* —dijo Phoenix—. Nosotros, en plural. Del verbo necesitar, que significa que es imprescindible para nuestra supervivencia. Y *que irnos*, que significa desplazarnos de inmediato a algún lugar menos peligroso.

Jayden se rió, incrédulo.

—¿Todos nosotros?

—Flamegate no te recompensará por mi captura. Hará que te maten.

—Si tú lo dices —replicó Jayden, empujando a Phoenix con el codo para esperar en el sofá a que llegaran los Recolectores.

Phoenix se sentía a punto de explotar. El potente rugido en su cerebro estaba tornándose insoportable. Lo único que quería era desaparecer, preferiblemente en una playa tropical remota, sin nadie alrededor que pudiera oírlo gritar obscenidades furiosas al vacío.

—Salvarte no merecía todo este drama —añadió Jayden, sombrío, mientras se pasaba una mano por las ondas rubias de su pelo.

Phoenix no aguantó más.

—Bendita y condenada *Madre de las Sombras*. —Señaló a Jayden con la cuchara, como si lo retase con una espada—. *Escucha* —dijo, con más seguridad de la que se creía a sí mismo capaz—. Señoras escalofrantes con capas van a aparecer aquí tras saltar en el tiempo desde el pasado, y van a terminar lo que pretendían hacer hoy antes de aterrizar por error en el momento equivocado hace dos años. ¿*Quieres* que te maten electrocutándote?

Jayden miró de reojo a Bee, que estaba de pie junto a la puerta y observaba a Phoenix con recelo.

—Viajes en el tiempo —dijo Jayden, con una frustración palpable en su voz—. Habla de viajes en el tiempo.

La irritación del propio Phoenix alcanzó nuevas cotas.

—Hablo de manteneros con vida —escupió.

—¿Y por qué íbamos a fiarnos de ti? —exigió Jayden desde el sofá.

—¿¡Qué te parece *para no morir*!? —espetó Phoenix. El resto de su ira se vio interrumpida por un débil estallido a lo lejos, y una repentina sensación cosquilleante que lo hizo sentirse enfermo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bee, mirando hacia la ventana. Todo estaba en un silencio

inquietante.

Phoenix se agazapó, y esperó a que se le aclarase la dolorida cabeza.

—Actividad del vacío —dijo, antes de añadir incómodo—; el helicóptero ya no está.

—¿Adónde ha ido? —se preguntó Bee.

—Buena pregunta. —Phoenix tamborileó con la cuchara sobre el suelo y luego se puso en pie de un bote, como un gato asustado—. Tengo un horario ajustado —añadió, corriendo hacia la salida—. Vosotros dos haced lo que queráis. —Abrió de un tirón la puerta, y de inmediato la cerró de un portazo y saltó hacia atrás mientras se le caía el alma a los pies—. *Joder*.

La puerta se abrió de golpe y tres figuras etéreas, con capuchas y capas largas de color carmesí, se deslizaron dentro de la habitación como hilos de oscuridad. Phoenix se puso rígido, paralizado momentáneamente por las tres máscaras rojas inexpresivas que lo estaban mirando.

Bee pasó por su lado, devolviéndolo a la realidad mientras lo apartaba con el cuchillo alzado sobre la cabeza. Phoenix se lanzó hacia delante y la cogió del brazo.

—*Ahora no* —dijo, empujándola hacia atrás en dirección a su irritante novio, que ya se había escabullido del salón en dirección a la cocina—. Por favor, espera aquí —suplicó Phoenix, haciendo a Bee agacharse tras la encimera de la cocina antes de regresar al salón para enfrentarse a las tres extrañas sin rostro vestidas de rojo.

Una risa suave afloró tras la máscara de la Hermana más alta mientras se deslizaba hasta detenerse ante él, con sus dos compañeras silenciosas a su lado.

—Nuestras disculpas por la tardanza —dijo ella, encorvando su delgado cuerpo envuelto en seda para hacer una lenta reverencia—. ¿Cuánto hace de nuestro último encuentro?

—Dos años —respondió Bee, uniéndose a Phoenix tras el sofá.

Phoenix cerró los ojos, con la vana esperanza de que la situación mejoraría la siguiente vez que los abriese.

—No creo que nos hayamos conocido antes, niña —dijo la mujer alta, con una voz tan aterradoramente indescifrable como la máscara roja enlacada que ocultaba su rostro—. ¿Eres importante?

—*Tú...* —jadeó Bee, mientras Phoenix se ponía delante de ella con cuidado.

—Es la chica —murmuró otra Hermana—. De hoy.

—Extraordinario. —La mujer alta se quitó la máscara, revelando una piel rosada arrugada, labios delgados, y gruesas bolsas bajo sus ojos envejecidos. Miró a Bee con ojos entrecerrados—. Menudo cambio tan grande de carácter —añadió—. Veo que te has vuelto más dura estos años... Bien por ti.

—¿Por qué matasteis a mis madres? —exigió Bee, con la voz temblando de rabia—. ¡Firmaron un contrato! ¡Ya no eran ninguna amenaza!

Phoenix se balanceó ligeramente sobre los pies, con la cabeza dándole vueltas con el zumbido sordo e insoportable que solo él podía oír.

—Cosita preciosa —dijo la mujer alta, acercándose un paso, arrinconándolos más todavía contra el sofá—. ¿Crees que tus madres nos importaban en algo? La Hermana Azalea —e hizo un gesto sereno hacia la Hermana que todavía no había dicho nada— cometió un error hoy. No he llevado bien la decepción. Me temo que tengo un mal carácter. —La mujer alzó la palma y la dirigió directamente al pecho de Phoenix—. Así que ven, Cinco. Eres, después de todo, la única razón por la que estamos aquí para empezar.

Phoenix sintió que Bee, a sus espaldas, le clavaba la mirada.

—Oh —musitó Bee—. Vinieron a por ti.

Phoenix asintió, con los ojos clavados en las tres mujeres delante de él. La Hermana sin

máscara sonrió, atrapándolo en su maliciosa mirada.

Un recuerdo punzante arañaba un rincón de la mente de Phoenix. Había visto aquella sonrisa durante el último Festival de la Luz, pocos momentos antes de que lo encadenaran a la Colisión recolectora de vacío y tuviera que soportar una cantidad nada despreciable de dolor indescriptible.

—Eres la razón por la que mis madres están muertas... —Bee sonaba como si estuviese hablando para sí, más que acusándolo, pero a Phoenix le costaba no sentirse culpable.

—Soy la razón por la que mucha gente está muerta —murmuró, aferrando la cuchara que todavía sostenía en un puño. Entonces inspiró hondo y dio un paso hacia delante. Dudaba que fuera a tener más de una oportunidad de sacar a todo el mundo de aquel lío—. Nerine —continuó, recuperando el nombre de la Hermana de algún rincón débil y mugriento de su pasado—. El hecho de que aún no me hayas atacado sugiere que estás siendo cautelosa. Algo inteligente, considerando que acabo de robar una piedra del vacío y de escapar de Flamegate; una prisión de la que nadie más se ha escapado en toda su historia. Soy una anomalía terrorífica entre todas las anomalías. Una fuerza aterradora que fue más lista que lo mejor de Flamegate, y demolió un laboratorio entero de investigación cara y altamente custodiada. Soy, por decirlo suavemente, el enemigo más formidable al que te enfrentarás nunca.

La Hermana Nerine sonrió, con la palma todavía apuntando a su pecho.

—¿Es que piensas que Flamegate te tiene miedo?

Phoenix sonrió.

—Creo que Flamegate sería estúpida si no considerase el riesgo tan real que existe de que yo nos sumerja en la oscuridad. —Un dolor agudo, como una cuchillada, le recorrió el brazo, y Phoenix frunció el ceño con incomodidad al ver su piel intacta—. Eso me preocupa.

En ese momento un hombre corpulento y barbudo se paseó por el pasillo, al otro lado de la puerta principal.

—Me quería dejar caer por aquí, Belinda —dijo, asomando la cabeza—. Te has vuelto a retrasar con el alquiler. —Hizo una pausa, evaluando la situación con la que se había tropezado—. Vaya, parece que interrumpo... —dijo, y a Phoenix se le hundió el corazón cuando un destello de reconocimiento pasó por el rostro del hombre—. Un momento. Ese es el chaval al que está buscando todo el mundo.

Sin apartar los ojos de Phoenix, Nerine pasó a apuntar al recién llegado, y una nube naranja de energía serpenteó por su brazo, brillando y chisporroteando como una tormenta. Antes de que el hombre pudiera vocalizar siquiera su sorpresa, Nerine liberó el relámpago de una vez y éste salió disparado de la palma de su mano, estampándose contra el pecho del desafortunado.

Jayden aulló desde la cocina, y Bee se tensó al lado de Phoenix. Éste miró, sombrío, cómo el hombre se desplomaba, con un patrón oscuro y como de helechos grabado sobre cada centímetro de su piel ahora cenicienta. El hedor a carne quemada inundó el aire, y Phoenix apretó su agarre de hierro en torno a la cuchara plateada.

—Bueno. Ya he tenido suficiente. —A una velocidad increíble, le lanzó la cuchara a la cara a Nerine y luego dio una palmada feroz. Para cuando Nerine hubo apartado el burdo proyectil de un manotazo, Phoenix ya había separado las manos, y una piedra verde oscuro con delicadas vetas doradas entretejidas flotaba entre sus palmas. Agarró con el puño la piedra y luego la lanzó al aire, donde flotó libremente sobre su cabeza, emitiendo un zumbido suave pero potente.

—Tengo la mala costumbre de coleccionarlas —dijo Phoenix, disfrutando la mirada de pavor que mostraban los ojos entrecerrados de Nerine—. Son peligrosas. Debería parar, lo sé. Tengo un problema. Esa no es la cuestión. La *cuestión*..., es que no estoy para tonterías ahora mismo. —

Bee y Jayden jadearon mientras las tres Hermanas se tensaban, esperando al siguiente movimiento de Phoenix.

—No te atreverías —dijo Nerine.

—¿Ah, no? —preguntó Phoenix, con el sarcasmo más irritante del que fue capaz—. Las piedras están conectadas con el vacío, y el vacío está conectado conmigo. —Le pasó un brazo por los hombros a Bee, como si la invitara a unirse al chiste, perdiendo fuerzas con cada segundo que pasaba pero tratando de que no se notara. Para su alivio, Bee le envolvió la cintura con el brazo y lo mantuvo erguido—. Me necesitáis vivo —añadió Phoenix—. Pero si *tengo* que desatar el poder del vacío y destruirnos a todos, lo haré.

Se aferró con más fuerza a Bee, dolorosamente consciente de que quizá se hubiera, de hecho, sobreestimado a sí mismo.

—Por otro lado —continuó, aparentando confianza—, si me dejáis ir, todos salimos de este edificio conservando la vida. Hurra. Un aplauso para la segunda opción. Tenéis treinta segundos. Decidíos.

Nerine resopló.

—Es un farol.

—Veinte segundos —dijo Phoenix, mientras la piedra verde zumbaba ingrátida sobre su cabeza. La delgada sonrisa de Nerine se extendió todavía más por su rostro, engañosamente tranquilo.

—Bien —dijo Phoenix—. Diez segundos..., y lo haré.

—Se está desvaneciendo —dijo Nerine—. Contenedlo.

Las dos Hermanas tras ella alzaron las manos para apuntar a Phoenix y Bee, mientras el relámpago rojo crecía rápidamente a lo largo de sus brazos extendidos.

—Tres —dijo débilmente Phoenix—, dos... Uno.

Con un estallido ensordecedor, el apartamento quedó inundado de luz blanca. Las lámparas del techo estallaron en cascadas de chispas y cristal hecho trizas. Jayden se agachó tras la encimera de la cocina y Phoenix se deslizó hasta el suelo, exhausto. Bee amortiguó con incomodidad su caída mientras la piedra verde continuaba girando sobre sus cabezas.

—Phoenix... —dijo Bee—. ¿Eso has sido tú?

Phoenix alzó la mirada. Había fragmentos de cristal suspendidos en el aire, inmóviles, congelados como si estuvieran atrapados en el tiempo. Las tres Hermanas estaban de pie e inmóviles, y el relámpago que había brotado de sus manos se encontraba suspendido frente a ellas, extendiéndose hacia Phoenix y Bee. Las corrientes de electricidad rojas se estiraban con una inmovilidad antinatural, creando sombras oscuras en la habitación.

—Yo no he hecho nada —dijo Phoenix. Abrió la mano y la piedra verde se deslizó sobre su palma y desapareció, devolviendo el zumbido incesante a la oscuridad de su propia cabeza—. Ese estallido..., la luz..., no he sido yo... —Cerró los ojos—. Alguien ha interferido. Pero este parón del tiempo no va a durar. Jayden y tú tenéis que correr.

—Pues corramos, entonces. —Bee extendió el brazo para ayudarlo a levantarse, pero Phoenix se dejó caer sobre el sofá, con la cabeza entre las rodillas.

—Demasiado pronto para andar jugando otra vez con piedras del vacío —murmuró. Luego soltó una risita para sí—. Ups.

Una de las Hermanas se liberó de su postura rígida y se lanzó hacia delante, vadeando con facilidad el cristal destrozado y el relámpago afilado que continuaba inactivo en el aire. Bee aferró su cuchillo.

—El parón temporal ha sido cosa mía —dijo la mujer, con una voz que Phoenix había pasado

años trabajando diligentemente en olvidar: llena de calidez, pasión y fuerza—. Debéis marcharos. Todos vosotros.

Phoenix se incorporó como una muñeca de trapo.

—¿*Alice*?

La Hermana se arrodilló ante él y se quitó la máscara, exhibiendo unos ojos profundos e inteligentes y grueso cabello oscuro que rebotaba con ligereza en torno a su rostro juvenil.

—Ahora me llaman Hermana Azalea —dijo, inclinando hacia arriba su barbilla con suavidad. Solo entonces se dio cuenta Phoenix de que un hilo de sangre había resbalado desde su nariz hasta sus labios.

—¿Te has unido a la Orden de la Noche? —Observó su rostro, en busca de respuestas—. ¿Por qué? ¿Te han convencido?

—He estado trabajando contra Flamegate —dijo Alice, limpiándolo con toquecitos de la manga de su túnica—. Saboteándola desde dentro. El equilibrio debe ser restaurado, Phoenix. Ha llegado nuestro momento.

Phoenix la miraba como si hubiera visto un fantasma, consciente vagamente de que Jayden salía de la cocina de puntillas y de que Bee estaba en guardia con su cuchillo.

—¿Todos estos años? —preguntó Phoenix. Alice sonrió.

—Me alegro de que seas libre —dijo, y luego se inclinó hacia él y tomó sus manos con fuerza en las suyas propias—. Ahora, sobre estas piedras...

Phoenix soltó una risa tirante, que más bien pareció un ladrido.

—Nuestra reunión no debería girar en torno a una misteriosa rareza geológica. Pensé que estabas muerta. —Sus ojos se desenfocaron mientras intentaba aferrarse a la Tierra—. ¿Supongo que tú también quieres que deje de usarlas?

—No exactamente —dijo Alice—. Son la mayor esperanza que tenemos. —Puso las manos a ambos lados de su rostro, y él se tragó el nudo inesperado que se le había formado en la garganta—. Flamegate pagará por lo que nos hizo —dijo Alice—. Te lo prometo. Pero necesito que dejes de huir de lo que eres.

—¿Un visionario intrépido e inspirador?

—Lo que *realmente* eres.

—¿Y eso qué sería? —susurró Phoenix.

Alice alzó la mirada hacia Bee y Jayden antes de inclinarse hacia delante, y posar un suave beso sobre la frente de Phoenix.

—Un medio para alcanzar un fin —dijo.

Phoenix quería hacerle más preguntas, pero había perdido su preciada capacidad de habla; algo que le hacía sentirse furioso.

—La libertad tiene un precio —añadió Alice—. Hay que hacer sacrificios. Todos debemos hacerlos. —Se levantó abruptamente. Phoenix intentó agarrarla por la manga, pero sus extremidades también se habían rendido con él. Lo más que pudo hacer fue observar cómo Alice le daba la espalda.

—Siento lo de tus madres —dijo Alice, entregándole a Bee un trozo de papel—. Busca esta dirección. Aquí estarás a salvo. —Inspeccionó a las Hermanas, paralizadas tras los haces de luz roja—. Haré que parezca que Phoenix fue demasiado poderoso para nosotras —dijo—. Por favor. Cuida de él.

Bee bajó la mirada y Phoenix la miró en silencio, incapaz de disculparse u ofrecer explicaciones.

—No lo entiendo —dijo Bee, apartándose de la mirada indefensa de Phoenix.

—Tendrá sentido a su debido momento —respondió Alice mientras se colocaba la inquietante máscara sobre el rostro una vez más—. No tengo miedo —añadió con suavidad—. He vivido bien. He marcado la diferencia. Ahora es vuestro turno.

A Phoenix se le cerraron los ojos.

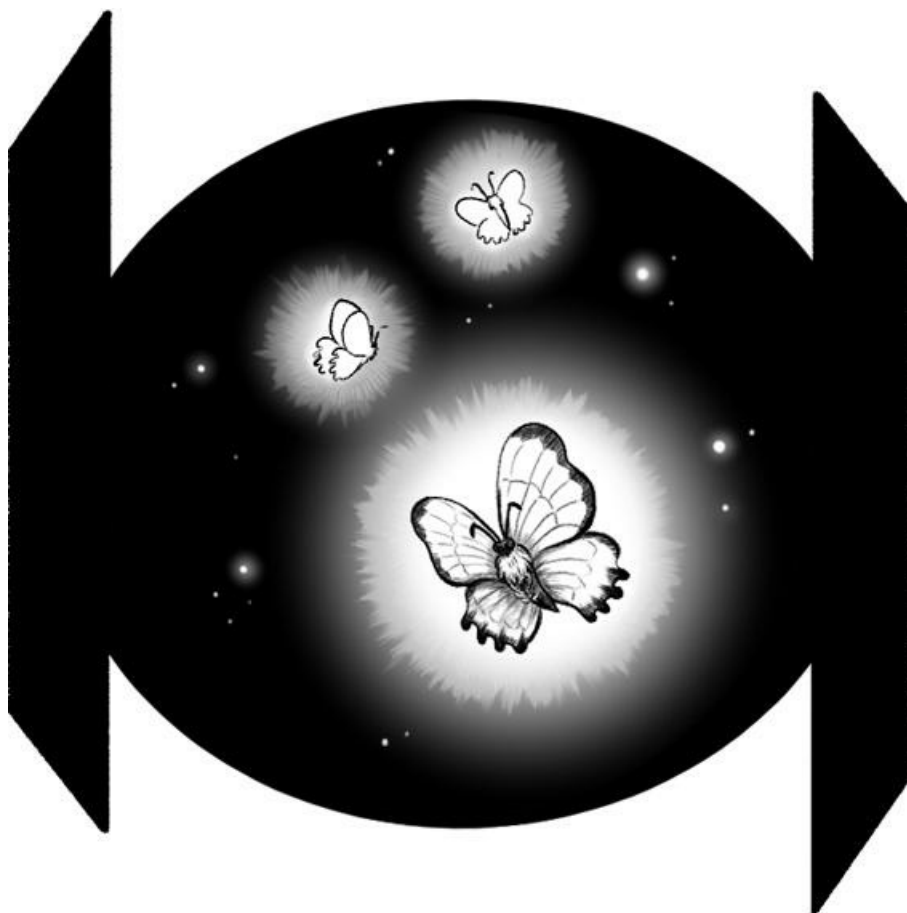
—Este parón temporal se está debilitando —advirtió Alice—. Sed rápidos.

Phoenix sintió que lo levantaban del suelo, y cómo Bee se pasaba con firmeza su brazo por los hombros.

—Trae. —Para sorpresa de Phoenix, la voz de Jayden interrumpió el zumbido sordo en su cerebro. Tenía el otro brazo envuelto en torno al cuello de Jayden, y de pronto le estaban moviendo mientras él arrastraba los pies inútilmente sobre el suelo.

Aquello era el principio de algo más grande de lo que Phoenix se había imaginado. Necesitaba hablar con Alice. Necesitaba reconsiderar sus opciones. Necesitaba no estar en el epicentro del caos, para variar, atrayendo constantemente a la gente al tornado inexpugnable de calamidades que siempre lo acompañaba.

El vacío lo envolvió, y se dejó llevar.



El hechicero está esperando

—Ahogarse —había dicho Phoenix, solo un mes o así después de que Simon conociera por primera vez a aquel niño enclenque de nueve años. Habían acampado en un caserío abandonado no muy lejos de Karvil City, huyendo de un intenso temporal que azotaba el terreno—. Es como la sensación de ahogarse.

—¿El qué? —preguntó Simon, intentando encender un poco de leña en una vieja chimenea que llevaba años sin ser utilizada. Tenía dieciséis años y ya era alto, tenía los hombros anchos, y estaba cubierto de intrincados tatuajes.

—Me preguntaste qué pasaba —respondió Phoenix desde el fuerte improvisado que había construido en un rincón de la habitación, una obra maestra de la arquitectura construida con ropa húmeda y muebles podridos que habían dejado allí los anteriores residentes de la descuidada casa de piedra—. Si intento parar de cambiar entre cuerpos y quedarme en un solo lugar. Aferrarme a un mundo. Pues bien, es como ahogarse.

—¿Es que alguna vez te has ahogado? —preguntó Simon, dándole toques con impaciencia a las ramitas humeantes mientras goteaba agua desde el techo.

—Ajá. Cientos de veces.

—Menuda trola.

Phoenix asomó la cabeza desde debajo de una silla cubierta por una manta.

—Bueno, quizá no cientos. Pero una vez sí. En la bañera.

Simon sacudió la cabeza.

—No deberías tener permitido acercarte al agua —musitó. Phoenix frunció el ceño.

—Pero me gusta nadar. —Se arrastró fuera del fuerte y trepó sobre la cama rota en torno a la que lo había erigido—. Nadar es como volar —añadió, balanceándose precariamente sobre el cabecero—. Bajo el agua. Volar a través del agua. Como ser un pájaro. O un pez, quizá. Supongo que nadar es más como ser un pez. ¿Vamos a volver a cenar pescado?

Simon respiró hondo y luego se inclinó sobre la chimenea, soplando con suavidad sobre las llamas. Phoenix saltó de la cama y se acercó para observar los esfuerzos del hechicero.

—¿No puedes usar magia y ya está?

—No es tan fácil. —Simon frunció el ceño.

—¿Qué sentido tiene ser hechicero si no puedes usar magia? —preguntó Phoenix, apoyando los codos huesudos contra la espalda de Simon y mirando por encima de su hombro las llamas agonizantes.

Simon lo apartó de un manotazo.

—Es complicado —replicó—. Y Edgar me dijo que no me forzase.

—¿Edgar?

—Mi profesor.

Phoenix se sentó con un resoplido, apoyando la barbilla sobre las rodillas.

—¿Eres siquiera un hechicero de verdad?

Poniendo los ojos en blanco, Simon dijo:

—Sí.

—¿Estás roto?

Simon le lanzó una mirada de recelo al niño de ojos inocentes, preguntándose con cuánta seriedad responder. Phoenix esperó pacientemente una respuesta.

—¿Que si estoy roto...? —repitió Simon, después de dejar que aquella amarga idea se enterrase en su mente—. Supongo que sí.

Phoenix asintió solemnemente.

—Como yo.

Simon devolvió su atención a la chimenea.

—Nadie es como tú —dijo sombrío, pensando en la energía tan masiva e inconcebible que albergaba aquel niño pequeño.

—Hambre —dijo Phoenix, levantándose de un brinco sin previo aviso—. Iré a por comida. Pero no pescado. Estoy harto del pescado. —Antes de que Simon pudiera detenerlo, Phoenix había puesto pies en polvorosa para salir descalzo al chaparrón.

—Gremlin de pacotilla—gruñó Simon. Se dio por vencido con el fuego y se puso en pie, agarrotado y con agujetas tras semanas de viaje con un pequeño bobo impredecible por toda compañía.

Se detuvo junto a la puerta al notar un cambio inmenso en la energía del vacío, que hizo que se le pusieran los pelos de punta. Era como experimentar una caída repentina de temperatura, o un extraño cambio cosquilleante en la dirección de un viento helado. Sabía qué esperar a continuación, pero ese conocimiento no hizo apenas nada para aliviar la incomodidad que se desató dentro de él.

Salió a pasos agigantados al aguacero y encontró a Phoenix en un campo frondoso a poca distancia de la casa, tendido boca abajo sobre el barro. El agua le empapaba la ropa raída, y le aplastaba la maraña alborotada de pelo pelirrojo.

Simon se arrodilló a su lado, contentándose con no hacer nada más que observar por un

momento, sin preocuparse por la fuerte lluvia.

—Eres un bicho raro —dijo Simon.

Phoenix no dio señales de haberlo oído.

Simon hizo rodar a Phoenix sobre su costado, incómodo con lo indefenso que estaba el chico. Había algo enormemente inquietante en aquel letargo. Era antinatural. Como estar vivo y muerto a la vez.

—Podría deshacerme de ti —continuó—. Dejarte tirado aquí, sobre el barro.

Phoenix siguió sin dar señal de haberse enterado.

—Quizá sería mejor para los dos —añadió Simon—. Al final.

El suave rugido de un trueno retumbó por el prado, y Simon agachó la cabeza. El frío se deslizaba bajo su ropa, calándose en sus huesos, pero aun así continuó de rodillas.

Al final sacudió la cabeza y se echó al zarrapastroso chico al hombro.

—Lo siento, Rojo —musitó, regresando fatigosamente al refugio del caserío—. Vales demasiado.

El resonar grave y solemne de un gong en la distancia sacó a Simon de su ensueño, y se encontró senetado sobre una roca cubierta de líquen en la linde del Bosque de Bloodwood mientras los últimos rayos del sol vespertino se asomaban sobre los árboles. Las retorcidas sombras de sus ramas se estiraban hacia la ciudad, cayendo sobre Phoenix, que continuaba tirado sobre la hierba allí donde las flores de vigilante le habían hecho desmayarse de golpe.

Un grupo de niños pequeños con uniforme corría de farola a farola a través de la ciudad, insertando discos de energía en las ranuras de las bases de cada poste. Una por una, las luces parpadearon y revivieron, bañando las calles de Bloodwood con un brillo ámbar.

Simon frunció el ceño y se rascó la barba áspera, preguntándose cuánto tiempo permanecería inconsciente Phoenix ahora que el día ya se acercaba a la noche. Pronto las Sombras alcanzarían el punto álgido de su fuerza, y parecía poco sabio permanecer tan cerca de un bosque que oscurecía por momentos.

El gong volvió a resonar ceremoniosamente por toda la ciudad, y Simon se preguntó si no sería una señal para algo importante.

Mientras aquel pensamiento cruzaba su mente, la abuela de Phoenix se acercó caminando fatigosamente desde una casa cercana. Su expresión preocupada se desvaneció en el momento en que vio a Simon, siendo reemplazada de inmediato por una mueca de labios apretados.

A Simon le hacía la misma poca gracia verla. Se puso en pie casi sin darse cuenta y se plantó con firmeza entre Phoenix y la mujer, como un perro protector defendiendo un hueso. Matilda frunció el ceño ante la figura inerte tendida en el suelo detrás de Simon.

—Veo que a nuestro glorioso guerrero le ha vuelto a dar algo.

Simon sintió que le subía calor por las puntas de los dedos, y se rogó a sí mismo no dispararle un rayo letal a la mujer que les había dado comida gratis pese a la gran repulsión que le producía su carácter. Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Solo hay una razón por la que a Rojo lo debilitarían defensas anti-Sombras.

—¿Piensas que es una Sombra? —preguntó Matilda, arqueando las cejas de la misma manera burlona en que solía hacerlo Phoenix. Simon la fulminó con la mirada.

—Quizá no sea un gran hechicero —dijo—. Pero tampoco soy idiota.

—No es imposible. —Matilda se encogió de hombros—. Las Sombras pueden tomar forma humana. —Dio un paso hacia Phoenix, pero Simon se puso en medio.

—Mediante la posesión —dijo—. Y no durante mucho tiempo. No sin destrozar sin remedio el cuerpo humano que ocupan.

—¿Acaso te parece que Phoenix tiene buena pinta? —preguntó Matilda.

—No está siendo poseído por una Sombra —dijo Simon—. Admítelo. Alguien le hizo esto. Matilda resopló.

—Se lo hizo él a sí mismo.

Volvió a sonar el gong grave. Simon miró a la ciudad, que de alguna manera parecía aún más desvaída de lo que lo había hecho por la tarde, envuelta en oscuridad y en un un pesado silencio salvo por el clamor del gong.

—¿Qué ha sido eso?

—Una advertencia —dijo Matilda, esquivando al hechicero para agacharse al lado de Phoenix—. Por avistamiento de Sombras. —Pasó los dedos por el pelo de Phoenix, apartándoselo con delicadeza de los ojos—. No debería estar aquí —dijo con suavidad—. No es seguro.

Simon la observó, suspicaz ante aquel cambio repentino de actitud.

—Es una Penumbra —dijo con voz inexpresiva—. No sé cómo, pero lo es.

El viento se calmó mientras el último tañido del gong se desvanecía en la tarde.

—Por favor, espera aquí —murmuró Phoenix.

Simon frunció el ceño. Phoenix rara vez hablaba en sueños. Normalmente solo pasaba cuando estaba demasiado estresado, o intentando aferrarse a su cuerpo y resistir el cambio entre mundos.

—Phoenix llegó a este mundo en medio de un incendio que destruyó media ciudad —dijo Matilda, sin interés alguno en su habla en sueños—. Fue un primer atisbo de las desgracias que siempre deja a su paso. —Rescató un frasco vacío de una bolsa de cuero que colgaba de su cintura, y desenroscó la tapa—. Pero no es una Penumbra —añadió, dejando el frasco sobre la hierba.

—Mira —gruñó Simon, mientras Matilda tomaba con suavidad la mano de Phoenix—, niégalo todo lo que quieras.

—Mi hija —continuó Matilda, arremangando a Phoenix hasta el hombro—. Nuestra única hija. *Ella* era una Penumbra. Un híbrido casi perfecto entre humano y Sombra.

—¿La madre de Phoenix?

—Engendró con un humano.

Simon arrugó las cejas.

—¿En qué convierte eso a Phoenix?

—En un error. —Con un elegante movimiento, Matilda se sacó un cuchillo del cinturón y le hizo un profundo corte a Phoenix en el brazo.

—¡Oye!

Matilda le hizo un gesto a Simon para apartarlo.

—Relájate —dijo, moviendo el frasco bajo el brazo de Phoenix para recoger la sangre—. Nos debe esto, como mínimo. —Phoenix hizo una mueca en sueños—. Pero tantas muecas en sueños me resultan preocupantes.

—¿Que os lo *debe*? —dijo Simon mientras una brisa ululaba a través del bosque tras ellos—. Su madre era un arma cuya sangre contaminada es la razón por la que Phoenix es tan débil ante una magia que fue diseñada para *proteger* a la gente.

Matilda lo miró como si le diera lástima su ignorancia.

—La sangre de mi hija lo mantiene con vida —dijo—. Un simple humano no podría sobrevivir siendo aquello en lo que Phoenix se ha convertido. Pero ¿un humano con un toque de sangre de Sombra? Eso es otra historia muy distinta.

El gong resonó desde la ciudad, señalando el avistamiento de otro monstruo chupavidas más. Matilda bajó el brazo de Phoenix, y luego selló el frasco.

—Las Sombras están especialmente atrevidas esta tarde —dijo, poniéndose en pie—. Vete antes de que la cosa se ponga fea. —Se giró para marcharse.

Phoenix se incorporó de golpe y dio un respingo largo y ronco, como si emergiera del agua tras pasar demasiado tiempo sumergido.

—Alice.

—¿Alice? —repitió Simon. El nombre le resultaba familiar.

Phoenix observó la silueta de Matilda mientras ésta se alejaba en dirección a la ciudad, desvaneciéndose en el laberinto de calles polvorientas y casas ruinosas desperdigadas bajo el cielo rojo del atardecer.

—Bloodwood —musitó Phoenix—. Maravilloso. —Observó somnoliento su antebrazo rajado durante un momento—. Oye, esto es nuevo.

—Tu abuela —dijo Simon.

Phoenix asintió, sin sorprenderse.

—¿Solo sangre? —preguntó con calma—. ¿O se ha escabullido con un riñón entero?

—Sangre. —Simon hurgó en su bolsa, y sacó una larga tira de tela—. ¿Sabes por qué?

Phoenix se limitó a mirar a las nubes, extasiado por las formas ondulantes naranjas y rojas.

—Tu sangre —repitió Simon—. ¿Para qué la quiere? —Phoenix no dijo nada—. Oye. —Simon agitó la tela frente a la cara de Phoenix.

—¿Sangre? —dijo Phoenix vagamente—. ¿Qué? Oh... Mi abuela. —Tomó la tela y la presionó distraídamente contra su brazo sangrante—. Ni idea. Llevo tiempo sospechando que es un vampiro. Probablemente se la eche en el té. ¿Cuántas piedras del vacío crees que podría activar de una sola vez?

—¿Eh?

—Alice dijo que son nuestra mayor esperanza —explicó Phoenix—. Alguien de Flamegate comentó que quince podrían ser suficientes para cerrar el Portal. Lo más que he usado a la vez han sido cuatro, pero probablemente pueda manejar otras diez o así. Brevemente. Bajo las circunstancias adecuadas.

Simon gimió, y se pasó una mano por la cara.

—¡Dijiste que las habías destruido!

—También dije que podía adelantar a un cerdo relámpago —dijo Phoenix mientras se ataba la tira de tela en torno al brazo, tirando de un extremo con los dientes—. Fue una mentira. Aunque no lo he probado de verdad. Está en mi lista de tareas. —Se puso en pie y hundió las manos en los bolsillos, mirando pensativo al cielo vespertino—. ¿Por qué pongo a todo el mundo en peligro?

Simon notó que Phoenix estaba al borde de una de sus decisiones drásticas, que sin duda acarrearía problemas espantosos a todos los implicados.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—Jess y tú, Belinda Loft, Alice y Uno, los mellizos... —Phoenix hizo una pausa—. Creo que la vende.

Simon frunció el ceño.

—Mi abuela —dijo Phoenix, arrancando un puñado de hojas de un arbusto cercano y haciéndolas trizas compulsivamente con las manos—. Mi sangre. A veces la vende.

—¿Porque es poderosa?

—Supongo. —Phoenix lo miró intensamente por un momento—. Me estás haciendo sentir

incómodo —dijo al final—. Creo que es el urgente tema de la barba.

Simon puso los ojos en blanco, y se levantó.

—Me da cosa —dijo Phoenix, lanzando las hojas mutiladas sobre la hierba—. Tu pelusilla habitual, vale, pero este exceso de pelaje facial me está dando muy mal rollo. —Comenzó a alejarse, pero entonces se detuvo y se dio la vuelta—. Lo que es más importante, Wolfe... —Agarró a Simon por la barba, tirando de él hacia abajo para que se mirasen a los ojos—. Echarme de Yonder así... ¿Cómo te *atreves*?

Simon parpadeó, sorprendido, ante la sinceridad en la mirada de Phoenix. Las motas doradas giraban lentamente en el verde oscuro de los iris de Phoenix; un fenómeno que Simon ya había visto antes, y que nunca había presagiado nada bueno.

—Me he pasado toda mi vida entre pinchazos, agujas y experimentos de gente que quería probar sus teorías locas e ideas egoístas —dijo Phoenix, manteniendo a Simon quieto sin esfuerzo con los pelos de su barbilla—. Me lo esperaba de Flamegate. Me lo esperaba de mi propia familia. Pero esperaba más de mis amigos.

Simon tragó saliva, pugnando por pensar en una disculpa apropiada por enviar a Phoenix de vuelta a la Tierra por la fuerza. Una manada de goblins en plena discusión atravesó unos helechos y correteó hacia una densa zona de malas hierbas, mordiéndose y chillándose y tirándose de las orejas en lo que parecía ser una batalla brutal por un hongo venenoso medio comido. Ni Simon ni Phoenix se molestaron en mirar dos veces a las criaturas.

—La *siguiente* vez que quieras información sobre mí, pregunta y listo —dijo Phoenix—. Ya estoy familiarizado con las explotaciones puntuales de mi persona, pero un consejo, hechicero. Requiere mucho esfuerzo mantener dentro toda esta energía caótica. Nunca sabes cuándo podría... —Phoenix alzó el otro puño en el aire, e imitó una explosión.

Simon no dijo nada. La charla distante de los goblins se desvaneció en el bosque, amortiguada por el susurro de los árboles. Phoenix sonrió, y soltó su barba.

—Estoy de broma —dijo, dándole una suave palmada en la cara a Simon—. No te pongas tan nervioso. —Se giró y caminó sin rumbo en dirección al bosque—. Madre de las Sombras, necesito una siestecita.

Simon se frotó distraído la mejilla rasposa.

—Quería confirmarlo con mis propios ojos.

Phoenix asintió.

—Bastante comprensible —dijo, subiéndose a la gran roca cubierta de líquen sobre la que Simon había estado descansando antes. Se inclinó hacia delante y se masajéo las sienes un rato, antes de parar de pronto y alzar la mirada—. ¿Confirmar el qué, exactamente?

—Tu herencia Sombra.

—Oh. —Phoenix apartó la mirada—. Qué aburrimiento.

—Rojo, eres prácticamente una Penumbra.

—¿Cómo es posible que te sorprendas? —preguntó Phoenix. Entonces saltó desde la roca y observó los árboles, mientras Simon se colocaba a su lado con cautela.

—Sombra —dijo Simon, observando el bosque. Los últimos rayos de sol desaparecieron tras el horizonte, y la noche cayó como un velo sobre la tierra.

—Bloodwood tiene un escudo —dijo Phoenix suavemente—. Es una de las cúpulas mágicas más fuertes de Yonder. *Diseñada* para repeler a las Sombras.

—La sentí cuando llegamos —dijo Simon, tensando las orejas.

—Las Sombras no suelen vagar hasta la ciudad —añadió Phoenix, sin apartar la mirada del Bosque de Bloodwood—. Incluso acercarse a la barrera es doloroso. Hace que enloquezcan.

Algo se estampó contra los árboles no muy lejos de ellos y Simon se tensó, escudriñando la oscuridad.

—Las Sombras están haciendo travesuras —murmuró Phoenix.

Simon alzó las manos, preparándose para liberar toda la magia que era capaz de controlar mientras resoplidos graves y guturales llenaban la oscuridad, y algo pesado se arrastraba por el sotobosque a una velocidad asombrosa. Phoenix se giró hacia él con una sonrisa maníaca en el rostro pecoso.

—Qué interesante se ha puesto esto.

—Ni se te ocurra... —empezó a decir Simon, pero Phoenix ya había salido disparado hacia el bosque, balanceándose sobre rocas y troncos y agachándose bajo ramas bajas, como si la creciente oscuridad no fuera ninguna molestia.

—Si no lo mata una Sombra, lo haré yo —gruñó Simon mientras cargaba a través de los árboles en pos de la figura huidiza de Phoenix, persiguiendo los sonidos de gruñidos y aplastando vegetación; pronto le perdió la pista a la persona más impulsiva que había conocido nunca.

Se detuvo y miró a su alrededor, mientras sus ojos se ajustaban lentamente a la poca luz. Árboles retorcidos y artríticos se enroscaban hacia el cielo en una bóveda pinta sobre su cabeza, en la lejanía; tiras de corteza colgaban como harapos de sus ramas nudosas, y tegumentos vacíos tintineaban como huesos en la suave brisa.

Simon cerró los ojos, e intentó sentir la presencia de Phoenix. Por lo general era fácil de localizar gracias a los altos niveles de energía del vacío que latían en su sangre. Pero allí, en Bloodwood, era difícil distinguir a Phoenix del verdadero vacío, que parecía emanar de todas las partes del bosque a la vez.

Captó un vistazo de la distintiva fuerza habitual de Phoenix y comenzó a acercarse en su dirección, atravesando malhumorado el sotobosque y las enredaderas hasta que un subidón de energía del vacío lo empapó como una ola, acompañada de un zumbido sordo que lo llenó de pavor.

Las piedras del vacío eran las gemas más raras y buscadas de Yonder, formadas tras siglos en áreas con fuertes conexiones con el vacío. Muy pocas personas podían activar una y usar su poder sin morir. Incluso menos lograban manejar ese poder durante más de unos pocos segundos, y con una facilidad tan pasmosa como Phoenix.

Pero todo poder, como bien sabía Simon, tenía un precio.

Atravesó a la carrera el bosque mientras se temía lo peor, y se sintió tan aliviado como preocupado cuando el zumbido pulsante enmudeció sin que desapareciera la débil traza de la presencia de Phoenix. Lo encontró agazapado en un pequeño claro iluminado por la luz de la luna, delante de algo peludo y redondo.

—Eres la cruz de mi existencia —dijo Simon, maniobrando su figura corpulenta entre los troncos de los árboles—. Esas piedras no te van a salvar el culo siempre, Rojo. No puedes... —Hizo una pausa, dándose cuenta por fin de que Phoenix estaba sentado ante una cabeza humana destrozada.

Phoenix hizo un gesto hacia el objeto inerte.

—He hecho un amigo —dijo, y Simon resopló con la exasperación cansada de un hombre que hacía tiempo que había desistido de intentar cambiar a la gente.

—¿Dónde está la Sombra que lo ha asesinado? —preguntó.

—Salió corriendo con el cuerpo. —Phoenix se puso en pie, y miró aquel objeto inquietante—. Una pena, en realidad. Me apetecía charlar un rato.

—¿Con una *Sombra*? No son capaces de hablar.

—¿Por qué dejaría la cabeza...? —se preguntó Phoenix, sin prestar ninguna atención a Simon—. ¿Es algún tipo de mensaje?

—No creo que las Sombras sean tan sofisticadas —dijo Simon, acercándose con cautela sobre la hierba.

Phoenix comenzó a pasearse por el claro mientras Simon se arrodillaba ante la cabeza. Había pertenecido a un hombre joven de pelo desgredado y ojos hundidos.

—Si están atravesando el escudo de Bloodwood, es porque se están volviendo más fuertes —reflexionó Phoenix, mientras crujían ramitas bajo sus pies—. O, como mínimo, más ambiciosas. —Se detuvo junto a un árbol y se apoyó contra él, alzando la mirada a su copa, donde grandes mariposas luminiscentes revoloteaban entre las hojas con forma de estrellas.

A Simon se le ocurrió que Phoenix rara vez parecía tan cansado, pese a que técnicamente llevaba quince años sin dormir.

—¿Puedo decirte la verdad, Wolfe? —preguntó Phoenix, sin apartar la mirada de los insectos fluorescentes sobre sus cabezas—. Si no logro hacer lo que Alice parece pensar que debería hacer, estamos todos condenados. Flamegate lo sabe. La gente de Bloodwood lo sabe. Y aun así siguen interfiriendo con el vacío. —Se ciñó el abrigo arcoíris en torno a los hombros con más fuerza, pese a que la noche era tranquila y cálida—. La energía del vacío son los cimientos de ambas sociedades —dijo Phoenix, abrazándose ante el inexistente frío—. Pero esos idiotas egoístas que dirigen Flamegate... Y los arcaicos tradicionalistas obsesionados con la gloria que llaman a Bloodwood su hogar... Preferirían morir con poder que vivir sin él.

Simon comenzó a buscar en su bolsa algo con lo que transportar la cabeza.

—Las Sombras también deben darse cuenta —añadió Phoenix somnoliento, dirigiendo su mirada indecisa al círculo brillante de cielo nocturno sobre el claro—. Las Sombras existen en ese espacio incomprensible entre el aquí-y-allí, y el entonces-y-ahora... —Cerró los ojos—. Y saben que hay cosas colándose entre las rendijas. Desapareciendo. Reapareciendo. Derrumbándose. —Se presionó los ojos con las palmas de las manos—. Están usando la confusión para expandir su territorio. Es como si se repitiera la Invasión de las Sombras. Y *no* necesitamos otra Invasión de las Sombras. —Hizo una pausa, con las manos todavía tapándole la cara—. Deberíamos devolver esa cabeza a Bloodwood.

—Un paso por delante de ti —replicó Simon, levantando con suavidad la cabeza sobre un cuadrado de tela que había encontrado entre sus posesiones. Se envaró y estudió a Phoenix, incómodo—. Rojo, ¿estás bien?

Phoenix se rió de pronto, se quedó en silencio, y luego volvió a estallar en carcajadas. Se deslizó por el tronco del árbol hasta quedar agachado, y derrotado, sobre la hierba.

—No soy diferente a ellas.

Simon frunció el ceño, desconcertado.

—Al igual que las polillas —dijo Phoenix—, las personas nos sentimos atraídas hacia cosas que nos destruyen. —Esbozó una sonrisa repentina—. ¿Qué te parece si acampamos en el bosque?

—No es que me entusiasme... —dijo Simon, frunciendo el ceño ante su creciente preocupación—. ¿Por qué?

—Quizá me haya sobreestimado un poco estos últimos días —confesó Phoenix—. Necesito descansar.

—¿En un bosque infestado de Sombras?

—Debería mantenerme alejado de Bloodwood un tiempo.

Simon quería quedarse en la ciudad y aprender más sobre su historia, el vacío, y el misterioso Portal oculto en las profundidades del bosque. Pero Phoenix ocultaba algo, y cualquier cosa de la que Phoenix Page se negase a hablar solía ser más importante que cualquier interés pasajero que pudiera tener Simon. El hechicero se rascó la barba, pensativo.

—Podríamos marcharnos ahora —dijo—. Cabalgar hasta Karvil City, como planeamos. Ver a los inventores. Encontrarnos con Jess.

Phoenix sacudió la cabeza y se levantó.

—Mañana. Hay algo que todavía tengo que hacer.

—¿Y eso qué se supone que significa? —Simon observó a Phoenix coger su bolsa, al lado de la cabeza.

—Vamos a sorprender a una vieja amiga —dijo Phoenix con una sonrisa—. Aunque dudo que vaya a querer verme. ¡Ajá! —Con una floritura triunfal, sacó medio sándwich de su mochila y le dio un bocado—. Ponte cómodo —dijo, señalando con el pan cubierto de pelusa en dirección a Simon—. Yo haré la primera guardia.

—Rojo —dijo Simon, sin saber dónde empezar siquiera con las preguntas que quería hacerle; pero Phoenix habló por encima de él.

—Pasé dos días en Yonder maltrecho por haber usado las piedras de vacío. Y luego tres días durmiendo bajo un árbol mientras escapaba de una prisión supuestamente inexpugnable en otro planeta. —Simon no estaba seguro de adónde quería llegar Phoenix—. Has cuidado de mí todo ese tiempo —concluyó Phoenix, vagando de nuevo hacia la linde del claro—. Así que te toca a ti descansar un poco.

Simon abrió la boca para discutir, pero se rindió antes de decir nada. Discutir con Phoenix era como discutir con una piedra.

—Vale —dijo con voz ronca—. Despiértame si sientes que te vas a desmayar.



El prisionero

Phoenix estaba sentado en la copa de un viejo madera de sangre, agazapado sobre una rama como una gárgola de piedra supervisando el bosque a sus pies, con los hombros encorvados y envolviéndose las rodillas con los brazos. El sol amanecía en la distancia mientras la brisa jugaba con su abrigo multicolor, haciéndolo ondear a su espalda como una sábana.

Se sentía refrescado, a rebosar de una energía que hacía que todo lo que lo rodeaba pareciese increíblemente lento. Incluso los pájaros que se lanzaban en picado a cazar insectos bajo las primeras luces de la mañana parecían hacerlo a un ritmo que solo confirmaba su, por suerte para ellos, limitada comprensión de la naturaleza pasajera y finita del Tiempo.

Phoenix envidiaba su ignorancia.

Cabezahuecas con suerte, pensó, tamborileando con impaciencia los dedos contra sus antebrazos. Se puso en pie de golpe, y luego bajó en espiral por el tronco de color rojo oscuro del árbol, saltando de rama en rama antes de dejarse caer resueltamente a la hierba de debajo.

Simon yacía en medio del claro, roncando como un gigante en una cueva con eco.

—Nunca duermes más allá del alba —comentó Phoenix—. Te dije que estaba cansado. —Miró con expectación a la cabeza decapitada, colocada sobre el cuadrado de tela que había encontrado Simon. La cabeza le devolvió la mirada, con los rasgos pálidos deformados en una expresión rígida de dolor y sorpresa. La noche no había hecho nada por mejorar su aspecto—. Deberíamos despertarle —añadió—. Pero no es porque no aprecie tu compañía, ¿vale? Has sido

perfectamente agradable.

La cabeza no dijo nada mientras Phoenix rebuscaba en su bolsa, sacando al final una trompeta que había visto mejores días. El óxido había devorado las llaves, y la pátina plateada estaba cubierta de innumerables raspones y abolladuras.

—Aunque tienes que admitir —continuó Phoenix, mientras pulía la trompeta con la manga— que nuestras conversaciones han sido bastante unilaterales.

Se acercó adonde estaba Simon echando una siesta y se inclinó hacia delante, llevándose la boquilla a los labios. Inspiró hondo un largo momento y luego emitió la nota más aguda, ruidosa y descarada de la que fue capaz, haciendo que entrara en erupción una bandada de pájaros sobresaltados en una cacofonía de chillidos y graznidos.

Simon abrió de golpe los ojos, alarmado, y Phoenix tocó una tonadilla breve y estridente antes de guardarse la trompeta en el bolsillo, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Espero que hayas tenido dulces sueños?

Simon echaba chispas por los ojos.

Phoenix se rió, y luego le lanzó a Simon su bolsa al pecho.

—Siento despertarte, pero Roger y yo nos estábamos impacientando.

Simon se incorporó, y se frotó los ojos.

—¿Quién? —preguntó, adormilado.

Phoenix hizo un gesto tranquilo hacia la cabeza.

—¿Le has puesto nombre?

Phoenix asintió mientras se colgaba su propia bolsa del hombro.

—Venga. Tenemos cosas que hacer. Gente a la que ver. —Alzó la cabeza decapitada usando la tela sobre la que descansaba y la llevó fuera del claro, confiando en que Simon lo seguiría a regañadientes.

—¿Ningún accidente nocturno, entonces? —preguntó Simon mientras vagaban por el bosque.

—Un par de Sombras de baja estofa —dijo Phoenix despreocupado, sabiendo que las noticias molestarían inmensamente a Simon.

—¿¡Qué!? ¿Y no me has despertado?

—No hacía falta —dijo Phoenix—. Me ocupé de ellas. Cuidado con dónde pisas. Estos hongos explotan. Te arrancarán la cabeza de los hombros de un estallido.

—¿Cómo te has ocupado de las Sombras? —exigió saber Simon, esquivando de puntillas con sus voluminosas botas los hongos apenas visibles bajo el musgo y la hojarasca—. Ayer apenas te tenías en pie.

Phoenix se giró para mirarlo.

—¿Acaso no te lo dije? —preguntó mientras caminaba hacia atrás, con la cabeza sin cuerpo mirando sin ver desde donde estaba envuelta en tela—. Solo necesitaba algo de tiempo. Han sido unos días duros, con lo de escapar de la cárcel, y que me disparasen, y mi cada vez más inestable relación con el cada vez más inestable vacío. Además de todo eso, quedarme en Bloodwood fue más difícil de lo que me esperaba. —Phoenix se puso rígido de pronto cuando pisó con el talón uno de los hongos. Miró a Simon a los ojos, y se observaron; Simon tenía una expresión más horrorizada incluso que aquella vez que encontró a Phoenix a punto de meter su manita de chico de doce años en un nido de avispones letales.

Phoenix esbozó una sonrisa, y se giró para caminar de nuevo hacia delante.

—Lo de los hongos era broma.

Simon gruñó, frustrado.

—Bueno, al menos parece que estás mejor.

—Ah, el aire libre todo lo cura —dijo Phoenix—. Milagroso, ¿eh?

Una araña del tamaño de un gato cruzó corriendo el camino delante ellos, pero Phoenix la ignoró. El bosque era mucho menos siniestro de día, y rebosaba de pequeñas criaturas y plantas de colores vívidos visibles bajo los rayos de sol que atravesaban los huecos entre las copas de los árboles.

A Phoenix no le habría importado quedarse en el bosque para siempre, pero Alice le había otorgado responsabilidades; y ya había decepcionado a demasiada gente como para permitirse hacer lo mismo con ella.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Simon desde detrás.

—Nada que te fuera a parecer bien —replicó Phoenix mientras se acercaban a la linde del bosque—. Pero, en resumen, impedir que el universo se autodestruya eliminando aquello que lo destruye.

—¿Cómo? —preguntó Simon—. Que cada vez haya más Sombras..., que las cosas se desvanezcan como si nunca hubieran existido..., las luchas por la energía... Todo nos devuelve al vacío. Y no puedes eliminar el vacío, Rojo.

—No —dijo Phoenix mientras apartaba una rama enorme—. Pero puedo contenerlo, quizá. —La rama volvió a su posición tras él, golpeando a Simon en la cara. Simon apartó las hojas, que le raspaban la cara, antes de agarrar la rama y partirla limpiamente por la mitad.

—¿Contener el vacío? —preguntó, negándose a dejar que Phoenix lo distrajese de la conversación.

Phoenix asintió.

—Contenerlo. Controlarlo. Encerrarlo en algún lugar seguro. Necesito llegar a Karvil. El Gremio ha... —Se detuvo al notar que el escudo protector de Bloodwood zumbaba ante ellos.

—Han elevado la seguridad —notó Simon, sintiendo aparentemente que la cúpula de energía que envolvía Bloodwood estaba activada casi a su máxima fuerza.

—Por lo menos la barrera ya no brilla en rojo —dijo Phoenix—. Cuando la amplifican lo suficiente para que brille en rojo es cuando *sabes* que tienen problemas.

Atravesaron la hilera de árboles, y salieron al jardín trasero de la vieja casa de Phoenix. Este se dirigió hacia la puerta trasera, notando ya cómo las guardas anti-Sombras devoraban la energía extra que había recuperado en el bosque.

—Entregaremos a Roger —dijo, deteniéndose junto a la puerta—. Visitaremos a mi amiga Fay. Y luego saldremos quemando rueda en dirección a la ciudad. —Miró hacia atrás, esperando encontrar a Simon a su lado, pero el hechicero estaba de pie en medio del patio con los ojos oscuros fijos en un pequeño cobertizo que Phoenix había ignorado deliberadamente.

No se trataba de nada extraordinario; era una alta estructura de piedra que podría albergar quizá a seis personas, que se pusieran de acuerdo para no mover los brazos. Junto a la puerta de madera medio podrida había unos pocos barriles de metal: contenedores para energía del vacío bruta, un sistema de almacenamiento desfasado que hacía muchos años que los recolectores de vacío ya no utilizaban.

Phoenix tragó saliva, incómodo, preguntándose con qué huellas del pasado se habría tropezado Simon sin querer. A juzgar por el ceño fruncido en el rostro peludo del hechicero, dudaba que tuviera que ver con nada remotamente agradable.

—Escucha —dijo Phoenix, colocándose la cabeza decapitada bajo el brazo—. Sea lo que sea lo que estás viendo ahora mismo, no es asunto nuestro.

—Nunca me lo habías contado —dijo Simon, todavía mirando el pequeño cobertizo cubierto

de enredaderas, perdido en sus visiones del pasado.

Phoenix se limitó a llamar a la puerta y esperar.

—Empiezo a odiar con toda mi alma a esta ciudad —dijo Simon, reuniéndose con Phoenix en la parte trasera de la casa.

—Solo hacen lo que creen que es lo correcto —murmuró Phoenix, resistiendo las guardas anti-Sombras que continuaban intentando hacerle abandonar Yonder.

La puerta se abrió y Matilda los recibió con su habitual ceño fruncido. Phoenix abrió la boca para soltar alguna pulla sarcástica sobre cuánto se alegraba de verla, pero la extenuación inundó su cuerpo de golpe y perdió su agarre de la cabeza. Trastabilló hacia delante, inteniendo atraparla, pero Roger rodó hacia el interior de la casa como una calabaza caída de un carro.

Matilda frunció los labios.

—Entrega urgente —dijo débilmente Phoenix, señalando la cabeza mientras se apoyaba contra una pared de la casa—. Lo atraparon cerca de la linde del bosque.

—El escudo es inestable... —murmuró Matilda, mirando con tristeza el rostro de mirada perdida a sus pies—. Tienes que irte de aquí, Phoenix. Esto es culpa tuya.

—¿¡Culpa *mía*!? —Phoenix se rió, incrédulo, todavía intentando aferrarse a Yonder—. Cómo puede ser un ataque de Sombras culpa... —Se detuvo, y sacudió la cabeza—. Olvídalo. ¿Dónde puedo encontrar a Fay?

—¿Faydelia Leon? —Matilda estuvo a punto de reírse—. Eres la última persona en el universo a la que esa chica querría ver.

—Bueno, el destino del universo quizá dependa de que la vea —dijo Phoenix—. ¿Sigue viviendo junto a la librería?

Matilda chasqueó la lengua.

—Su familia murió, Phoenix. ¿O es que se te ha olvidado?

Phoenix se rascó el brazo izquierdo, aunque el microchip solo había estado dentro de su cuerpo en la Tierra, y luego se giró y comenzó a alejarse.

—Cuida de Roger —murmuró, antes de caer de bruces en el jardín lleno de hierbajos y dejar de inmediato Yonder atrás.

*

Lo primero de lo que se dio cuenta Phoenix al regresar a la Tierra fue de que estaba tumbado sobre el costado en una cama cómoda. Estaba mirando una mesita de noche de madera muy modesta sobre la que había un vaso de agua, un reloj digital, y la cuchara de plata que Phoenix había cogido para defenderse en el apartamento de Bee. Le pareció raro que la cuchara estuviera ahí. Estaba seguro de haberla tirado.

Más allá de la mesita había una ventana abierta y un tentador trozo de cielo azul sin nubes. El tipo de cielo al que Phoenix había mirado con tristeza desde la Torre Flamegate. El tipo de cielo que siempre parecía estar un poquito fuera de su alcance.

Lo segundo de lo que Phoenix se dio cuenta, y que en retrospectiva quizá debería haber sido lo primero, fue de que no podía moverse.

No podía parpadear.

No podía respirar.

Un chorro de palabrotas nacidas del pánico le inundó la cabeza, pero tras un momento de confusión y terror apartó el miedo, obligándose a pensar racionalmente.

Esto ya había pasado antes.

Pese a que la ventana estaba abierta, la cortina de encaje frente a ella estaba inquietantemente quieta, como una fotografía. Y, aunque no podía mover los ojos, vio que el reloj marcaba las

2:13. Contó despacio un minuto en su cabeza. Y luego otro. Y luego un tercero, solo para asegurarse.

La cifra en el reloj no había cambiado.

Phoenix quiso chillar, pero no había nada que pudiera hacer. Estaba atrapado, contemplando a través del ventanuco de su mente aquel momento aislado en el Tiempo, siendo un observador involuntario de lo completamente mundano.

—Esto pasará —intentó convencerse a sí mismo. Su conexión con el vacío lo había expuesto a todo tipo de experiencias anormales a lo largo de su vida, pero solía haber cierto grado de equilibrio en la locura. Este pequeño bache se pasaría enseguida.

Todo lo que tenía que hacer Phoenix era esperar.

—*Esto pasará.*

Los minutos se convirtieron en horas, y Phoenix se esforzó desesperadamente por distraerse de la oscuridad reptante que siempre estaba al acecho en un rincón de su mente, y que él ignoraba cuidadosamente; del insufrible silencio que amenazaba con tragárselo. Pensó a propósito en cosas sin importancia, contando hacia atrás desde cifras muy elevadas, recitando poemas obscenos que recordaba de su niñez, imaginando versiones alternativas de la realidad en las que era libre de vivir su vida.

Pero mientras las horas se arrastraban agónicas su resolución se desvaneció, y la soledad comenzó a jugarle malas pasadas. Sus viejos miedos se convirtieron en monstruos voraces con intenciones propias y Phoenix se derrumbó ante ellos, incapaz de reprimir las oscuras inseguridades que lo habían perseguido desde que tenía uso de razón.

¿Y si nada de lo que hacía suponía una diferencia? ¿Y si moría dentro de una jaula? ¿Y si la oscuridad lo devoraba?

...

¿Y si se lo merecía?

Phoenix entró en pánico en su soledad. Y el Tiempo se mantuvo inmóvil e indiferente.



Palos y piedras

Simon y Matilda miraron en silencio a Phoenix durante varios segundos, sin que ninguno se sintiera particularmente feliz por tener que iniciar una conversación con el otro.

—Bueno, pues adiós —dijo Simon con voz seca antes de levantar a Phoenix en una versión indigna de la posición clásica de rescate de bombero.

—¿Cuál es tu objetivo con todo esto? —preguntó Matilda, aún de pie en la puerta trasera, resguardada del sol matutino que se alzaba sobre la ciudad.

Simon le devolvió la mirada desde el centro del descuidado jardín, con Phoenix echado al hombro como un saco de patatas.

—¿Qué ganas con todo este lío? —lo presionó Matilda—. Sé mejor que nadie que cuidar de Phoenix es un compromiso que nadie aceptaría sin recibir a cambio una recompensa considerable.

—¿Cuidar de Phoenix? —repitió Simon con una carcajada cínica—. ¿Es así como lo llamas? —Le dio la espalda y comenzó a alejarse en dirección al lateral de la casa.

—No es ni mucho menos inocente ¿sabes? —comentó Matilda. Simon se detuvo y se giró lentamente, enfrentándose a ella con la misma fiera determinación que lo había mantenido con vida tanto tiempo—. Mi hija era una Penumbra. Me esperaba que fuera un bicho raro, pero toda la ciudad la adoraba. Contribuía a la comunidad. Pero Phoenix no ha sabido estar a su altura.

—Tú te aseguraste de aprovechar sus rarezas —la acusó Simon, con tono desenfadado—. Lo

trataste como a un animal de granja.

Matilda chasqueó la lengua.

—No es lo que crees.

—¿No? —Simon se acercó de nuevo a ella, y la fulminó con la mirada—. Porque lo que creo es esto. Creo que desafiaste la santidad de la vida y creaste un ser poderoso pero muy inestable, diseñándolo para que sirviera a tus ideales retorcidos y tu avaricia insaciable. Creo que has estado explotando a Phoenix desde el día en que nació. Y, por encima de todo... —Señaló con un dedo acusador a la mujer—. Creo que eres mucho más monstruosa de lo que podría serlo Phoenix jamás, y que un día tus pecados volverán para atormentarte.

Matilda ladeó la cabeza, y su melena roja y canosa cayó sobre sus brazos cruzados. A Simon le inquietaba lo similar que era esta anciana al chico que colgaba de su hombro. Matilda tenía incluso los mismos ojos de intenso color verde aunque los suyos carecían de las motas doradas que identificaban a Phoenix como alguien innegablemente *distinto*.

—Vaya discursito —dijo Matilda con sequedad—. Te lo ha contagiado él, ¿eh?

Simon puso los ojos en blanco, cambió el peso de Phoenix de sitio encogiendo los hombros, y dejó atrás a la mujer del ceño fruncido.

Se detuvo tras dejar atrás el viejo hogar de Phoenix para mirar a un lado y al otro de la calle, pensativo. La gente ya estaba saliendo de sus casas, retocando las guardas protectoras en torno a sus ruinosas propiedades y preparándose para recolectar energía en los alrededores de la peligrosa ciudad.

No se veía a los dos caballos por ninguna parte, por lo que probablemente se hubieran ido a comer hierba más allá de las fronteras de Bloodwood mientras los monstruos nocturnos de las praderas dormían, sanos y salvos, bajo tierra.

En absoluto complacido ante la idea de tener que comunicarse con el caballo antisocial de Phoenix, Simon intentó contactar mentalmente con aquella sarcástica anomalía equina.

—¿Gulliver? —tanteó en sus pensamientos—. ¿Andas por aquí?

—En las colinas —replicó el caballo en la cabeza de Simon, tras una pausa que pareció deliberadamente larga—. Haciendo cosas de caballos. No lo entenderías.

—¿Podrías encontrarte conmigo en Bloodwood? —preguntó Simon, comenzando a caminar hacia el centro de la ciudad, en el que se encontraba la fábrica, con Phoenix todavía sobre su hombro como un saco de patatas.

—Estamos retozando —dijo Gulliver tras otra larga pausa, con la voz cargada de aburrimiento insoportable—. Rodando por la hierba. Corriendo en círculos sin ningún motivo en absoluto. Relinchando. Adoro ser un caballo.

Simon cerró los ojos.

—Que la Luz me dé paciencia —murmuró en voz alta, y luego añadió en su mente—; ¿está Tugger contigo?

—Tugger es idiota.

—Escucha —dijo Simon—. Os necesito aquí a los dos. Nos marchamos de la ciudad. Phoenix está inconsciente otra vez.

—Nada nuevo bajo el sol.

—¿Tú sabías lo de la cámara de vacío? —preguntó Simon, recordando el cobertizo destartado tras la casa de Phoenix.

—Nunca mencionó una... —dijo Gulliver—. Pero me lo imaginaba.

—Diez años, y continúa ocultándonos cosas —suspiró Simon.

—Todos tenemos nuestros secretos.

—Gulliver, está planeando algo gordo.

Durante un buen rato, el caballo permaneció en silencio. Una pareja joven con ballestas y lanzas cruzadas a sus espaldas miró, fijamente y sin disimulo, a Simon cuando pasaron por su lado, suspicaces al ver aquel cuerpo inerte oculto por el abrigo torpemente remendado de Phoenix. Simon les ofreció un asentimiento cortés, pero ellos no ofrecieron a cambio ninguna muestra de educación.

—De acuerdo —claudicó Gulliver—. Nos encontraremos en la entrada oeste.

Simon le dio las gracias y continuó caminando, dejando atrás hogares ennegrecidos por las llamas y el retorcido laberinto de tuberías de metal que transportaba la energía del vacío por la tierra. Al final alcanzó el centro de la ciudad, con sus edificios maltrechos y apoyados unos contra otros como soldados cansados faltos de un buen sueñecito.

De vez en cuando las figuras translúcidas y casi incoloras de personas de hacía muchos años titilaban ante él, interpretando escenas silenciosas que hacía tiempo que se habían desvanecido en los anales de la historia. Un perro persiguiéndose la cola. Un actor itinerante bailando al son de una canción desconocida. Las pálidas siluetas de varios mercaderes gesticulando teatralmente tras puestecitos ahora olvidados.

Desperdigados entre las escenas de la vida, aun así, había destellos de los muertos. Cuerpos rígidos y sin vida apilados en enormes montones a ambos lados de la carretera mientras lloraban niños, ignorados, en medio de la calle. Gente fantasmal que corría de un lado a otro huyendo de enemigos invisibles, aferrándose las heridas o pidiendo ayuda a gritos sin sonido. Pese a los comentarios de Phoenix sobre cómo la barrera mantenía alejadas a las Sombras, Simon sabía que las Sombras habían diezmado la población de aquella ciudad en por lo menos una ocasión.

Simon ignoró los vistazos rotos del pasado con una paciencia que le había llevado toda la vida desarrollar, concentrándose en el aquí y ahora real en su lugar.

Se detuvo a las afueras de la fábrica donde se recolectaba energía del vacío bruta y se procesaba para uso público. Era el edificio más alto de la ciudad, y el único que no estaba hecho de madera ni de piedra, con brillantes paredes de metal que formaban un enorme y adusto cubo sin ventanas y, hasta donde alcanzaba a ver Simon, sin puertas.

Los cientos de tuberías que recorrían Bloodwood se hundían en todos los lados expuestos del monumental cubo, como si fuera una enorme bestia que había sido acribillada a flechazos o ensartada en enredaderas con espinas.

—Precioso, ¿no es cierto? —dijo alguien, deslizándose junto a Simon para observar la monstruosidad plateada.

—Más bien —dijo Simon— creo que es grotesco. —Miró al extraño a su lado, un enorme hombre mayor con una barba descuidada no muy distinta a la del propio Simon que la edad había dejado totalmente gris. Llevaba botas del tamaño de queseras, y una chaqueta de piel capaz de hacer las veces de tienda de campaña. Aparecieron arrugas en torno a los ojos del enorme hombre cuando sonrió.

—No eres de por aquí, ¿a que no?

—Nací en un bosque de pinos junto al mar, en realidad —replicó Simon.

—Yo tampoco soy más que un humilde viajero de paso en esta ciudad —dijo el hombre, apoyándose en un báculo decorado tan grueso que apenas se diferenciaba del tronco de un árbol joven—. Pero esto de aquí es el orgullo de Bloodwood —añadió, señalando hacia delante con el refinado báculo—. La razón por la que arriesgan sus vidas cada día.

—Su dedicación es admirable —dijo Simon, frunciendo el ceño de nuevo mientras observaba la fábrica.

—¿Y a qué dedicarías tú tu vida? —preguntó el anciano, con una nota de diversión retorcida en su voz—. A viajar por el campo con un prófugo trágico como Phoenix Page, quizá.

Simon se envaró.

Una risa grave resonó desde el pecho del hombre.

—Debe de estar metido en un buen lío, para haber decidido regresar a este lugar —comentó, echando un vistazo bajo la capucha de Phoenix.

Simon se apartó, fuera de su alcance.

—No pretendo hacerte sentir incómodo —dijo el anciano con una sonrisa juguetona—. Solo sé que cuando Phoenix tiene problemas, los acabamos teniendo todos... Este chico es siempre el epicentro de la tormenta.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Simon, echándole un vistazo suspicaz al hombre—. ¿Qué quieres?

—Ofreceros mi ayuda.

—¿Por qué?

—El chiquitín es un buen aliado. Además, siento debilidad por él. —El hombre hizo un gesto hacia Phoenix con su gran mano—. ¿Puedo?

Simon no dijo nada.

—Confía en mí. Soy un profesional. —El hombre se lanzó hacia delante para darle a Phoenix una palmada en la espalda. Simon trastabilló hacia atrás por la repentina presión en el mismo momento en que Phoenix comenzó a chillar, rugiendo con una intensidad apabullante que enseguida atrajo la atención de los viandantes que estaban cerca. Phoenix rodó rápidamente del hombro de Simon, cayendo al suelo adoquinado antes de levantarse de un salto con las manos alzadas ante sí, listo para defenderse de fuera cual fuese la calamitosa situación que lo había despertado.

—¿Rojo? —preguntó Simon con cautela, dándose cuenta de que Phoenix estaba mucho más intranquilo de lo habitual incluso para sus estándares. Sus ojos moteados de dorado lanzaron miradas furtivas a la multitud de su alrededor antes de posarse por fin sobre el enorme extraño que le había dado un golpe en la espalda.

Phoenix entrecerró los ojos.

—Tú —gruñó, caminando hacia el anciano.

—Mi querido chico —dijo el hombre, apoyándose tranquilamente sobre su enorme báculo—. Qué alegría volver a verte.

Phoenix le dio una patada al báculo para arrebatárselo, y lo cogió del suelo para señalar al hombre con él de manera amenazante. El hombre sonrió tras su barba plateada, sin preocuparse por la hostilidad.

—Venga, antes de que te hagas daño, permíteme decir...

Phoenix balanceó el báculo delante de él, y un remolino chisporroteante de luz dorada envolvió la vara antes de golpear al hombre en el pecho, lanzándolo al otro lado de la calle contra la sobresaltada multitud. Simon observó, asombrado, cómo Phoenix alzaba el báculo y apuntaba hacia donde el extraño se había detenido tras deslizarse sobre la espalda por el suelo, haciendo temblar la tierra.

El hombre dejó escapar una enorme carcajada y comenzó a levantarse, pero Phoenix movió el báculo hacia delante y un nuevo haz de luz surgió del mismo, barriéndolo del suelo.

—¡Qué gran gesto de gratitud! —vociferó el hombre desde el suelo mientras Phoenix caminaba hacia él. Simon miró incómodo a la intranquila multitud que crecía rápidamente, dándose cuenta de que varias personas habían sacado armas y parecían cada vez más impacientes

por utilizarlas.

—Phoenix —intervino Simon con delicadeza justo cuando Phoenix alzaba el báculo sobre su cabeza, probablemente para golpear con fuerza al hombre en el pecho—. ¿No crees que deberías pensarte lo de robarle báculos a los ancianos para atacarles brutalmente? Hay gente mirando.

Phoenix vaciló, con la mirada fija en el hombre que le sonreía desde el suelo. La multitud susurraba entre sí y murmuraba con odio el nombre de Phoenix, pasándolo como si fuera dinero sucio de una persona a la siguiente.

—Sí que parece infantil —asintió el hombre—. Después de todo lo que he hecho por t...

Phoenix fue a golpearlo con el báculo con un rugido, pero Simon saltó hacia delante y lo agarró antes de que pudiera vaciar de aire los pulmones del anciano.

—Rojo —siseó Simon entre dientes, quitándole con cuidado el báculo de las manos e impresionado por la cantidad de energía que había en él—. En serio, relájate.

Phoenix parpadeó como si estuviera en un trance.

—Simon —dijo tras una pausa—. Me estoy quedando sin tiempo.

Antes de que Simon pudiera responder, una piedra salió volando de la multitud de mirones y golpeó a Phoenix en el hombro. Sorprendido, se giró justo cuando una segunda piedra se dirigía a su cabeza, y no logró apartarse a tiempo de evitar que los salientes rocosos le arañaran la mejilla con suficiente fuerza para hacerle sangrar. Fulminó con la mirada, desafiante, a la multitud.

Todavía en el suelo, el anciano comenzó a reírse de nuevo.

—Hora de irme —dijo, poniéndose en pie con facilidad.

Phoenix agarró al enorme extraño de la chaqueta.

—¿Por qué estás aquí?

El hombre le ofreció una sonrisa benevolente.

—Querido chico —dijo mientras tomaba con calma su báculo de manos de Simon, que a su vez se sentía muy confundido respecto a lo que fuera que estuviese pasando—, esto solo ha sido un llamamiento social. —Le ofreció a Phoenix una sencilla tarjeta de visita—. Ahora trabajo en Karvil. Ven a verme si alguna vez necesitas un hechicero de verdad.

Algo en la forma en que dijo “de verdad” inundó de amargura el cerebro de Simon, distrayéndolo de la lluvia de piedras que la multitud les había lanzado. Una piedra voluminosa se estrelló contra la espalda de Simon sin hacerle daño, mientras que otra más pequeña produjo un crujido audible al chocar contra la sien de Phoenix.

—¡Apartaos! —bramó Simon en dirección a la masa de gente, y un relámpago azul salió disparado sin querer de su mano.

—¡Marchaos de Bloodwood! —gritó una mujer, lanzando otra piedra.

Más gente comenzó a gritar.

—¡Cobarde!

—¡Traidor!

—¡Deberíamos haberte matado, asquerosa Penumbra!

Phoenix encajó los insultos en silencio, apretándose con la mano el corte que tenía en la cabeza mientras se le sonrojaba el rostro cada vez más.

El anciano sofocó una risa, tendiéndole todavía la tarjeta de visita a Phoenix.

—No malgastes tu tiempo con estos idiotas.

Phoenix tomó la tarjeta en silencio; su mano ensangrentada manchó el delicado papel blanco en cuanto lo tocó. El hombre sonrió con aprobación.

—Buen chico. —Entonces tomó tanto a Phoenix como a Simon del hombro, y el silencio los

envolvió mientras la ruidosa multitud se desvanecía de la vista. Por un segundo Simon no pudo respirar, y se vio lanzado a través de la oscuridad más absoluta antes de encontrarse de pie en un frondoso prado. Lo acompañaban Phoenix, el colosal anciano, y varias vacas perplejas.

Habían llegado a las afueras rurales de Bloodwood sin salir todavía de su cúpula protectora, con algún caserío solitario acá y allá que resistía en pie en las cimas de las colinas cercanas. El área urbana de la ciudad continuaba siendo visible al final de un largo camino polvoriento que cruzaba serpenteando el Bosque de Bloodwood, haciendo eses entre campos de cultivo, ganado y hierba.

—Bueno, tras semejante acto de generosidad y amabilidad... Parece que es buen momento para marcharme. —El enorme hombre hizo una reverencia.

Phoenix frunció el ceño.

—No necesitamos tu ayuda, Maulbrak.

—¿Maulbrak? —repitió Simon—. ¿Ese Maulbrak?

Phoenix se limitó a arrugar la tarjeta de visita y metérsela de mala gana en el bolsillo del abrigo.

—¿El hechicero que contrataron tus abuelos para hacerte más fuerte? —añadió Simon.

—El mismísimo que viste y calza —dijo Maulbrak con una sonrisa—. El mejor hechicero que conocerás jamás.

—Ya lo dudo —soltó Simon, y el anciano sonrió.

—Sí, y además, conocía a tu tutor. Edgar era un buen amigo mío.

—¿Le conocía? —preguntó Simon, distraído por el hecho de que Phoenix les había dado la espalda y estaba atravesando con determinación el prado en dirección a un portón en la lejanía.

—Fue triste oír que se desvaneció —continuó Maulbrak—. Le tenía gran respeto a su labor en el mapeo del vacío. Era un auténtico innovador.

—Era muchas cosas —dijo Simon, observando cómo Phoenix se alejaba más y más—. No todas ellas buenas.

—Tenía grandes planes para ti, ¿sabes? —comentó Maulbrak—. Creo que se sentiría decepcionado si viera lo poco que has avanzado.

Simon sintió que se calentaban rápidamente los dedos de nuevo. Se giró para mirar con incredulidad al anciano.

—¿Disculpe?

—Podrías ser mucho más, Simon Wolfe. —A Maulbrak le brillaron los ojos como a alguien que disfrutaba de la crueldad—. Te veré en Karvil.

El anciano desapareció tras decir aquello, y Simon se quedó allí bullendo con una ira que amenazaba con convertirse en energía física si no calmaba sus pensamientos lo suficientemente rápido.

Tomó aire para tranquilizarse, y luego oteó el prado para ver adónde había ido Phoenix. El idílico campo se extendía más allá de las fronteras de Bloodwood, y de lo que alcanzaba a ver Simon. Las vacas pastaban tranquilamente bajo el sol, meneando las colas mientras pajaritos diminutos brincaban a su alrededor buscando lombrices. A la sombra de un árbol cercano, un grupo de goblins sospechosamente pacífico estaba de pie en corro, rodeando un gran huevo moteado y recitando con suavidad lo que podría considerarse una oración.

Pero Phoenix no estaba en ninguna parte.



Confrontaciones

A Phoenix le estaba dando un ataque al corazón.

Por lo menos, él pensaba que le estaba dando uno. No estaba seguro de si era por la exposición prolongada a la barrera de Bloodwood, la rabia explosiva por la confrontación con Maulbrak, el choque con los pueblerinos resentidos, o el alivio sobrecogedor por poder mover de nuevo su cuerpo..., pero algo le había puesto el corazón en modo ultra.

Estaba sentado jadeando sobre la hierba alta que coronaba la colina, apoyado contra un poste medio podrido mientras se aferraba el pecho con una mano como si arrancarse el corazón del cuerpo fuera a hacer la situación algo más soportable.

—¿Necesitas algo?

Phoenix entrecerró los ojos y alzó la mirada para encontrar a Simon inclinado sobre él, bloqueando la luz del sol.

No respondió, demasiado ocupado intentando obligarse a recuperar el control de su respiración. Simon permaneció de pie en silencio un momento, y luego se sentó cuan largo era al lado de Phoenix. Phoenix se pasó los dedos por el pelo.

—Háblame de algo —murmuró.

—¿De qué? —preguntó Simon, mirando el mar de hierba.

Phoenix sacudió la cabeza.

—Lo que sea.

El silencio se tornó más pesado, espesándose como la densa niebla vespertina.

—¿Te estás muriendo? —preguntó Simon tras un rato.

—¿*En serio*? —Phoenix se rió, y gran parte de su pánico se disipó—. Habla del tiempo. El turbulento clima político del último siglo. Los absurdos rituales de apareamiento de los trolls de montaña en peligro de extinción. Me da igual. Pero deja de lado mi mortalidad por un momento, ¿quieres?

Simon se cruzó de brazos.

—Estás distinto. Sobre todo este último mes..., pero desde el año pasado...

—El año pasado. —Phoenix le lanzó una mirada ladeada al hechicero, con el corazón aún latiéndole con fuerza contra las costillas—. Me morí, Wolfe. Estuve muerto. Ya no lo estoy. Tengo mucha suerte. Siguiente tema.

—Te conozco desde hace diez años —continuó Simon—. Hemos pasado la mayoría de ese tiempo investigando los túneles de vacío..., haciendo dinero con nuestra música..., ayudando a la gente a entender la energía...

—¿Y? —preguntó Phoenix, un poco más agresivo de lo que pretendía.

—Yo era el que estaba obsesionado con el vacío —dijo Simon—. A ti solo te interesaba pasártelo bien. ¿Pero de pronto quieres hacerte el héroe?

Phoenix se mordió la lengua, apenas consciente de cómo se frotaba el antebrazo en círculos con el pulgar en un intento por calmar el recurrente picor imaginario creado por su vida fuera de Yonder.

—¿Qué está pasando, Rojo?

Phoenix continuó en silencio, preguntándose por dónde empezar. Simon se merecía la verdad. Y la descubriría pronto de todas formas.

—Mira —dijo Simon, apoyándose contra la valla—. Sea cual sea el problema..., Jess y yo te apoyaremos. Ya lo sabes.

Phoenix cerró los ojos, arañándose el brazo con las uñas sin piedad.

—Estamos preocupados por ti —añadió Simon.

—Jess y tú siempre estáis preocupados por mí —murmuró Phoenix—. Me tratáis como si fuera un gatito escupefuego con alergia al sol y a las plantas.

La carcajada del hechicero fue breve.

—Queremos lo mejor para ti.

Phoenix dejó de rascarse, reacio a verbalizar sus miedos.

—¿Y si eso no es posible? —preguntó con cautela—. ¿Y si estoy destinado a sufrir para que otros permanezcan a salvo?

Simon frunció el ceño.

—Menuda gilipollez.

—En serio —dijo Phoenix, asintiendo con aprobación exagerada mientras extendía la mano para tomar la de Simon—, tus intervenciones tienen un valor incalculable. Gracias, Simon, cuánta sabiduría. —Phoenix se tendió sobre la tripa—. Esta conversación ya no me interesa. —Rodó colina abajo hasta detenerse cuando el suelo se niveló de nuevo no mucho más abajo, con hierba y semillas pegadas al abrigo y al pelo.

—Otra maniobra ejecutada con elegancia —dijo Simon, arrastrando las palabras, desde la cima de la colina.

Phoenix sacudió la cabeza como un perro saliendo de un estanque, y luego se apoyó sobre un codo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—¿Hoy? —preguntó Simon con acritud—. ¿Quizás una hora?

Phoenix arqueó las cejas.

—¿Una *hora*? Me he pasado días atrapado.

Simon esperó a que Phoenix se explicase.

—Atascado en el Tiempo. En una cama —dijo Phoenix—. Presente pero sin estar presente. Mirando una cuchara. ¿Qué hacía allí la cuchara? ¿Qué le pasó a Bee? ¿Está Alice viva? *Luz bendita*, me muero de hambre. ¿Me puedes lanzar la bolsa?

Simon lo miró un momento, y luego alcanzó sin prisas la bolsa de Phoenix, apoyada contra la valla. La deslizó colina abajo y Phoenix la agarró, volcando todo su contenido sobre la hierba.

—¿Ha pasado esto antes? —preguntó Simon mientras Phoenix hurgaba en el ecléctico revoltijo en busca de comida, apartando papeles arrugados, la trompeta, libros de bolsillo y un llavero oxidado del que colgaba más de una docena de llaves antiguas.

—Una vez —dijo Phoenix—. Durante uno de los experimentos de Flamegate el año pasado. Me pasé horas mirando los pelos de la nariz del Hermano Aphelion, el lumbreras feo al que resultó tocarle comprobar mis constantes vitales en ese momento.

—¿Estabas separado de tu cuerpo?

—Más bien separado del *Tiempo* —dijo Phoenix, sacando uno de los sándwiches del día anterior cubiertos de pelusas de su abuela—. Probablemente fuera un efecto secundario de la Colisión.

—¿Esa máquina de la Tierra que construyeron los Maestros de las Sombras?

Phoenix asintió.

—Actúa como un imán, atrayendo enormes cantidades de energía cada vez. —Le dio un mordisco al pan rancio—. Fue la fuerza de la Colisión lo que me atrajo a Flamegate —añadió—. El día que ese farsante de curandero, Maulbrak, intentó hacerme algo menos bicho raro. Por desgracia, terminé desnudo como un bebé en una jaula de cristal en un planeta extraño, rodeado por científicos malhumorados con batas, y he estado despierto desde entonces... —Phoenix se rió con sequedad—. Fue el principio de un día muy largo. ¿Quieres algo de pan? Te va a partir los dientes.

Simon lo rechazó.

—Al principio —dijo Phoenix, arrancando un trozo de corteza dura—, la Colisión se diseñó como una forma de recolectar energía del vacío bruta del universo. No discriminaba. Era como lanzar una red al corazón del vacío para capturar toda la energía posible. —Phoenix hizo una pausa, distraído con un desfile de goblins que pasaba cerca; el goblin a la cabeza acunaba un huevo. Desaparecieron entre la hierba alta, entonando una melodía sombría que se disolvió en la brisa—. *Por desgracia* —dijo Phoenix mientras se metía lo que quedaba del pan en la boca—, Flamegate ha afinado las capacidades de la Colisión.

—¿Y ahora te busca a ti en concreto? —adivinó Simon.

Phoenix vaciló, con los carrillos llenos de comida. Siempre le había impresionado lo rápido que Simon entendía conceptos que habrían dejado perpleja a casi cualquier otra persona en Yonder. Tragó.

—Me han enganchado tantas veces a esa máquina que no es nada extraño que pueda rastrear mi huella energética.

—¿Volverás a esa cárcel?

—Puede —dijo Phoenix—. Probablemente. En algún momento. —Comenzó a reunir sus pertenencias y devolverlas a la bolsa—. Pero la Colisión no es fiable. Puedo resistirla durante un tiempo. Por eso estaba atascado. Distintas partes del vacío tiraban de mí en varias direcciones a

la vez, y supongo que me congelé en un punto medio.

—Ese tal Maulbrak... —comenzó Simon.

Phoenix gruñó.

—Es una viscosa, maquiavélica, egocéntrica y manipuladora manifestación del mal en estado puro.

—Te ayudó —dijo Simon—. Te devolvió al flujo habitual del Tiempo.

—Maulbrak no ayuda a la gente —dijo Phoenix, sombrío—. Se ayuda a sí mismo. —De pronto se tensó y entrecerró los ojos, mirando al horizonte.

—Nos alejó de la horda enfurecida en Bloodwood —agregó Simon.

—Que, por otro lado, tiene todo el derecho a estar enfadada —murmuró Phoenix. Se puso en pie, con la mirada aún fija en la lejanía.

El viento había cambiado.

—Si vas en serio con lo de estabilizar el vacío —dijo Simon, observando a Phoenix desde lo alto de la colina—, te ayudaré. Pero necesito más información. ¿Qué pasó en Bloodwood?

Phoenix apartó la mirada de las impresionantes vistas para mirar a Simon mientras el viento arreciaba, empujándolo hacia el horizonte como el mar que tira sediento de la marea.

—Fui un estúpido —dijo Phoenix mientras el viento tiraba de su abrigo, y le silbaba en los oídos—. No debería haber muerto nadie.

Una explosión ensordecedora resonó tras él. El poderoso vendaval lo golpeó en la espalda, estampándolo contra la ladera de la colina y lanzándolo cuesta arriba. Simon se estrelló contra la valla, logrando de alguna manera agarrar a Phoenix por el tobillo y tirar de él cuando salió volando sobre su cabeza. En shock, las vacas se chocaban unas con otras; los goblins atravesaban el cielo como cometas de colores sin cuerda; y un viejo granero no muy lejos fue arrancado de sus cimientos por el viento, que rugía con una fuerza y velocidad antinaturales. Simon tiró de Phoenix hacia el suelo, donde rodó varios metros por la hierba.

Phoenix se cubrió las orejas con las manos, ensordecido por el familiar dolor pulsante que acompañaba a la actividad extrema del vacío mientras el vértigo lo embargaba, ladeando el mundo hacia delante y amenazando con levantarlo del suelo y lanzarlo a los cielos.

El viento se calmó tan rápido como había empezado, transformándose en una suave brisa como si no hubiera ocurrido nada en absoluto. Phoenix yacía quieto con la cara contra el suelo mientras le daba vueltas la cabeza, y era vagamente consciente de que la barrera anti-Sombras que rodeaba Bloodwood se había debilitado tanto que apenas seguía ahí.

El ruido zumbante que le taladraba la cabeza a Phoenix acabó por desvanecerse lo suficiente para que se diera cuenta de que un sonido distinto reverberaba en el cielo.

Un sonido que no pertenecía en absoluto a Yonder.

Abrió los ojos de golpe y se levantó como pudo, atravesando a todo correr las colinas para recoger a Simon, que intentaba con ahínco desenredarse de la maltrecha valla.

—Bueno —dijo Phoenix, apartando de en medio un poste de la valla—, un misterio menos.

Simon continuó tendido sobre su espalda, mirando con los ojos muy abiertos el cielo tras la cabeza de Phoenix.

—Por toda la Luz, ¿¡qué demonios es eso!?

—Solo es un helicóptero. —Phoenix miró hacia atrás, a la monstruosa máquina de Flamegate que se dirigía hacia ellos, con las luces rojas atravesando las nubes—. Nada de lo que preocuparse. Me había estado preguntando adónde había ido a parar...

—Viene directo hacia nosotros.

—Hace un segundo estaban rodeando el apartamento de Bee —dijo Phoenix, agarrando el

brazo de Simon e intentando levantar al pesado hechicero del suelo—. Probablemente estén tan sorprendidos como tú.

Simon se levantó, inseguro, pero Phoenix lo agarró de la chaqueta y tiró de él colina abajo antes de que pudiera hacer más preguntas.

—Es mejor mantenernos fuera de su camino.

—Esa cosa —resopló Simon mientras corrían campo a través en dirección a la ciudad—. ¿Es de la Tierra?

—Está a punto de estrellarse. —Phoenix ralentizó el paso y se giró. El helicóptero estaba ladeándose, y se acercaba a toda velocidad al suelo. El cambio entre mundos era una sentencia de muerte, con o sin colisión de helicóptero.

Muy poca gente podía atravesar el vacío, y vivir para contarlo.

Phoenix echó a correr en la dirección de la que acababan de venir, con los ojos fijos en el helicóptero mientras éste caía del cielo en espiral.

—¡Oye! —lo llamó Simon, pero Phoenix no prestó atención, ganando velocidad mientras corría hacia donde había esperado que cayera el helicóptero, no muy lejos del camino de tierra que serpenteaba a través del bosque.

El helicóptero se estrelló contra el camino. Sus rotores rociaron grava y polvo, y la cola se partió limpiamente por la mitad mientras el aparato entero volcaba sobre un costado. Phoenix se acercó cuando el desastre comenzaba a asentarse, vadeando con cuidado los restos mientras se concentraba en las dos personas atrapadas dentro.

Phoenix reconoció al copiloto, delgado y de pelo canoso, como el Hermano Magma, un miembro de Flamegate conocido por su mal carácter y sus creativas técnicas de tortura. Pero la piloto era una chica bajita y fornida que Phoenix no había visto nunca, apenas lo bastante mayor para haber completado el entrenamiento.

Phoenix trepó sobre los restos y se inclinó a través del destrozado parabrisas frontal para evaluar los daños. Magma estaba inconsciente, y le sangraba con profusión un lado de la cabeza, pero la chica alzó la mirada con ojos oscuros y desenfocados.

—Tú eres... Al que buscamos. —Se le contrajeron los músculos a raíz de la energía del vacío que corría por sus venas, desgarrándole las células.

—Sí —murmuró Phoenix, acuclillándose con cuidado sobre lo que quedaba de la consola central—. Phoenix Page. Un placer conocerte. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis atravesado el Portal a propósito

—¿Estamos en Yonder? —preguntó la chica—. Mi padre... Solía contarme historias... Sobre Yonder. Siempre he soñado... con verlo...

—Qué bonito —dijo Phoenix—. El vacío. ¿Cómo lo habéis atravesado? ¿Habéis forzado la apertura de un túnel?

—Tengo frío... —susurró la chica.

Phoenix la miró un instante, con la mandíbula apretada. El helicóptero crujió a su alrededor, incómodo en su lugar de reposo. Al final dejó escapar un pequeño suspiro, se quitó el abrigo, y se lo puso por encima a la piloto.

—¿Cómo te llamas?

—Constance...

—¿Puedes moverte, Constance?

La chica no respondió. Phoenix se inclinó más hacia dentro del helicóptero y desabrochó el cinturón de seguridad de la piloto antes de sacarla por el parabrisas.

—¿Quién es tu padre? —preguntó mientras se deslizaba por el morro del helicóptero hacia la

hierba.

—El Hermano Astros —murmuró la chica tras la cortina de pelo espeso que le cubría la cara.

—Uno de los menos malvados —dijo amablemente Phoenix antes de que llegase Simon, jadeando mientras cargaba con ambas bolsas de equipaje a la espalda, con las cejas perladas de sudor. Phoenix empujó a la piloto herida hacia los brazos de Simon—. Muéstrale el cielo. Los árboles. Algo más bonito que todo esto. Yo me quedo con este. —Le clavó el pulgar a Magma, que continuaba inconsciente y atado al asiento del copiloto.

—Eh... —Claramente Simon todavía no se había hecho a la idea de aquella máquina extraterrestre.

Constance alzó la mano para tocarle la cara.

—¿Papá?

Simon le frunció el ceño.

—Lo siento. No.

—Deprisa —dijo Phoenix—. Quiere ver Yonder.

Simon dudó, dividido entre el deseo de hacer preguntas y la necesidad de atender a la chica herida. Phoenix arqueó las cejas en su dirección, y él asintió.

—Cielo —dijo el hechicero con voz ronca—. Árboles. Entendido. —Levantó a la joven piloto y la llevó sin esfuerzo colina arriba, hacia la sombra de un madero de sangre lejano. Se estaba formando un ejército de pueblerinos armados junto al camino, que observaban desde la distancia cómo se desarrollaba aquella extraña debacle. Phoenix les dio la espalda y volvió a trepar por el morro del helicóptero. La respiración del Hermano era superficial, y seguía con los ojos cerrados mientras le resbalaba sangre por un lado del rostro hinchado.

—Has vuelto.

Phoenix dio un salto de sorpresa, golpeándose la cabeza contra el metal plegado sobre él antes de girarse para ver a una mujer joven de pie frente a la cabina de mando. Tenía las orejas adornadas con oro, y la nariz pecosa decorada con un simple aro de plata. El pelo rubio oscuro le caía hasta la cintura en una nudosa red de rastas y rizos, y tenía la ropa polvorienta y con agujeros. Pese a la década que había pasado, Phoenix la reconoció de inmediato.

—¿Fay?

—Vuelves a ser la comidilla de la ciudad, Phoenix.

—No puedo decir que me sorprenda —dijo Phoenix, observándola con una extraña mezcla de miedo y fascinación nostálgica—. ¿No te inquieta este vehículo aéreo alienígena que acaba de desplomarse desde el cielo?

Fay se encogió de hombros.

—No es la primera vez que el vacío escupe una rareza desconocida en esta ciudad. Tampoco me sorprende que además coincida con tu llegada.

Phoenix se encogió.

—No te falta razón —murmuró antes de continuar—. Escucha, me alegro de verte. Pero no es un buen momento.

—Fui a tu casa.

Phoenix esbozó una sonrisa.

—Igual que yo. Una idea terrible.

—Tu abuela me dijo que me estabas buscando.

—Era verdad. —Phoenix miró tras de sí, incómodo, consciente de que Magma cada vez se acercaba más a dejar de existir. Un Hermano muerto no le serviría de nada—. Fay, ¿puede esperar todo esto?

Fay le frunció el ceño, mirándolo a los ojos, concentrada como una leona preparándose para arrancarlo de donde estaba.

—¿Por qué me buscabas?

Phoenix suspiró, derrotado.

—Necesito ayuda.

—¿Ayuda? —Fay abrió los ojos amarillos de par en par—. Lo perdí todo por tu culpa, ¿y ahora quieres mi *ayuda*? ¡Pensé que habías venido a disculparte!

—No te pido que me perdones —dijo Phoenix—. Pero *sí* intento compensar lo que hice. Tengo un plan. Y ahora mismo ese plan implica tener una conversación educada con este caballero que tengo detrás. —Se giró y se inclinó hacia el interior del helicóptero, pellizcando a Magma en la oreja—. Despierta, pringado.

—¿Quién es? —preguntó Fay con rigidez.

—Alguien a quien no echaré de menos. —Phoenix le dio un par de tortas en la mejilla a Magma, pero el Hermano no abrió los ojos. Fay se acercó, echando un vistazo a través de la puerta destrozada para ver la situación mejor.

—Este hombre es peligroso —dijo—. Puedo notarlo.

—Tendrías que haberlo visto cuando *no* se estaba muriendo. —Phoenix le dio un papirotazo en la nariz al hombre.

—¿Está aquí por ti?

—En parte —dijo Phoenix, agarrando al fibroso Hermano inconsciente por los hombros—. Pero también es producto de las destructivas normas sociales nacidas de la codicia de dos civilizaciones insaciables. Así que no soy del todo culpable. —Empezó a sacudir a Magma hacia delante y hacia atrás, salpicando sangre en todas direcciones—. Intento arreglar las cosas, Fay.

El Hermano moribundo abrió los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Cinco.

Phoenix se tensó, apretando con más fuerza los hombros de Magma.

—Bienvenido a Yonder —gruñó.

Fay sacudió la cabeza.

—Esto no va a acabar bien.

Phoenix la ignoró, concentrado en el rostro magullado y arrogante que lo desafiaba desde el asiento del copiloto. Quería permanecer tranquilo, pero le hervía tal odio bajo la piel que era imposible reprimirlo del todo.

—No nos has traído nada más que problemas, Phoenix. —Fay se apartó del destrozo, con voz grave—. Vuelve a las Sombras a las que perteneces.

Phoenix se giró, pero Fay ya se había desvanecido como el humo, dejando atrás su ropa polvorienta, que ahora yacía sobre la hierba.

—Qué novia tan preciosa.

—Cierra el pico. —Phoenix tamborileó con los dedos sobre los paneles de control resquebrajados, observando la hierba en busca de cualquier movimiento. Pero Fay se había ido.

—Robaste la única piedra de vacío de Flamegate.

Phoenix le lanzó a Magma una mirada fulminante.

—Está más a salvo conmigo que con vosotros.

—¿De verdad? —se rió el Hermano, mientras la sangre le manchaba las comisuras de los labios—. Tu cuerpo se degrada. No puedes cambiar tu destino.

—No —dijo Phoenix con cansancio—. Pero quizá pueda cambiar el mundo.

—Lo dudo.

—El año pasado —dijo Phoenix—, me trajiste de vuelta de entre los muertos.

—¿Y? —preguntó Magma con una sonrisa torcida—. ¿Planeas otra excursión?

—Si fuera así, ¿podría Flamegate traerme de vuelta otra vez?

Magma se limitó a sonreír con suficiencia.

—¡Respóndeme! —chilló Phoenix.

Magma se pasó la lengua por los labios hinchados, y luego le lanzó un escupitajo sanguinolento a Phoenix a la cara.

—Responde mis preguntas —dijo Phoenix, aferrando el brazo de Magma—, y te sacaré para que veas Yonder una última vez.

Magma sonrió, y cerró los ojos.

—¿Crees que me interesa la nostalgia de nuestro primitivo hogar ? No voy a morir aquí. Formo parte de algo sagrado... Algo eterno. —Se reclinó y rió, con la carcajada intensa e histérica de un hombre al que ya no le importaba lo fuera de sí que pudiera parecer.

Un calor seco y punzante envolvió el helicóptero desfigurado y sus alrededores mientras Magma se perdía en su propia euforia. La pintura se peló sobre los paneles de metal, y la humedad chisporroteó en el aire. Phoenix se apartó rápidamente del parabrisas roto, y se alejó mientras la hierba seca crujía bajo sus pies. La risa maníaca se detuvo de repente, y Magma miró a Phoenix a los ojos.

—En Flamegate, somos inmortales.

El Hermano chasqueó sus dedos rojos y cubiertos de ampollas, y todo lo que había cerca, incluidos Phoenix y el helicóptero destrozado, quedó envuelto en una enorme bola de fuego y humo.



No sin ofrecer resistencia

Simon había estado arrodillado junto a la joven piloto, dándole la espalda a la extraordinaria máquina voladora, cuando la explosión retumbó en la serenidad silenciosa de aquellas tierras de cultivo, seguida por los gritos sorprendidos de los pueblerinos que habían estado mirando desde no muy lejos.

—Rojo... —El hechicero miró por encima de su hombro la nube de humo que brotaba del desastre en llamas colina abajo—. ¡Rojo! —Comenzó a ponerse de pie, pero la piloto aferró sus dedos.

—Papá —susurró, tendida bajo el solitario árbol madera de sangre.

Simon la miró con desesperación.

—La Luz te dará Su calor. —Se apartó amablemente de su débil agarre, y se giró de nuevo hacia el helicóptero destrozado solo para descubrir que no tendría por qué haberse preocupado.

Phoenix había emergido del humo, prácticamente desnudo y cubierto de cenizas. Vio a Simon bajo el árbol y cojeó colina arriba con decisión, protegiéndose la cabeza con los brazos mientras llovían hollín y trozos de metal del cielo.

Simon volvió a mirar a la chica, horrorizado al descubrir que había exhalado su último aliento. Se arrodilló a su lado, y le quitó con delicadeza el abrigo de Phoenix. Para cuando hubo doblado la prenda, Phoenix había llegado y estaba de pie, visiblemente conmovido, a la sombra.

—Menos mal que soy algo termorresistente —dijo, inspeccionando sus botas raídas y ahora ennegrecidas; eran la única ropa que continuaba intacta.

—¿Algo? —repitió Simon—. Solo eres *medio* Penumbra. ¿Cómo has salido ileso de algo así?

—A mi ropa no le ha ido muy bien —dijo Phoenix, haciendo un gesto innecesario hacia su cuerpo desnudo—. Y unos pocos trozos de metal me golpearon en la espalda, así que sospecho que me saldrá un cardenal.

Simon le pasó a Phoenix su abrigo.

—¿Qué demonios eres?

—Enigmático —replicó Phoenix, deslizándose los brazos dentro de las mangas remendadas y excesivamente largas—. Extraordinario. Sobre todo, alguien que necesita un buen sueñecito. —Asintió en dirección a la piloto, serio de pronto—. ¿Sigue...?

—No. —Simon frunció el ceño, taciturno, en dirección a la chica de pelo oscuro—. ¿Qué deberíamos hacer con ella?

—Pronto se convertirá en polvo. No hay nada más que hacer. —Phoenix se ató el cinturón del abrigo en torno a la cintura, y lo apretó—. Ahora, que... ¿Adónde se ha marchado Fay? —Se giró para alejarse, pero se quedó paralizado cuando el ritmo urgente de unos tambores comenzó a sonar desde la ciudad, haciendo eco por las colinas.

Como si respondieran a una orden divina que no podía ser ignorada, los ciudadanos armados que habían estado observando el fuego se desplegaron por el camino, mirando hacia el bosque mientras sacaban sus ballestas, hondas, y una colección impresionante de otras armas que Simon no había visto nunca. La gente comenzó a salir en masa de hogares cercanos: familias enteras con gesto solemne y mochilas pesadas y complejas colgadas de los hombros. Aparecieron más hordas bajando las calles desde el centro de Bloodwood, muchas de ellas equipadas con cazonetes, botes y largas mangueras de plata con lanzas en sus extremos.

La ciudad al completo era su propio ejército, poderoso y aterradoramente eficiente.

—Que la Luz me perdone —murmuró Phoenix—. Va a volver a pasar.

—¿El qué? —preguntó Simon, observando a las decenas de personas recién llegadas mientras tomaban posiciones en pequeños grupos por todo el campo. Todos los ojos estaban puestos en la franja de bosque oscuro.

—El escudo de Bloodwood se dañó con la llegada del helicóptero. —Phoenix se apoyó contra el árbol—. Estamos a punto de sufrir un ataque.

—¿De las Sombras?

Phoenix señaló sombrío hacia el bosque justo cuando la primera de las terribles criaturas de dos patas aparecía silenciosa entre los árboles, con la piel de color gris carbón tersa sobre las largas extremidades esqueléticas y los ojos dorados mirándolos desde su rostro plano y perturbadoramente humanoide.

Aunque las Sombras rara vez habían sido avistadas fuera del Bosque de Bloodwood desde que acabó la guerra, hacía cincuenta años, las temibles criaturas seguían llenando de pavor a todo Yonder. Podían manejar energía del vacío pura como si fuera tan inofensiva como el agua, y cercenar extremidades con sus garras.

La experiencia de Simon con las Sombras era limitada, pero sabía que lo mejor era evitar heridas a cualquier precio. Porque si el cuerpo quedaba lo suficientemente roto, y la mente demasiado débil para resistir, las Sombras podían colarse dentro. Sus desgarradas formas sólidas se convertían en masas vaporosas de gris oscuro arremolinado antes de verterse por las gargantas de sus víctimas para tomar el control.

Y entonces el humano cumpliría cualquier orden del monstruo. Durante unos momentos insoportables se convertiría en una marioneta, hasta que la energía desgarrase el cuerpo desde dentro y el humano cayera al suelo convertido en un bulto agotado.

Nadie sobrevivía más de una hora cuando una Sombra tomaba el control.

La Sombra se detuvo bajo los maderas de sangre, más alta que cualquier árbol, silenciosa y astuta mientras analizaba la situación con grandes ojos brillantes.

Simon apretó los puños mientras más criaturas delgadas y sin pelo se unían a la primera Sombra en la linde del bosque.

—Hay cientos de ellas.

Phoenix se deslizó aún más tronco abajo, y solo entonces adivinó Simon lo cansado que lo había dejado todo el tema del helicóptero.

—¡Apuntad! —gritó alguien desde la multitud que estaba más cerca del bosque. La orden recorrió el terreno más rápido que un fuego incendiando hierba seca.

—Parece que Amelia Kurt ha trepado rangos hasta convertirse en general —dijo Phoenix, observando a la mujer que había dado la primera orden—. Solía enseñar a todos los niños a atrapar Sombras. Terrorífica.

—¡Aguardad! —vociferó la mujer, y Bloodwood se detuvo, expectante.

—Vamos a tener que luchar —se dio cuenta Simon.

Phoenix juntó las manos.

—Yep.

—Nada de piedras del vacío —le advirtió Simon.

Phoenix se rió.

—¿Y qué otra cosa se supone que debo hacer? ¿Camelarme a los monstruos chupavidas para que se rindan?

Antes de que Simon pudiera responder, las Sombras embistieron como una sola, recorriendo la franja de hierba a brincos agigantados, con las bocas carentes de labios abiertas en muecas hambrientas.

—¡Disparad! —rugió Amelia, y las lanzas atravesaron el cielo para clavarse en la primera oleada de monstruos. Algunas de las Sombras más pequeñas cayeron al suelo, pero la mayoría se limitó a arrancarse las lanzas del cuerpo y tirarlas a un lado sin detenerse.

Phoenix alzó la mano, y una piedra del vacío verde con vetas doradas salió disparada hacia arriba para flotar sobre su cabeza, emitiendo un zumbido grave y monótono.

—Phoenix... —comenzó Simon; pero un siniestro brillo de júbilo iluminaba los ojos de Phoenix, que salió disparado colina abajo hacia las Sombras mientras la piedra lo seguía como una mascota leal.

—¡Que parezca que estás vivo, Wolfe! —gritó por encima de su hombro—. ¡Bloodwood nos necesita!

Simon hizo una mueca mientras las colosales criaturas atravesaban el pequeño ejército del pueblo que más cerca estaba del bosque, acuchillando sin piedad la barricada humana con sus letales garras, desgarrando cuerpo tras cuerpo y lanzando a la gente al suelo. Varios monstruos se habían vertido ya dentro de gente herida, que se puso en pie y se tornó en contra de los suyos. Los humanos poseídos luchaban sin miedo, con los ojos encendidos por una luz dorada hasta que la energía los consumía desde dentro y se derrumbaban; meras cáscaras abandonadas para morir a su suerte mientras las Sombras regresaban a su forma física y continuaban embistiendo.

Simon se había encontrado con Sombras antes, pero nunca así. Había visto Sombras pequeñas. Sombras débiles. Sombras confusas y solitarias, que habían sido escupidas por túneles

de vacío espontáneos y seguían intentando entender el mundo. Pero esto..., esta estampida unificada y sin fin de criaturas esbeltas y horrorosas, que podían invadir un cuerpo maltratado antes de deshacerse de él como si fuera un trapo inservible... Era la pesadilla que aterrizzaba a adultos y niños por igual.

Phoenix se lanzó a la refriega. Un estallido de energía dorada brotó de sus manos y barrió a una Sombra de sus pies antes de que pudiera meterse en el cuerpo inerte de una niña a la que había intentado poseer.

Simon le echó un último vistazo a la piloto tendida bajo el árbol detrás de él, y luego corrió en pos de Phoenix hacia el caos colina abajo. Su limitada magia crepitaba ya en torno a los tatuajes de sus brazos, recorriendo el espectro de color desde el azul de menor energía hasta un rojo mucho más destructivo.

Lo que sucedió a continuación fue una escaramuza caótica, una frenética mezcla de esquivar y fintar y rayos al rojo vivo de luz dorada y carmesí. En medio de la locura, dos Sombras enjutas derribaron a Simon, clavándole las garras en la espalda mientras él se esforzaba por reunir suficiente magia para defenderse.

—Hey —dijo Phoenix cerca, con bastante más disfrute del que Simon pensaba que pudiera ser adecuado en aquellas circunstancias—. Ese es mi hechicero. Buscaos otro.

Una oleada de luz dorada cubrió a Simon, y ambas Sombras se desengancharon de su espalda y chocaron contra pueblerinos que andaban cerca. Éstos les clavaron las lanzas en el costado a las criaturas. Las Sombras se retorcieron mientras una energía chisporroteante salía en espirales de sus cuerpos, enroscándose con rapidez en torno a las lanzas como si fueran un hilo dorado enroscándose en torno a una rueca.

Simon alzó la mirada para encontrarse a Phoenix de pie a su lado, con el pelo rojo tan salvaje como su sonrisa. Las motas doradas en sus iris verdes parecían girar al son de las dos brillantes piedras del vacío que se balanceaban como buitres sobre su cabeza.

—¿Dos? —dijo Simon, poniéndose como pudo en pie—. ¿Estás usando *dos*?

—Ya me regañarás luego —dijo Phoenix, golpeando a una Sombra en la espalda y lanzándola varias docenas de metros en dirección al bosque con un estallido de luz dorada—. Por ahora, centrémonos en el problema que tenemos entre manos. —Meneó las puntas de los dedos en dirección a otra criatura de ojos dorados, y ésta salió disparada hacia el cielo en una exhibición de largas extremidades huesudas, chocando contra otras dos Sombras colina abajo—. Se dirigen a la ciudad —añadió Phoenix, sin darse cuenta de que le sangraba la nariz—. Las Sombras, quiero decir. *Creo* que pretenden destruir la fábrica.

—Las Sombras no hacen planes —dijo Simon, canalizando toda su inestable magia a las palmas de las manos y lanzando una bola chisporroteante de luz roja a una Sombra cercana. Ésta tropezó pero se levantó rápido y continuó corriendo hacia Bloodwood, lanzando a sus ciudadanos a un lado con estallidos dorados idénticos a los que producía Phoenix.

—Bueno, intencionadamente o no —dijo Phoenix—, se dirigen al centro de la ciudad.

Tenía razón. La mayoría de Sombras ni siquiera se molestaban en hacer caso al ejército de ciudadanos. En su lugar estaban atravesando a toda velocidad las pendientes de la pradera hacia Bloodwood; y lo más que podían hacer sus habitantes, superados en número, era perseguirlas y lanzarles ataques desde atrás.

—No dan tregua —comentó Simon, observando cómo las Sombras asediaban Bloodwood mientras todavía más de ellas emergían del bosque, inmunes a la cortina de flechas y explosiones de luz que estaban lanzando los ciudadanos. La pelea recordaba a un enjambre de abejas, y dejó a Simon y Phoenix rodeados de heridos y muertos mientras la horda sin fin de Sombras pasaba

por su lado—. En el nombre de la Luz, ¿cómo hemos acabado metidos en este lío?

—Cometiste el error de ser amigo mío —dijo Phoenix, encogiéndose de hombros—. No puedes hacer eso sin acabar, al menos una vez, en un ataque de Sombras descomunal detonado por niveles de energía inestables y el lento colapso de un vacío sobreexplotado. —Phoenix se rió para sus adentros—. ¿Recuerdas los viejos tiempos, cuando se suponía que debías matarme?

—Era una época más sencilla —gruñó Simon, oteando el campo en busca de inspiración; de cualquier cosa que sugiriese que la ciudad más legendaria de Yonder no estaba a punto de ser eliminada del mapa por los monstruos a los que había dominado tantos años—. ¿Cómo se supone que vamos a defender ahora Bloodwood?

Phoenix juntó las manos con una sonrisa y antes de que Simon pudiera protestar, una tercera piedra del vacío apareció sobre su cabeza, girando lentamente en círculos y amplificando el molesto zumbido sordo.

Las Sombras más cercanas aminoraron el paso en su carga contra la ciudad, posando sus enormes ojos que no pestañeaban hacia Phoenix. Como gatos curiosos, regresaron, formando un círculo amplio en torno a Phoenix, Simon, y las tres piedras ingravidas.

Simon se estiró con cuidado para coger una lanza abandonada sobre la hierba. La larga barra de metal afilado latía con energía robada a las Sombras que había empalado.

—Phoenix. Para.

—Tengo que arreglar las cosas —dijo Phoenix, con las palmas abiertas ante sí.

—Quieren esas piedras —añadió Simon, observando cómo crecía la multitud de Sombras. Las criaturas se empujaban unas a otras mientras luchaban por estar al frente del círculo, que iban estrechando.

—Bien —dijo Phoenix.

Ahora había por lo menos cincuenta criaturas, todas con los ojos muy abiertos y calladas. Ni una sola atacó, aunque en la lejanía más Sombras continuaban asaltando la ciudad.

—¿A qué esperáis? —exigió Phoenix, mientras las motas doradas giraban con furia tras sus ojos inyectados en sangre—. ¿Queréis piedras del vacío? ¡Luchad por ellas! —Agitó la mano y docenas de Sombras salieron despedidas, sin que necesitara tocarlas siquiera para apartarlas con fuerza.

Las Sombras restantes desnudaron sus afilados dientes grises y saltaron, sin mostrar ningún interés en Simon, al que poco menos que pasaron por encima mientras lanzaban zarpazos a Phoenix y las piedras giratorias. Phoenix contraatacó con ola tras ola de luz cegadora, derribando Sombras con tanta facilidad como quien aparta moscas; pero las puntas de su pelo comenzaron a tornarse blancas, y el tono rojizo se desvanecía a la misma velocidad que las esperanzas de Simon de sacar a Phoenix de Bloodwood con vida.

El hechicero se abrió paso a empujones en la refriega y agarró a Phoenix por la capucha del abrigo, tirando de él hacia atrás mientras unas garras cortaban el aire a centímetros de la cara de Phoenix.

—Deja que yo gestione esto.

—Por favor —dijo Phoenix—. Los dos sabemos quién es más fuerte en una pelea.

Simon le clavó la lanza en las costillas a la Sombra más cercana.

—Te destrozarán —dijo mientras la desafortunada criatura caía a sus pies.

—Las Sombras no me dan miedo.

—Hablo de las piedras —gruñó Simon.

—Sé lo que hago. —Phoenix lanzó ambas manos a un lado, y un estallido de luz dorada lanzó a todas las sombras a quince metros a la redonda despedidas hacia atrás. Sus extremidades

crujían mientras aterrizaban en el suelo y se chocaban unas con otras, en una madeja de brazos y piernas esqueléticos.

Simon respiró hondo en aquella relativa calma, mientras las criaturas grises y larguiruchas luchaban por ponerse en pie de nuevo.

—Sé que crees que ayudan —dijo, con voz intencionadamente tranquila mientras aferraba con más fuerza la lanza. Los gritos distantes de los ciudadanos se mezclaban con el zumbido de las piedras de vacío en un cóctel inquietante, y que daba dolor de cabeza, de sonidos amenazantes—. Te anclan al mundo —continuó Simon—. Te hacen sentirte fuerte. Pero Rojo... —Tanteó en busca de las palabras adecuadas—. Tienes que escucharme por una vez. Esas piedras acabarán contigo.

—No será hoy. —Phoenix sacó otra piedra entre las palmas y la lanzó al aire, donde se unió al zumbido grave y pulsante.

—¿Cuatro? —siseó Simon.

Phoenix alzó las manos, preparado para lanzar a todas las Sombras al bosque con tanta fuerza que nunca volverían a encontrar Bloodwood, pero Simon ya había tenido suficiente. Aferró las profundidades de su magia, tirando de ella hacia sus dedos, preparándose para los efectos que iban a seguir a la locura de liberar todo su poder de una sola vez.

—Tengo a todo el vacío de mi lado —dijo Phoenix, dirigiéndose a las Sombras—. Dejad Bloodwood en paz.

Las Sombras se lanzaron hacia delante, y Simon liberó la energía. Un chorro irregular de electricidad roja brotó de su palma, calcinando el torso de la Sombra más cercana. La energía se movió de un lado a otro como un látigo, y el feroz río de luz atravesó a cada monstruo hasta que todos ellos cayeron al suelo, con los torsos desgarrados humeando.

Simon cayó pesadamente sobre sus rodillas.

Phoenix bajó lentamente las manos, frunciendo el ceño ante los cuerpos grises humeantes que yacían sobre la hierba.

—Algo excesivo, ¿no te parece? —dijo mientras cuatro piedras del vacío flotaban en círculos sobre su cabeza, con un zumbido grave tan intenso que parecía que el sonido brotaba del cerebro del propio Simon—. No pretendía matarlas de verdad... Aunque supongo que manda un mensaje... Necesitamos contenerlas hasta que Bloodwood pueda recargar el escudo. ¿Puedes moverte?

Simon alzó la lanza y apuntó a Phoenix con ella.

—Suelta las piedras.

Phoenix no se amilanó.

—No voy a quedarme de brazos cruzados —dijo Simon—, y mirar mientras otra persona que me importa es destrozada por un poder con el que nunca debería haber jugado, para empezar.

Phoenix sonrió, mientras el viento le alborotaba el pelo blanco como la nieve.

—No soy tu hermano, Simon. —Había un toque de lástima en su voz—. Puedo con esto.

—Suéltalas —dijo Simon—, antes de que te *obligue*.

Phoenix lanzó un estallido de energía al bosque detrás de él. Con un crujido ensordecedor, un árbol explotó, dejando tras de sí tan solo astillas desperdigadas y hojas desgarradas. Simon se encogió, pero permaneció firme sobre sus rodillas.

—Necesito arreglar las cosas —insistió Phoenix, mientras giraban ascuas en sus iris como si fueran hojas del otoño en una tormenta—. Cualquier intento por detenerme va a ser una pérdida de tiempo para los dos. —Se detuvo y se frotó la nariz con la manga, frunciendo el ceño con desconcierto al ver la sangre.

Simon aprovechó la oportunidad y movió hacia arriba la lanza, abriéndole un pequeño corte a Phoenix bajo la barbilla. Antes de que Phoenix pudiera reaccionar, Simon lo agarró por el hombro y lo estampó contra el suelo sobre la espalda.

Phoenix apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que Simon presionara la lanza contra el corte. En cuanto tocó la sangre de Phoenix, un haz de luz dorada comenzó a brotar del cuello de Phoenix serpenteando lanza arriba, y Phoenix jadeó, luchando por liberarse.

Simon lo mantuvo contra el suelo, observando sombrío cómo se desvanecía la luz tras los ojos saltones de Phoenix.

—¡Para! —resolló Phoenix, y Simon se apartó, lanzando sobre la hierba la lanza brillante. Phoenix tosió y jadeó mientras rodaba sobre su costado.

—De nada —murmuró Simon—. Ahora, suelta las condenadas piedras.

Phoenix tomó aire, temblando, y abrió lentamente uno de sus puños. Las piedras se deslizaron sobre la palma de su mano, deteniendo su persistente zumbido al desaparecer. La neblina mental de Simon se disipó en el momento que siguió, pero Phoenix continuaba temblando, y cada respiración que tomaba entre dientes siseaba.

—Los seres humanos no deberían tontear con esas piedras, Rojo.

Phoenix cerró los ojos, dejando que la pesadez invadiera sus músculos al fin.

—No soy humano.

Simon sintió el cambio en la energía del vacío mientras Phoenix se apagaba. El rojo regresó a su maraña de pelo, y en no mucho tiempo Phoenix volvió a tener el aspecto de hacía diez años, cuando salió corriendo del granero abandonado a la lluvia incesante, indefenso y diminuto.

Simon miró el caos que había cerca de la ciudad, los cuerpos tanto de Sombras como de ciudadanos desperdigados por los campos verdes mientras aquí y allá continuaban desarrollándose algunas escaramuzas aisladas.

—Eres lo suficientemente humano.



Ayuda

Phoenix mantuvo los ojos cerrados mientras la lluvia golpeaba la ventana y el tejado. El ruido tamborileaba sobre su cerebro y le hacía querer estirar el brazo y ponerse la almohada sobre la cara, pero no tenía energías suficientes para moverse. Se limitó a continuar tendido sobre la espalda con los ojos cerrados, sintiéndose perdido.

El colchón se hundió suavemente cuando alguien se sentó a su lado en la cama.

—Idiota. —Sin mirar, Phoenix supo que aquella era la voz grave y cálida de Alice—. Trabajo durísimo para mantenerte con vida... ¿Por qué insistes en hacerlo mucho más complicado de lo que tiene que ser?

Phoenix abrió los ojos y la miró. Tenía el mismo aspecto que en el apartamento de Bee, cubierta con una túnica carmesí, con los rizos oscuros cayéndole por los hombros y la inquietante máscara roja en mano. El sol matutino atravesaba la deprimente lluvia al otro lado de la ventana, haciendo que largas sombras dejasen la mitad de su cara en penumbra.

—Alice —dijo Phoenix, luchando por decir algo más complejo que su nombre. Ella le sonrió y le apartó el pelo de los ojos. Estaba más largo de lo que recordaba, pero no le dio mucha importancia, más interesado en comprender lo que había estado pasando en la Tierra.

—No puedo quedarme —dijo Alice—. Solo quería decir adiós antes de crear el parón temporal. Alguien tiene que ayudaros a escapar de esa víbora de la Hermana Nerine.

—¿Acaso no lo has hecho ya?

—No. Pero estoy segura de que lo lograré, porque aquí estás, sano y salvo. Pese a tu estupidez. Me alegro de que Simon ande por ahí, porque si no, a saber en qué estado te encontrarías. ¿Estás *intentando* que te maten?

Phoenix comenzó a incorporarse.

—¿Sabes quién es Simon?

Alice le empujó el pecho, logrando que se tumbara con solo un dedo

—Sé muchas cosas, Phoenix. Más de las que nunca comprenderás. —Le soltó y se levantó de la cama, apartándose para mirar sombríamente por la ventana.

—¿Qué hay de Bee? —preguntó Phoenix—. Y el gruñón. ¿Están a salvo?

—Bee y Jayden están durmiendo en la otra habitación —respondió Alice—. Esto es un refugio construido por un viejo amigo mío en el Anillo Inferior.

—El Anillo Inferior... —Phoenix observó, adormilado, las telarañas polvorientas que colgaban del techo—. Menudo avance respecto a mi humilde celda.

—Sí, pero Flamegate aún te busca. Tienes que mantenerte oculto.

—Soy un verdadero agente del caos, Alice. —Phoenix sonrió y volvió a cerrar los ojos—. Los problemas me encontrarán aunque entierre la cabeza en la arena.

La carcajada seca de Alice apenas se oyó por encima de la lluvia.

—No lo dudo.

—¿Entonces te vas a quedar con la Orden de la Noche? —Phoenix se encogió al incorporarse, lenta y trabajosamente, como si se esforzara por levantar un peso enorme—. Te matarán si descubren que los traicionaste. Ayudarme a escapar...

—No me matarán. —Alice sacudió la cabeza—. Soy demasiado valiosa. Pero desde luego no confiarán en mí al principio.

—Entonces huye. —Phoenix pasó las piernas por el lado de la cama, posando ambos pies sobre la alfombra circular de colores vivos que había en el suelo. El esfuerzo hizo que le diera vueltas la cabeza, y cerró los ojos por un momento—. Ve a Yonder. Empieza una nueva vida.

—Mi papel aún no ha terminado —dijo Alice—. Por ahora, debo estar con Flamegate.

—Alice, por favor. —Phoenix se rascó ansioso el brazo; el vendaje que le había puesto Jayden había desaparecido misteriosamente—. Te encerrarán de nuevo. Te torturarán. Te convertirán en un número. Una herramienta. Una *cosa*. No mereces eso.

—¿Y tú sí?

—Quizá. —Phoenix se puso en pie, y casi se cayó de espaldas antes de aferrarse al borde de la cama, sintiéndose como si no hubiera usado los músculos en meses.

Alice observó en silencio mientras él se levantaba la camiseta. La herida de bala no era más que una manchita apenas visible en el vasto mar de cicatrices más antiguas, grabadas para siempre en su piel como los cinco puntos de tinta sobre su pecho. Se tiró con cuidado del pelo revuelto y descubrió que, si lo alisaba, le llegaba más allá de la nariz.

—¿Cuánto...? —Miró indeciso a Alice, y se le aceleró el pulso pese a que se esforzaba por permanecer tranquilo—. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

Alice dejó escapar un pequeño suspiro.

—Dos meses completos.

Phoenix abrió la boca y volvió a cerrarla al darse cuenta de que nada de lo que dijera podría expresar cuán fuera de su control parecía el mundo. Se sentó al borde del colchón y entrelazó las manos, tapeteando con el pie sin parar sobre la alfombra.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Eso depende —dijo Alice, volviendo a sentarse con él en la cama—. Tus dos cuerpos están

siendo atraídos hacia Flamegate. Pero la Colisión tardará más en reclamarte si te mantienes con fuerzas, así que *por el amor de la Luz*, Phoenix, usa la cabeza. Si te mantienes alejado de las guardas anti-Sombras y solo usas las piedras del vacío cuando sea absolutamente necesario, puedes seguir vivo el tiempo suficiente para prepararte para el alineamiento de los Portales. Según mis cálculos, eso debería pasar en aproximadamente un mes.

Phoenix hizo algunos cálculos apresuradamente en su cabeza, confirmando pronto el evento al que se estaba refiriendo Alice.

—Yo tenía razón —dijo, y se le cerró la garganta por el miedo—. Quieres que cierre el Portal durante el Festival de la Luz.

—Sí.

—Tengo que regresar.

Alice le sostuvo la mirada.

—Debo cumplir mi papel, y tú el tuyo.

—¿Supongo que lanzarme al Portal de Yonder cuando me dé el impulso no será suficiente para arreglar este desastre?

—Me temo que la única manera de asegurarnos de que los Portales están alineados es entrando desde este lado. De otra manera nos arriesgamos a que el vacío se vuelva a abrir, y todos nuestros esfuerzos habrían sido en balde.

—¿Alguna posibilidad de que sobreviva? —preguntó Phoenix débilmente.

—Siempre deberías intentar que sea así. —Alice lo miró de forma extraña, como si no supiera si decir algo más. En su lugar sonrió, arrepentida, mientras la lluvia continuaba repiqueteando sobre el tejado.

—Derrocar de verdad a Flamegate requerirá planificación —dijo Phoenix tras hacer una pausa, tomando el vaso de agua y la cuchara plateada de la mesilla de noche, desesperado por tener algo con lo que jugar—. Solo soy una persona. Bueno, en esencia una persona. A efectos prácticos, cuento como una sola persona.

Alice sonrió.

—Tienes aliados, Phoenix. Le he explicado lo que he podido a Belinda y Jayden, y han trabajado admirablemente sin ti. Hablarán contigo cuando vuelvas a estabilizarte.

—¿Estabilizarme? —Phoenix metió la cuchara en el vaso y empezó a remover el agua.

—Tus líneas temporales están desequilibradas —dijo Alice mientras Phoenix observaba el remolino que estaba creando—. En parte porque la Colisión te está descolocando..., en parte porque Bloodwood te ha debilitado..., y sobre todo porque has estado haciendo el tonto con piedras del vacío demasiado tiempo.

Phoenix dejó el vaso.

—¿Creí que querías que las utilizara?

—*Razonablemente* —dijo Alice, tomándolo de la mano—. Necesitas aprovechar al máximo tu preciado tiempo, y no malgastarlo con unas pocas Sombras. Flamegate debería ser tu prioridad. Cierra el Portal y los reducirás a un rebaño de ovejas sin poder ni pastor. Restaurarás el equilibrio. La paz triunfará. Salvarás el mundo. Felices para siempre.

Phoenix sonrió.

—Sin presiones, claro.

Alice se inclinó hacia delante para darle un abrazo, envolviéndolo en la suave tela sedosa de su capa. Olía, curiosamente, a salitre y hoguera.

—Sé que harás lo correcto —susurró.

La lluvia golpeaba furiosamente la ventana, como si exigiera entrar.

—Tengo que irme. —Alice le apretó la mano y se apartó de la cama, con los dedos aún entrelazados con los de él como si pretendiera ayudarlo a levantarse—. El Tiempo quizá sea algo así como infinito, pero tenemos muy poco que perder.

Phoenix frunció el ceño, resistiendo el tirón de Yonder.

—¿Volveré a verte?

—Es complicado. —Alice le soltó la mano a regañadientes—. Me verás. Varias veces, en realidad. Aunque la siguiente vez que yo te vea... —Se mordió el labio—. Ya lo verás. Viajar en el tiempo es a la vez una maravilla y una maldición.

—Eres demasiado abnegada para tu propio bien.

—Que lo digas tú... —Alice lo miró, con una expresión a medio camino entre la tristeza y la tierna admiración—. Sé que podrías haberte escapado de Flamegate hace años, si te hubieras molestado en intentarlo.

Phoenix se quedó quieto, mirando sin pestañear la alfombra de colores a sus pies. Los vívidos patrones caleidoscópicos nadaban ante él como reflejos en un lago.

—Solo te quedaste porque no podías soportar dejar atrás a los mellizos. —Alice se agachó frente a él, obligándolo a mirarla a los ojos—. No eres ni la mitad de horrible de lo que crees, Phoenix.

Phoenix tragó.

—Los mellizos están muertos.

Alice asintió.

—De otro modo, tú no estarías aquí.

—Tú y yo... —Phoenix perdió el hilo, como si intentara recuperar un recuerdo distante—. Somos todo lo que queda. Durante años pensé que tú ya no estabas. ¿Cuántas personas más tienen que morir por estos capullos sedientos de poder?

—Nadie vive para siempre. —Alice se puso en pie y esbozó la sonrisa más triste del mundo, cargada de secretos demasiado pesados para compartírselos—. Usa las piedras —dijo con amabilidad—. Con quince debería bastar. Actívalas cuando se alineen los Portales. No podemos ganar esta pelea con simple optimismo, así que ve preparado. Ten cuidado. Sé valiente. —Se puso la máscara roja y lo miró, con una expresión solo adivinable por la intensidad de su mirada—. Más que nada, tendrás que ser valiente.

Y con aquello se marchó, desvaneciéndose en un fogonazo de luz que caldeó la habitación. Phoenix se encogió aún más en la cama, apoyando la espalda contra la pared. Hundió la cara en la almohada y gruñó hasta que se le vaciaron los pulmones; luego se hundió en silencio entre las mantas, y dejó la Tierra atrás.

*

Phoenix se despertó con un familiar olor a caballo, y el roce de la melena de Gulliver contra su rostro.

—Buenas tardes. —La voz ronca de Simon llegó a Phoenix desde su espalda. El hechicero tenía un don para saber cuándo regresaba Phoenix; había explicado que desaparecería una energía inmensa cuando Phoenix se marchaba, y regresaba cuando se despertaba. Aquello hacía que Phoenix se preguntase qué ocupaba su cuerpo inconsciente mientras él estaba en otro mundo. Era el tipo de pregunta existencial que le habría impedido dormir de haber sido capaz de hacerlo.

—Siento haberte tratado como a una Sombra, pero tenía que detenerte.

Phoenix no dijo nada, dejándose llevar por Gulliver mientras la brisa suave le cosquillea la piel. Se preguntó qué habría pasado en Bloodwood, y si las Sombras ya habían sido derrotadas.

—¿Exactamente cuántas piedras tienes? —preguntó Simon.

—Eso es alto secreto —murmuró Phoenix, sin abrir los ojos.

—*Phoenix*. —Phoenix oyó la amenaza en la voz de Simon, y suspiró.

—Doce.

Hubo un silencio frío a continuación, y Phoenix abrió a regañadientes los ojos. Estaba mirando una extensión de colinas cubiertas de hierba, y adivinó que estarían viajando por la vieja autopista que salía de Bloodwood hacia Karvil City. No podía ver a Simon, pero podía oír cómo crujía la grava bajo unas pezuñas no muy atrás.

—Increíble... —dijo Simon—. ¿Tienes *alguna* idea de cuántas veces hemos tenido que salvarte la vida Jess y yo?

Phoenix volvió a cerrar los ojos, medio deseando en secreto que la Tierra volviera a absorberlo.

—Te hemos visto en tus peores momentos, Rojo —continuó Simon—. Te hemos ayudado con problemas que no podíamos ni fingir que entendíamos. ¿Y así es como nos lo agradeces? —Suspiró, serio—. Si no eres capaz de que te importe tu propia vida, al menos ten la decencia de que te importen las nuestras.

Aquellos comentarios le dolieron.

—¡Oye! —ladró Phoenix mientras se incorporaba—. Nunca os pedí... —Se detuvo a media frase. Simon cabeceaba hacia delante sobre su caballo, recogiendo el brazo contra el pecho, con la cara pálida y la chaqueta rasgada y empapada de sangre. La furia de Phoenix se derritió y se convirtió en culpa—. Bueno. Tienes una pinta espantosa.

—Es lo que me toca por tener que arrastrar a un descerebrado inconsciente y sin cuidado por un campo de batalla yo solo, porque además resulta que tu condenado caballo es demasiado cobarde para venir a recogerlos —dijo Simon, irritado.

—Lucho mis batallas con palabras calculadas y silencios estratégicos. —La voz de Gulliver sonaba tan monótona como siempre—. Las escaramuzas entre humanos y Sombras no me atraen en lo más mínimo.

—Nos podían haber matado —señaló Simon.

Gulliver meneó la cola, liderando con calma el camino por la carretera polvorienta mientras los problemas de Bloodwood quedaban cada vez más atrás.

—Tomaos mi negativa a recogerlos como un cumplido. Tenía fe absoluta en que llegaríais a mi localización segura indemnes.

—Me rompí el brazo, me desgarré la espalda, y probablemente me partí todas y cada una de las costillas —siseó Simon.

—Sí —respondió Gulliver—. Eres una decepción extraordinaria.

Phoenix sacudió la cabeza.

—Simon, lo siento.

—Bien —musitó Simon—. Deberías. Deja de usar piedras del vacío.

Phoenix hizo una mueca.

—No puedo hacer eso, Wolfe. Las necesito.

—¿De dónde coño has sacado tantas, para empezar?

—Maulbrak —dijo Phoenix—. Me da todas las piedras que encuentra.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—Primera noticia —dijo Simon, y Phoenix se revolvió con incomodidad.

—Maulbrak tiene formas de pasar desapercibido. Enmascara su presencia... Para el tiempo... Es un hechicero poderoso.

—¿Qué tiene que ver contigo? —lo presionó Simon.

Phoenix suspiró, dramático.

—Nuestra relación es complicada.

—¿Lo cual quiere decir...?

—Lo cual quiere decir que hago cualquier cosa que me pida —dijo Phoenix, encogiéndose de hombros—. Porque me ofrece piedras del vacío. Y yo las acepto. Porque soy patético.

Continuaron trotando sin hablar, mientras la carretera atravesaba praderas que habrían sido encantadoras de no haber sido por los cadáveres de animales y los pares de ojos somnolientos que observaban desde agujeros en el suelo, aquí y allá. Phoenix se distrajo quitándole semillas a Gulliver del pelaje, hasta que el ambiente tenso se tornó insoportable.

—Noto cierto enfado. —Miró hacia atrás al hechicero taciturno, y Simon puso los ojos en blanco.

—Prometiste que destruirías esas piedras infernales.

—¿Orbes letales y multidimensionales de energía del vacío en bruto concentrada, capaces de modificar la estructura del Tiempo y el espacio? ¿De verdad piensas que podría destruir algo así? Me halagas.

Simon miró el camino desierto echando humo, con el ceño fruncido.

—Bloodwood —dijo por fin Phoenix, buscando alguna manera de romper aquel silencio incómodo—. ¿Qué pasó?

—Ni idea —respondió Simon sin emoción—. Pero viendo que tantas Sombras estaban interesadas en ti y en esas gemas, imaginé que deberíamos dejar que Bloodwood se cuide solita. —Miró de pronto a un lado. Phoenix también, y captó un destello de pelaje oscuro cuando un animal pequeño cruzó corriendo la hierba.

Tiraron de las riendas para que los caballos se detuvieran, y observaron las colinas silenciosas. Encajado entre dos cadenas montañosas, aquel camino era un lugar ideal para una emboscada por parte tanto de humanos como de monstruos.

Phoenix se puso en pie de un salto sobre el lomo de Gulliver, para tener mejores vistas. El viento alborotaba su abrigo en un gentil recordatorio de que todavía no se había puesto ropa nueva para reemplazar la que había quedado hecha cenizas.

Simon apuntó hacia la hierba mecida por la brisa.

—Tenemos compañía.

Miraron hacia la colina con los ojos entrecerrados, observando cómo se agitaba y temblaba la hierba mientras algo se acercaba al camino. Phoenix sonrió al ver la criatura desaliñada de ojos amarillos.

—Eso no es un gato —dijo Simon, envolviendo su brazo bueno en una capa chisporroteante de electricidad azul—. ¿Qué quieres, charlatán? Habla, o te dejo frito.

—¡Espera! —Phoenix saltó del lomo de Gulliver y se lanzó sobre el gato cuando éste intentaba escapar. Éste aulló y arañó todo lo que pudo—. Vaya, hola —dijo Phoenix, levantando al gato por el pellejo del cuello.

—¿Quién eres? —preguntó Simon, mientras la electricidad trazaba un arco en el aire—. Por qué... —El relámpago se desvaneció como un fuego artificial fallido, y Simon se balanceó sobre su caballo con la cara mortecina retorcida del dolor.

Phoenix miró preocupado al hechicero, dándose cuenta con preocupación de que pese a su naturaleza resiliente, Simon no poseía una fuente ilimitada ni de magia, ni de sangre. Devolvió de nuevo su atención al animalito aullador y enfadado.

—Escucha —dijo con voz queda, arrodillándose a un lado del camino—, ódiame todo lo que

quieras. Maldíceme. Condéname. Vale, lo entiendo. Pero por favor, ayuda a mi amigo.

El gato lo fulminó con la mirada, y los bigotes le temblaron con la brisa.

—Fay —dijo Phoenix—. Por favor.

El gato se escabulló de su agarre, y se transformó en una joven desnuda con pecas y pelo rubio enmarañado que le caía como una cortina sobre los pechos.

—Oh, el Clan León —musitó Simon—. Fantástico.

Fay le lanzó una mirada helada, y luego volvió a mirar a Phoenix.

—No he venido a ayudarte. Te seguía por curiosidad.

Phoenix sonrió mientras se ponía en pie, quitándose el polvo de las rodillas.

—Creo que hay un dicho sobre eso. Sobre la curiosidad y los gatos...

—Lo que dijiste antes —interrumpió Fay, con las manos sobre las caderas—. ¿Es cierto? ¿De verdad intentas arreglar las cosas?

—No puedo traer de vuelta a tu familia —dijo Phoenix, incómodo, y Fay sacudió la cabeza. Sus pendientes, que no hacían juego, brillaron bajo el sol.

—El vacío está inestable. ¿Puedes arreglarlo?

—Voy a intentarlo —dijo Phoenix—. Pero necesito ayuda.

Fay se tiró de una larga rasta que caía por un lado de su cara, pensativa.

—¿Y tienes un plan?

—Eh... Más o menos.

Fay lo miró un momento, enroscándose el pelo alrededor de un dedo.

—Sígueme.

—¿No puedes curarlo ahora? —preguntó Phoenix mientras ella se alejaba.

—Llevo toda la mañana luchando contra Sombras —dijo Fay, sin esforzarse por ocultar la acusación a Phoenix al respecto—. Necesito mi energía para mí.

Phoenix miró a Simon, preguntándose cuánto más duraría el hechicero sin atención médica. Karvil City seguía a varias horas de distancia. Fay resopló, impaciente.

—Vivo en el pantano con Gloria y Jack. Tendrán todo lo que necesitamos.

—¿Los fabricantes de guardas? —Phoenix arqueó una ceja—. ¿Siguen vivos?

Fay se limitó a brincar hacia delante y transformarse con gracia en el gato de pelaje largo, antes de desaparecer entre la hierba.

—Mejor que mantengamos los ojos en ella, Gulliver —dijo Phoenix. Luego tomó las riendas del caballo de Simon y lo alejó del camino, siguiendo la cola de gato saltarina mientras atravesaban la hierba colina arriba.

—¿Es a quien estabas buscando? —preguntó Simon.

—Sí. —Phoenix vadeó con cuidado una madriguera, que seguramente fuera el hogar de una criatura con garras letales y demasiados dientes, en un lado de la colina—. *Con suerte* me puede ayudar a sellar el vacío.

—¿Es eso posible?

—Esperemos que sí.

Simon sacudió la cabeza, demasiado cansado para entenderlo.

—¿Podemos confiar en ella?

—Depende —respondió Phoenix—, de si ella es capaz de confiar en mí.

—¿Acaso lo es alguien?

Phoenix se rió con suavidad.

—Pues parece que no.

Continuaron caminando tras la gata. Gulliver la seguía mientras Phoenix guiaba al caballo de

Simon, quien estaba sentado inexpresivo con el brazo roto contra el pecho. Ya no se veía el camino polvoriento, y pronto no los rodeó nada más que las colinas acentuadas con algún árbol larguirucho de vez en cuando.

—Sí que me importáis —dijo al final Phoenix, ayudando al caballo de Simon a esquivar una zanja—. Jess y tú... No sois irrelevantes. Desearía que pudierais serlo, a veces. Pero no lo sois.

Se detuvo, preguntándose si Simon diría algo.

—Sea lo que sea lo que soy —añadió Phoenix—, no es por decisión propia. Odio depender de la gente. No *quiero* ayuda. —Saltó por encima de un riachuelo, y animó al caballo de Simon a hacer lo mismo—. Pero tampoco soy estúpido. Sé que necesito niñeras a tiempo completo para sobrevivir.

Se detuvo de nuevo, pero Simon se limitó a mirar a Gulliver y a la gata. Phoenix se rascó el pelo alborotado.

—Bueno —dijo, deseando que el silencio quedara roto por algo que no fuera su voz deliberadamente animada—. Deberías saber que os lo agradezco, y se lo voy a compensar a todo el mundo. Y en cuanto haya terminado de sellar el vacío, ya no tendréis que volver a preocuparos por mí nunca más.

Simon enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—Bueno. Y ¿alguna vez os he hablado de mi opinión personal acerca de los gatos? —dijo Phoenix.

Y procedió a pasar el siguiente cuarto de hora explicando lo que pensaba de las especies felinas, y Simon escuchó con la sombra más leve, muy a su pesar, de una sonrisa.



Libros abiertos

—Somos un grupo singular —observó Phoenix, que seguía hablando por no estar callado, dado que Simon aún no había abierto la boca—. Un caballo telépata, una humana disfrazada de gato, un hechicero gruñón y un viajero del tiempo a la fuga. Igual debería componer una canción sobre nosotros.

—Por favor, ahórranosla —murmuró Simon, masajeándose con cansancio la frente. El sol se acercaba al horizonte, estirando las sombras de todos y envolviendo las colinas en luz dorada. Si no llegaban pronto a su destino, tendrían que lidiar con los monstruos de las praderas saliendo de su red subterránea de nidos.

—Hemos llegado. —Fay saltó de entre la hierba en su forma de mujer joven a la que no le importaban las convenciones sociales sobre la ropa—. No toquéis las plantas del agua.

—Oh —dijo Phoenix, olvidando hacia dónde habían estado caminando todo aquel tiempo. Entonces recordó que Simon estaba detrás de él, con varias heridas de Sombras severas, y volvió al presente—. Gracias.

Fay sonrió antes de transformarse con facilidad en gata desaliñada y rodear la base de una gran colina. Phoenix ralentizó el paso a medida que se hacía visible el pantano. La ciénaga se extendía casi hasta donde alcanzaba la vista antes de terminar en una hilera distante de árboles altos y sin hojas, que formaban siluetas espeluznantes en la luz trémula.

Una humilde casita de campo se alzaba, quizás de forma imprudente, sobre un pequeño

montículo de tierra en medio de la ciénaga, al final de una larga pasarela de madera que se alzaba sobre las aguas como si de un muelle se tratase. El pintoresco y caótico hogar parecía en verdadero peligro de derrumbarse, cubierto de hiedra que se aferraba a los muros y cubría el tejado, reptando hasta lo más alto de una alta chimenea torcida que vigilaba las llanuras cubiertas de juncos susurrantes, flores y barro.

—Este lugar no ha cambiado nada. —Phoenix sonrió mientras subían al camino elevado, guiando al caballo cada vez menos cooperativo de Simon mientras Gulliver perdía el tiempo más atrás. Las planchas de madera se doblaban bajo todo aquel peso.

Pronto alcanzaron la isleta en el centro del pantano, y cruzaron la valla podrida que la rodeaba. Phoenix se estremeció al atravesar las guardas de Sombras del perímetro; eran más débiles que el escudo de Bloodwood, pero aun así bastaban para hacerle no querer pasar más tiempo del imprescindible allí.

—Pareces incómodo —observó Simon mientras se bajaba de su caballo, aparentemente demasiado dolorido para darse cuenta de la energía en el ambiente.

—Me encuentro en la desagradable presencia de tu barba —murmuró Phoenix. Luego sonrió y asintió en dirección al porche de la casa, en que atrapasueños, flautas de viento y talismanes repiqueteaban y tintineaban con la brisa—. ¿Vamos?

Fay los adelantó al trote y se metió sin esfuerzo por una gatera instalada en la puerta mientras Phoenix ayudaba a Simon a subir los escalones, dejando a los caballos pastar en el jardín húmedo.

—Guau —dijo Simon cuando Phoenix y él entraron dentro.

Phoenix observó el cuarto oscuro y desorganizado a su alrededor y de inmediato se sintió relajado, pese al cartel amenazante sobre la chimenea en el que estaba escrito “Defender hasta morir” con lo que parecía ser sangre.

Estanterías abarrotadas de objetos curiosos y libros envejecidos cubrían cada centímetro disponible de las paredes, mientras que el suelo estaba ocupado por todavía más pilas de volúmenes polvorientos y diversos trastos metálicos intrincados que hacían tictac, y de cuando en cuando emitían pitidos agudos o escupían bocanadas coloridas de fuego y humo.

—Impresionante —recalcó Simon, inclinándose para inspeccionar una de las larguiruchas máquinas de metal—. Los procesos implicados están adaptados de sistemas de magia antiguos que no se han visto desde antes de la era de los Maestros de las Sombras. Y estos *libros*... —añadió, observando casi con devoción el montón de libros junto a la máquina más cercana—. Son de valor incalculable. Obras de los grandes Primeros Hechiceros, los fundadores de la teoría mágica tal y como la conocemos hoy por hoy. Este de aquí...

Fay carraspeó desde la entrada de un estrecho pasillo que se retorcía hasta desaparecer de la vista. Se había echado una manta apolillada sobre los hombros, y la había sujetado con un broche hecho con el cráneo chapado en oro de una rata.

—Siento interrumpir —dijo—, pero creo que hemos venido aquí por algo.

Phoenix se rió, y empujó a Simon hacia la puerta.

—Venga, abuelo.

Fay los guió hasta una salita de techo alto, vacía excepto por un gran sillón acolchado tras un escritorio cubierto con tela de seda y cristales, piedras y abalorios. Phoenix arrugó la nariz ante el asalto del hedor de varios perfumes potentes mezclado con el olor a polvo y moho.

—Bueno, dime —dijo Fay, moviendo la mano y generando dos nuevos asientos de la nada, invocándolos desde el trastero que Phoenix sabía que había bajo la casa—. ¿Cómo piensas arreglar el vacío?

—No. —Phoenix sacudió la cabeza—. El hechicero primero, y las preguntas después.

—No veo por qué no puede curarse a sí mismo —se quejó Fay, girando una de las sillas para mirar a Simon—. Un hechicero incapaz de sanarse es una deshonra para la profesión. Siéntate.

Simon hizo lo que se le decía de mala gana.

Phoenix sonrió y se sentó en la otra silla.

—El delicado arte de la curación no es lo suyo.

—Supongo que su magia funciona mejor con explosiones incontroladas de destrucción —adivinó Fay con frialdad, extendiendo el brazo tatuado de Simon y quitándole la chaqueta con destreza, retirándola de los cortes que le cubrían los hombros y la espalda—. Eres del Clan Wolfe, ¿no? Los Wolfe sois todos iguales. Brutos. Impulsivos. Groseros.

Simon se encogió mientras Fay tamborileaba los dedos sobre el hueso, visiblemente deformado, de su antebrazo.

—¿Y tú? —preguntó apretando los dientes—. Clan León, evidentemente.

—¿Lo has adivinado por mi forma de gata? —ronroneó Fay, inspeccionando las heridas de su espalda—Para ser un Wolfe, tienes menos magia de la que esperaba.

—El problema —dijo Simon— es que tengo demasiada.

Phoenix se puso en pie de nuevo y se dispuso a mirar por la ventana tras el escritorio, incómodo ya por tener que sentarse quieto.

—¿Una jaula? —preguntó Fay con suavidad—. Fascinante. ¿Quién la hizo?

—Edgar. —Simon miró inexpresivo el escritorio cubierto de trastos—. Mi tutor.

—Edgar es muy buen nombre —dijo Phoenix, mirando a los caballos por la ventana mientras se zampaban todas las hierbas de aspecto comestible—. Hacen falta más Edgars en nuestra sociedad a día de hoy.

—¿Edgar Wolfe? —dijo Fay—. Es una leyenda.

—Yo era demasiado joven para controlar la magia que me fue dada —dijo Simon—. Edgar solo quería que estuviera a salvo.

Fay tomó una botella de cristal del escritorio y vertió parte de su contenido fétido sobre la espalda de Simon. Su piel chisporroteó sonoramente, y él tomó aire entre dientes mientras las heridas se cerraban solas a una velocidad increíble.

—¿Cuánto de tu poder puedes usar? —preguntó Fay mientras Phoenix se paseaba, inquieto, por la diminuta habitación, deteniéndose junto al escritorio de vez en cuando para examinar alguno de los inusuales objetos que había sobre él.

—Edgar me daba más acceso cada año —respondió Simon—, pero desapareció antes de poder abrir la jaula por completo. —Se encogió de un hombro—. Es como intentar mover agua usando solo las manos...

—Interesante. —Fay presionó una tela de olor dulzón contra su brazo—. Piensa en algo bonito.

Simon frunció el ceño, aprensivo.

—¿Eh?

Hubo un fogonazo de luz, seguido por un crujido estremecedor. Simon rugió y cayó de rodillas hacia delante.

—Sé amable con él, Fay —dijo Phoenix—. Este hombre tiene poca tolerancia al dolor. No es ni la mitad de duro de lo que parece.

—Con este problema que tienes —dijo Fay, ignorando por completo que Phoenix había hablado—... ¿No puede ayudarte nadie del Clan Wolfe?

Simon se envaró, con los ojos húmedos.

—No.

—Pues va a ser verdad que los Wolfe tenéis el corazón de piedra, tal y como dicen. —Fay le dio unas palmaditas en la cabeza—. Por cierto, ya estás curado.

—Gracias —murmuró Simon. Dobló la chaqueta sobre su regazo, y luego miró a la joven hechicera de pelo enredado con el ceño fruncido—. Soy el único Wolfe que queda vivo.

Phoenix se detuvo al fondo de la habitación, donde había estado acariciando las grietas en el marco de la puerta de madera. El hechicero no solía hablar de aquello.

—Oí rumores —dijo Fay tras pensar un momento—. Una Sombra solitaria atacó a todos los miembros del clan. Les succionó la magia del cuerpo.

Simon miró por la ventana a Gulliver, que estaba haciendo muecas tras el cristal, sacando la lengua y mostrando toda su fea dentadura.

—Sé que los clanes tienen sus diferencias —dijo Fay—, pero nunca quise creer que una de las tres grandes instituciones de la magia se hubiera extinguido.

—Quizá fue lo mejor que pudo pasarnos —dijo Simon. Se rascó la barba, pensativo—. ¿Quedan por aquí muchos Leones?

Fay miró sombría a Phoenix, y él inclinó la cabeza.

—Ya no —dijo ella, mientras Phoenix se miraba concentrado los dedos de los pies—. El ataque de las Sombras de hace diez años se cobró un alto precio. El Clan León está disperso, pero continuamos adelante.

Simon asintió despacio.

—Bien.

—Soy la única León por aquí —añadió Fay—. Me convertí en aprendiz de los fabricantes de guardas cuando Bloodwood estaba siendo reconstruida, ya que me quedé sin dónde ir. Son del Clan Oso, pero me aceptan como a una de los suyos.

—¿Dónde *están* Gloria y Jack? —preguntó Phoenix, sacando la cabeza por la puerta para mirar el pasillo.

—En la ciudad, probablemente —respondió Fay, mordaz—, gestionando la última ola de destrucción que has provocado.

—Bueno, que sepas que esta vez yo no tuve ni de lejos tanto que ver —dijo Phoenix—. Aunque no creo que eso sea un gran consuelo.

—Si de verdad conoces una forma de estabilizar el vacío, explícamela —se mofó Fay—. En tan pocas palabras como puedas: ¿cómo vas a arreglar esto?

—Portal —respondió Phoenix.

Simon apoyó la cabeza en la mano, y cerró los ojos.

—¿Qué? —Phoenix se rió al ver el gesto de irritación en la cara de Fay.

—El Portal —dijo—. El Flamegate original del que la organización que más detesto en el mundo toma su nombre. El Portal por el que pasa el mayor volumen de energía imaginable a diario. El Portal que conecta la Tierra con Yonder, y da acceso directo al vacío. Voy a cerrarlo. Permanentemente. Para que no pueda ser abierto nunca más.

Fay pareció enojarse ante la respuesta.

—¿Quieres cerrar todo acceso al vacío? ¿Se te ha ido la cabeza?

—Ah. —Phoenix sonrió, y agitó un dedo delante de ella—. *Ese* es un debate para otro día. —Se dejó caer en el asiento que quedaba y se reclinó, con una pierna cruzada cómodamente sobre la otra mientras su pie se movía rápidamente sobre el suelo.

Fay frunció el ceño y le agarró la rodilla, obligándolo a dejar de tapetear con el pie.

—¡Dijiste que *arreglarías* el vacío, no que lo eliminarías!

—Fay, mi felina amiga. —Phoenix tomó la mano de ella entre las suyas—. El vacío es peligroso. ¿La máquina que cayó del cielo? Es solo el principio. La realidad se disolverá. *Todo* desaparecerá. Cada ciudad. Cada pueblo. Cada partícula infinitesimal de todo lo que alguna vez haya existido se desvanecerá como si nada.

—No puedes *encerrar* el vacío sin más —ladró Fay, apartándose—. Sí, las cosas están algo impredecibles ahora mismo. Pero eso solo significa que tenemos una razón aún mejor para recolectar energía y vendérsela a todo Yonder. La gente necesita protección. La demanda de energía del vacío nunca había sido tan alta.

Exasperado, Phoenix se puso en pie y comenzó a pasearse de nuevo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, desesperado—. Te has convertido en una de ellos.

—¿Ellos?

—¡Ellos! —Phoenix gesticuló en dirección a la puerta, hacia Bloodwood—. Gente egoísta, estrecha de miras y *estúpida*, tan enfrascada en su sed de energía del vacío que se olvidan de todo lo demás. Idiotas del todo incorregibles. Esa arrogancia ciega es precisamente lo que nos matará a todos.

—Espero que te estés escuchando a ti mismo —murmuró Simon, con la cabeza aún enterrada en una de las manos.

Phoenix se cruzó de brazos.

—Mira, entiendo que estés enfadado conmigo. Pero usar piedras del vacío para ayudar a la humanidad y explotar la energía del vacío para obtener beneficios personales son dos cosas totalmente distintas. —Volvió a girarse hacia Fay—. Nos enfrentamos a la erradicación total a manos de lo que pensábamos que nos protegería. No merece la...

—El poder del vacío *te* salvó, ¿no? —le cortó Fay—. Seguirías enfermo y débil si no fuera por el hechicero que te entregó con piedad el poder del vacío. —El resto del discurso de Phoenix murió en su garganta, y se quedó helado.

—¿Crees que me *salvó*? —preguntó al final. Luego se hundió en el asiento sobrante de nuevo; las guardas anti-Sombras que rodeaban la cabaña le estaban dando dolor de cabeza.

—Vale —dijo Fay mientras Phoenix se apretaba los párpados con los dedos—. Digamos que sellar el vacío es de verdad la única solución a todo esto... ¿De verdad crees que puedes sellar algo tan inmenso?

—¿Me la jugaría con algo tan grande si no creyera que podría funcionar?

Fay se rió sin humor.

—Tu percepción del riesgo siempre ha sido cuestionable. —Comenzó a rebuscar en un cajón bajo el escritorio, encontrando tras un rato una gran jarra de líquido verde y tres tazas pulidas de madera. Llenó cada una de ellas y le pasó una a Phoenix y una a Simon, quedándose la última—. Es una especialidad del Bosque de las Cosas Perdidas. Bebed. —Alzó la taza en un brindis silencioso, y tomó un trago mientras Simon olisqueaba con cuidado el contenido de su bebida. Phoenix se llevó la taza a los labios.

—Rojo, espera.

Phoenix se detuvo para mirar a Simon, que observaba a Fay con los ojos entrecerrados. Ella le devolvió la sonrisa sin mediar palabra.

—Nada —murmuró Simon al final—. Fallo mío. Es seguro. —Se llevó la taza a la boca, pero luego la volvió a dejar una vez Phoenix le dio varios tragos a la suya.

Phoenix no pudo evitar notar que los dos hechiceros lo miraban un poquito expectantes de más.

—Bueno, entonces —dijo Fay, inclinándose hacia delante con una sonrisa astuta—. El

ataque de las Sombras a Bloodwood de hoy. ¿Fue idea tuya?

—Nope. —Phoenix le dio otro trago a su bebida. Para haber estado guardada en una jarra polvorienta dentro de un cajón oscuro, era sorprendentemente refrescante—. Me he pasado diez años arrepintiéndome de lo que le hice a ese pueblo. ¿Por qué iba a querer hacerlo de nuevo?

—Bueno, ¿por qué lo hiciste, para empezar? —preguntó Fay con suavidad—. Hace diez años.

—Venga, Fay. Lo sabes tan bien como yo. —Phoenix se reclinó en el asiento—. Bloodwood está fuera de control. Con solo nueve años yo ya sabía que la gente se estaba pasando. Teníamos más energía de la que necesitábamos, pero seguimos tomando más del vacío. Asesinábamos Sombra tras Sombra tras Sombra. Las torturábamos por su energía del vacío. Las envenenábamos con guardas anti Sombras... Y la gente se pregunta por qué siguen atacándonos. —Phoenix dio otro trago, y soltó una risita—. Acabo de recordar que no llevo pantalones. —Se inclinó hacia delante, sonriendo de oreja a oreja—. Fay, estuve en un incendio pero estoy perfectamente. Es raro, ¿no? ¿Crees que soy raro? Simon cree que soy raro. Y tiene razón, supongo... Llevo quince años despierto. El día sigue y sigue y sigue y...

Fay frunció el ceño.

—Hace diez años.

La sonrisa desapareció del rostro de Phoenix.

—Todo quedaba justificado en pro de la prosperidad de Bloodwood. La gente seguía muriendo, matando, e ignorando su propia humanidad en esta búsqueda incesante y sin sentido de poder. —Phoenix bebió más—. ¿Qué piensas de la barba de Simon?

—Murieron cientos de personas —dijo Fay, ignorando su pregunta—. Por ti.

Phoenix le sostuvo la mirada.

—Era joven y estúpido. Pensé que podía hacer que todo parase.

—¿Así que traicionaste a Bloodwood en base a tu moralidad? —Fay puso cara escéptica—. ¿Creíste que trabajar con *Sombras* era moralmente correcto?

Phoenix se rió algo más fuerte de lo que pretendía.

—Era un niño. No estaba tomando decisiones honorables en base a la ética del consumo energético. Hice lo que hice porque tenía miedo.

—¿Miedo? —Fay abrió mucho los ojos, incrédula—. Todos tenemos *miedo*, Phoenix. Todo el mundo en Bloodwood tiene que ser frío y fiero. Nos enseñan que morir por la ciudad es un honor. Llevo luchando contra Sombras desde el día que eché a andar. ¿Crees que lo *disfruto*? Quién te ha dado derecho a ser tan... Tan...

—¿Débil? —sugirió Phoenix.

Fay asintió con rigidez.

Phoenix se sintió incómodo, en algún rincón de su mente, pero le resultó extrañamente fácil ignorarlo. Se terminó la taza.

—Nunca lo viste —dijo, estirando la mano sobre la mesa para coger la jarra de líquido color esmeralda—. Nunca viste lo que los adultos me hacían hacer. Y yo tenía demasiado miedo de decírtelo. —Se sirvió otra taza—. De que te asustaras. De que me mirases como lo hacía mi abuela. De que se lo contaras a todo el mundo.

—¿Contarle qué a todo el mundo? —Fay entrecerró los ojos, suspicaz.

—Mi papel para afianzar el control de Bloodwood sobre el vacío. —Phoenix dio un sorbo, y una agradable neblina mental suprimió la preocupación que había embargado sus pensamientos—. Si más gente supiera de él, quizá me obligarían a hacer más cosas. Y este cuerpo soporta una barbaridad, pero no estoy seguro de que pudiera haber sobrevivido mucho más.

—No entiendo —dijo Fay mientras Simon continuaba callado y sombrío, con las manos crispadas sobre el regazo.

—Mi abuela decía que yo era especial —dijo Phoenix, estirándose en la silla. No se había sentido tan relajado en muchísimo tiempo, y se preguntó por qué Simon estaba frunciendo el ceño así, o por qué Fay tenía una mirada tan tensa—. Hacía cosas que nadie más querría.

—¿Cosas? —insistió Fay.

Phoenix tragó el resto de su bebida, y luego se levantó para mirar distraído a su alrededor.

—Puedo soportar niveles muy peligrosos de energía del vacío en bruto —dijo, dejando la taza vacía sobre el escritorio abarrotado—. Así que me daban tareas. —Apoyó una rodilla sobre el escritorio, y luego miró a Fay. Ella no hizo ademán de detenerlo, así que Phoenix se subió al escritorio y se puso de pie sobre él—. A veces iba al bosque y emboscaba yo solo a las Sombras —dijo, observando las vigas que sostenían el tejado—. O entraba en trampas anti-Sombras contaminadas para recuperar cadáveres, tanto de Sombras como de humanos. —Se cruzó de brazos, observando las vigas de madera—. Si salto, ¿creéis que podré subirme ahí? De pronto tengo la necesidad de experimentar esta habitación desde un punto estratégico más elevado.

—Resumámoslo —dijo Fay—. ¿Te daban tareas peligrosas por ser especial?

—Mi abuela decía que era mi deber vivir por el bien de Bloodwood —replicó Phoenix, alcanzando la jarra de bebida verde—. Que estaba ayudando a la gente. Y durante mucho tiempo... Me lo creí. —Bebió directamente de la jarra—. Mi sangre es más adaptable que la de una Sombra. Contiene la misma energía, pero es más fácil de usar. La abuela siempre me sacaba sangre. —Se detuvo, con los ojos fijos en las vigas sobre su cabeza—. Para ser sincero, aquello no estaba tan mal. Con lo que más incómodo me sentía era con la cámara de vacío del patio trasero de mi casa.

—Cámara de vacío —repitió Fay, mirando a Simon asombrada.

—Le arranca la energía a cualquier cosa que esté atrapada dentro —murmuró Simon.

—Sé lo que es una cámara de vacío —le cortó Fay—. Y me sorprende que tuvierais una. Ahora son ilegales, por miedo a que se puedan utilizar para crear más Penumbras.

—Ilegales o no —dijo Phoenix—, Teddy y mi abuela tienen una. Me metían allí durante horas cada vez que Bloodwood quería un plus de energía. —Dejó la jarra—. No creo que a ninguno os hayan extraído energía del vacío del cuerpo, pero no es una experiencia agradable. Si podéis imaginar cómo os retuercen las entrañas estando encadenados a una piedra al fondo del mar, os acercaréis un poco. —Phoenix se lanzó al aire, y logró aferrarse a una de las vigas sobre el escritorio. Se subió a ella, y se sentó con el abrigo raído envuelto a su alrededor y los pies colgando—. ¿Por qué os estoy contando esto? No es algo que me apeteciera discutir, creo.

—Querías una solución... —dijo Fay con cuidado—. Pero ¿de verdad tenías que llegar al extremo de aliarte con las Sombras?

Phoenix se miró las largas mangas, desanimado.

—Bloodwood planeaba enviarme al corazón del vacío. Querían que atravesara el Portal, *en persona*, y enchufase una serie de cables para canalizar la energía a la ciudad. —Ofreció una media sonrisa—. Solo soy el hijo de una Penumbra. A nadie le importó que pudiera perder la cabeza, o que se me derritiese la piel. Mi abuela les dijo a todos que sobreviviría. Pero tenía nueve años. Y entré en pánico.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Fay con suavidad.

Phoenix tragó saliva.

—Huí al bosque. Dejé entrar a las Sombras, rindiendo mi cuerpo. Y bueno... —Se detuvo; la reconfortante neblina ya no lo cubría en una agradable sensación de impersonalidad—. Ya sabéis

el resto.

—Sí —dijo Fay—. Quinientas Sombras atacaron nuestro pueblo en la mayor tragedia desde la Guerra de las Sombras. Cientos de inocentes... —Se detuvo en medio de la frase—. ¿Estás llorando?

Phoenix se frotó los ojos con la mano, y se inspeccionó los dedos como si nunca antes los hubiera visto. Simon suspiró, y se levantó.

—Era un niño con problemas que cometió un error. Ahora, ¿vas a ayudarnos a cerrar el vacío o no?

—Hoy no me siento como yo mismo —le dijo Phoenix a sus rodillas.

Fay se mordisqueó el labio, evaluando a Simon.

—¿Qué queréis de mí?

—Rojo parece pensar que tienes algo de valor.

Phoenix se enjugó las lágrimas y se envaró.

—Una personalidad encantadora, y conocimiento superior del comportamiento del vacío. —Saltó de la viga—. Y también otra piedra del vacío.

Simon suspiró.

—Pues claro que la tiene.

—¿Por qué lo de la piedra del vacío? —preguntó Fay.

—Voy a hacer exactamente lo que me negué a hacer hace diez años —respondió Phoenix, quitándose el polvo del abrigo—. Pero esta vez será bajo mis propias condiciones. Y no voy a huir.

—Deberías huir —dijo Simon—. No vas a poder aguantar estar en el corazón del vacío por segunda vez.

—¿Por segunda vez? —repitió Fay.

—El año pasado —dijo Phoenix con una sonrisa amarga—. Qué aventura.

—¡Te mató! —dijo Simon, alzando su de por sí imponente voz por la frustración.

—Solo un ratito —murmuró Phoenix—. Volví.

Fay lo miró en silencio y pensativa, con una mirada indescifrable. Simon se masajeó la frente.

—¿Cuál es tu plan, Rojo? Cruzar el Portal hacia el corazón del vacío, activar de alguna forma esas gemas... ¿Y luego, qué?

—Con quince piedras se puede revertir el pulso energético que amenaza los mundos —explicó Phoenix, encogiéndose de hombros—. En vez de derramarse hacia fuera, la energía se concentrará en torno a las piedras, y los agujeros se cerrarán.

—¿Y esa es tu brillante idea? —Simon frunció el ceño.

—¿Alguna opción más interesante?

—Te quedarás atrapado dentro.

Phoenix hizo una mueca.

—Puede.

—¿Qué se supone que le voy a decir a Jess? —exigió Simon—. Lo siento, cielo, sé que querías que le echase un ojo a nuestro amigo, pero ha decidido lanzarse otra vez a las profundidades del vacío. No vas a sobrevivir a eso.

Phoenix sonrió.

—No seas tan dramático. Quizá mi cuerpo de repuesto sea útil, para variar. En cualquier caso, seamos realistas, Wolfe. ¿Mi vida de nada, o la seguridad del universo entero? No hace falta ser un lumbreras, ¿no?

Un chasquido agudo los interrumpió, y al girarse vieron a Fay cerrar una cajita ornada.

—Faydelia Leon —dijo, tendiéndole la mano a Phoenix—, a vuestro servicio.

Phoenix miró la gema verde con vetas doradas que ofrecía sobre su palma.

—Os ayudaré —dijo Fay—. Solo haced..., lo que haga falta, para estabilizar el vacío.

Phoenix estiró la mano y tomó con cuidado la piedra. Ésta zumbó un instante antes de desaparecer de la vista.

—Deberías sentarte —añadió Fay—. La bebida que te he dado te va a dejar fuera de combate más pronto que tarde.

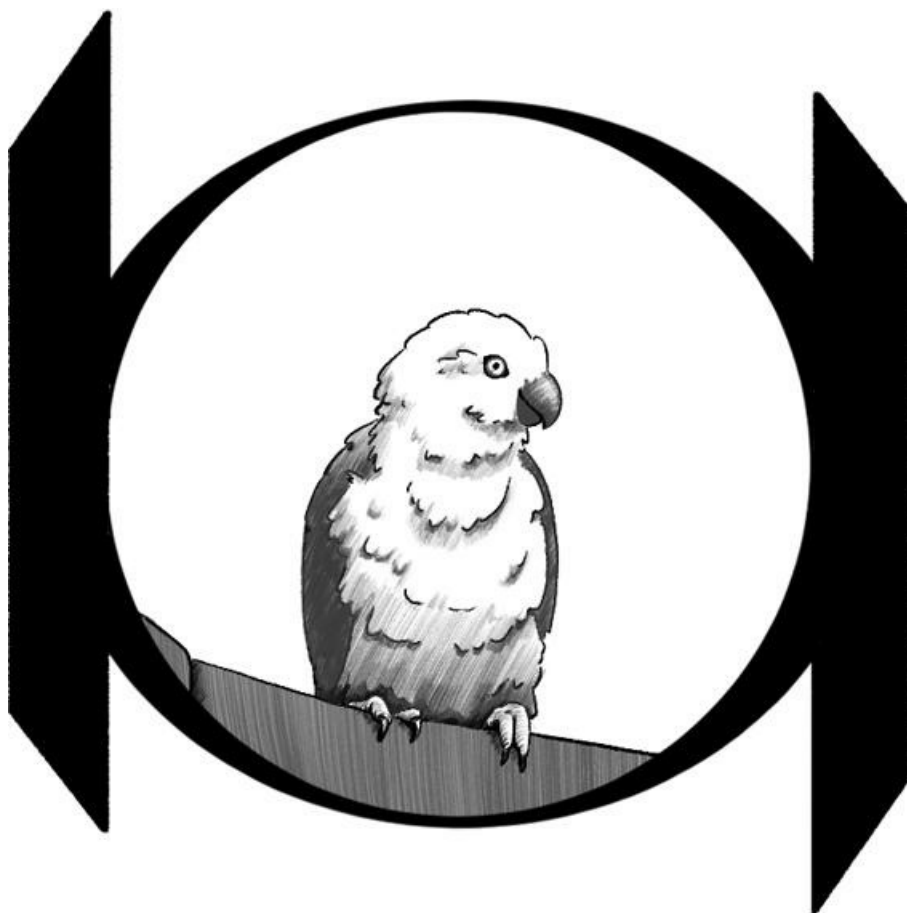
—¿Un tónico de la verdad? —adivinó Phoenix, pero Fay sacudió la cabeza.

—Sigues pudiendo mentir. Solo reduce tus inhibiciones para que sea menos probable que ocultes la verdad.

—No es un refrigerio particularmente agradable para tus invitados —dijo Phoenix mientras se sentaba en una silla—. Admitiré que es refrescante, pero el regustillo amargo de la violación de la intimidad igual es prescindible. ¿Has probado alguna vez un smoothie de frutas del mercado de Karvil Centro? Esas bebidas son como una bofetada en la cara en medio de un día de invierno. Compré una hace dos años, y... —Phoenix dio una cabezada, y en cuestión de segundos respiraba despacio con los ojos cerrados.

Fay se acomodó en el asiento.

—No sé a ti, pero a mí me cae mejor cuando está dormido.



Fuera de lugar

Phoenix se despertó con el joven veterinario de gafas sobre él, con una mano bajo la camisa de Phoenix mientras presionaba un estetoscopio frío contra su pecho.

—Qué íntimo todo —dijo Phoenix.

Jayden apartó la mano, sorprendido.

—Estás despierto.

—Por lo general, sí —dijo Phoenix, apoyándose contra la pared del cabecero.

—Bienvenido otra vez —dijo Bee desde la puerta, con aspecto alegre y relajado pese a las ojeras—. Sabíamos que te despertarías hoy.

Jayden asintió.

—Alice nos dijo que tus líneas temporales entrarían en vereda.

—Llevas durmiendo desde que huimos del Anillo Medio —dijo Bee, hundiendo las manos en los bolsillos de la zarrapastrosa chaqueta vaquera que llevaba cuando conoció por primera vez a Phoenix—. Llevamos dos meses sin hablar.

—Ya... —dijo Phoenix—. Solo un mes hasta que... ¡Au, oye! —Jayden le clavó a Phoenix en el brazo una aguja probablemente diseñada para elefantes, y le inyectó algo agónicamente frío—. ¿A qué venía eso?

—Ahora que se han estabilizado tus líneas temporales —dijo Jayden, metiendo la jeringuilla en un contenedor de plástico—, esto le dará fuerzas a tu cuerpo.

—Y te ayudará a repeler el tirón de la Colisión —dijo Bee mientras cruzaba la gran alfombra arcoíris para entrar en el soleado dormitorio, y sentarse al borde de la cama—. No podemos permitir que te esfumes a la prisión de pronto. Hay curro.

—*Mucho* curro —dijo Jayden, pasándole el brazo por los hombros a Bee mientras se sentaba a su lado—. Tenemos que organizarnos antes de que comience el Festival de la Luz.

—Y necesitamos que todo esté listo antes de que se alineen los Portales —añadió Bee.

—Al parecer —dijo Jayden—, esa será tu mejor oportunidad para encerrar toda esta energía que está sacando de madre al universo.

—Y Flamegate estará indefenso ante este levantamiento contra ellos —dijo Bee con una sonrisita satisfecha.

Phoenix los estudió en silencio, asombrado.

—Parecéis bien informados —dijo por fin.

Bee asintió.

—Alice se sentó a hablar con nosotros poco después de que te trajéramos aquí. Nos lo contó todo.

—Lo dudo —dijo Phoenix—. Alice nunca se lo cuenta todo a nadie.

—Siendo sinceros —dijo Jayden, colocándose rizos dorados tras la oreja con una despreocupación molesta—, nada de esto me alegra. Pero tu amiga la viajera del tiempo es bastante persuasiva.

Bee se sacó una galleta de chocolate del bolsillo, y Phoenix se dio cuenta de pronto de lo hambriento que estaba.

—¿Mencionó los riesgos? —preguntó, hablándole a la galleta más que a Bee, con la esperanza de que el snack fuera incapaz de resistir la fuerza gravitacional de su mirada y levitara mágicamente hacia él.

—Oponerse a Flamegate nunca ha sido una decisión segura —dijo Bee, sacando el dulce de su envoltorio—. Pero este mundo es nuestro hogar. Y vamos a luchar por él. —Dio un mordisco, dudó, y luego le pasó el resto—. ¿Cómo estás?

—Sobrepasado, la mayor parte del tiempo —dijo Phoenix, tomando con ganas la comida—. Gracias. —La engulló y luego se bajó de la cama para acercarse a la ventana, apartando a un lado las cortinas de encaje—. ¡El Anillo Inferior! ¿Es verdad lo que cuentan? ¿Que todo el mundo tiene la plaga? ¿Que la contaminación es insoportable? ¿Hay gatos mutantes? —Phoenix abrió la ventana y sacó la mitad superior de su cuerpo fuera. Dos pisos más abajo crecía un jardín cochambroso, cubierto de viejos árboles nudosos y malas hierbas. Terrazas de ladrillo antaño impresionantes, y ahora tambaleantes, se extendían a ambos lados de la silenciosa calle llena de agujeros, más allá de la cual se alzaba un complejo comercial medio en ruinas de varias plantas asediado por la suciedad, las enredaderas y el implacable paso del tiempo—. Bueno, es un vertedero —dijo, observando cómo un torpe robot de tres ruedas apuñalaba un montón de restos de metal a un lado de la calle—. Pero ni de lejos tan aterrador como me esperaba.

—El lugar en sí no está tan mal —dijo Jayden—. Son los residentes por los que te tienes que preocupar. Ladrones y asesinos. Narcotraficantes sin escrúpulos. Una persona de cada dos tiene alguna enfermedad incurable. Y no me hables de la fauna. Hasta los herbívoros se están devorando entre ellos.

Phoenix continuó mirando fuera, con los ojos clavados en la enorme muralla en la distancia que rodeaba la montaña más allá, cuya cumbre estaba coronada con la monumental pesadilla que era la Torre Flamegate, hogar de su asquerosa cárcel.

—¿Los dos habéis sido vacunados contra la plaga, espero?

—Sí —dijo Bee desde la cama—. Nuestros padres ayudaron a reparar la muralla del Anillo Superior a cambio de atención sanitaria cuando éramos pequeños.

—Nuestras familias se conocieron durante la construcción —añadió Jayden—. Fue el comienzo de algo hermoso.

—Formaron su propio grupo rebelde —dijo Bee.

—Yo hablaba más bien de nuestra relación —masculló Jayden—. Nos conocimos de niños en una de las reuniones.

Phoenix se apartó de la ventana.

—¿Un grupo rebelde?

—Quedan todas las semanas para hablar de la lenta conquista mundial que está llevando a cabo Flamegate —explicó Bee—. Al principio no hacían daño a nadie. Solo eran unas pocas familias que se preocupaban por las generaciones venideras.

—Pero creció hasta convertirse en algo un poco más organizado —añadió Jayden—. En una amenaza mucho mayor.

—Fueron obligados a disolverse —dijo Bee mientras Phoenix se sentaba de un brinco en la repisa—. Sus miembros se desvanecieron uno por uno. Fueron o asesinados, o encarcelados, a fin de “dar ejemplo”... O los obligaron a firmar contratos a cambio de sus vidas, o la seguridad de sus seres queridos.

—Torturaron a mis padres cuando yo tenía ocho años —dijo Jayden—. Nunca fueron los mismos después de eso.

—¿Y ahora dónde están? —preguntó Phoenix.

Jayden frunció el ceño, como si sopesara si Phoenix se merecía una respuesta honesta. Terminó por encogerse de hombros ligeramente, y sacudir la cabeza.

—Lo han superado.

—Phoenix —intervino Bee—. Alice nos contó lo de la cárcel. Nos contó las cosas por las que tuvisteis que pasar los dos.

Phoenix tragó saliva, incómodo, y comenzó a rascarse las cicatrices pálidas del antebrazo.

—¿Adónde quieres llegar?

—Todos nosotros queremos ver a Flamegate de rodillas —dijo Bee—. Todos tenemos razones para luchar. Pero ninguno podemos hacerlo sin ayuda.

—Y supongo que con un poquito de valor, determinación, y trabajo en equipo a la vieja usanza, ¿los tres unidos podremos derrotar a esta maligna red global? —preguntó Phoenix con optimismo forzado, rascándose todavía el brazo.

Bee sonrió.

—Somos más de tres. —Se levantó de la cama, y Jayden la siguió—. Ven, te lo enseñaremos todo.

El refugio resultó ser enorme. El pequeño dormitorio en el que había estado durmiendo Phoenix quedaba cerca de una habitación con muchas más comodidades que compartían Jayden y Bee, y al final del pasillo con gruesa moqueta se encontraba un baño mucho más lujoso que cualquier otro que Phoenix hubiera visto nunca.

Siguiendo el laborioso zumbido de conversaciones rápidas y movimiento agitado, bajaron por una elegante escalinata hasta un área enorme que hacía las veces de salón, cocina y comedor; un espacio de planta abierta con incontables lámparas y una amalgama caótica de muebles antiguos.

El parloteo murió en el instante en que apareció Phoenix: docenas de personas pausaron lo que estaban haciendo para mirarlo. Un grupo acurrucado en sofás en torno a una mesita de café

lo miró con curiosidad por encima de una mezcla de tablets delgadas de alta gama y grandes ordenadores anticuados. Otro equipo reunido en torno a una gran mesa de comedor levantó la mirada de la colección caótica de mapas que habían estado escudriñando, mientras que una hilera de individuos silenciosos de aspecto militar que vagaba en torno a una mesa de trabajo abarrotada en una esquina de la habitación se tomaba un descanso de la limpieza de su armamento para observar a Phoenix entrecerrando los ojos.

—Phoenix está despierto —le anunció Bee a la multitud.

—Ya era hora —masculló alguien.

—Bienvenido a la Alianza, chaval. —Un hombre con un delantal rosa brillante le lanzó un panecillo desde la cocina, que Phoenix atrapó al vuelo.

—Gracias —respondió, lanzándole una mirada confusa a Jayden y Bee.

Bee parecía estar pasándoselo en grande.

—Hay más —dijo—. Empecemos por abajo.

Phoenix y Jayden la siguieron escaleras abajo hasta un sótano espacioso y mal iluminado, que hizo que Phoenix se sintiera incómodo incluso antes de que sus pies tocasen el frío suelo de cemento.

—La enfermería —anunció Bee, haciendo un gesto en dirección a las hileras de estrechas literas anticuadas de estilo militar que había contra las paredes sin ventanas. Las veinte o así estaban ocupadas; la mayoría por personas cubiertas de vendajes, muchas de ellas con extremidades rotas suspendidas en alto.

—¿Quiénes son? —preguntó Phoenix, intentando no comparar el asfixiante y silencioso sótano con lo que se había encontrado en Flamegate.

—La mitad, como mínimo, son rebeldes a tiempo completo —dijo Bee, bajando la voz mientras un enfermero le cambiaba el vendaje a una paciente al fondo de la habitación oscura—. Se lesionaron hace dos días robando información del Anillo Superior. Apenas lograron escapar de un antiguo robot sentiente al otro lado de la muralla. Si hubiera sido alguno de los modelos nuevos, no habrían tenido esta suerte.

—¿Y el resto?

—Un poco de todo —dijo Bee—. Ayudamos a quien podemos.

—¿Eres Phoenix? —preguntó la chica a la que le estaban cambiando las vendas desde el otro lado de la sala. Tenía el pelo oscuro apelmazado, y cicatrices de acné que le salpicaban el estrecho rostro. No podía tener más de quince años.

—Depende de quién me pregunte —dijo Phoenix, acercándose con Bee y Jayden a su vera—. Pero tú pareces lo bastante amigable, así que sí.

La chica sonrió mientras el enfermero le cubría el brazo con vendajes nuevos.

—Dicen que estás destinado a hacer grandes cosas.

—Imagino que estoy destinado a hacer cosas —dijo Phoenix—. Pero no te sé decir lo grande que serán. ¿Tienes hambre?

La sonrisa de la chica se ensanchó mientras tomaba el panecillo que le ofrecía Phoenix. Phoenix advirtió cinco puntitos tatuados en el dorso de su mano, como el cinco en un dado, envueltos en un anillo oscuro en llamas.

—Es un rollo jerárquico, ¿no? —preguntó Phoenix, señalando el tatuaje. Tras él, Bee y Jayden habían empezado una conversación con el enfermero acerca de conseguir medicamentos para alguien llamado “Little Mick”.

—Una recompensa, en realidad —dijo la chica, moviendo la mano y admirando la marca—. Adaptada de un sistema de marcaje de Flamegate. Todo el mundo empieza con un cinco. Pero

hay otros cuatro logros que conseguir. —Se subió la marca, revelando un cuadrado de cuatro puntos tatuado en su brazo, rodeado de nuevo por un anillo oscuro en llamas—. El único otro que tengo es el cuatro. Lo logras cuando dedicas más de un año a la rebelión.

Phoenix se pasó una mano por la nuca.

—Números como recompensa —dijo, fingiendo no ver las silenciosas figuras enmascaradas que aparecieron en todas las paredes, temiendo que miraras pudiera hacerlas reales. Temiendo que tomaran vida para observar cómo lo obligaban a sentarse en una silla rígida, lo ataban, y lo lanzaban a una Colisión mientras desde los altavoces del techo sonaba música y un coro de voces.

De pronto la realidad se desvaneció; el latido del corazón de Phoenix se volvió ensordecedor mientras las paredes del sótano se desdibujaban ante él, acercándose, tragándose a los inocentes pacientes que descansaban en sus camas. Phoenix sabía lo que ocurriría a continuación. La música se detendría y la cuenta atrás comenzaría mientras la multitud cantaba al unísono, y sus voces atronarían desde los altavoces gritando la cuenta desde el diez hasta el uno mientras Phoenix maldecía, y se debatía, hasta llegar al cero. Entonces alguien activaría el maldito interruptor y Phoenix desaparecería en la oscuridad, y sus gritos rotos se perderían entre los vítores de la multitud ignorante.

Phoenix cerró los ojos.

Una última vez.

—¿Te vas a desmayar otra vez? —La pregunta de la chica interrumpió el terror de Phoenix, sacándolo del trance.

Parpadeó, reacio a comprobar si los vigilantes enmascarados continuaban rondando las esquinas de la habitación.

—No estoy seguro. —Se cruzó de brazos y miró al techo—. ¿Cuánto tiempo llevas rebelándose contra Flamegate?

—Toda mi vida. —La chica no parecía ver las figuras sin rostro en las sombras de la pared, así que Phoenix se obligó a mirar. Las visiones se desvanecieron en la penumbra, y la enfermería volvió a ser el espacio pacífico de siempre.

Dejó escapar un pequeño suspiro.

—Un trabajo peligroso —notó, y la chica de pelo apelmazado se rió.

—Mantenerse con vida es de por sí un trabajo peligroso, a día de hoy. —Le dio un mordisco al panecillo, y luego apuntó con él al pecho de Phoenix—. Tatúate un anillo en llamas ahí y podrás ser uno de los nuestros, ¿sabes? Un rebelde de verdad.

Phoenix se recolocó la camisa para ocultar los puntos sobre su clavícula.

—Quizá. —Necesitaba que le diera un poco el aire—. ¿Cómo te llamas?

—Bailey. —La chica sonrió—. Recuérdame. Voy a hacer historia.

—Cuídate, Bailey. —Phoenix le dio unas palmadas en el hombro—. Mejor será que me marche. He dormido dos meses de más esta mañana. Tengo que ponerme al día. —Dejó a la chica recuperándose de sus lesiones para meterse inocentemente en la conversación que estaba teniendo lugar tras él, que al parecer era un debate sobre los plátanos.

—Esas cestas de fruta eran para la señorita Tippet. —El enfermero era un hombre diminuto de aspecto enfadado, con un espectacular bigote francés—. Había buenos deseos de sus estudiantes escritos en tarjetas hechas a mano, *claramente* visibles junto a las naranjas. La señorita Tippet está muy enferma, y sus estudiantes, muy preocupados. No puede coger sin más los regalos de alguien más.

—Bueno, es su casa —dijo Jayden, medio encogiéndose de hombros—. Supongo que siente

que tiene derecho.

—Es insufrible. —El enfermero frunció el ceño, tirándose con irritación del bigote—. Siempre refunfuñando. Nunca dice nada, salvo tonterías condescendientes o de mal gusto.

—Ha sido bastante generoso —razonó Bee—. Y es paciente con los niños.

El enfermero resopló.

—Su mala actitud arruinará los ánimos, y en tiempos así, Belinda, eso es casi tan peligroso como la plaga.

—Él es tan peligroso como la plaga —dijo Jayden.

—Hablaré con él —prometió Bee.

—Esta no es mi ropa —anunció Phoenix, sintiendo la imperiosa necesidad de interrumpir.

Bee, Jayden y el enfermero del bigote se giraron para mirarlo.

—No —confirmó Jayden tras una pausa—. Es mía. Bueno, lo era.

Bee se cruzó de brazos y frunció el ceño mientras miraba la simple camisa azul que tenía puesta Phoenix sobre unos pantalones de pijama de rayas.

—No merecía la pena conservar tu uniforme de la prisión.

—Además —añadió Jayden, con una sonrisita—, mojaste la cama el día que llegamos.

Phoenix gimió y tiró de un mechón de pelo para taparse los ojos.

—Probablemente fuera una técnica de supervivencia —dijo Bee—. Una forma que tiene tu cuerpo de prepararse para dormir durante tanto tiempo.

—¿Qué eres, exactamente? —preguntó Jayden.

—Soy...

Phoenix se calló, molesto consigo mismo por no saber cómo responder.

—Estuviste hibernando, básicamente, dos meses —añadió Jayden, ahora con una amplia sonrisa en una exhibición evidente de superioridad—. Desde luego eres la persona más rara que he conocido. Y últimamente me he encontrado con muchas.

Phoenix le ofreció una sonrisa al enfermero gruñón.

—Phoenix el Incontinente —dijo—. Un placer conocerte. —Se giró veloz hacia Bee—. ¿Podemos irnos? —preguntó—. Arriba. Fuera. A cualquier parte, en realidad, con una ratio mayor de ventanas-paredes.

Bee miró el brazo que Phoenix se estaba arañando con los dedos, y asintió.

—Sí, claro.

La planta baja estaba a rebosar de actividad cuando volvieron. Varios pares de ojos siguieron cada movimiento de Phoenix mientras seguía a Jayden y Bee más allá de los sofás y mesas abarrotados hasta la cocina, al frente de la casa.

—Me encantaría cocinaros algo, pero voy como el culo de tiempo. —El hombre del delantal rosa estaba ocupado cargando grandes contenedores de plástico sobre un carrito—. Día de Sopa en el Campus Ruinoso. Pero coged lo que sea del frigo.

—Gracias, Vince. —Bee le ayudó a poner los pesados contenedores que había encima del mostrador sobre el carrito—. Mantente a salvo.

—Lo haré. —El sonriente cocinero empujó el carrito fuera de la cocina y se llevó la comida, atravesando la puerta principal para salir de la casa.

—Este lugar... —comenzó Phoenix, y una sonrisa invadió el rostro de Bee.

—Impresionante, ¿eh?

—¿Aquí todo el mundo trabaja contra Flamegate? —Phoenix dio un brinco para sentarse sobre la encimera, junto al fregadero, y cogió una taza vacía que había estado secándose.

Jayden suspiró.

—¿Que si aquí todo el mundo está cabreado? Sí.

—¿Acaso no te dije que marcarías la diferencia, Phoenix? —dijo Bee, mientras Phoenix llenaba su taza con agua del grifo—. Alice nos prometió a todos que con tu ayuda podremos derrotar a Flamegate. Uniste a toda esta gente. La inspiraste a pasar a la acción.

Phoenix hizo una pausa, y le lanzó una mirada de recelo mientras el agua del grifo rebosaba su taza y se iba por el desagüe.

—¿Le dijo Alice a *todo el mundo* que voy a cerrar el Portal? Suena un poquito presuntuoso. ¿Qué pasa si fracaso?

—Una superheroína viajera del tiempo confía en que lo lograrás —dijo Bee—. ¿Qué podría salir mal?

Phoenix hizo una mueca mientras cerraba el grifo.

—El viaje en el tiempo te exige manejar una compleja red de resultados posibles y oportunidades en potencia —dijo—. Puede llevarte toda una vida comprender el camino que tomará un simple árbol, y las personas somos infinitamente más complicadas que las plantas. —Tomó un sorbo de agua, golpeando con los talones el armarito bajo la encimera—. Alice ha dedicado toda su vida a comprender eventos futuros para poder destruir Flamegate. *Todos* nosotros somos piezas de ese ambicioso plan. Y sí, quizá Alice nos haya puesto en el camino correcto y haya quitado algunos obstáculos, pero las cosas todavía pueden torcerse. No hay nada asegurado.

—Ni siquiera has hecho nada todavía, y ya estás poniendo excusas —murmuró Jayden.

Bee puso los ojos en blanco.

—Dale un respiro, Jay.

—Alguien tiene que mantenerlo firme —dijo Jayden—. Porque todos hemos invertido muchísimo en esto.

Antes de que Bee pudiera contestar, un hombre pálido de mediana edad con una cresta de pelo canoso e impactantes ojos de color azul se coló en la cocina y comenzó a rebuscar en un cajón. Cogió un cuchillo, y se dio la vuelta para mirarlos.

—Flamegate —dijo con voz ronca, blandiendo en su dirección la hoja para reforzar su afirmación— tiene ahora cañones láser.

Caminó arduamente hasta el comedor y cogió una pila de papeles de una mesa apuñalándola con el cuchillo, y llevándosela ensartada.

—¿Quién es ese? —preguntó Phoenix mientras el hombre salía a pisotones de la casa, y cerraba la puerta principal de un portazo.

—Fantasma —respondió Jayden con voz neutra—. En esencia, controla todo el sistema de túneles subterráneos que hay bajo Veracity.

—Es muy anti-Flamegate —dijo Bee, mirando por la ventana de la cocina cómo Fantasma cruzaba el jardín encorvado y salía a la sucia callejuela.

—Bee le adora —dijo Jayden—. A veces pasan semanas sin que lo veamos. Pero viene de vez en cuando a hacer sugerencias, o para matar a alguien.

Bee chasqueó la lengua.

—No es tan bruto... Aunque te recomiendo no tocarle las narices.

Phoenix asintió lentamente, intentando asimilarlo todo.

—Tomo nota. —Miró hacia la habitación a la que daba la cocina. Un grupo de tipos musculosos lo miraba mientras limpiaba su arsenal de armas, habiendo pasado de su montón de pistolas a un cargamento aparentemente infinito de rifles.

Phoenix le ofreció al grupo un brindis amistoso con la taza de agua, no teniendo ninguna

gana de sufrir otro disparo. Un hombre y una mujer con rapados igual de severos lo saludaron con un entusiasmo infantil y exacerbado que parecía un pelín excesivo para gente con acceso a armas de fuego.

Phoenix se bajó de la encimera y se acercó a la pareja junto a la mesa larga. Sus sonrisas se ensancharon al ver que se acercaba con Jayden y Bee.

—Es genial tenerte con nosotros —sonrió la mujer, dándole un puñetazo en el brazo a Phoenix. Había decidido acompañar su práctico corte de pelo con una bandana negra cubierta de dibujos de caritas sonrientes, y varios aretes de plástico de colores le decoraban las orejas.

—Por supuesto, lo hemos oído todo sobre ti —añadió el hombre—. Nos alegra tenerte con nosotros. —Tanto él como la mujer estaban de pie con los pies separados, como si estuvieran listos para hacer una sentadilla en cualquier momento. Sus compañeros, vestidos con ropa oscura, estaban unos pasos más atrás, ocupándose de las armas que yacían sobre el banco de trabajo sin mediar palabra.

—Ruby —dijo la mujer, tendiéndole la mano a la altura del pecho.

—Rex —dijo el hombre, imitando su gesto—. Como el dinosaurio.

—Phoenix —dijo Phoenix, inclinando de nuevo la taza—. Como el pájaro. Aunque me da que todo Veracity sabe ya quién soy.

—Alice dice que vas a acabar con el poder de Flamegate. —Ruby arqueó las cejas en su dirección—. Una afirmación contundente.

Phoenix se rió sin poder evitarlo.

—Y tanto que contundente. —Le pasó la taza a Jayden, que la cogió sin pestañear y luego frunció el ceño como si no estuviera seguro de cuánto irritarse.

Phoenix cogió uno de los rifles y comenzó a darle vueltas entre las manos, sorprendido al comprobar lo ligero que era.

—¿No querrás decir que es mentira? —Rex se cruzó de brazos, y sus enormes bíceps se abultaron bajo las mangas.

Phoenix hizo una pausa, apretando un ojo contra el metal al mirar a través de la mirilla hacia la oscuridad. Bee estiró el brazo y apuntó con cuidado el rifle hacia el techo, mientras Jayden y los dos crossfiteros con pistolas miraban a Phoenix con expectación.

—Escuchad —dijo Phoenix—. Una vez acceda al Portal, podré cerrarlo. —Dejó el arma sobre la mesa de nuevo—. Probablemente. —Recuperó su taza de manos de Jayden, le dio un sorbo, y asintió en dirección a la mesa—. De todas formas, ¿de dónde habéis sacado todas estas armas de fuego?

—Ruby y yo trabajamos para la PIAV —dijo Rex, con un toque de orgullo en la voz mientras miraba a la media docena de personas ocupadas en el banco.

Phoenix frunció el ceño.

—¿PIAV?

—El Cuerpo de Policía Inter-Anillo de Veracity —explicó Ruby.

—Así que... C-PIAV.

—La C no se pronuncia. —Rex le puso una mano en el hombro a Ruby—. La cuestión es... Todo aquel que es leal al Cuerpo está preparado para actuar. Llevamos demasiado tiempo siendo corrompidos por Flamegate.

Phoenix se frotó los ojos.

—Vaya, pues todo esto se ha desmadrado más de lo que pensaba mientras me echaba un sueñecito. —Se terminó la taza, y luego volvió a la cocina con Bee y Jayden. Ruby y Rex los siguieron como patitos caminando tras su madre.

—Usurpar Flamegate una vez les hayamos quitado supreciado poder no será un problema —dijo Ruby, mientras Phoenix rellenaba su taza en el fregadero—. No con todos estos recursos de nuestro lado.

—La Alianza tiene contactos en esferas sorprendentemente altas —dijo Rex.

—Y en otras predeciblemente bajas —añadió Jayden entre dientes mientras Phoenix se sentaba de un salto sobre la encimera de nuevo.

—Es una combinación bastante interesante, la verdad. —Ruby entrelazó su brazo con el de Rex.

—Rubes y yo nos casaremos tras el Festival de la Luz. —Rex le dio un toque con el hombro a la mujer—. Si todo va de acuerdo con el plan, claro. La Alianza al completo está invitada.

—Ladrones, espías, policías, viajeros del tiempo... —Ruby contaba con los dedos—. Ciberdelinquentes, profesores, asesinos, expertos en todo tipo de mierdas...

—Menuda fiesta épica va a ser —dijo Rex con una sonrisa.

—Fiestas y tal aparte —dijo Phoenix, tamborileando con los dedos sobre la taza—, Flamegate es un imperio global no sólo de tecnología avanzada, sino también de magia avanzada. Lo que de verdad necesitamos es un puñado de hechiceros decentes.

—Igual esto te sorprende —dijo Jayden—, pero la magia no es demasiado común por estos lares.

—Igual esto te sorprende —contraatacó Phoenix—, pero la magia ha existido en la Tierra desde el principio de los tiempos. Simplemente aún no entendéis cómo funciona.

Jayden abrió la boca para discutir, pero Bee le tomó de la mano y se quedó callado, mirando al suelo malhumorado.

—Bueno, incluso sin magia, Phoenix —dijo Ruby—, te apoyaremos cuando cierres ese Portal.

—El Portal es tu responsabilidad, y solo tuya. —Un delgado anciano, vestido con una larga túnica ceremonial negra, dejó atrás lentamente las abarrotadas mesas para meterse en la cocina, con delgado pelo canoso que le caía más allá de la cintura—. Tu fracaso sería una catástrofe. Intenta tenerlo en cuenta. Sería una pena que nos decepcionases.

La casa quedó en silencio. Incluso la gente acurrucada en los sofás con portátiles y tablets sobre las rodillas dejó de teclear para alzar la mirada y observar a la figura acechante.

—Qué bien que ya se ha dado tu Gran Despertar —dijo el anciano, apoyado contra la nevera mientras sus pálidos ojos grises escudriñaban a Phoenix como si fuera un experimento de ciencias capaz de explotar en cualquier momento—. Espero que te sientas fresco como una lechuga. Todos esperamos cosas tan increíbles de ti. ¿Has logrado el número de piedras del vacío necesario para tu heroico cometido?

Phoenix dejó su taza sobre el banco con cuidado, sintiéndose en guardia de pronto. Una extraña energía invisible crepitaba en el aire, pero nadie más la notaba.

—Necesito dos más. —Phoenix frunció el ceño—. Un placer, por cierto. Phoenix Page. —Se inclinó hacia adelante, ofreciéndole la mano al extraño.

El anciano se quedó donde estaba.

—Sé quién eres. Tu reputación te precede.

—¿Y tú eres...? —preguntó Phoenix, apartando su mano.

—Algo así como una mente del mal —dijo el hombre—. Un instigador del progreso. Un facilitador de cometidos mortales. —Hizo un gesto sereno hacia la multitud repartida por la casa—. Toda esta organización existe gracias a mí. Incluso este hogar, donde has dormido cómodamente dos meses sin contribuir con nada de valor a cambio, me pertenece.

—¿Que este refugio es tuyo? —Phoenix frunció el ceño, ignorando la pulla—. ¿Eres el amigo del que hablaba Alice?

El hombre sonrió sin ganas.

—Me llamo Edgar.

—¿Edgar? —Phoenix no pudo evitar la enorme sonrisa—. No hay suficientes Edgars hoy por hoy. El tutor de Simon se llamaba Edgar.

El anciano tragó saliva, mientras le temblaba un músculo de la frente.

—Eso de tutor —dijo, apartándose de la nevera—, no es un título que vaya a merecer jamás. —Se giró para marcharse—. Doy por finalizados todos los rituales de cortesía. No me hables a menos que sea absolutamente necesario.

—Qué rayito de sol de persona —murmuró Phoenix mientras el anciano se acercaba a una puerta cerrada que probablemente llevara a su dormitorio privado, donde podía sentarse enfurruñado en silencio lejos de todos los demás.

Fue entonces cuando una figura enorme apareció de la nada con un breve y ensordecedor “whoosh”, como si alguien hubiera abierto una puerta en un avión. El visitante se quedó quieto, agazapado en medio de la cocina sobre el suelo de baldosas, con el rostro oculto tras una cortina enmarañada de pelo oscuro.

Bee saltó a la acción y tomó un cuchillo carnicero de la encimera. Jayden alzó las manos sobre la cabeza. Alguien junto a la mesa cubierta de papeles cogió una grapadora para defenderse, mientras media docena de pistolas se amartillaban y apuntaban al recién llegado. Éste continuaba hecho una bola en el suelo.

Pero Phoenix se había quedado paralizado sobre la encimera. Reconocía esos hombros anchos y esa ropa de cuero negra, y mientras el joven se levantaba en toda su espectacular altura, Phoenix también reconoció los ojos oscuros, las cejas pobladas y la barba desaliñada, que había crecido incluso más desde la última vez que la vio.

—Llego tarde —dijo Simon, recogiendo el pelo en una coleta descuidada—. Puedo sentirlo. Los marcadores temporales están mal. —Su chaqueta tembló y él bajó la cremallera, permitiendo que un gran loro de colores chillones asomara la cabeza y mirase la habitación con curiosidad—. Esto solía ser sencillo —continuó, rascando al loro bajo el pico—. Bee, igual tengo que dejarte a Phoenix un tiempo. No le dejes... —Alzó la mirada y vio a Phoenix mirándolo, confuso y en shock—. ¡Rojo! ¡Estás bien! —exclamó Simon, sorprendido.

Phoenix se recompuso.

—¿Que *estoy* bien? Claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo? Lo que es más importante, qué... Demonios... Cómo... ¿Qué?

—Phoenix... —dijo Bee con desconfianza, señalando todavía con el cuchillo a su huésped inesperado—. ¿Quién es este tío?

El hechicero frunció el ceño desconcertado, paseando los ojos de un rostro en guardia al siguiente, y al final se encontró con el aspecto mortificado de Edgar, que estaba de pie junto a la puerta al fondo de la habitación. El loro chilló, y Simon volvió a hacerle cosquillas bajo el pico.

—Parece que nos hemos equivocado, Firulais —murmuró.

—Simon... —comenzó Phoenix, pero el hechicero lo interrumpió.

—Hasta la próxima —dijo, y con aquello su loro y él se desvanecieron ante todo el mundo, acompañados de nuevo por un “whoosh” sonoro. Su marcha alteró la energía del vacío a la que Phoenix estaba conectado. Sin que le diera tiempo a pensar siquiera en buscar un lugar más cómodo, se resbaló hacia un lado y se golpeó la cabeza contra el fregadero mientras un rugido estruendoso le llenaba los oídos.

Fue vagamente consciente de que Ruby y Rex corrían a cogerlo al vuelo, Bee fruncía el ceño, y Edgar se quedaba de pie sin moverse junto a su dormitorio. Pero entonces toda la habitación se disolvió en negro, y Yonder lo arrancó de aquel mundo.



La historia se repite

Phoenix se despertó sobresaltado, sintiéndose como si le hubieran disparado con un cañón. Poco a poco, el zumbido atronador en sus oídos se convirtió en un runrún algo menos insoportable. Simon estaba sentado en una silla frente a él, y Fay estaba de pie a un lado, mirando desconcertada a Phoenix mientras se apoyaba contra el abarrotado escritorio.

Seguían en la habitación de olor enfermizo, y ya era noche cerrada en el pantano. Lámparas alimentadas por discos iluminaban el acogedor espacio en la casa.

—Simon —dijo Phoenix, apretando con fuerza los reposabrazos del sillón sobre el que había estado sentado. Se envaró y miró fijamente al hechicero con incredulidad—. Estás aquí.

Simon arqueó las cejas.

—Quizá no esté de acuerdo con tu estúpido plan para lanzarte al corazón del vacío, pero no voy a marcharme y dejar que tomes más decisiones horribles tú solo.

—Solo éramos cinco —añadió Phoenix, inclinándose hacia delante con urgencia y miedo—. No puedes estar en ese mundo. No puedes.

—¿De qué hablas?

—Apenas ninguno podíamos controlarlo —dijo Phoenix mientras Fay se enroscaba una rasta en torno al dedo, observando a Phoenix con sus ojos amarillos sin parpadear—. Alice era la más habilidosa manipulando el vacío, y abusaron de ella hasta que ya no quedó nada más que quitarle. La obligaron a unirse a ellos. Si puedes manipular el vacío a voluntad, eres incluso más

valioso para Flamegate que yo. Y si se dan cuenta de que puedes cambiar de mundo...

—Phoenix, no puedo cambiar de mundo.

—*Todavía* —dijo Phoenix, aferrando a Simon por los hombros—. No puedes cambiar de mundo *todavía*. —Lleno de energía inquieta, Phoenix se puso en pie, buscando desesperado algo que hacer—. Esto es malo, Wolfe. No sé cómo pararlo.

La voz apagada de Gulliver resonó en la mente enfebrecida de Phoenix.

—Tenemos visita —dijo el caballo—. Posiblemente hostil.

Phoenix, Simon y Fay intercambiaron una mirada de cautela en el momento en que alguien llamaba firmemente a la puerta de la cabaña tres veces.

—Deberíamos tener cuidado —advirtió Simon, pero incluso antes de que terminase la frase, Phoenix había salido disparado de la habitación. Quienquiera que estuviera tras la puerta comenzó a llamar de nuevo, haciendo temblar el suelo. Phoenix abrió de golpe la puerta, y se apartó ágilmente cuando un enorme puño gris se acercó rápidamente a su cabeza.

El enorme puño pertenecía a un brazo musculoso, que a su vez estaba unido a un torso enorme sobre el que estaba la cabeza calva y con ojos saltones de una troll.

Phoenix sonrió mientras el rostro pétreo lo fulminaba con la mirada.

—Estamos lejos de todos los asentamientos troll —dijo—, así que asumo que sirves al lisonjero Alto Jefe de Yonder. ¿A qué debemos esta agradable sorpresa?

—Recoge tus cosas. —La troll, vestida con lo que parecía ser un saco lleno de agujeros, ramitas y musgo, entró en la casa y se quedó encorvada en la entrada, con la nuca calva contra el techo—. Esto es una evacuación. ¿Quién más vive aquí?

—Yo. —Fay salió del pasillo desde el que había estado observando con Simon, que seguía contemplando la escena con cautela desde la oscuridad.

Tenía las orejas puntiagudas y peludas, ladeadas como las de un gato enfadado.

—¿Qué está pasando? —exigió saber.

La expresión agria de la troll no cambió cuando miró a Fay.

—Este es el hogar de los fabricantes de guardas. Debéis acompañarme a Karvil. El Alto Jefe ha ordenado que todos los ciudadanos busquen refugio en la capital, y se preparen para la guerra.

A Fay le tembló una oreja, pero no mostró ningún otro indicio de alarma.

—¿La guerra?

—Sí, la guerra. —La troll puso los ojos en blanco, impaciente—. Contra las Sombras. Ya no pueden ser contenidas en los confines de su territorio habitual. Bloodwood ha caído. Estos terrenos ya no son seguros. Se os ha ordenado marcharos.

Phoenix alzó la mano.

—Perdón. ¿Podemos retroceder un momento? ¿Que Bloodwood ha *caído*?

La troll frunció el ceño en su dirección.

—Tus preguntas pueden esperar. Recoged vuestras cosas. Debemos irnos.

—¿Y si decidimos quedarnos? —preguntó Fay.

A la troll le temblaron los orificios nasales.

—Soy Fidelity Ethel Piedratrueno, líder de la Guardia Gris, elegida personalmente por el Alto Jefe como dirigente de la División de Rastreo, Maestra de las Rocas, y vencedora absoluta del Campeonato Internacional de Aplastamiento de Cráneos en Helburfort cinco años seguidos. No he fallado *ni una sola vez* al Alto Jefe. —Señaló a Fay con un gran dedo rechoncho—. Esta casa ha sido marcada como perteneciente a usuarios de la magia poderosos y aptos para la guerra. Insisto en que me acompañéis a Karvil. Si no venís voluntariamente, os llevaré por la fuerza.

—No creo —dijo Phoenix, interponiéndose entre Fay y el dedo de la troll—. Yo tengo acceso directo a energía del vacío bruta, *esta* joven te podría robar los ojos mucho antes de que te dieras cuenta de que te has quedado ciega, mi amigo del pasillo podría pulverizarte sin esforzarse mucho, y mi caballo no es gran cosa pero sí un capullo cabezón. Te superamos en número con creces. Cuando dices que ha *caído*... ¿Ha habido supervivientes? ¿Qué ha pasado?

La troll dio un paso en su dirección y bajó su cara hasta la de él, tan cerca que Phoenix pudo ver las delgadas cicatrices que le cubrían la nariz y las mejillas.

—¿Acaso estás ignorando una orden del Alto Jefe?

—Igual me esforzaría más en hacerte caso si no te negaras a contestar a mis preguntas —dijo Phoenix.

Se miraron el uno al otro durante un momento, y la troll pareció acabar decidiendo, como otros muchos antes que ella, que discutir con Phoenix sería un tedioso malgasto de energía.

—La fábrica de energía —dijo, encarándose de nuevo con él—, ha sido destruida. Las Sombras han emboscado lo que queda de la ciudad. Los únicos supervivientes son los pocos que fueron suficientemente listos para retirarse.

—Oh. —Phoenix se quedó callado un momento—. Ya veo. —Se acercó a una de las librerías y miró las hileras de libros polvorientos, intentando ordenar sus pensamientos mientras las larguiruchas máquinas de metal que abarrotaban la habitación zumbaban y crujían a su alrededor.

—La fábrica de energía de Bloodwood alimenta todo Yonder... —dijo Fay—. Genera las defensas anti-Sombras de todas las ciudades y pueblos. Si hay otra Guerra de las Sombras, y Bloodwood ya está fuera de combate...

—Sí —la cortó la troll—. Yonder está en peligro. Pero hay suficientes reservas de energía en Karvil para protegerla más tiempo que a cualquier otro lugar, *por lo que debéis unirlos a los preparativos de guerra*. No volveré a preguntar con amabilidad.

—¿Cómo? —dijo Phoenix, apartándose de los libros para mirar suplicante a la troll—. ¿Cómo va a haber caído Bloodwood? Sus guerreros son los más fuertes de todo Yonder. Sus armas anti-Sombras están diseñadas con la tecnología más puntera que existe. Hasta los críos están experimentados... Tiene que ser un error.

—Bloodwood fue traicionada. —La troll hurgó en su túnica cubierta de musgo y sacó un gran rollo de pergamino—. Estamos buscando a este humano.

Desenrolló el papel, y Phoenix frunció el ceño ante el joven pelirrojo y pecoso de ojos verdes en la ilustración que le devolvía la mirada bajo el título de SE BUSCA. Su propio nombre estaba escrito en la esquina inferior derecha de la página sobre una breve lista de características, incluyendo su altura, una edad aproximada de diecinueve años, e incluso su tendencia a jugar con las manos y rascarse el brazo.

—En una escala del uno al diez, ¿con cuántas ganas le buscáis? —preguntó Phoenix.

—Más importante aún —dijo Fay—, ¿la recompensa es buena?

—El palacio lleva buscando a este infractor muchos meses —dijo la troll—. Su captura es de suma importancia para los planes del Alto Jefe. Quien lo entregue recibirá una recompensa muy generosa.

—Fidelity Ethel Piedratrueno. —Phoenix se cruzó de brazos y le sonrió—. ¿En *serio* que eres dirigente de la División de Rastreo?

—Espera. —Simon salió a la luz y le quitó de las manos el pergamino a la troll—. Reconozco a este cabezón.

Phoenix arqueó una ceja.

—¿En serio?

—¿Por qué lo busca el Alto Jefe? —preguntó Simon, dándole unos toquecitos al póster. Había dejado su chaqueta en el pasillo, y los intrincados tatuajes que le cubrían los brazos quedaban al descubierto—. ¿Cuál ha sido su crimen?

La troll frunció el ceño en dirección a Simon, indecisa, con los ojitos saltones entrecerrados mientras miraba la tinta oscura.

—Retojar con Sombras —dijo, tras una pausa—. Sabotear los sistemas de defensa de Bloodwood. Terrorismo contra Yonder. Se cree que posee varias piedras del vacío, y que atrajo a las Sombras a Bloodwood.

—¿Hay pruebas? —preguntó Simon.

La troll se encogió de hombros.

—Incontables informes de testigos.

—Fidelity —dijo Phoenix, desde al lado de la estantería de la cual estaba inspeccionando los lomos de cada libro—. ¿Cómo de buena es la vista de un troll? Da igual, he encontrado la enciclopedia. Seguid.

—Pero has dicho que el Alto Jefe lleva meses buscándolo —dijo Simon, y la troll suspiró.

—Tiene un largo historial de conducta anarquista —explicó—. Es producto de un cruce ilegal entre humano y Penumbra, así que es capaz de interactuar con energía del vacío en bruto y de hospedar Sombras en su cuerpo sin morir.

—¿Ah, sí? —Simon miró hacia Phoenix para encontrárselo sentado en una esquina alejada, con la nariz enterrada en un libro.

La troll asintió.

—Hace diez años, dejó que lo poseyeran tres Sombras a la vez. Usó ese poder para volverse contra su propio pueblo. —Le quitó a Simon el pergamino, y volvió a enrollarlo—. Asesinó a incontables ciudadanos de Bloodwood —añadió, sombría—, y luego desactivó el escudo, permitiendo que otras Sombras entrasen e hicieran lo mismo. Vi las secuelas. Fue una masacre inconcebible. Incluso para estándares troll.

Phoenix tragó saliva y la miró por encima de un artículo enciclopédico sobre la fisiología troll. Simon lo miraba en silencio, pensativo, mientras que Fay miraba al suelo con los puños apretados a los costados.

—Vaya, según esto parece ser —musitó Phoenix— que los trolls tienen una vista terrible. Aunque su sentido del olfato es excelente.

—Así que... Este tipo permitió que lo poseyeran tres Sombras y traicionó a Bloodwood hace una década... —dijo Simon lentamente—. ¿Y luego qué?

—Desapareció —dijo Fay, alzando la cabeza y mirando fijamente a Phoenix, con las orejas planas contra el pelo enmarañado—. Como un cobarde.

—Y *ahora* —dijo la troll, señalando a Simon con el pergamino enrollado—, el Alto Jefe lo está buscando.

Simon sacudió la cabeza.

—De eso hace ya diez años. Y la caída de Bloodwood ha ocurrido hoy... Tiene que haber algo más. Algo peor.

—¿Reconoces a este criminal, o no? —La troll entrecerró los ojos—. Si le estás ocultando información al Alto Jefe...

—Fidelity. —Phoenix cerró el pesado libro, y se puso en pie—. Supongo que el Alto Jefe querría ver a este traidor en persona...

La troll frunció el ceño.

—En efecto.

—Qué conveniente —dijo Phoenix, devolviendo el libro a su balda.

—¿Conveniente?

—Bueno, y respecto a la fábrica de energía —continuó Phoenix—. Nosotros tres podríamos repararla en un día o así, seguramente.

La troll lo miró, incrédula.

—¿Un día? ¿Estás loco? Con las Sombras... La logística..., los materiales..., podría llevar años. Yonder se enfrenta a una crisis energética sin precedentes, y justo cuando más falta nos hace disponer de energía suficiente.

Phoenix se apoyó contra una vitrina.

—Es una buena moneda de cambio, supongo.

—¿Moneda de cambio?

—Y los escudos —añadió Phoenix mientras tomaba una pequeña máquina dorada del armarito a su lado, que no era sino un caos enrevesado de palanquitas, engranajes y conmutadores—. En torno a Karvil City. Hay suficientes reservas de energía para que dure durante unas... ¿Qué, seis semanas? ¿Siete?

—Cuatro.

—Cuatro... —murmuró Phoenix, dándole vueltas con las manos al curioso dispositivo—. Parece que *ambos* mundos están destinados a enfrentarse a sus peores demonios en un mes.

—¿Qué?

—El Festival de la Luz de la Tierra y el alineamiento de los Portales —dijo Phoenix—. La revuelta contra Flamegate. El potencial colapso de la civilización en Yonder con el despertar de una segunda Guerra de las Sombras, en cuanto el escudo que protege Karvil falle sin remedio.

Phoenix trasteó con el diminuto aparato, girando botones y pulsando interruptores para los que era simplemente incapaz de imaginar un uso.

—Los eventos importantes tienden a coincidir —añadió, sosteniendo el inexplicable trasto bajo la luz—. Los mundos no son más que un reflejo distorsionado los unos de los otros. No estamos dando vueltas, sino trazando espirales. Todo se dirige a un punto crítico. Un evento cataclísmico que unirá a todas las especies de todos los mundos... Humanos. Sombras. Trolls. Medusas. Esas ranas diminutas con puntitos que a veces te encuentras bajo las piedras. —Bajó el cachivache hasta la altura de sus ojos, y giró una ruedecita—. Nadie es inmune. Ni siquiera los trozos de mierda egoístas que nos han metido en este lío para empezar. —Dio un salto, sorprendido, cuando un minúsculo osito dorado apareció de un compartimento oculto en la base—. ¿Qué es esta delicia de cachivache?

—¿Le pasa algo en la cabeza? —preguntó la troll, mirando a Fay fijamente.

—Sí. —Fay miró a Phoenix como si no lograra decidirse sobre él, y oscilase entre la fascinación, la frustración, y diez largos años de resentimiento—. Eso sospechamos desde hace ya un tiempo.

Phoenix devolvió el aparato a la estantería y se acercó a la troll.

—Gracias por tu preocupación. Has sido de gran ayuda. Pero nos las apañamos bien solos.

Fidelity quiso objetar.

—Pero el Alto...

—Sí, sí —dijo Phoenix, llevándola a la puerta con amabilidad, empujando su enorme espalda—. El Alto Jefe ha ordenado que vaya todo el mundo a la ciudad. Iremos justo detrás de ti, pero primero tenemos unos asuntos privados que resolver.

—Pero...

—Te aseguro que somos perfectamente capaces de llegar a Karvil solos —continuó Phoenix

—. Buen viaje. Hasta más ver. Hora de irse. —Empezó a cerrar la puerta, pero la troll empujó con el brazo, decidida.

—¿Qué asuntillos privados? —preguntó, con los ojos tan abiertos que parecían a punto de caérsele de aquella cabeza en forma de roca.

—Bueno, si te lo contara, ya no serían privados.

La troll agarró a Phoenix por el hombro, y tiró de él hacia sí.

—No me gusta tu actitud, humano —gruñó, apretando aún más su agarre demoledor en torno al brazo de Phoenix. Hizo una pausa para mirarlo más de cerca—. Y me resultas familiar.

—Soy algo así como una celebridad local —dijo Phoenix—. Hace poco pulvericé el récord de la col más grande de Bloodwood. No puedo ni salir al patio sin que me reconozcan. Entre tú y yo, la fama me... ¡Ay! —Phoenix se encogió cuando la troll lo agarró con más fuerza, y lo empujó contra la pared.

—¿Qué estás ocultando? —preguntó. Su aliento fétido golpeó a Phoenix en la cara como un filete de carne rancia.

—Un pasado complicadillo —jadeó Phoenix, mientras Fidelity le aplastaba la garganta con el brazo—. Y el sueño de convertirme en un músico de renombre internacional.

Fidelity se acercó más y le olfateó el cuello.

—Apesta a Sombra. —Esbozó una sonrisa que reveló dos hileras de dientes serrados—. Al Alto Jefe le encantaría interrogar a alguien ahora mismo.

Phoenix le ofreció una sonrisa glacial.

—Me reuniré con el Alto Jefe cuando a mí me parezca oportuno, gracias. Simon —añadió—, este es un momento espectacular para que intervengas.

La troll cayó al suelo con un pesado golpe seco y los ojos en blanco. Simon estaba de pie a su lado, mientras un delgado rayo chisporroteante de luz azul fluía de su mano a la nuca de Felicity.

—Siento que hayamos llegado a esto —dijo Phoenix, masajeándose la garganta mientras bajaba la mirada hacia la troll y fruncía el ceño—. Pero esta pizca de cerebrotecnia inocente es preferible a que yo te parta en dos con el vacío.

—¿¡Cerebrotecnia!? —se escandalizó Fay.

—Se pondrá bien —dijo Simon—. Solo estará confundida durante un día o dos.

—No me preocupa *ella* —replicó Fay—. Sino *nosotros*. ¿Sabes el problemón que nos buscaremos cuando alguien descubra que hemos derribado a una troll que trabaja para el Alto Jefe?

—Tu mundo podría acabarse en un mes, Fay —dijo Phoenix, cínico—. Una máquina voladora de otro planeta se acaba de estrellar delante de ti. Bloodwood ya no existe. Las Sombras están llegando desde más allá del vacío, y extendiéndose por el mundo... Hora de ver las cosas en conjunto. Además, ya me buscaban por terrorismo de todas formas.

—Es un poco extraño que eso parezca darte igual —observó Simon, proyectando todavía el haz de luz hacia la cabeza de Fidelity.

—Si el Alto Jefe planea una guerra abierta contra las Sombras, me gustaría hablar con él —dijo Phoenix, pasando sobre la troll con cuidado y saliendo al porche delantero, donde las campanillas tintineaban y repicaban sobre su cabeza—. No necesita hacerme un interrogatorio. Le ofreceré un trato. Sugeriré algunas alternativas. Con un poco de suerte, cambiará de idea.

—¿Quieres que se limite a ignorar una invasión de las Sombras? —preguntó Fay mientras Phoenix se adentraba en el jardín, iluminado por la luz de la luna.

—Mira las cosas en conjunto, Fay —murmuró, sin mirarla—. En conjunto.

—¿Adónde vas? —preguntó Simon mientras Phoenix pasaba junto a los caballos.

—Pues... —Phoenix recorrió el caminito, y se detuvo cuando estuvo fuera de la puerta y sobre la pasarela de madera. Las flores del pantano bailaban a su alrededor con la brisa nocturna—. Aquí. —Se giró para mirarlos, y se encogió de hombros—. Estoy más cómodo aquí fuera, sin las guardas anti-Sombras que protegen la casa.

De la nada aparecieron con un “pop” dos figuras al final del embarcadero, dadas de la mano mientras caminaban hacia la casa. Phoenix reconoció las siluetas de Gloria y Jack, los dos fabricantes de guardias que habían dedicado sus vidas a proteger Yonder y estudiar el vacío. El más alto era un anciano nudoso que daba largas zancadas y tenía la espalda torcida, mientras que la más bajita era una anciana rotunda con el pelo tan blanco y alborotado que parecía que la había alcanzado un rayo por lo menos tres veces.

—Sobrevivisteis —dijo Phoenix, dejando caer los hombros de alivio—. Los dos hechiceros más grandes de por aquí... Claro que sobrevivisteis... Estaba preocupado. Es decir, llevo varios años preocupado. Ya erais mayores cuando me fui, y no cumplís los años hacia atrás. Quería visitaros pero estaba nervioso, ¿sabéis? Pensé que igual estaríais enfadados. O muertos. Me alegra que no estéis muertos. —Phoenix hizo una mueca—. Mejor dejo de hablar.

—Así que los rumores eran ciertos —dijo la mujer regordeta mientras se detenía frente a él—. *Has* vuelto.

—No —dijo Phoenix rápidamente—. Lo siento. Ya me marchó.

—Por favor. —El hombre sonrió—. Estás en tu casa. Como parece que ya sabes... —Sus ojos cayeron sobre Simon, que continuaba de pie en la entrada tras la colosal troll caída, vertiendo chorros de luz azul en el cerebro de Fidelity.

—Buenas tardes. —Simon asintió educadamente.

—Solo venía a recoger algo y curar a mi amigo —dijo Phoenix—. Olvidad que he estado aquí. Fay, lo siento. Ya me pondré en contacto contigo.

El anciano extendió el brazo antes de que Phoenix pasase por su lado.

—Sea lo que sea lo que planeas, Phoenix, puede esperar hasta mañana —dijo con suavidad—. Hay monstruos por ahí. Sombras sueltas. Sin mencionar rumores de una guerra en la que, por supuesto, tú vas a tener un papel clave.

Phoenix clavó la mirada en las tablas de madera a sus pies.

—Sería agradable dormir bajo un techo, para variar —murmuró Simon desde la entrada.

—Diez años, y ni una carta diciendo que estabas vivo. —La mujer de pelo alborotado le dio unas palmaditas en la espalda a Phoenix—. Entra, querido. No nos hagas repetirlo.



Noticias

—Ha sido un caos —dijo Jack, con las largas manos apergaminadas entrelazadas ante sí sobre la mesa redonda en torno a la que estaban sentados—. Mirases donde mirases había gente muriendo.

—Bloodwood nunca se ha visto tan completamente superada —dijo Gloria—. La ciudad entera es ahora territorio de las Sombras.

Phoenix descansaba en silencio la cabeza sobre la mesa, con la cara contra la madera.

—¿Qué hay de sus habitantes? —preguntó Simon, sentado a la izquierda de Phoenix junto a Fidelity Ethel Piedratrueno. La troll tenía la mirada perdida mientras observaba la casita abarrotada, en un estado de pura felicidad.

—Rescatamos a todos los que pudimos —respondió Gloria—. Imagino que todos los refugiados habrán llegado a Karvil... Pero no pudimos salvar a tantos. Bloodwood ha perdido miles; al menos, diría yo, dos tercios de su población.

Simon suspiró, y se frotó la barba.

—¿Al menos sabéis algo de la familia de Phoenix?

Gloria se estiró y le puso la mano en el brazo a Phoenix.

—No vimos a tus abuelos, cielo. Lo siento.

—No te molestes en sentirlo —dijo Phoenix, con la voz amortiguada por la mesa—. Siguen vivos.

—¿Por qué estoy rodeada de extraños? —preguntó Fidelity, con un tono que sugería cierta curiosidad en vez de auténtica preocupación.

—Te diste un golpe en la cabeza —murmuró Simon—. Te llevaremos mañana a Karvil, y te pondrás bien en unos días.

—Ah. —Fidelity se acercó a la chimenea, se agazapó y observó pacíficamente los trozos inertes de carbón.

—¿Qué es lo que de verdad quieren las Sombras? —preguntó Fay.

Gloria se rió con amargura.

—Por lo que parece, que nos extingamos.

—Se han asentado en lo que queda de la fábrica de energía —dijo Jack—, y han arrastrado hasta allí los cuerpos y el ganado. Cuando huímos Gloria y yo, estaban celebrando un festín. Una especie de celebración de la victoria, con hogueras y música y bailes. Nunca las he visto comportarse de esta forma.

—Shh —susurró Fidelity—. El fuego está dormido.

—Me pregunto —dijo Simon, con un volumen atronador en comparación con el tono melancólico de la conversación—, si las Sombras no serán más inteligentes de lo que pensábamos.

Gloria suspiró.

—La gente de Bloodwood lleva tiempo sabiendo de la compleja inteligencia de las Sombras. Pero me temo que subestimamos su capacidad de coordinación y planificación.

—Estarán hambrientas —dijo Simon—. A Rojo y a mí... —Simon perdió el hilo—. Rojo, ¿estás bien?

Phoenix le mostró los pulgares arriba, pero por lo demás se quedó donde estaba, con el rostro sobre la mesa y en silencio.

—A Rojo y a mí nos emboscaron —continuó Simon, reacio—, Sombras desesperadas por robarnos piedras del vacío.

—Tiene sentido —dijo Gloria—. Las Sombras buscan poder. Y energía.

—Buscan vida —musitó Phoenix contra la mesa.

—Busquen lo que busquen —dijo Jack—, la siguiente civilización más cercana es Karvil City. Es adonde se dirigirán a continuación.

Phoenix arrastró hacia atrás la silla, y se puso en pie con pesadez.

—Voy a hacer té. ¿Quién quiere una tacita?

La mano de Fay se alzó disparada, y Phoenix miró a todos los demás. Gloria parecía perpleja.

—Bueno, ya que vas a poner la tetera...

—Te agradeceríamos mucho dos tazas —completó Jack.

Phoenix miró fijamente a Simon, y el hechicero le mostró las palmas de las manos mientras se encogía de hombros sin ganas.

—Pues hala, al rico té para todos —dijo Phoenix, metiéndose en la cocina—. Fidelity, ¿a los trolls os gusta el té?

—No bebemos nada que no sea el agua fresca de los glaciares, y los jugos intestinales de nuestros enemigos —replicó la troll.

—Me temo que a estas horas ya no me quedan jugos intestinales. —Phoenix trasteó en la cocina, agradeciendo tener algo que hacer mientras Simon, Fay, y los fabricantes de guardas seguían debatiendo la sombría posibilidad de la guerra.

—Solo ganamos la primera Guerra de las Sombras porque teníamos Maestros de las Sombras —dijo Simon—. Y porque los Maestros crearon ejércitos de Penumbras. Ahora las Penumbras

han sido exterminadas..., y solo queda un puñado de Maestros capaces, después de que todos los demás se desvanecieran.

—Los Maestros de las Sombras perdidos tampoco nos serían de mucha ayuda —dijo Phoenix, hurgando en un armario en busca de una cacerola—. Están demasiado ocupados drenando la energía del vacío, viviendo vidas extravagantes parapetados tras enormes murallas, y torturando a la gente con el fin de perpetuar la autoridad de Flamegate sobre la Tierra.

—¿Entonces sigues viviendo tu doble vida interdimensional? —preguntó Jack.

—El mal nunca descansa, Jack —murmuró Phoenix.

—Dejando de lado a los Maestros de las Sombras perdidos... —dijo Fay—. ¿Qué hay de las Penumbras creadas ilegalmente tras la primera Guerra? ¿No podríamos utilizarlas?

Simon frunció el ceño en su dirección.

—¿Criaturas como la madre de Phoenix, quieres decir?

Arrodillado en el suelo, Phoenix se quedó quieto, mirando fijamente el fondo del armario pese a que ya había encontrado la cacerola que buscaba.

—Jack y yo llevamos buscando Penumbras desde que la Orden de Exterminio entró en vigor, hace cincuenta años —dijo Gloria—. Queríamos salvar a algunas de la ejecución..., pero nunca hemos encontrado ninguna.

—Vosotros sois demasiado jóvenes para recordarlo —dijo Jack, reclinándose en su asiento—, pero ya había otro conflicto diferente en marcha cuando Yonder ganó la Guerra de las Sombras.

—¿Contra las Penumbras? —Fay se incorporó, interesada—. Pero las Penumbras estaban de *nuestra* parte.

—No del todo. —Jack dejó escapar un lento suspiro contemplativo—. Mirad... Las Sombras pueden atacar liberando energía del vacío, pero prefieren con mucho drenar a sus víctimas mediante la posesión.

—Energía, magia, vida... —dijo Gloria—. Llamadlo como queráis. Si se les da la oportunidad, las Sombras lo robarán.

—Pero las Penumbras —continuó Jack— no pueden poseer a nadie. Y sus cuerpos homínidos no están hechos para soportar más energía de la que tienen de por sí, así que robar energía solo las pondría en peligro.

—De la misma forma que Phoenix se pone en peligro al usar piedras del vacío —recalcó Simon. Jack ladeó la cabeza.

—En efecto.

Phoenix permaneció callado y de rodillas.

—Ya que las Penumbras no podían drenar el poder de sus enemigos sin ponerse en peligro, tuvieron que utilizar métodos de sumisión más evidentes—. Gloria se reclinó en su asiento, con voz grave—. Por suerte, su conexión con el vacío les permitía liberar enormes cantidades de poder destructivo con relativa facilidad.

—Por *desgracia* —dijo Jack—, tales demostraciones de fuerza *aterro*zaban a la gente.

A Phoenix se le calentaron las mejillas.

—Las Penumbras eran vistas como una amenaza —explicó Gloria—. Ya que las Sombras quedaron reducidas a números asumibles, a poco menos que una población decadente de la que Bloodwood podía encargarse solita, la sociedad ya no necesitaba a las Penumbras que nos habían ayudado a ganar la guerra.

—Un ejército sin piedad de guerreros semihumanos, semiSombra. —Jack sacudió la cabeza—. Fueron creados con el propósito de luchar y morir, así que los que sobrevivieron a la guerra

debían ser eliminados.

—¿Y no podíamos dejarles vivir? —preguntó Fay—. ¿Darles un nuevo rol?

Jack se rió con suavidad.

—Los Maestros de las Sombras... —murmuró Simon.

Gloria asintió, y su nube de pelo canoso rebotó en torno a su rostro.

—Los Maestros de las Sombras eran los únicos que podían controlar a las Penumbras —dijo—. Cuando desaparecieron... Las Penumbras se quedaron sin límites. Sin propósito.

—Se volvieron en nuestra contra —adivinó Fay.

—No todas —dijo Jack—. Pero algunas comenzaron a vagar por Yonder, matando sin razón. Aterrorizando pueblos.

Gloria suspiró con pesadez.

—La gente entró en pánico —dijo—. Y el Alto Jefe ordenó que se destruyera a todas las Penumbras.

A aquellas alturas Phoenix había olvidado lo que estaba haciendo, y seguía con los ojos clavados en la colección de cacerolas y sartenes sin ver realmente nada.

—¿Cómo se elimina a una Penumbra? —preguntó Fay—. Tienen la fuerza de una Sombra, y el conocimiento y la resiliencia de un humano. Parece imposible.

—No todos los Maestros de las Sombras desaparecieron —dijo Jack—. Fue en aquel entonces cuando Maulbrak se labró una reputación por su dominio del vacío.

—Era joven —dijo Gloria, mientras Phoenix apretaba con fuerza el borde de la puerta del armario—, pero ya se estaba haciendo un nombre como un formidable Maestro de las Sombras. Lo pusieron a cargo de los sacrificios.

Phoenix cerró de golpe el armario, y se puso en pie para terminar el té que iba a servirle a todo el mundo.

—La gente solo quería que desaparecieran las Penumbras —dijo Jack.

—Mi madre fue una excepción —dijo Phoenix, trasteando con los mandos de los fogones.

Jack asintió despacio, cerrando los ojos mientras rememoraba.

—Nació muchos años después de la Guerra de las Sombras... Y fue criada como una humana en la única ciudad de Yonder que no temía sus capacidades.

—Bajo condiciones muy estrictas —dijo Gloria—, se le permitió sobrevivir.

—Se le permitió porque era útil —dijo Phoenix, pulsando un interruptor del fogón con una intensidad cada vez más violenta—. Y obediente. Y porque fue criada para pensar y vivir como todos los demás adeptos de ese retorcido culto al que llamáis ciudad. Como un robot, que es una comparación que ninguno entenderéis pero igualmente acertada. Básicamente, le lavaron el cerebro. La adoctrinaron. La controlaban. *El fogón... No... ¡Funciona!*

—Hay que cambiarle el disco de energía, cielo —dijo Gloria, y Phoenix dejó caer las manos a los costados—. Mira en la despensa.

Phoenix apretó un botón bajo los fogones, y sacó un delgado disco plateado cubierto de finas vetas de metal verde.

—Poned los discos cargados que tengáis a buen recaudo —dijo, cogiendo un cuchillo de un gancho en la pared—. Los necesitaréis en Karvil.

Se hizo un corte en el pulgar y lo presionó contra el metal, observando cómo las vetas verdes bebían de su sangre y le robaban la energía hasta que brillaron doradas, y todo el disco irradió calor.

—Desearía que no hicieras eso —dijo Gloria mientras Phoenix devolvía el disco a su lugar—. Utilizar tu energía siempre me ha resultado tan...

—Inmoral —completó Jack.

Phoenix giró una ruedecita, y el fogón se iluminó de color rojo.

—Bueno —dijo Fay, decidida a mantener a todos centrados—, entonces estamos de acuerdo en que las Penumbras no son una opción.

Jack le sonrió.

—Me temo que esta guerra la tendremos que luchar solos.

—Si las Sombras toman Karvil —dijo Fay, mientras Phoenix usaba una palanca oxidada junto a los fogones para bombear agua del pantano en la cacerola—, Yonder estará perdido. Es la capital. Nuestra última defensa. Tras eso, las Sombras serían imparables.

—No vamos a ser derrotados por las Sombras —dijo Phoenix.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó Jack.

—Cuando cierre el Portal —dijo Phoenix—, las Sombras regresarán al vacío. Si se quedan, se verán separadas de su fuerza vital. Demasiado debilitadas para viajar, y mucho menos luchar una guerra. Karvil solo necesita resistir cuatro semanas, hasta que se alineen los Portales.

—No se puede cerrar el Portal, cielo —dijo Gloria con amabilidad.

—Además —dijo Jack, y Phoenix se preparó para una ración de la cabezonería que había soportado toda su vida—, si se cierra el Portal, también *nosotros* nos quedaremos sin acceso al vacío. No afectará solo a las Sombras.

—La energía del vacío vertebra nuestra sociedad —añadió Gloria—. Sin ella, el sustento de la gente... Industrias enteras... Nuestra cultura... Todo se vendrá abajo.

Phoenix dejó de bombear y esbozó una fría sonrisa, sintiendo que se le agotaba rápido la paciencia.

—Hay otras energías disponibles.

—Ninguna que pueda ayudarnos tanto como el vacío —argumentó Jack.

Phoenix estampó la cacerola contra el fogón con tanta intensidad que se derramó agua por sus lados, chisporroteando audiblemente al empapar el filamento incandescente. Se dio la vuelta y fulminó con la mirada a toda la mesa.

—Considerando las preocupantes circunstancias actuales —dijo, con toda la paciencia que pudo reunir—, quizá sea hora de que Yonder se empiece a preparar para un futuro sin el vacío. —Mostró las palmas, sincero—. *Quizá* el vacío necesite un respiro, para variar. —Sus movimientos se volvieron más dinámicos; agitaba los brazos en el aire con cada palabra—. *Quizá* el vacío ha sido tan sobreexplotado y saqueado que está a punto de romperse. Y *quizá*, cuidado con el bombazo, si la gente se despertase y dejara de tratar el vacío como la respuesta a todos sus problemas, y decidiera ceder un poquito con tal de asegurar un mundo menos destructivo y algo más estable... ¡Quizá *entonces* este estúpido desastre evitable tendría algún sentido!

Phoenix estaba de pie con los brazos extendidos. Las mangas de su abrigo le colgaban más allá de las puntas de los dedos.

El agua comenzó a hervir, así que se giró para apagar el fogón con tanta fuerza que se soltó la ruedecilla y tuvo que ponerla en su sitio mientras todo el mundo lo miraba. Al final se rindió y se quedó paralizado, con la cabeza inclinada sobre el cazo mientras observaba cómo los últimos remolinos de burbujas rompían la superficie.

Fidelity se acercó de puntillas desde la chimenea, y se inclinó para susurrarle a Simon al oído:

—El rojo está enfadado.

—Bueno —dijo Simon, con los ojos clavados en Phoenix al otro lado de la habitación—,

también hay que entender que lleva un día complicado.

Phoenix sacudió la cabeza.

—Estoy harto de luchar contra las personas a las que quiero salvar. —Miró un rato más la cacerola, y se apartó del fogón—. Simon y yo tenemos amigos en Karvil —dijo—. Están trabajando en una tecnología que podría alimentar todo Yonder sin necesidad de depender del vacío.

—¿Esos inventores chalados? —Simon arqueó las pobladas cejas—. ¿Por eso sigues diciendo que tendríamos que visitarlos? Rojo, sus ideas no van a estar listas para ser puestas a prueba en un mes.

Phoenix le ofreció una débil sonrisa.

—En serio, Simon. Un día tenemos que comentar los beneficios de pensar en positivo. —Vertió el agua caliente en una tetera descascarillada, y rebuscó en el armario unas tazas. Al final encontró cinco monstruosidades de colores chillones que colocó sobre una bandeja.

—Pensar en positivo no cambia los hechos —dijo Simon, observando cómo Phoenix servía el té—. Esos inventores necesitarán energía ya solo para terminar sus inventos. Si a eso le sumas la escasez energética y la invasión de Sombras, el Gremio va a estar falto de fondos, energía y personal.

Phoenix había dejado de escuchar.

—Aperitivos. Necesitamos unos aperitivos. —Se metió en la despensa, tenuemente iluminada, y se sirvió de una escalerita junto a la puerta para alcanzar el bote de dulces que sabía que estaba escondido al fondo de la estantería más alta.

—Suponiendo que logres sellar el vacío —dijo Simon desde la mesa redonda—, ¿qué pasará con un semiPenumbra como tú?

Phoenix se giró sin pensar, y se le resbaló el pie de la escalerilla mientras trataba de alcanzar el bote. Dio manotazos en busca de algo a lo que aferrarse, y sus dedos se curvaron en torno al borde de la maceta de un cactus cubierto de espinas de color morado oscuro. La maceta se volcó por su peso, regándolo con tierra antes de estrellarse contra su cabeza y partirse en pedazos mientras tanto ella como Phoenix caían al suelo. Quedó cubierto de suciedad, en forma de coágulos de jugo de cactus. Gimió, y se frotó la nuca.

—¿Por qué tenéis aquí un cactus?

—Es mía —dijo Fey, apresurándose a comprobar cómo estaba la planta—. Es una Estrella Puntiguda Medicinal. Les gusta la oscuridad. —Chasqueó la lengua—. Has arruinado la maceta.

Phoenix se levantó del suelo mientras Simon y los fabricantes de guardas lo miraban, sorprendidos y preocupados.

—¿Siempre has sido tan torpe? —preguntó Fey, poniendo su cactus en un bol.

—Hace un tiempo que no duermo —murmuró Phoenix. Se quitó parte de la tierra y las espinas de cactus del pelo, y luego levantó la barbilla con los restos de dignidad que le quedaban—. ¿Podría, por favor, usar la ducha?

*

El baño era exactamente como Phoenix lo recordaba. El suelo y las paredes estaban cubiertos de guijarros redondeados, había una amplia alcachofa situada sobre una bañera, y una pequeña ventana circular daba al silencioso pantano de fuera. Phoenix cerró la puerta tras de sí, asegurándose de no echar el cerrojo por si alguien tenía que rescatarlo de alguna situación poco halagadora que implicase desnudez, agua y falta de la suficiente consciencia para no ahogarse en un charco. Combo que suponía un riesgo cada vez más probable, considerando lo letárgico que se sentía.

Se detuvo junto al espejo del baño, ladeando la cabeza para mirar el pequeño corte bajo su barbilla. Se lo había hecho Simon con la lanza de Sombras. Tiritó al recordar el torrente de energía que se había vertido a través de la herida, de aspecto superficial, hacia el metal ardiendo.

No había sido su primer cara a cara con una lanza de Sombras, y dudaba que fuera a ser el último.

Alguien llamó a la puerta, y al abrirla Phoenix se encontró al anciano fabricante de guardas larguirucho, que sostenía ropa con una mano y una taza de té con la otra.

—Tu amigo dijo que te harían falta —dijo Jack, dejando la ropa sobre una cesta de mimbre junto al lavabo—. Igual son un poco grandes, pero es lo mejor que he podido encontrar.

Phoenix pulsó el interruptor del calentador junto a la bañera.

—Gracias, Jack.

—Es un tipo interesante, ese hechicero —dijo el anciano mientras Phoenix se sentaba al borde de la bañera, aún vestido solo con su abrigo roñoso—. Toca el violín. ¿Qué clase de hechicero toca el violín?

—Su profesor le animó a ello —dijo Phoenix, inclinándose para apoyarse sobre las rodillas—. Lo que me recuerda... ¿Qué sabes de Edgar Wolfe?

—¿Edgar Wolfe? —Jack abrió mucho los ojos—. Pues que era un capullo arrogante. Nunca nos llevamos bien. Desapareció hace... Bueno, ahora ya hará una década. —Sopló sobre su té con suavidad, perdido en sus recuerdos por un instante—. Viejo cascarrabias gruñón —sentenció al final—. Pero increíblemente talentoso, eso sí. Creativo. Obsesionado con el vacío... ¿Por qué lo preguntas?

A Phoenix no le quedaban fuerzas para explicárselo.

—Simple curiosidad.

—Tu amigo el hechicero —dijo Jack tras una pausa, mientras Phoenix se quitaba espinas de cactus del abrigo—, nos ha pedido que lo ayudemos a desbloquear su poder absoluto.

Phoenix no levantó la mirada.

—¿Es eso posible?

—Oh, ya lo creo —respondió Jack—. Gloria cree que puede ayudar, como mínimo. Están los dos fuera con Fay, intentando acceder a su magia.

—¿Y os dijo Simon por qué necesita desbloquear su poder? —preguntó Phoenix, aún encorvado—. Supongo que estará bloqueado por una buena razón.

—Dice que quiere *saltar a través del vacío*. —Jack se rió, y sacudió la cabeza—. Creo que pretende viajar distancias mayores de las que muchos nos atrevemos a imaginar.

—Algo me dice que lo logrará —dijo Phoenix con una sonrisa amarga.

—No será fácil para él —dijo Jack—. Con lo ahogado que está su poder... —Tomó un sorbo de té, mirando con interés a Phoenix—. Tienes *esa* mirada, chico.

Phoenix dejó caer un puñado de espinas de cactus dentro de la bañera.

—¿Qué mirada?

—*Esa*. —Jack gesticuló con la taza de té en dirección al rostro de Phoenix—. Como si hubieras visto el futuro, y no augurase nada bueno.

Phoenix no se rió, sino que más bien resopló con fuerza por la nariz.

—Siempre has ido unos pasos por delante de todos —añadió Jack—. Un don nacido de la necesidad, supongo, considerando cómo te trató Bloodwood. —Miró a Phoenix un rato más, y luego suspiró—. Bueno. Ha sido un día largo, y necesito descansar. Lávate bien. Te veré por la mañana.

Jack cerró la puerta tras de sí, y Phoenix se quedó sentado en silencio un momento antes de

quitarse el abrigo y lanzarlo al suelo. Se metió con cautela en la bañera y luego tiró de la palanca de metal que abría el agua de la alcachofa, dejando que las gotitas le golpeasen los hombros y le empapasen la mata de pelo.

¿Por qué no podía ser todo tan sencillo como el gozo de darse una ducha?

Se giró para coger el jabón, pero al extender la mano aquella vieja sensación de caída en picado lo golpeó como una ola.

Phoenix echó el brazo atrás para cerrar el agua pero resbaló, inconsciente, hacia un lado de la bañera. Sus dedos rozaron la palanca mientras se hundía en el vacío.

*

Despertó en la cama en la que había pasado dos meses. La suave luz de la luna llena atravesaba las cortinas de encaje de la ventana que daba a la calle.

—Espléndido—. Cerró los ojos y contó durante varios minutos, deseando que su cuerpo se durmiera de nuevo, pero fue inútil. No se sentía como si estuviera tragando agua, así que se lo tomó como una buena señal y se resignó a echar el rato en la Tierra.

Miró el reloj sobre la mesilla, cuyos números brillantes marcaban “1:16”. La luz roja se derramaba sobre un vaso lleno de agua y sobre la cucharita de plata.

Hizo una nota mental para preguntarle a alguien por qué estaba ahí la cuchara y luego se bajó de la cama, se bebió todo el agua y se acercó a la gruesa alfombra arcoíris para salir al silencioso pasillo. Se detuvo junto a la habitación de Bee y Jayden, contemplando si llamar antes de decidir no hacerlo, y luego se dispuso a bajar las escaleras.

La planta baja estaba sumida en el silencio atronador de la noche, aunque si Phoenix aguzaba el oído podía oír un débil ronquido que venía de la enfermería bajo la casa. Sin querer entretenerse mucho cerca del perturbador sótano, cruzó el salón desierto con la intención de saquear la cocina antes de que le llamase la atención por el rabillo del ojo una figura.

Phoenix se detuvo, mirando al anciano de pie junto a la ventana. Edgar estaba solo en una sala abierta al frente de la casa, consistente en un espacio acogedor con estanterías y un viejo piano vertical contra la pared. No había visto a Phoenix, ya que tenía la mirada, iluminada por la luna, fija en la jungla que tenían por jardín. Phoenix dudó, y luego entró a paso ligero en aquella habitación.

—Hola, Edgar.

El hombre parpadeó en su dirección, y luego volvió a mirar por la ventana frunciendo el ceño.

—Ah. Eres tú.

—¿No puedes dormir?

Edgar puso los ojos en blanco.

—Tan solo disfruto de la elusiva privacidad de mi propio hogar —dijo—. Aunque supongo que se me acabó la fiesta.

—No seas tan negativo —dijo Phoenix—, que no soy tan desagradable. Unos pocos encuentros nocturnos más como este y quizá nos convirtamos en amigos, si eso.

—Si eso siendo la clave de esa proposición —dijo Edgar.

—Con esa actitud..., desde luego. —Phoenix sonrió, y se sentó frente al piano—. Sospecho que tenemos más en común de lo que te gustaría que nadie supiera. Eres de Yonder, ¿verdad? Estás bastante lejos de casa.

Durante un rato, Phoenix no estuvo seguro de que Edgar fuera a responder, pero entonces el anciano suspiró y se cruzó de brazos, mirando todavía afuera a la oscuridad.

—Sí.

Phoenix posó el codo sobre la tapa del piano, decidido a seguir picando las murallas que Edgar había levantado a su alrededor.

—Eres Edgar Wolfe.

Edgar sacudió la cabeza.

—Edgar a secas.

—¿Puedes volver a Yonder?

—No.

—¿Por qué no?

Edgar frunció el ceño.

—Este es mi lugar.

—¿Cómo acabaste en la Tierra?

Edgar frunció todavía más el ceño.

—Prefiero no responder.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Demasiado tiempo.

—Simon —dijo Phoenix—. El tío grandullón con barba que apareció hoy de la nada... Lo reconociste.

Edgar no respondió, mirando decidido por la ventana mientras la luna creaba sombras suaves sobre su rostro ajado.

—Es tu aprendiz —insistió Phoenix.

Edgar tragó saliva.

—Le fallé —dijo, girándose para mirar a Phoenix—. Hace muchos, muchos años. —Hizo una pausa, como si acabara de darse cuenta de que Phoenix estaba escuchando—. No le debo explicaciones a nadie —murmuró—. Y menos a ti.

—¿Acaso he hecho algo para molestarte? —preguntó Phoenix, divertido—. ¿O es que eres así de rancio con todas las personas a las que conoces?

—Con todas —dijo Edgar—. Aunque estoy seguro de que no eres tan extraordinario como todo el mundo parece creer. Te puedo prometer que de mí no vas a recibir un trato especial.

Phoenix levantó las manos.

—Un momento. —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Me tienes *envidia*?

Edgar entrecerró los ojos, haciendo una larga pausa antes de hablar.

—Me voy a la cama.

—¡Espera! —Phoenix agarró al anciano por la túnica cuando éste pasaba junto al piano, y Edgar se giró hacia él con la mano levantada, como si estuviera listo para abofetearlo. La energía en el aire se infló casi imperceptiblemente, haciéndole cosquillas a Phoenix en la nuca—. Lo siento. —Soltó la túnica de Edgar—. Quédate. Por favor. Tener compañía me mantiene cuerdo. Quizá. Lo suficientemente cuerdo.

Edgar bajó la mano, pero no dijo nada.

—¿De qué conoces a Alice? —preguntó Phoenix, girándose para mirar el piano y levantando la tapa.

—Nuestros caminos se cruzaron hace años —respondió Edgar, mientras Phoenix miraba con anhelo las teclas desgastadas, esperando el momento de insuflar vida a sus melodías y acordes—. Ella estaba de misión para la Orden de la Noche, y me reconoció como yonderiano. Empezó a implicarme en sus locuras de planes. El resto es historia.

Phoenix posó las manos con delicadeza sobre el piano.

—¿Y Flamegate nunca intentó perseguirte?

—Soy un viejo achacoso —dijo Edgar, apoyándose contra la pared—, y mi poder se desvaneció cuando llegué a la Tierra. Nunca fue suficiente para llamar la atención de Flamegate.

—Qué suerte. —Phoenix cerró los ojos, tamborileando sin hacer ruido sobre las teclas sin llegar a pulsarlas. Sus dedos danzaban con suavidad sobre el piano, al son de música que sólo él podía oír—. ¿Y Simon?

Edgar suspiró.

—¿Qué pasa con él?

—Volverá —dijo Phoenix, inmerso todavía en la melodía de su mente mientras sus manos se movían por voluntad propia—. ¿Volverás a ser su mentor? ¿Cuando os volváis a reunir por fin?

—No —dijo Edgar, con tono rotundo y gélido.

—Una pena —dijo Phoenix, con los ojos todavía cerrados—. No le vendría mal una distracción.

—¿Una distracción de ti y de tus problemas, quieres decir?

Phoenix hizo una pausa con la mano derecha sobre la última octava del piano. La melodía que había estado imaginando se le escapó como una hoja en la corriente de un arroyo rápido. Abrió los ojos y se giró para mirar al anciano.

—¿Me guardas rencor? —preguntó con ligereza—. ¿Es eso? ¿Soy parte de un mundo al que no puedes volver? Y tú te has quedado aquí atascado, viviendo con gente que... —Phoenix se detuvo mientras le bajaba un escalofrío por la espalda, como si se le estuviera derritiendo un cubito de hielo contra el cuello—. Mierda.

Edgar esbozó una sonrisa cínica.

—¿Algún problema?

Phoenix se puso en pie, mirando inquieto la habitación a su alrededor.

—Tengo que volver. —Se apresuró hacia la cocina, con el anciano siguiéndolo alegremente—. ¿Hay algo aquí que me pueda sedar? —preguntó Phoenix, abriendo a tirones armarios y cajones—. Rápidamente, si puede ser.

Edgar sonrió.

—Si te parece bien, podría darte un golpe en la cabeza con la sartén.

Phoenix apretó los labios.

—Igual funciona. —Le pasó a Edgar la cacerola más pesada que encontró y se quedó de pie en el centro de la cocina, dando golpecitos con el pie bajo la mirada del anciano—. Que sea rápido. Creo que el disco de energía ha dejado de calentar el agua.

Edgar arqueó las cejas.

—¿Estás dormido en una ducha con el agua corriendo?

—No por voluntad propia —dijo Phoenix, forzando una sonrisa—. Ahora, si fueras tan amable... Intenta no disfrutarlo mucho. A la de tres. Uno. Dos... —Se detuvo cuando una ola de náuseas le envolvió el cerebro—. Vaya, parece que tus servicios no serán necesarios hoy.

Phoenix se agachó sobre las baldosas. Un frío insoportable le caló hasta los huesos cuando el vacío comenzó a tirar de él.

—No te pediré que me arrastres a otro lado —murmuró, mientras Edgar lo miraba sin mediar palabra—. Pero una manta no estaría mal.

Edgar dejó la cacerola sobre el suelo junto al rostro de Phoenix.

—No. —Se giró y comenzó a alejarse—. Que duermas bien.

—Venga, viejo. —Phoenix intentó no sonar tan desesperado como se sentía, sintiendo las extremidades pesadas e inútiles—. Hace frío.

Edgar se encogió de hombros mientras pasaba al lado de un sofá con múltiples cojines y

mantas de ganchillo.

—Así es la vida —dijo—. Acostúmbrate. —Y se metió en su habitación, cerrando la puerta tras de sí mientras Phoenix se hacía una bolita y esperaba para irse.



Frío

Phoenix se encontró tiritando, a medio camino entre estar tumbado y sentado con el rostro contra la bañera, mientras el agua fría le bajaba por el cuello. Rodó para ponerse de rodillas, metiendo la mano en el chorro de agua en busca de la palanca para cerrar el grifo, pero a sus músculos no les apetecía hacer lo que él quería y se deslizó con torpeza en el charco de agua que se estaba formando sobre el desagüe.

Volvió a intentarlo, buscando la palanca con las manos entumecidas. Apenas había logrado coger el metal cuando se abrió la puerta del baño y una mano pasó ante sus ojos, agarrando la palanca y cerrando el agua.

Aliviado, Phoenix se echó hacia atrás para quedar sentado en la bañera.

—Llevas aquí más de una hora —dijo Fay, echándole una toalla sobre la espalda—. Tienes suerte de no haberte ahogado. Tu caballo del mal te vio por la ventana. Me dijo que no te vendría mal una ayudita.

—G-gracias. —Phoenix no podía dejar de tiritar—. Ese agua... Es como hielo.

—El calentador se apaga a los siete minutos —dijo Fay, inclinándose hacia la bañera para agarrar a Phoenix por los brazos—. Venga, necesitas secarte. —Phoenix salió a trompicones, y Fay lo sentó sobre el suelo empedrado—. Jack está durmiendo —añadió mientras reunía las ropas que habían quedado en la cesta junto al lavabo—. Y Gloria y yo estábamos fuera, cuidando a ese amigo tuyo deprivado de magia. Si no, te habríamos encontrado antes.

Le pasó a Phoenix la ropa, y él se vistió con la gracia y elegancia de un borracho en una barcaza antes de sentarse con las piernas recogidas ante sí, tiritando sin parar. Fay envolvió a Phoenix con el abrigo, y luego se sentó a su lado para empezar a frotarle la espalda.

—Por cierto, Simon se ha desmayado.

—¿Qué? —Phoenix luchó por hablar pese a que le castañeteaban los dientes—. ¿Qué ha pasado?

—Desbloquear el poder de un hechicero no es tarea fácil —dijo Fay—. Pero Gloria está con él. Estará bien.

Phoenix asintió, sintiendo demasiado frío para preguntar. En su lugar invirtió su energía en intentar masajearse las manos hasta volver a sentir las.

—Nunca pensé que volveríamos a estar sentados codo con codo de esta manera —dijo Fay, masajeándole la espalda.

Phoenix la miró.

—Fuimos amigos, una vez.

Fay asintió encogiéndose de hombros, como si estuviera de acuerdo con una noción muy infantil y simplista.

—Una vez.

—No eras como los demás... —dijo Phoenix—. Nunca me trataste como a un bicho raro.

—Siempre he pensado que eras un bicho raro, Phoenix.

Phoenix sonrió.

—Sí, pero nunca me has tratado como a uno.

Fay sonrió, con las orejas felinas ladeadas hacia atrás.

—Deja de hablar, ¿quieres?

Siguieron sentados en silencio un rato más, mientras la calidez volvía al cuerpo de Phoenix como el lento ascenso del sol invernal.

—Lo que has dicho..., antes. —Phoenix intentó con todas sus fuerzas no tartamudear o balbucear—. Tenías razón. Fui un cobarde por huir.

La mano de Fay se ralentizó sobre su espalda.

—Ni siquiera te has molestado nunca en disculparte.

—Disculparme lo hubiera hecho real.

—*Fue* real.

Phoenix tragó saliva, apretándose los dedos con tanta fuerza que pudo sentirlos incluso pese al frío.

—Las Sombras me dominaron —dijo—. Como un tormentón arreciándome en el cerebro. Pero yo seguía presente. —Observó los guijarros del suelo del cuarto de baño, y luego estiró la mano para pasar los dedos por los bultos—. Vi cómo usaban mis manos para activar la piedra... Cómo desactivaba los escudos de Bloodwood... Cómo gente a la que conocía de toda la vida quedó desgarrada por la energía del vacío que brotaba de mis manos. —Fay dejó de frotarle la espalda, con la mano entre sus omóplatos como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo—. Para cuando expulsé de mi cabeza a las Sombras ya era demasiado tarde. —Phoenix recorrió con el pulgar los valles entre las piedrecitas—. No debería haberlas dejado entrar, para empezar. Mi abuela tenía razón. Siempre he sido demasiado débil para esa ciudad. —Se detuvo para mirarla a través del pelo mojado—. Lo siento.

Fay retiró su mano, y la dejó sobre su propio regazo.

—Tengo la manía —dijo Phoenix, desviando de nuevo la mirada— de esconderme tras mis propias mentiras. Pero mis problemas no solo me afectan a mí. Y hace poco decidí que

probablemente deba hacer algo al respecto.

Se puso en pie, metiendo los brazos en las mangas remendadas de su abrigo.

—Y con el universo cada vez más hecho pedazos —dijo—, parece un momento tan bueno como cualquier otro para confrontar todas las cosas a las que les he tenido miedo. Huir de Flamegate. Volver a Bloodwood. El Festival de la Luz. El Portal. Tú.

Hundió las manos en sus bolsillos y bajó la mirada a Fay. Ella le devolvió la mirada, con la atención reservada de un gato.

—Los inventores que mencioné —dijo Phoenix—, en Karvil. Simon no se equivoca. No tendrán suficiente energía para culminar sus ideas cuando todos los recursos de Yonder van a volcarse en una Guerra de las Sombras.

—Me da la sensación de que estás a punto de pedirme un favor, Phoenix.

—Hay una cámara de vacío en Bloodwood.

A Fay le temblaron las orejas.

—¿Quieres capturar una Sombra y encerrarla dentro sin que nadie se dé cuenta, o sin que te mate ninguna de las otras Sombras que vigilan la ciudad?

—Quiero encerrarme *yo mismo* en la cámara sin que nadie se dé cuenta, y sin que me mate ninguna de las otras Sombras que vigilan la ciudad.

—Ya veo... —Fay frunció el ceño—. Y nos colamos en Bloodwood solitos, ¿no? ¿Y si te posee otra Sombra y tienes otro episodio de rabia asesina salvaje?

Phoenix no apartó la mirada de la suya.

—No permitiré que pase eso.

—¿Puedes estar seguro?

—Fay... —Phoenix se arrodilló ante ella—. Para que una Sombra posea a alguien, ese humano tiene que estar o tan débil que tengan un pie en la tumba, o entregándose voluntariamente a la Sombra. Es una decisión consciente. Una que se suele tomar en un momento de desesperación, pero igualmente consciente. —Se movió para cogerle la mano, pero se lo pensó mejor y entrelazó sus dedos sobre su regazo en su lugar—. Yo no estoy a las puertas de la muerte. Jugando en su vecindario, quizá. Saltando en su jardín. Pero todavía no estoy llamando a sus puertas.

—¿Esperabas sobrevivir?

Phoenix se tensó.

—Hace diez años —susurró Fay—, cuando te rendiste a las Sombras. ¿Sabías que sobrevivirías?

Phoenix vaciló y luego dejó caer la cabeza, demasiado avergonzado para admitir que la idea de vivir o morir nunca se le había pasado siquiera por la cabeza. Solo había querido escapar, y darle la bienvenida a las Sombras no le había parecido una idea tan atroz en su momento.

Fay asintió lentamente, y cuando habló, lo hizo con una voz realmente grave.

—Sí que te hicieron polvo, ¿eh?

Phoenix tragó saliva.

—Fay, escucha... Entonces no me importaba. Pero ahora sí. Me importa muchísimo. Y solo porque pueda albergar Sombras sin morir no significa que quiera invitarlas a controlar mi cuerpo en cuanto aparezca una oportunidad.

Fay lo miró, con los ojos amarillos entrecerrados mientras sopesaba sus palabras.

—La energía que te extrajera la cámara estaría en bruto —dijo al final—. No podemos procesarla, ahora que la fábrica de energía ha desaparecido.

Phoenix se puso en pie con una sonrisa, confiando en que Fay se uniría al plan.

—Te lo explico por el camino. —Le ofreció su mano, y Fay dudó antes de dejar que Phoenix tirase de ella para ponerla en pie—. Veamos si Simon está despierto —añadió Phoenix, saliendo del cuarto de baño al pasillo a oscuras.

—¿Y si continúa inconsciente? —preguntó Fay mientras entraban en la sala abarrotada que presidía la cabaña, donde los ronquidos atronadores de Fidelity, que parecían olas embravecidas, ahogaban el suave tic-toc, clonc, y pong de las máquinas repartidas entre los cacharros y libros.

—Sería preferible —dijo Phoenix, encendiendo una lámpara que colgaba del techo—. Si está despierto, nos tocará volver a noquearlo.

Fay lo miró con sorpresa.

—¿No viene con nosotros?

—Sería un obstáculo —dijo Phoenix. A la luz de los últimos acontecimientos, no creo que comparta mi entusiasmo respecto a esta excursión en concreto y la probabilidad de que vaya como el culo. Aunque, por suerte, parece que pasará un buen rato fuera de combate. —Asintió en dirección a la chimenea, donde tanto Simon como Fidelity estaban acurrucados en el suelo. Simon estaba apoyado contra la nuca de Fidelity, con el brazo en torno a su cintura. Phoenix sonrió—. Recuérdame que se lo cuente a Jess.

—¿Quién es Jess?

Antes de que Phoenix pudiera contestar, la puerta delantera se abrió con un crujido y Gloria entró a trompicones en la casa, aferrando flores naranjas en su mano temblorosa y con la ropa vaporosa salpicada de sangre. Phoenix abrió los ojos de par en par.

—¡Gloria! —Se apresuró a ayudarla, pero Gloria lo ahuyentó.

—La sangre no es mía —le aseguró, cojeando hacia la mecedora junto a la chimenea para tomar asiento—. Es de Simon.

—¿Estáis los dos bien? —preguntó Fay.

—Lo reviví el tiempo suficiente para meterlo en la casa —dijo Gloria—, pero volvió a desmayarse en cuanto le pedí que se tumbara. Quizá esta noche le haya hecho esforzarse un poquito de más.

—¿Cuánto tiempo crees que estará dormido? —preguntó Phoenix, mirando a Simon con incomodidad.

Gloria alzó los hombros, cansada.

—Solo he desbloqueado una parte de su poder, pero su cuerpo sigue teniendo que hacer grandes ajustes. —Sacudió las flores sobre su regazo—. Tengo que hacer una mezcla para la incomodidad que sentirá por la mañana.

—Déjame a mí. —Fay se inclinó y le cogió a Gloria las flores de la mano—. Deberías descansar.

Por un segundo pareció que Gloria podría objetar algo, pero su necesidad de dormir terminó por imponerse. Phoenix y Fay la ayudaron a levantarse de la mecedora y la llevaron hasta el pasillo, donde Gloria se detuvo ante la puerta de su dormitorio para mirarlos con gesto suave.

—Ahora tenéis que cuidaros el uno al otro.

—No necesito que nadie me cuide, Gloria —dijo Fay—. Y menos aún Phoenix Page.

Phoenix sonrió.

—Tiene razón. Yo casi no sé ni cuidarme a mí mismo.

—No seas muy duro contigo mismo, cielo. —Gloria posó una mano sobre la mejilla de Phoenix—. Estáis cargando con los errores de mi generación, pero sois más fuertes de lo que pensáis. —Apartó la mano, y chasqueó la lengua—. Sigues helado. Estaba tan distraída con ese hechicero que ni pensé que tú pudieras estar en apuros. Siento que se nos haya olvidado

comprobar cómo ibas.

Phoenix sacudió la cabeza.

—No soy responsabilidad tuya.

La sonrisa se apagó en los ojos de Gloria.

—Lo eras de niño. Me temo que te hemos decepcionado bastante.

—¿Que *vosotros* me habéis decepcionado a *mí*? —Phoenix se rió—. Menuda interpretación de los hechos. —Dudó, y luego se inclinó hacia delante para besarle la mejilla—. Buenas noches, abu... *Gloria*. Quería decir Gloria.

Gloria lo abrazó con fuerza y luego tiró de Fay para que se uniera al abrazo, achuchando a la pareja con una intensidad inesperada.

—No os metáis en líos —susurró, y luego se alejó pasillo abajo. Phoenix sintió un pinchazo de tristeza mientras la anciana desaparecía tras una puerta.

—Es una mujer de armas tomar —murmuró, antes de girarse hacia Fay y señalar las flores naranjas que tenía en la mano—. ¿Puedo ayudarte con eso?

Fay puso los ojos en blanco, como si Phoenix la hubiera insultado.

—Puedes ayudarme no tocando nada. Yo me ocuparé del tónico. Y tú mientras me vas a explicar este plan imposible.

—No es imposible. —Phoenix la siguió hasta la cocina—. No con tu poder.

—¿Mi poder?

—¿Recuerdas la piedra del vacío que te di hace tantos años? —preguntó Phoenix mientras Fay dejaba las flores sobre una tabla de cortar de madera.

Fay tomó un cuchillo, y comenzó a trocear los tallos.

—Sí —dijo—. Me dijiste que la escondiera de todo Bloodwood. Y en especial de tus abuelos.

—Correcto —dijo Phoenix—. ¿Y cómo la escondiste?

Fay dejó de trocear las flores.

—Ay, no...

Phoenix asintió.

Exacto.

—Phoenix, una piedra del vacío desactivada es mucho más fácil de esconder que un desastre genético de energía del vacío como tú.

—Pero puedes hacerlo, ¿verdad? —Phoenix se inclinó sobre la encimera y miró a Fay con intensidad, con el tipo de mirada que perturbaba a los extraños y hacía a todo el que lo conocía temer por su vida—. Puedes distorsionar la energía que nos rodea y hacer que sea más difícil para las Sombras detectarnos. Al menos hasta que esté dentro de la cámara. Una vez empecemos a recolectar mi energía, seré casi indetectable y estaremos a salvo. Bueno, *más* a salvo. Relativamente, creo.

Fay se giró hacia un armarito y empezó a sacar cajas, botellas y tarros que contenían ingredientes indescriptibles.

—El esfuerzo necesario para ocultar esa piedra tantos años no es nada en comparación con el esfuerzo que haría falta para ocultarte a ti una hora o dos. —Encontró un bol y lo dejó en la encimera junto a la tabla de cortar—. Una piedra del vacío desactivada no requiere más que un pequeño campo de fuerza *fijo* para contener los sutiles niveles de energía que irradia. Una piedra del vacío desactivada es estable. Una piedra del vacío desactivada es *constante*. Pero *tú*... —Señaló la cara de Phoenix—. Tu energía es un caos.

—Al igual que el estado actual del universo —señaló Phoenix, apoyando la barbilla en la

mano—. Si tan solo hubiera una forma de arreglar los desequilibrios del vacío... Si tan solo tuviéramos algún tipo de plan para llevar a la humanidad a un futuro libre de Sombras rabiosas, y sin riesgo de colisión entre dimensiones... *Si tan solo* un héroe galante, guapo y sin ley pudiera proporcionar energía suficiente para mantener Yonder a flote antes de enfrentarse a la fuerza del vacío entero él solo... —Se cruzó de brazos—. Ay, espera. Creo que tenemos una solución para este dilema.

—Vale, para empezar, no eres ni galante, ni guapo y sin ley —dijo Fay mientras estrujaba una fruta verde con bultos sobre el bol—. Como mucho, desaliñado de forma tierna. Como un perro abandonado que da pena a la gente porque está tuerto.

—Qué duro eso.

—Segundo —continuó Fay—, si quisiera compensar la energía que liberas para evitar que te detecten, tendría que reajustar mi magia continuamente para dar cuenta de todas las fluctuaciones. La concentración que eso requiere... La *precisión*...

—Así que... ¿No puedes hacerlo, después de todo?

Fay suspiró, con la mano metida en un bote de centípedos muertos.

—Pues claro que puedo hacerlo.

Phoenix esbozó una sonrisa enorme.

—Sabía que podía contar contigo.

—Me estás pidiendo que me juegue la vida. —Fay dejó caer tres de los bichitos crujientes dentro del bol.

—Lo sé... No tengo derecho a pedirte tanto. Pero es importante. —Phoenix tamborileó con los dedos sobre la encimera—. Por cierto...

—¿Por cierto? ¿Que hay más?

—Cuando me quede sin energía, voy a estar algo... Indispuesto. —Phoenix comenzó a trastear con los ingredientes que Fay tenía sobre la encimera, levantando tapas y dando toquecitos a cualquier cosa que encontrase debajo—. Me han advertido que debería evitar este tipo de cosas, pero los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas y yo estoy, con más frecuencia que nunca últimamente, increíblemente desesperado.

—¿Tendré que sacarte de Bloodwood en brazos, o algo así?

—No exactamente. —Phoenix arrugó la nariz tras olisquear los contenidos brillantes de una botella, y le puso el tapón rápidamente antes de apartar la sustancia—. No puedo cambiar de mundo mientras la extracción está en marcha, pero una vez termina..., en ese estado..., cabe la posibilidad de que mi cuerpo sea arrancado de este mundo, y lanzado a la prisión que hay en el otro. —Abrió otro tarro y cotilleó lo que había dentro—. Para evitar que mi infernal regreso al cautiverio ocurra antes de lo que debería, activaré una piedra del vacío que me mantenga en Yonder. No podré mantenerla mucho tiempo, sobre todo después del rollo de la cámara, así que necesitaré que me ayudes.

—Me he perdido.

—¿Esto qué son, globos oculares en salmuera?

Fay frunció el ceño.

—Céntrate, Phoenix.

—El de arriba del todo me está mirando mal.

—Por el amor de la Luz. —Fay le quitó el tarro de las manos y volvió a cerrar la tapa—. ¿Qué se supone que tengo que hacer para evitar que desaparezcas a otro mundo? ¿Darte la manita? ¿Atarte a un árbol?

—Solo tienes que disparar suficiente energía del vacío en bruto contra mi corazón para

devolverme de nuevo a la vida. Es bastante simple.

Fay añadió un puñado de polvos rosas al bol y comenzó a mezclarlo todo con determinación y furia.

—Claro. Solo tengo que recolectar energía del vacío en bruto del entorno y canalizarla con mi propio cuerpo para traerte del borde de la muerte. Qué fácil.

Phoenix se encogió de hombros.

—Maulbrak lo hace con bastante facilidad.

—Bueno, ¿y por qué no le pides ayuda a *Maulbrak*, entonces? —replicó Fay.

—Para ser sincero, antes prefiero quedar en manos de un rebaño de Sombras.

Fay puso los ojos en blanco.

—Pásame la botella.

Phoenix le entregó la botella vacía que había señalado, y Fay volcó dentro la mezcla.

—Más vale que esto valga la pena, Phoenix —dijo mientras echaba los tallos de flores troceados en la bebida antes de sellarla con un corcho—. ¿No puedo limitarme a apuñalarte con una lanza de Sombras, recolectar toda tu energía, y punto y final? Toma. Agita esto hasta que se ponga naranja.

Phoenix hizo una mueca y le cogió de las manos la botella.

—Pese a lo gratificante que te pueda parecer atravesarme el pecho, las cámaras recolectan energía más despacio que esas lanzas. —Sacudió el líquido sobre su cabeza, y lo dejó sobre la encimera una vez se hubo convertido en una pasta naranja—. Las lanzas están diseñadas para incapacitar a una Sombra y robarle todo el poder posible antes de que se extinga. Pero la cámara lleva tiempo. Un *buen* rato. Permite que la energía se regenere casi a la misma velocidad de la extracción.

Fay frunció el ceño en su dirección, a través de las rastas que le caían sobre los ojos.

—¿Y funciona contigo, pese a que solo eres medio Penumbra?

No había rastro de humor en la risa de Phoenix.

—Una Sombra adulta y sana se fugaría de esa cámara mucho antes de que le drenase la energía. Pero a mí me criaron para esto. No me voy a escapar. Me voy a quedar sentadito y aguantar hasta que tengamos lo que necesitamos. Confía en mí. Funcionará.

Fay lo miró en silencio, entrecerrando los ojos, un momento. Luego se giró.

—Claro. ¿Qué podría salir mal? —Dejó la bebida sobre la encimera con un papelito en el que ponía el nombre de Simon, y comenzó a acercarse a la puerta.

—Iré contigo en un minuto —dijo Phoenix—. Voy a coger mis cosas.

Fay salió sin mediar palabra mientras Phoenix trasteaba por la habitación, intentando no despertar a Simon ni a la troll dormida. Encontró su bolsa bajo una silla, y estaba estirándose hacia el cordel que colgaba del techo para apagar la luz cuando un gruñido dolorido interrumpió el vaivén de los ronquidos de Fidelity. Phoenix se quedó helado, con la mano en torno al interruptor colgante de la luz.

Simon se incorporó y parpadeó, con los ojos llorosos.

—¿Rojo?

—No. Soy una ilusión creada por tu subconsciente, enviada para recordarte la importancia de dormir lo suficiente. —Phoenix hizo una pausa—. He tomado, por supuesto, la forma de tu mejor amigo, porque Phoenix es una influencia positiva y responsable en tu vida.

Simon lo miró, sin emoción.

—¿Ya es por la mañana? ¿Nos marchamos ahora a Karvil?

Phoenix suspiró.

—No. Vuelve a dormirte.

—Gulliver dijo que estabas en apuros.

—Estoy bien. Todo está perfectamente. Descansa un poco.

Simon frunció el ceño, paseando la mirada por la habitación como si hubiera un moscardón perezoso distrayéndolo.

—Veo cosas.

Phoenix arqueó una ceja.

—¿Como cuáles?

—El pasado... —Simon se frotó los ojos—. Está en todas partes. Pero es distinto. Yo soy distinto. —Observó una escena invisible que se desarrollaba en un rincón al otro lado del salón, y luego sacudió la cabeza—. Me duele todo.

—Es normal. Probablemente. —Phoenix continuaba aferrando la cuerda, iluminado por la lámpara como si fuera un foco en un escenario—. Gloria ha dicho que tu cuerpo necesitará acostumbrarse.

Simon se reclinó y frunció el ceño mirando al techo. Phoenix se mordió el labio, sin saber bien cómo proceder.

—¿Crees que mañana veremos a Jess? —preguntó Simon, interrumpiendo el debate interno de Phoenix respecto a la ética de dejar inconsciente a Simon con un suave disparo de energía del vacío en la cabeza.

—¿Jess? —Phoenix tiró de la cuerda, sumergiendo la casa en una oscuridad rota solo por haces de luz de la luna que entraban por las ventanas de la fachada—. Quizá. Cabe la posibilidad de que llegue a Karvil antes que nosotros, de todas formas. Probablemente ya esté allí.

—¿Crees que le gustará mi barba?

Phoenix se colgó la bolsa de un hombro.

—Para nada. Das miedo. Vete a dormir.

Simon se incorporó sobre el codo y estudió a Phoenix con ojos entrecerrados.

—¿Te estoy retrasando con algo? ¿Por qué tanta prisa?

—¿Prisa, yo? Ninguna. —Phoenix se acercó a la chimenea, agazapándose junto a Simon y la troll dormida—. Escucha, me voy a sentar fuera junto a la entrada principal un rato.

—¿Necesitas un descanso de las guardas anti-Sombras que rodean la casa?

—Sí. Me vendrá bien un poco de aire fresco. ¿Estarás bien con la campeona de aplastamiento de cráneos aquí presente, no?

Simon asintió y cerró los ojos, con la cara contraída en una expresión de dolor que Phoenix rara vez había visto. Un ataque injustificado con energía del vacío por parte de un amigo parecía algo cruel, dadas las circunstancias.

—Hay una bebida en la cocina con tu nombre —añadió Phoenix, dándole a Simon unas palmaditas en el hombro—. Tómatela por la mañana, y te sentirás un poco menos como si te hubieran golpeado con un planeta y un poco más como si se te hubiera sentado encima un pony. Pero hasta entonces, duerme un poco.

Asintió, y comenzó a marcharse.

—Rojo, sé lo que intentas hacer.

Phoenix miró hacia atrás.

—¿Ah, sí?

—Estás tan torturado que de verdad crees que es tu responsabilidad resolver los problemas de todo el universo. —Simon seguía teniendo los ojos cerrados—. Crees que salvarle la vida a toda criatura viva compensará las vidas que sientes que se perdieron por tu culpa.

Phoenix sonrió.

—Bueno... A nivel matemático... Es algo que tendría mucho sentido.

Simon suspiró.

—Eres un idiota. —Rodó sobre su costado, y ya estaba roncando plácidamente antes de que Phoenix saliera por la puerta.



Atrapado

—Vamos a morir todos. —La condescendiente voz de Gulliver sonó cargada de un toque extra de desdicha estando allí de pie, con la cabeza inclinada, sobre el acantilado cubierto de hierba que permitía contemplar los restos destrozados de Bloodwood. Phoenix estaba de pie sobre su lomo, cubierto de la cabeza a los pies de baba morada y sangre de monstruo, con los ojos fijos en el horizonte mientras amanecía lentamente sobre el bosque que rodeaba la ciudad. Fay tenía el ceño fruncido bajo su desaliñada apariencia gatuna a pies de Phoenix, maullando al viento, con el largo pelaje greñado rígido por la gelatina morada.

—Madre de las Sombras, Gulliver. Anímate —dijo Phoenix, con la mirada aún fija en la ciudad derrotada a sus pies—. Acabamos de abrimos paso en plena noche a través de las praderas. ¿Te vas a morir por tener un poquito más de fe en nuestras habilidades de supervivencia?

—Si sobrevivimos, recuérdame que no vuelva a escucharte jamás.

Phoenix suspiró. Se había obligado a no usar ninguna piedra del vacío, y aunque la decisión de luchar contra los monstruos con tan solo un abrecartas de su bolsa le había permitido preservar su energía del vacío, también había convertido cada diminuto enfrentamiento en un conflicto innecesariamente largo, y puesto de mal humor a sus dos compañeros.

—Espero una compensación por esto —agregó Gulliver.

—Vale. —Phoenix miró con los ojos entrecerrados a un grupo de Sombras que correteaba

por un prado lejano. La silueta de sus gráciles cuerpos grises cortaba la primera luz de la mañana —. Sácanos vivos de esta y te daré terrones de azúcar y un puñado de avena.

—¿Pretendes salir ileso de ese infierno? —Gulliver miró la ciudad más allá de los campos. Estaba irreconocible; la mayoría de edificios se habían derrumbado, y había pilas de escombros revueltas entre pequeños incendios humeantes repartidos por las calles devastadas como si fueran flores.

Phoenix atisbó movimiento cuando los delgados invasores grises entraron y salieron de hogares derruidos, la mayoría en grandes grupos pese a que unos pocos iban en parejas más íntimas. Observó, fascinado, cómo una pareja se metía bajo el umbral de una vieja casa y se acurrucaba junta, con los largos brazos en torno al otro y las cabezas calvas una al lado de la otra mientras se quedaban dormidos.

—A veces actúan de forma tan... *humana*.

—Sí, cuando no están masacrando ciudades enteras. —La voz de Fay penetró la mente de Simon como una hoja hecha de hielo. Frunció el ceño y bajó la mirada al gato, desde cuya cabeza hasta cuyos ojos goteaba un pegote de gelatina morada.

—Los *humanos* matan a más humanos que las Sombras. —Se quitó de la cara los fluidos de monstruo, y luego se deslizó desde el lomo de Gulliver hasta la hierba—. Hora de ponerse en marcha. Se detendrán un tiempo, ahora que sale el sol.

Fay saltó del caballo a Phoenix, atravesándole con las garras el abrigo para aferrarse a su piel.

—Gulliver —dijo Phoenix, llevándose una mano a la cabeza para quitarse a Fay de los hombros—. Acércate a la ciudad desde el bosque. Habrá Sombras, pero como solo eres un caballo, dudo que les intereses mucho.

Gulliver sacudió una oreja.

—Solo un caballo, dice.

—Nos encontraremos en el cobertizo tras la casa. —Phoenix dejó a Fay en el suelo, y le dio a Gulliver unas palmaditas en el cuello—. Cuídate.

El caballo resopló a modo de despedida, y se marchó trotando colina abajo. Phoenix se agazapó junto al felino empapado.

—¿Estás lista?

Fay se transformó en su yo humano habitual, pareciendo enfurruñada y cruel sin ropa que pudiera mantenerla caliente. Phoenix le pasó el grueso chal que le había metido ella en la bolsa.

—Ambos hemos visto al otro sin ropa esta noche.

—¿Y? —preguntó Fay mientras fijaba el chal con su broche dorado de cráneo de rata—. De pequeños nos bañamos juntos miles de veces.

Phoenix se rió, y alzó ambas manos en señal de rendición.

—No quería decir nada. Solo sacaba tema de conversación.

Fay puso los ojos en blanco.

—Acabemos con esto de una vez. —Sacudió la mano en el aire, y Phoenix tuvo la extraña sensación de que una bocanada agresiva de aire le lamía todo el cuerpo. Antes de que pudiera entender siquiera qué estaba pasando, se encontró con una gran masa globular de baba morada flotando sobre su cabeza y con que Fay y él estaban secos y libres de gelatina.

—Si voy a enfrentarme a un ejército de Sombras, al menos quiero sentirme limpia. —Fay apartó el trémulo pegote, que se desparramó sobre el suelo.

Impresionado, Phoenix se tocó el pelo ahora limpio y sin pringue.

—Si tu magia funciona tan bien como sé que lo hace, no tendremos que enfrentarnos a

ninguna Sombra.

Fay alzó las manos hacia el cielo, creando un campo de fuerza que zumbaba suavemente y que se enroscó en torno a Phoenix y ella como un caparazón eléctrico.

—Bueno, no emitimos más energía de la que desprendería una oveja perdida. O al menos eso es lo que parecerá.

—Eres tan extraordinaria como me esperaba que fueses.

—En serio —dijo Fay—, ¿qué habrías hecho si yo hubiera decidido no venir?

Phoenix se vio de pronto lanzando energía del vacío en todas las direcciones, abriéndose paso por Bloodwood a disparos y destrozando legiones enteras de Sombras con un enjambre de piedras girando sobre su cabeza, hasta derrumbarse por fin cubierto de sangre en la entrada de la cámara del vacío, demasiado exhausto para abrir la puerta siquiera.

Se encogió de hombros.

—Seguro que algo se me hubiera ocurrido.

Bajaron por las laderas cubiertas de hierba, reptando hacia la ciudad, agazapados tras los restos de los muretes de piedra que separaban las granjas. A veces Fay agitaba las manos en el aire, o doblaba los dedos, y Phoenix notaba cómo la energía a su alrededor cambiaba de formas sutiles que le ponían los pelos de punta.

—¿Tanto varía la energía que emito? —preguntó mientras gateaban junto a una hoguera cercana a los restos de una caja. Habían alcanzado a aquellas alturas las calles polvorientas, y ahora podían ver de cerca la destrucción de las Sombras.

—Reacciona a cambios en tu cuerpo —dijo Fay con suavidad, con cara de concentración mientras retorció el aire, tirando de hilos invisibles—. A veces incluso a cambios de humor. Y cuanto más nos acercamos al bosque, más fuerte se vuelve.

Sorteo de puntillas el borde de un profundo cráter en medio del camino, lleno de restos de edificios y una pila apestosa de lo que Phoenix sospechaba que eran varios goblins muertos, tres o cuatro cabras, y medio caballo.

—Mantén los ojos bien abiertos —murmuró Fay—. Si hay una reserva de comida, tiene que haber por fuerza una Sombra o dos cerca echándose una siesta.

Phoenix apartó la mirada del perturbador agujero.

—Sí que se han adueñado del lugar, ¿eh?

Fay sacudió la cabeza.

—Esto es peor que lo que pasó hace diez años. Al menos en ese momento los supervivientes tenían un lugar al que regresar. Pero ahora no queda nada.

—Bloodwood será reconstruida —dijo Phoenix, agachando la cabeza mientras seguía a Fay bajo una farola caída y apoyada contra una tienda destrozada.

—¿Tú crees? —preguntó Fay mientras saltaba sobre un pequeño juguete hecho trizas y enterrado en el asfalto, probablemente abandonado por un niño que intentaba escapar desesperado—. ¿Reconstruida tras *esto*?

—Está poblada por cabezotas como mi abuela. Pues claro que la reconstruirán. —Phoenix se agachó para coger el juguete. Le faltaba un brazo, y uno de sus ojitos de botón colgaba de un hilo. Fay lo miró.

—¿No te preocupan en absoluto? Tus abuelos.

—Nah. Son indestructibles. —Aunque su voz sonaba calmada, en el fondo Phoenix sí que sentía culpa y preocupación. Le sacudió algo de polvo al juguete sucio y lo dejó sobre la repisa de una ventana.

Estaba a punto de decir algo más cuando le llamó la atención un movimiento calle abajo.

Cogió a Fay del brazo, tirando de ella hacia un estrecho callejón entre dos tiendas, con las paredes de ladrillo tan cerca la una de la otra que apenas se podía estirar un brazo. Fay comenzó a hacer gestos frenéticos con las manos.

—¿Te importa controlar un poquito tu energía? —siseó.

Phoenix se llevó un dedo a los labios.

—Sombras.

Se quedaron en silencio, con la espalda contra la pared, mientras las pisadas se acercaban cada vez más. La Sombra apareció ante ellos, con la espalda esquelética encorvada mientras bajaba por la calle y los largos brazos balanceándose a sus costados como un peso muerto. Phoenix había visto innumerables Sombras a lo largo de su vida, pero ninguna tan gacha y abatida como la que ahora caminaba calle abajo ante sus ojos.

—Está borracha —dijo Phoenix en voz baja, mientras Fay movía las manos en el aire junto a él para anular cualquier energía que pudiera delatar su posición.

—Sigamos el callejón —susurró—. Probemos suerte por el otro lado.

Phoenix asintió. Caminaron pegados a la pared. Fay se concentró en su magia y el camino ante ellos, mientras Phoenix mantenía vigilada la boca del callejón que estaban dejando atrás por si la Sombra regresaba.

—Mira por dónde andas —murmuró Fay, demasiado tarde; Phoenix se tropezó con una pila de viejas tablas de madera. Ésta se derrumbó con gran estruendo; un trozo de madera salió disparado contra su pierna, hundiéndole un clavo en el tobillo.

Phoenix se estampó una mano contra la boca para ahogar un aullido y el chorro de vulgaridades que quería soltar. Fay se giró, alarmada, cuando la Sombra reapareció al final del callejón, con los grandes ojos dorados mirando fijamente la oscuridad.

Phoenix y Fay se quedaron helados ante su mirada brillante y sin parpadeo.

—Sentimos molestarte. —Phoenix ya no soportaba más el silencio.

La Sombra parpadeó. Phoenix sonrió, y señaló a sus espaldas con el pulgar.

—Si total, ya nos íbamos.

Con lentitud, como si la situación no mereciese el esfuerzo físico, la criatura comenzó a levantar el brazo.

—Mierda. —Phoenix juntó las manos, pero antes de que pudiera separarlas y activar una piedra, Fay le tiró con urgencia de la manga.

—Espera. —Asintió en dirección a la Sombra. La huesuda mano gris que había levantado no les apuntaba a ellos. En su lugar, la Sombra estaba señalando calle abajo con su larga garra—. Creo... —dijo Fay, con voz lenta e insegura—, creo que nos está dando una oportunidad para huir.

Phoenix dio un paso hacia delante con cautela, y la Sombra gruñó satisfecha. Luego les dio la espalda y se alejó calle abajo, arrastrando sus pies nudosos por el polvo. Phoenix y Fay llegaron al fondo del callejón y observaron cómo la Sombra desaparecía de su vista metiéndose en un edificio que hasta el día anterior había sido una boutique especializada en sombreros elegantes.

—Qué raro... —murmuró Phoenix.

Fay le empujó la espalda, instándolo a moverse.

—Dudo que nos vaya así de bien si nos encontramos con otra.

Continuaron avanzando por la ciudad asolada. El humor de Phoenix se tornaba más sombrío con cada paso que daban en dirección a su viejo hogar.

—Creí que Jack había dicho que las Sombras estaban de celebración... —Frunció el ceño, preocupado—. Esa Sombra parecía horriblemente desdichada.

—Igual ha tenido una mala noche —murmuró Fay.

—Me sorprende que estuviera sola —continuó Phoenix—. También era un poquito diminuta. Quizá otras Sombras la acosaban... ¿Qué capacidad emocional tendrá una Sombra? ¿Le dimos pena ahí atrás? ¿Fue empatía? ¿Bondad?

Fay puso los ojos en blanco.

—Tenemos otras preocupaciones mayores ahora mismo.

Llegaron a la entrada de la casa de Matilda y Teddy. El jardín estaba tan asolado que resultaba irreconocible, pero la casa en sí parecía haber capeado la invasión sin sufrir daños.

A Phoenix le subió el corazón hasta la garganta mientras atravesaba la valla y seguía a Fay por el caminito junto a la casa. Sin darse cuenta de su incomodidad, Fay cogió un palo y empezó a apartar las telarañas que habían aparecido entre los arbustos.

—Fay. —A Phoenix le sorprendió cómo le temblaba la voz. Carraspeó, y volvió a intentarlo—. Tengo que pedirte un favor.

—¿Otro? —dijo Fay, mirando hacia atrás.

—Más bien voy a repetir con desesperación algo que ya te he pedido.

Fay dejó escapar un pequeño suspiro.

—¿Que es...?

—Cuando todo esto acabe... Por favor, no dejes que desaparezca.

Fay dejó de caminar, y Phoenix se detuvo en medio del camino mientras ella le miraba.

—Me mantuvieron en esa prisión casi quince años. —Phoenix ni se molestó en intentar no rascarse el brazo—. Estos últimos días me han dado más libertad de la que he tenido en toda mi vida. Es como... Esta es mi oportunidad para hacer por fin algo bueno.

Fay no dijo nada, así que Phoenix continuó, desesperado por hacerse entender.

—Sé que últimamente todo está un poco turbulento, pero está habiendo progreso en Yonder. Y la gente en la Tierra se está uniendo para crear cambios positivos en el mundo. Quiero ser parte de todo esto. Marcar la diferencia. Y no estar atrapado y ser el patético juguete de Flamegate.

Fay lo estudió durante un momento más.

—Estás aterrado.

Phoenix tragó saliva.

—Una vez vuelva allí... Se acabó. Estaré allí hasta el final.

—¿El final de qué, exactamente?

—Difícil saberlo... —dijo Phoenix—. Lo que se acabe primero. Flamegate. El universo. Yo mismo. —Sacudió la cabeza y empezó a caminar, atravesando la densa vegetación que flanqueaba el camino—. ¿Los tres a la vez? Quién sabe. Pero me ya me subestimaron una vez. No volverán a cometer el mismo error. —Doblaron la esquina de la casa, y se encontraron en el patio con el pequeño cobertizo cubierto de enredaderas—. En cualquier caso —añadió Phoenix, sombrío—, todo debería haber terminado en cuatro semanas. Supongo que hay cierto confort en los finales.

Miraron el cobertizo en silencio durante un rato. Phoenix intentó por todos los medios convencerse de que cambiar de idea con el plan tan avanzado no era una elección que fuera a permitirse hacer.

—Oye. —Fay le dio un codazo suave en el hombro—. No dejaré que desaparezcas.

Él sonrió, no muy convencido pero igualmente reconfortado.

—Gracias.

Phoenix respiró hondo y se acercó al cobertizo con la determinación sombría que uno

esperaría ver en alguien a punto de desafiar a Fidelity Ethel Piedratrueno en una competición de aplastamiento de cráneos.

—¿Son estas las unidades de almacenamiento que usaremos? —Fay miró escéptica los dos gruesos barriles de metal que languidecían junto al cobertizo, con los medidores de cristal resquebrajados y las polvorientes paredes curvas dañadas por el óxido y los agujeros.

—A esas se les ha pasado el arroz —dijo Phoenix—. Espero encontrar otras más seguras dentro. —Apartó las enredaderas que colgaban sobre la puerta del cobertizo antes de tirar de la puerta de madera medio podrida, revelando un pasillo estrecho y empinado con escalones que descendían hacia la oscuridad más absoluta.

Fay asomó la cabeza a su lado.

—¿Seguro que sabes lo que haces?

—Sí. Aunque el *por qué* lo estoy haciendo se me resiste. —Phoenix pulsó un interruptor junto a la puerta, y una serie de luces del tamaño de monedas se encendieron en la pared, iluminando el túnel que se retorció hasta desaparecer de la vista bajo tierra—. Bueno, por el agujero del conejo que nos vamos. —Siguió las escaleras con Fay justo detrás, y la puerta se cerró de golpe tras ellos.

—¿Es así como crearon tus abuelos a tu madre? —preguntó Fay—. ¿Con esta cámara?

—Supongo —dijo Phoenix, no muy interesado en debatir ese asunto—. En realidad, no tengo ni idea.

—Bueno, así es como se hacían Penumbras, ¿no? —dijo Fay—. Durante la guerra. Se invirtió la función de las cámaras, para que en vez de drenar de energía otras formas de vida insuflasen energía del vacío en mujeres embarazadas. Y los bebés que nacían vivos...

—Es algo más complicado que eso —murmuró Phoenix. El pasaje se allanó, y Fay y él se encontraron en una habitación amplia con paredes de piedra, vacía salvo por unos pocos barriles de metal rollizos apilados al fondo. Apenas le llegaban a Phoenix a la rodilla, pero había algo en su estructura compacta que sugería que eran casi demasiado pesados para sostenerlos—. Parece que la abuela vació la mayoría del lugar —dijo, dejando caer a sus pies su bolsa.

—¿Y ya está? —Fay frunció el ceño bajo la pálida luz de las lámparas—. Me esperaba algo más... Avanzado.

Phoenix sacudió la cabeza.

—Este es el almacén. La cámara está al otro lado. —Señaló dos puertas de metal frente a ellos, difíciles de ver entre las paredes de piedra que las flanqueaban en un espacio tan mal iluminado—. ¿Podrías comprobar si esos barriles son seguros? Ver que no tengan grietas, ni nada. Hace tiempo que no se usan.

Fay inspeccionó los barriles mientras Phoenix se acercaba a las puertas de metal.

—Estas cosas son antiquísimas —dijo Fay, dándole unos toquecitos a las válvulas de un barril que estaba en la cima del montón.

—Tecnología pre-discal —dijo Phoenix—. Antes de que se desarrollara el sistema de tuberías para transportar energía en bruto a la fábrica, cuando la gente se preocupaba por almacenar tanta energía como pudiera durante largos períodos de tiempo en vez de recolectar cantidades más pequeñas, pero más seguras, con más frecuencia, como hacemos ahora. Bueno, *hacíamos*. Antes de que cayera la fábrica.

—¿Cuánta energía podría contener uno de estos? —preguntó Fay.

—Depende —dijo Phoenix, girando un volante clavado en la pared. Las puertas de metal comenzaron a separarse, abriéndose con un chirrido para revelar la cámara oscura oculta detrás—. Si el mecanismo de conversión espacial funciona bien y no tienen fugas... Un barril entero

podría alimentar todo el escudo que envuelve Bloodwood al menos un par de semanas. Quizá incluso tres o cuatro.

Phoenix dejó de girar el volante ahora que las puertas se habían abierto por completo para dar al fatídico espacio, una cavidad lúgubre no mucho mayor que cualquier ascensor para el servicio que hubiera en Flamegate. Volvió a mirar a Fay. Estaba observando los barriles con las cejas arqueadas.

—Increíble. —Cogió uno con cuidado y lo examinó—. ¿Cómo funciona?

—Te lo mostraré. —Phoenix hizo un gesto para que se acercara, y ella le llevó el grueso barril en brazos, dejándolo en el suelo frente a las puertas abiertas. Se detuvo, distraída por la vista que había al otro lado.

Phoenix siguió su mirada.

—No es muy acogedor, ¿eh?

Fay entró y miró a su alrededor. Las paredes, el suelo y el techo estaban cubiertos de gruesas marañas de cables; los incontables hilos verdes y el metal retorcido brillaban con la trémula luz que venía del almacén. No había nada más en la cámara, ni siquiera un lugar para sentarse.

—El metal... —dijo, tirando de parte del cableado de la pared—. Tu energía se absorbe con todo esto.

Phoenix asintió. Continuaba de pie al otro lado de las puertas de metal.

—¿Y tu abuela te dejaba aquí de niño? —Fay no sonaba convencida—. ¿Solo?

Phoenix soltó una risita.

—Por el bien de la sociedad. —Se arrodilló junto al barril, y Fay salió de la cámara para acercarse a él—. La energía pasa por esas cañerías —dijo Phoenix, señalando una maraña de tubos en el techo sobre la puerta—, pasa por unas pocas docenas de reguladores —continuó, con el dedo trazando la dirección de una tubería que bajaba por la pared con un nudo de cables verdes brotando de su extremo—, y se reúne en este barrilcito de aquí. —Colocó el barril bajo la cañería, y conectó la maraña de cables a una placa de metal fijada en la tapa—. Todo lo que tienes que hacer es cerrar la puerta detrás de mí, y pulsar este interruptor para comenzar la extracción. —Dio unos toquitos sobre un interruptor junto al volante que había usado antes para abrir la puerta—. Estos cables brillarán de color dorado, y no dejarán de hacerlo hasta que la cámara registre que ya no puedo seguir renovando mi energía.

Fay tenía el ceño fruncido, y los brazos cruzados.

—¿Y cuánto tiempo debería llevar eso?

Phoenix se encogió de hombros.

—Cuando los cables vuelvan a ser verdes, el proceso habrá terminado y podrás dejarme salir. Debería sonar una alarma, así que no tienes que estarlos mirando todo el rato. Solo espera a la campana. —Estiró los brazos sobre su cabeza, como si se preparase para empezar una rutina de ejercicio—. En conjunto debería tardar unas horas. Tendría haberte dicho que te trajeras un libro, o algo. Igual hay algún trasto interesante en mi bolsa. Eres libre de mirar, siempre y cuando tengas cuidado con la trompeta. Es un cacho de metal inservible, pero tiene valor sentimental.

Fay frunció el ceño todavía más.

—¿Así que tengo que encerrarte en la oscuridad y esperar hasta que la cámara me avise de que estás casi muerto?

—Cuando activas el interruptor, la energía del vacío que me extrae ilumina la habitación, así que la oscuridad no es un problema tan grande —dijo Phoenix mientras se quitaba el abrigo—. Pero en esencia, sí. Tienes que cerrar esa puerta.

—Y torturarte.

—A petición mía —le recordó Phoenix—. Además, pensé que creerías que me lo merecía. Fay apartó la mirada.

—Ya no estoy segura de qué te mereces, Phoenix.

—Nada bueno, te lo aseguro. —Phoenix dobló su abrigo y lo dejó sobre el suelo—. Siento haberte arrastrado a todo esto, Fay. En serio. Aunque, por otro lado, me alegro de verdad de que estés aquí. —Entró en la cámara y se quedó de pie, incómodo, en el centro del estrecho espacio amurallado—. Te veo luego, supongo.

Fay lo miró durante el tiempo suficiente para que se sintiera incómodo, hizo una mueca, y luego sacudió la cabeza y desapareció tras la pared. Phoenix la oyó girar el volante mientras las puertas comenzaban a cerrarse. Miró hacia delante mientras la rendija de luz se estrechaba hasta no ser más que un hilo luminoso que conectaba el techo y el suelo.

Entonces las puertas quedaron selladas con un ‘clic’, y a Phoenix lo envolvió la oscuridad.



Inconexo

Phoenix contuvo la respiración, con los ojos cerrados con fuerza pese a que la cámara estaba ya tan privada de luz que no hubiera podido verse las manos ni intentándolo. Se preparó para el impacto, el calor abrasador, el shock inicial mientras la energía comenzaba a ser arrancada de su cuerpo..., pero no ocurrió nada.

Pasaron unos instantes. Phoenix tanteó hacia delante, y llamó a la puerta.

—¿Hay algún problema?

La voz amortiguada de Fay le respondió tras una pausa.

—He leído muchos libros de historia, Phoenix. He visto las ilustraciones. Sé lo que hace esta cosa.

Phoenix se rió con nerviosismo.

—Pensé que esto sería fácil para ti.

—Toma, y yo —replicó Fay.

—Ya hemos hablado de esto. —Phoenix se pasó la mano por la cara.

—¿Cuánto te va a doler?

—Fay. —Phoenix apoyó la frente contra la puerta—. Puedo con ello.

—¿Y si no puedes? ¿Arrastro tu cuerpo entre un ejército de Sombras y le confieso a tu familia, por no mencionar a tu enorme amigo el hechicero, que te he matado? Seguro que le parece bien. Y yo tendré que pasar el resto de mi vida con tu estúpida muerte en la conciencia.

Phoenix se dio la vuelta y se dejó caer al suelo, con la espalda contra las puertas de metal y la cabeza en las manos.

—Soy difícil de matar —murmuró—. Créeme.

Fay no dijo nada.

—Si no fuera por mí —añadió Phoenix—, tus padres seguirían vivos.

—Esa no es la *cuestión*, Phoenix. Nunca quise hacerte sufrir. No así.

Pasó un buen rato antes de que Phoenix hablase de nuevo.

—Escucha —dijo, y su voz retumbó en el cavernoso espacio—, mi vida nunca ha sido mía. Ha estado regida por personas poderosas. Personas interesadas solo en usarme para su propio beneficio. Mi abuela. Maulbrak. Flamegate. —Hizo una pausa, obligándose a dejar de arañarse el brazo—. Sobre todo Flamegate. —Entrelazó las manos, y se llevó los nudillos a la frente—. Pero nunca fue *qué* me hacían lo que me dolía más. Era el hecho de que el dolor estaba fuera de mi control. La falta de libertad. Saber que no tenía nada que hacer contra quien decidía mi destino.

Fay permaneció en silencio al otro lado de la puerta.

—Pero nadie me obliga a hacer esto —continuó Phoenix—. Y sí, va a escocer un poco, pero esta es mi elección para lograr el cambio... Y hay algo terriblemente satisfactorio en ello.

—Lo haré —dijo Fay, tras un largo silencio que pareció temblar en torno a Phoenix—. Pero quiero que sepas que me siento mal al respecto.

Phoenix sonrió en la oscuridad.

—Me lo apunto.

—Prepárate —murmuró Fay, y la cámara explotó con luz dorada.

Phoenix jadeó, enroscándose sobre sí mismo al caer de costado mientras la maraña de metal se calentaba contra su piel

—¿Sigues vivo? —preguntó Fay; pero Phoenix no pudo contestar con nada más que una patada contra la puerta. Apoyó los dientes contra su brazo y se lo mordió en un intento de distraerse de la presión creciente que lo rodeaba. Era como si estuviera atado con cuerdas que tiraban de él en todas las direcciones.

Era peor de lo que recordaba.

Tras una eternidad, el shock se apaciguó lo suficiente para poder moverse, aunque no había ningún lugar seguro al que ir. Se arrastró hasta un rincón y miró a la pared, enroscando los dedos en torno a los cables ardiendo mientras gruñía por la agonía de que le arrancaran su energía. Una parte oscura, feral y monstruosa de él tomó el control, y Phoenix se alegró de dejar que lo hiciera.

En algún momento le tocaría volver a ser él mismo y enfrentarse al universo como el híbrido humano que todo el mundo sabía que era, pero por ahora, Phoenix Page no era más que una Sombra torturada.

*

—¡Cupcakes! —Bee abrió la puerta y entró alegremente en la habitación de Edgar, con una bandeja de pasteles de colores en una mano y una manada de niños risueños que saltaban a su alrededor. Ninguno tenía más de cinco o seis años.

El anciano golpeó su escritorio con un sobresalto, y luego se retiró al centro de la habitación mientras miraba a Bee con los ojos entrecerrados.

—*Belinda*. Privacidad. ¿Qué he dicho sobre la privacidad? No puedes entrar aquí sin avisar, acompañada por tu ejército de goblins, como si el sitio te pertene...

Un chico mugriento se lanzó hacia Edgar y le cogió un extremo de la túnica oscura, sacudiendo la tela en su puñito rechoncho. Edgar lo fulminó con la mirada, pero antes de que

pudiera verbalizar su disgusto, la docena o así restante de niños se lanzó hacia él y le agarró más puñados de tela, tirando de ella con entusiasmo.

—¡Hechicero! ¡Hemos atrapado al hechicero!

—¿Qué? —Edgar tiró de su túnica—. No soy... ¿Podéis *parar*?

Una niña dio un salto para agarrarle un largo mechón de pelo blanco, tirando tanto de él que Bee por fin sintió la necesidad de intervenir.

—Vale, ya es suficiente. Calmaos o no tendremos más días de pastelería.

Los niños le soltaron y fruncieron el ceño, decepcionados; aunque no tanto como Edgar cuando la miró.

—Ya te he dicho que no me gustan las visitas —dijo—. Le he dicho *a todo el mundo* que no me gustan las visitas.

—Sí, lo has dejado muy claro. —Bee le sonrió desde la entrada—. Pero los niños y yo hemos hecho cupcakes, y queríamos compartirlos.

Edgar frunció el ceño.

—¿De verdad crees que a estas pesadillas vas a domarlas dándoles más azúcar?

—¿Vas a comer tarta con nosotros? —La niña que le había tirado del pelo le dio unos toquécitos suaves sobre el estómago.

Edgar se agachó para mirarla, como un murciélago en una peli de terror.

—Solo me alimento de *críos*.

Los niños chillaron y salieron corriendo por la puerta en dirección al salón rebosante de gente que había al otro lado.

Bee siguió a los niños al área de caos comunitario que había junto a la cocina. Las mesas estaban abarrotadas, como de costumbre, con gente acalorada que estudiaba papeles y mapas. Fantasma revisaba un lioso montón de mapas, con el rostro pálido cerca del de una mujer fornida y robusta a la que Bee conocía como ‘Naia’; una ingeniera civil que siempre llevaba el mismo tipo de blusas negras abotonadas con una pajarita chabacana distinta cada día de la semana.

—¿Estás diciendo que miento? —siseó Fantasma, con un brillo amenazador en sus fríos ojos azules mientras le respiraba en la cara a la mujer.

—No respondas —murmuró Bee mientras pasaba junto a la mesa y se dirigía a la cocina, acompañada por una horda de niños que exigían comida.

Se agachó para que pudieran alcanzar la bandeja, y tras saquearla, aquella escandalosa manada se desbandó por la casa con pasteles en las manos, persiguiéndose bajo las mesas, corriendo al frente de la habitación para aporrear el piano o reptando sobre el único sofá que todavía no estaba abarrotado de gente tecleando sobre sus pantallas. En su lugar estaba ocupado por Phoenix, que llevaba todo el día tendido sobre su espalda con los ojos cerrados y alejado del mundo. Continuó inerte e inconsciente mientras los niños trepaban por los reposabrazos y empezaban a jugar con su enmarañado pelo rojo.

—Fantasma, confío en ti. —Naia posó una mano sobre uno de los mapas—. Pero ese túnel del que hablas... Lleva más de una década bloqueado. La única forma que hay de acceder a la Torre Flamegate es por el cielo.

Fantasma esbozó una sonrisa extraña, en absoluto más reconfortante que su habitual expresión maliciosa y belicosa.

—Pienso demostrar que te equivocas.

El enfermero del bigote apareció por las escaleras que llevaban a la enfermería, con el rostro rojo por la rabia que le brillaba en los ojos.

—¿Alguien ha visto a Little Mick?

Naia se apartó de la mirada fulminante de Fantasma para mirar a las escaleras.

—Se ha ido con Vince al Campus Ruinas.

—Ese fue Big Mick —dijo Bee, dejando la bandeja con los cupcakes restantes sobre la encimera de la cocina—. Little Mick se ha ido a Villa Wellington con Jay.

El bigote francés del enfermero se curvó cuando frunció el ceño.

—¿Villa Wellington...?

Una mujer alta con traje de chaqueta azul se levantó de uno de los sofás, y curvó las manos alrededor de su boca para gritar un aviso por encima del ruido discordante del piano maltratado.

—¡Videoconferencia con Lady Maxine y su equipo en veinte minutos!

—¿Qué se le ha perdido en Villa Wellington? —exigió el enfermero.

—¡Niños, parad ya con el piano! —gritó un hombre tras su viejo portátil.

—¡Pero, Rex...!

—Tyler.

—Rory. —La mujer de traje azul se acercó a un joven desaliñado sentado en el sofá con un puñado de dispositivos electrónicos en el regazo, cuyas pantallas brillaban mostrando filas de código y datos complicados que cambiaban a toda velocidad—. Adecéntate un poco.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso, Stephanie?

—*Pantalones*, Rory. Ponte pantalones.

Bee comenzó a apilar los cacharros de hornear en el fregadero.

—Little Mick está en la Villa porque dice que andamos cortos de verdura.

El piano continuó atronando por toda la casa.

—¿Sabes de qué más andamos cortos? —resopló el enfermero, haciéndose oír por encima del estruendo.

Casi todos los presentes en la sala respondieron, entre dientes y al unísono:

—De equipos médicos.

—¡*De equipos médicos!* —exclamó el enfermero, alzando los brazos sobre la cabeza antes de marcharse, gruñendo todavía mientras desaparecía escaleras abajo—. ¿Tan difícil es encontrar una maldita máquina de rayos X?

Bee cerró los ojos. Uno de los niños estaba logrando machacar lo que debían de ser todas las teclas del piano a la vez, en un unísono perfecto y enloquecedor. La mujer de traje volvió a ladrarle órdenes a todo el mundo.

—Lady Maxine se conectará en menos de quince minutos, gente. Tened preparados todos vuestros materiales.

—¡Niños! ¡El piano! ¡Parad ya!

Los niños cerraron de golpe la tapa del piano y corrieron hacia la cocina. Dos niños pasaron junto a Bee para esconderse en el armario bajo el fregadero, dejando la puerta abierta lo justo para espiar la conmoción de fuera.

Bee se apartó de la pila de cacharros y descubrió que Edgar se había colado en la cocina para apoyarse contra la nevera mientras se zampaba tranquilamente un pastel que había cogido de la bandeja. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes merodear tan en silencio todo el tiempo?

El anciano respondió encogiéndose de hombros, y Bee se dio cuenta de que sus ojos pálidos se desviaban al sofá sobre el que estaba Phoenix. Tenía el pelo rojo recogido en una serie de coletitas mal hechas, sin enterarse del caos que lo rodeaba.

—Lo encontramos en la cocina —dijo Bee, observando cómo una de las niñas se encaramaba

sobre Phoenix para trenzarle el pelo—. En el suelo, junto a una sartén. Creemos que pretendía cocinar algo, pero se desmayó.

Edgar arqueó una ceja.

—Fascinante. —Se sacó una petaca del bolsillo interior de la túnica, desenroscó el tapón y le dio un trago.

—Ojalá se despertara —añadió Bee, apoyándose contra el frigorífico junto a él—. Le quiero preguntar por ese tal Simon que apareció de la nada.

Edgar gruñó algo incomprensible y luego le dio otro trago, considerablemente mayor, a su bebida.

Uno de los chicos sacó la cabeza del armarito bajo el fregadero.

—¿Es zumo?

Edgar casi sonrió.

—Es un poquito más fuerte que el zumo, chico.

—¿Me das un poco?

—Claro. —El anciano comenzó a pasarle la petaca.

—¡Edgar!

—¿Qué? —masculló Edgar—. Eso le enseñará a no tocar mis cosas.

—¡Bee! —gritó una de las niñas desde el sofá—. El dormilón está llorando.

Bee frunció el ceño.

—¿Llorando? —Se apartó de la mesa abarrotada para mirar. Varios miembros de la Alianza también dejaron de hacer lo que estaban haciendo para reunirse en torno al sofá y observar el rostro de Phoenix.

Phoenix hacía muecas en sueños, y sus lágrimas empapaban los cojines que tenía debajo. Bee apartó a la niña de su pecho y la dejó en el suelo, pero la respiración de Phoenix se tornó más ajetreada, mientras apretaba los puños con tanta fuerza que le temblaban.

Fantasma se inclinó sobre el sofá y envolvió con los dedos la muñeca de Phoenix, tirando de su brazo pecoso hacia arriba.

—¿Y este enano flojucho es nuestra gran esperanza? —Dejó caer el brazo de Phoenix, que quedó colgando al borde del sofá—. Más vale que la bruja enmascarada no nos la esté jugando.

—Alice no es una bruja —dijo Bee—. Es una viajera del tiempo de otro mundo que sabe más que todos nosotros juntos. —Le abrió un ojo a Phoenix—. Uy. Tiene los iris verdes.

Fantasma frunció sus delgadas cejas blancas, irritado.

—¿Y eso qué tiene que ver con cualquier otra cosa?

—Por lo general son... Distintos. —Bee apartó la mano—. Ya no tienen luz.

—¿Sus ojos? —preguntó Naia. Bee asintió.

—Cuando está despierto, brillan como estrellas.

—Una forma algo teatral de describir globos oculares —dijo Edgar, sentándose lentamente en una silla junto a la mesa, lejos de los demás—. “Un par de mirillas comunes que arden con la intensidad de la fusión termonuclear...”. La hipérbole es el gran mal de nuestros tiempos.

Bee lo ignoró por completo.

—Incluso cuando se pasó dos meses dormido, cada vez que le hacíamos una revisión quedaba algo de luz en ellos.

—¿Crees entonces que deberíamos despertarlo? —Naia se agachó para agitar el hombro de Phoenix.

—¿Qué lógica tiene eso? —Edgar se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Tu amigo el charlatán vive una doble vida. No podrá afrontar la situación en el otro mundo si lo arrastras de

vuelta a la Tierra, ¿no? Pues que sufra. Dejadlo en paz.

Bee se mordió el labio.

—¿Crees que estará en apuros?

Edgar se encogió de hombros.

—¿Y quién no lo está, con los tiempos que corren? —Se levantó de la silla, haciendo una pausa momentánea para aferrar el borde de la mesa—. Tomad mi consejo: no le cojáis cariño al chico. Alice tiene una visión muy utilitaria de la vida. —Se ajustó la larga túnica, y le dio la espalda a todo el mundo para regresar a la cocina—. Sacrificaré a cualquiera, si con ello logra que Flamegate se arrodille. Nadie está a salvo. Ni siquiera sus amigos. Ese chico es solo otro peón en su elaborado plan.

Tras decir aquello, Edgar cogió otro cupcake y desapareció en su habitación, cerrando la puerta tras de sí con un crujido.

De la boca de Phoenix escapó un gemido, y una de las chicas le dio palmaditas en la frente.

—Tiene una pesadilla —susurró—. Le traeré mi osito de peluche.

*

Phoenix yacía sobre su espalda, tendido como una estrella de mar mientras observaba la menguante luz del cableado que pendía sobre él. Demasiado cansado para moverse, dejó que su mente saltara de pensamiento inconexo a pensamiento inconexo, pendulando entre la lucidez y el absurdo como si estuviera atrapado en un sueño terrible. Se preguntaba qué le diría al Alto Jefe de Yonder. Al siguiente momento, estaba convencido de que volvía a estar en la celda gris sin ventanas en que había pasado casi la mitad de su vida atrapado.

Quizá nunca hubiera escapado. Quizá los últimos días habían sido un truco cruel de su mente rota. Quizá la muerte de los mellizos lo había traumatizado tanto que en vez de motivarlo a escapar lo había roto por fin, y en realidad estaba solo en la oscuridad en algún lado, cubierto de cables y sensores mientras Flamegate lo monitorizaba con frío desinterés tras puertas de triple cerrojo.

El brillo cálido de la cámara se redujo al de unos pocos cables colgantes dorados, y luego todo se volvió negro. Sonó fuera una alarma, sacando a Phoenix de su estupor el tiempo suficiente para darse cuenta de que tenía que moverse rápido si quería aguantar el tirón de la Colisión. Ahora que la cámara ya no lo mantenía en su sitio, tendría que aferrarse a otra cosa hasta que llegase Fay.

Phoenix juntó las manos, y sobre su palma apareció una piedra. La lanzó hacia arriba y la vio flotar a pocos centímetros sobre su nariz. Sus vetas doradas brillaban en la oscuridad mientras rotaba lentamente ante sus ojos, emitiendo un familiar zumbido grave.

Lo embargó una extraña calma, y se le relajaron los músculos doloridos mientras el dolor abandonaba su cuerpo, disolviéndose junto con todo sentido del yo y del tiempo. Una luz suave inundó la cámara al abrirse las puertas. Fay entró a cámara lenta, con los ojos amarillos muy abiertos mientras se agachaba junto a Phoenix. Su boca se movía, pero Phoenix no entendía ni una palabra.

—Faydelia —murmuró—. Hola.

Quizá Fay respondiera mientras le aferraba los hombros; pero la mente de Phoenix ya se había marchado a otra parte, danzando entre recuerdos que no quería ver.



El arte de escapar

El silencio estaba en todas partes, tan pesado y quieto que al propio Tiempo le costaba pasar a un ritmo razonable, demasiado cargado por la quietud opresiva y sobrecogedora.

Phoenix alzó la mirada al techo gris de la celda; un espacio adusto y sofocante con paredes de cemento que parecían cerrarse sobre uno cuanto más las miraba. Tenía trece años, estaba delgaducho y pálido, y su cara pecosa todavía no había madurado lo suficiente para evitar que pareciera un crío raquítico; una apariencia con la que no ayudaba el uniforme gris ancho que le obligaban a llevar, pese a ser varias tallas demasiado grande para él.

A menudo, cuando estaba despierto en su celda, Phoenix ocupaba su tiempo paseándose por el pequeño perímetro, tarareando viejas melodías yonderianas o tamborileando ritmos complicados sobre cualquier superficie disponible. Pero hoy llevaba horas tendido sobre el suelo, y no se había movido ni medio centímetro.

Estaba maquinando un plan.

Sintió un dolor agudo desde los dedos de la mano izquierda hasta el hombro, que luego le embargó el resto del cuerpo como una descarga eléctrica. Giró la cabeza y frunció el ceño al ver su brazo, tendido sobre el suelo de cemento junto a él. El microchip había estado haciendo cosas raras. Se debía a que los materiales se estaban erosionando por la exposición prolongada a la energía del vacío de su sangre.

Su sangre antinatural y monstruosa.

¿Seguiría Simon siendo su amigo si supiera que Phoenix podía convertirse en Sombra?
¿O alguien?

Le latía bajo la piel una luz roja que iluminaba las venas de su antebrazo. Phoenix se rascó el bulto creado por el pequeño dispositivo invasor. Otro shock le recorrió el cuerpo y se quedó quieto, rindiéndose con lo de arrancárselo. De todas formas, Flamegate se lo reemplazaría sin más, sin duda por algo más avanzado.

Phoenix lo sabía porque se había arrancado tres chips en lo que iba de año.

Se puso en pie y se acercó al viejo retrete plateado en la esquina de la celda, y luego se tumbó sobre su estómago entre el retrete y la pared.

—¿Emma? ¿Estás ahí?

Le respondió una voz infantil a través de un agujerito justo a nivel del suelo, apenas lo suficientemente grande para meter un pulgar dentro.

—¿Has vuelto? Pensé que estabas en Yonder.

—Nah. —Phoenix sacudió la cabeza—. He estado pensando.

—Pues podías haber pensado en voz alta —murmuró Emma desde el otro lado—. No es que Cody y yo nos hablemos, y me aburro.

Phoenix sonrió.

—Ay, venga. Al menos tienes un compañero de celda. Igual no habla mucho, pero sigue siendo buena compañía. —Levantó la voz—. ¿A que sí, Codes?

—No seas molesto, Phoenix —le chistó Emma—. No te va a contestar.

A Phoenix le desapareció la sonrisa del rostro.

—Que no haya dicho nada en dos años no significa que quiera que dejemos de hablar con él. Sois mellizos. Se supone que os tenéis que apoyar el uno al otro.

—Igual dejó de hablar porque tú ya hablas lo suficiente para los tres —dijo Emma. Phoenix puso los ojos en blanco, y luego se quedó quieto mientras procesaba las palabras de Emma.

—Los tres. —Se repitió la frase para ver si le sonaba algo menos surrealista. Hacía apenas un mes, habían sido cuatro: Emma, Cody, Alice y él.

—Lo siento. —La voz de Emma sonó más suave—. Se me olvida que la echas de menos.

—¿Y tú no? —preguntó Phoenix.

—Es estúpido echar de menos a Alice —dijo Emma—. Ni nos va a sacar de aquí, ni nos la va a traer de vuelta.

—Palabras un poco frías para una niña de once años. —Phoenix frunció el ceño al ver la luz intermitente en su brazo—. Hablando de salir de aquí... *Creo*... Que se me ha ocurrido una forma de escapar.

Silencio.

—Piedras del vacío —añadió Phoenix.

Emma resopló.

—No se pueden activar dentro de Flamegate. Ya lo has intentado, y siempre te deja medio muerto. Cada. Vez.

—Cierto. —Phoenix sonrió ante su propia ingenuidad—. Pero en Yonder puedo activar una piedra con facilidad.

—¿Y cómo te va a ayudar eso?

—Paso uno —dijo Phoenix, con una amplia sonrisa—, me voy a dormir.

—Vale...

—En cuanto me despierte en Yonder, activo una piedra.

—¿Por qué?

—Las piedras me impiden cambiar de mundo —dijo Phoenix, todavía tendido sobre la tripa entre la letrina de plata y la pared—. Si mantengo una activada el tiempo suficiente, Flamegate creará que algo va mal. Mi energía no les sirve de mucho si no la manifiesto aquí, en la Tierra.

Emma se tomó un momento para contemplar aquello.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó—. ¿En Yonder?

—Creo que puedo mantener una piedra activada tres o cuatro días... Lo suficiente para que Flamegate piense que hay algo raro, como poco.

—¿No son súper tóxicas para ti esas piedras?

—También lo es crecer en una cárcel, Em.

—¿Y cómo piensas escapar, exactamente?

—Muy simple —replicó Phoenix—. Cuando Flamegate se dé cuenta de que no estoy cambiando de mundo, me llevarán a la unidad restringida de manipulación del vacío para evaluarme. La que súper exclusiva y de alta tecnología, bajo la cúpula. Y adivina *qué más* resulta que está en esa unidad.

Emma dejó escapar un pequeño “oh” al darse cuenta.

—Los controles del ecualizador de vacío...

—Sep. Y sabes lo que pasaría si se apaga el ecualizador de vacío, ¿verdad?

—Estás loco, Phoenix.

—Soy un genio loco.

—Si apagas el ecualizador, la Colisión se romperá.

—Y creará una distracción espectacular. —Phoenix se irguió sobre los codos, con la barbilla sobre las manos mientras sonreía encantado ante la simple brillantez de su plan—. No solo se averiaría la Colisión. Sin el ecualizador, podré usar las piedras donde quiera y tanto tiempo como me apetezca. Y una vez active las piedras... —La voz de Phoenix se volvió grave, mientras sacudía la cabeza al pensar en las increíbles posibilidades—. Seré imparable.

—Es una idea estúpida. —Incluso a su corta edad, a Emma no la engañaban esperanzas tenues—. No hay forma de que te acerques siquiera a los controles.

—Claro que sí. Las unidades bajo la cúpula solo están bien vigiladas durante la época del festival. Y todos los científicos son unos flacuchos. —Phoenix se tendió sobre la espalda y volvió a mirar al techo—. Cuando por fin libere la piedra en Yonder, me levantaré en medio de la unidad, forzaré a activarse una piedra fresca, sorprenderé a todo el mundo antes de que el esfuerzo necesario me mate, apagaré el ecualizador de vacío tras ocuparme de toda resistencia, activaré unas pocas piedras más bajo esas condiciones más relajadas, destruiré el laboratorio de investigación entero, me abriré paso a cañonazos hacia la libertad..., y no miraré atrás.

—Suena imposible.

—En Yonder hay un topo de río con aletas —dijo Phoenix, estirando las manos en el aire, observando cómo parpadeaba la luz roja en su brazo—. Sale del agua una vez al año, acumula lodo y ramitas en su bolsa, trepa por el altísimo y rarísimo árbol de ballamas porque no le vale cualquier otro árbol, y construye un nido para poner hasta quince huevos, de los cuales sólo uno sobrevive.

—Phoenix... ¿Qué estás diciendo?

—Es un topo de río indefenso que trepa árboles —dijo Phoenix sin emoción—. Trepa árboles. Con *aletas*. Nada es imposible. Voy a escaparme.

Emma siguió en silencio un momento antes de tantear la siguiente pregunta.

—¿Qué hay de nosotros?

Phoenix sonrió.

—¡Os venís conmigo!

—Sabes que Cody y yo no podemos vivir sin nuestra medicación, ¿no?

—Robaremos un poco de Flamegate.

—¿Y si se acaba?

—Seguro que ahí fuera tienen medicación.

—¿Y si no la hay?

—Qué tal si... —Phoenix se tumbó sobre el costado para mirar al agujero de la pared—. Escaparé, conseguiré suficiente medicación para manteneros a Cody y a ti vivos, y luego volveré para liberaros.

—¿Con el ecualizador de vacío de nuevo en marcha? Estás loco, Phoenix. Cody y yo vamos a pasarnos el resto de nuestras vidas en este sitio, y lo sabes.

Un siseo estruendoso interrumpió la conversación mientras la puerta sellada de la celda de Phoenix se abría y entraban dos hombres. Uno era fornido y alto, con el pelo oscuro y vestido con una túnica roja, y el otro vestía un conjunto marrón casual y era bajito, compacto, y tenía unos músculos tan abultados que parecían más decorativos que prácticos. Phoenix se incorporó con una sonrisa nerviosa.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta, Astros?

—*Hermano* Astros —dijo el hombre alto con acritud—. Y siento interrumpir la charlita que estuvierais teniendo, pero me han ordenado que te purifique.

A Phoenix se le aceleró el pulso, pero conservó su sonrisa rígida.

—¿Otra vez?

—La Orden de la Noche te quiere listo para el festival de mañana —dijo Astros, arrastrando por el suelo la túnica al pasearse por la celda—. Me han dicho que te haga algunas pruebas.

El hombre bajito y musculoso se acercó a pisotones y agarró a Phoenix por el brazo, poniéndolo en pie de un tirón antes de arrastrarlo al centro de la habitación para que quedase de pie ante Astros. Éste sacudió la cabeza.

—*Con cuidado*, por favor.

—¿Quién es el nuevo? —preguntó Phoenix, apartándose del agarre del hombre.

—Dave —repondió Astros mientras rebuscaba en una bolsita que llevaba a la cintura—. Disculpa que sea tan bruto. Lo reclutamos de los más bajos fondos del Anillo Inferior. Debería advertirte de que su fuerza física compensa de sobra su falta de inteligencia social.

—Puedo aplastar melones con las manos —dijo Dave.

—Qué lindo —dijo Phoenix, dándole un toquecito en la nariz al hombre fornido. Dave le dio un puñetazo en el estómago, y Phoenix se dobló con un gemido.

Astros levantó la mirada de la bolsita en la que estaba husmeando y suspiró.

—Cinco, ¿en qué momento te ha parecido buena idea provocar al gañán?

Phoenix se abrazó el estómago, con los ojos llorosos.

—Solo tanteaba sus límites, Astros. Ya me conoces.

—*Hermano* Astros —dijo el hombre con la túnica, y sacó una caja de plástico de la bolsita: un contenedor estrecho que Phoenix había visto suficientes veces para saber que contenía una jeringuilla. Astros esbozó una sonrisa endeble.

—No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser —dijo, asintiendo en dirección al hombre vestido de marrón.

Phoenix lo fulminó con la mirada mientras Dave le subía la manga y Astros le clavaba la aguja en la piel. La mezcla abrasadora le sentó como un tiro, y Phoenix se balanceó sobre los pies mientras el suelo se alzaba y giraba en torno a él como un remolino de olas embravecidas.

Cayó de rodillas, y arqueó las cejas en dirección a los dos hombres.

—¿Es eso todo por hoy?

—No. —Astros hizo un gesto hacia la cama: una plataforma baja de cemento con una delgada colchoneta encima—. Siéntate.

—¿Por qué?

—Porque te lo han dicho —gruñó Dave, arremetiendo con la rodilla contra la espalda de Phoenix. No logró encontrar el equilibrio para evitar estamparse contra el cemento.

—Por el amor de la Luz. —Astros le puso una mano al otro hombre en el hombro—. Ya me ocupo yo.

Dave frunció el ceño un segundo, y luego se escabulló fuera para esperar en el pasillo. Astros se inclinó para ayudar a Phoenix a levantarse.

—Mis disculpas. Estos brutos no tienen clase. —Llevó a Phoenix hasta la cama, y lo tendió de costado—. ¿Te sientes ya purificado?

—Astros... —Phoenix no podía concentrarse, y la creciente sensación de náusea amenazó con sobrepasarlo mientras le ardía el cuerpo—. No creo que esto de la purificación sea buena para mi salud.

Astros hizo una mueca mientras se sentaba al lado de Phoenix.

—Me temo que no. —Sacó otro objeto de la bolsita que llevaba en la cintura: un cuadrado de metal verde con dientes en cada esquina.

—Otro parche... No. —A Phoenix cada vez le costaba más formar palabras, debido a la creciente neblina mental.

—Lo siento, Cinco. —Astros tomó el brazo inerte de Phoenix y presionó el cuadrado contra la parte baja de su muñeca. Phoenix hizo una mueca cuando los dientes se le clavaron en la piel—. La Orden quiere una muestra de vacío. No te lo arranques antes de que termine, o tendrás que repetir el proceso entero otra vez. —Astros le envolvió a Phoenix el brazo con una venda para fijar el parche, y luego le dio a Phoenix una palmadita en un lado de la cabeza—. Sé bueno.

Comenzó a alejarse, pero Phoenix se incorporó frunciendo el ceño y comenzó a arrancarse la venda. Astros se inclinó y agarró la mano de Phoenix, mirándolo con una sinceridad que muy pocas personas dentro de Flamegate expresaban jamás.

—Phoenix, créeme. Sigue desobedeciendo instrucciones simples como esta y volverás a terminar en una celda de aislamiento. Hazte un favor, para variar, y deja de oponer resistencia.

Su rostro desapareció de la vista cuando retrocedió y salió de la celda. La puerta se cerró y selló tras él con un siseo. Phoenix se arrancó las vendas del brazo, aferró el parche de metal y se lo arrancó de la piel. Lanzó el cuadrado sobre la cama y trastabilló hasta una esquina de la habitación para derrumbarse ante el váter, sufriendo violentas arcadas sobre la estructura plateada.

Le llegó la voz de Emma a través del agujero en la pared.

—Qué asco.

Phoenix tosió sin control a modo de respuesta.

—¿Sigues pensando en escapar tú solo? —preguntó Emma, pero Phoenix se sentía demasiado enfermo para responder. Cerró los ojos y se dejó caer sobre el váter—. Pues vale. —La voz de Emma sonaba lejana—. Adelante, márchate como todos los demás. Sé libre.

Phoenix no dijo nada, con la frente apoyada contra el borde frío del retrete.

—¿Estás inconsciente? —preguntó Emma al rato—. ¿Has vuelto a Yonder?

Phoenix contuvo la respiración, y esperó. Simon, Jess y él estaban en medio de una misión de búsqueda de los gigantes perdidos de las Montañas Diente Serrado, y los peligros mortales de

aquella expedición le parecían más apetecibles que cualquier cosa que la Tierra tuviera que ofrecer en aquel momento.

—Me das envidia —murmuró Emma—. Puedes vivir. No estás aquí atrapado cada segundo de cada día. Puedes viajar. Tienes amigos.

Phoenix ya no podía mantenerse erguido. Se resbaló del váter y cayó al suelo.

Hubo una larga pausa antes de que Emma volviese a hablar.

—Tienes mucha suerte, Phoenix. Ojalá nosotros dos tuviéramos la mitad de suerte que tú.

*

—¡Phoenix! —La voz de Fay irrumpió en la oscuridad e hizo encogerse a Phoenix, que se dio cuenta de que estaba en el almacén junto a la cámara de vacío, con la espalda contra la pared y Fay agachada junto a él, apretándole los brazos.

—¿Fay...?

—Libera la piedra. No la necesitas.

—Los mellizos van a morir.

—Phoenix. —Fay se acercó más, clavándole los ojos amarillos—. Necesitas concentrarte en lo que está pasando ahora mismo.

—No tengo tiempo —murmuró Phoenix.

—La piedra, Phoenix. Te prometo que yo me ocuparé de restaurar tu energía, al menos en parte. Pero libera la piedra.

Phoenix alzó la mirada hacia la gema verde que giraba sobre su cabeza. Abrió la mano para que la piedra desapareciera en su palma, llevándose consigo el efecto entumecedor de su presencia. El dolor que le había dejado la cámara de vacío lo golpeó de nuevo, y Phoenix apenas pudo ver a Fay alzar una mano sobre la cabeza antes de dejar de ver. Iba a desmayarse. La Colisión iba a ganar.

—Por probar que no quede —murmuró Fay, y Phoenix aulló cuando una explosión de energía se estrelló contra su pecho. Fay trastabilló hacia atrás, y Phoenix cayó de costado.

Con una sonrisa, volvió a incorporarse para quedar sentado.

—Ha funcionado.

Fay se incorporó con un gemido.

—Sigo aquí. —Phoenix se dio unas palmaditas en el pecho, incrédulo—. Ni siquiera me he desmayado. —Miró a Fay con los ojos como platos—. Has canalizado toda esa energía con el cuerpo. Extraordinario.

—Bueno, aquí hay bastante energía disponible —dijo Fay, frotándose los ojos—. Además, me pediste que te ayudara.

—Sí, pero ni siquiera Maulbrak usa solo su cuerpo.

Fay parpadeó.

—¿Perdón?

—Para tareas así usa un báculo reforzado. Casi imposible de encontrar, y aún más difícil de crear, pero ayuda a distribuir la carga. —Phoenix apoyó su peso contra la pared y se levantó, con las piernas temblorosas—. Solo los hechiceros más poderosos pueden lograr lo que acabas de hacer. Leer correctamente los niveles de energía. Transmitir el equilibrio de un cuerpo a otro. Un paso en falso, y nos podrías haber pulverizado a los dos.

—Dijiste que era simple.

—Mentí. A veces me da por ahí. —Phoenix apoyó la frente contra la piedra fría a su espalda—. Pero porque sabía que podías hacerlo. No lo dudé ni un segundo. Gloria estará impresionada; tras esto, tendrá que dejar que te gradúes como aprendiz. Felicidades.

Fay se pellizcó el puente de la nariz.

—Te odio tantísimo.

—Me preocuparía si no lo hicieras. —Phoenix le sonrió—. ¿Te tienes en pie?

—Más o menos. —Fay se levantó—. ¿Y tú? ¿Puedes andar?

Phoenix se separó de la pared y trastabilló unos pasos antes de recuperar el equilibrio.

—Como un cervatillo recién nacido en un charco de barro.

—Bueno, pues espabila. Llevamos demasiado tiempo en territorio de Sombras.

—Phoenix. —La voz de Gulliver interrumpió la conversación—. Dama gato.

—¡Gulliver! —Phoenix le sonrió al vacío—. ¡Estás vivo!

—Por ahora. Tenemos un problemilla.

—¿Implica un número absurdo de Sombras viniendo a investigar las sospechosas fluctuaciones de energía del vacío que Fay y yo acabamos de crear?

—En efecto.

—Maravilloso.

—Bueno, nunca esperamos que fuera fácil —dijo Fay, cogiendo el abrigo y la bolsa de Phoenix del suelo—. Venga. —Comenzó a avanzar por el túnel, con Phoenix siguiéndola cojeando.

—¡Espera, espera, espera! —Phoenix se dio la vuelta, regresó a la sala y cogió el pequeño barril de metal junto a la cámara de vacío, levantándolo en dirección a Fay—. Ya sabía yo que se nos olvidaba algo.

Fay puso los ojos en blanco.

—Que la Luz nos ayude.

—Habría estado gracioso —dijo Phoenix, riéndose—. Imagina intentar explicarle a Simon esta escapadita tras haber regresado con las manos vacías.

—En un giro sorprendente de los acontecimientos —dijo Gulliver desde el exterior—, aquí arriba hay una Sombra con sombrero.

—¿Con sombrero? —Phoenix le lanzó a Fay una mirada desconcertada.

—Con plumas. —Gulliver no habría podido sonar más apático ni queriendo.

—Solo por clarificar —dijo Phoenix—, ¿es la Sombra la que tiene plumas? ¿O el sombrero?

—¿Cuántas Sombras, Gulliver? —A Fay, por su parte, le interesaba más el aspecto práctico del asunto.

—Unas veinte o así. Pero están viniendo más.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Phoenix mientras Fay y él recorrían el pasillo.

—Mirarme —dijo Gulliver—. Deben de haber notado el petardazo de energía, pero están confusas. Se esperaban un hechicero. Yo soy un caballo.

Fay le lanzó a Phoenix una mirada confusa.

—¿Puedes pelear?

—No estoy seguro de poder permanecer consciente el tiempo suficiente para salir de este túnel —dijo Phoenix, cambiando de lado el peso del barril que sostenía—. Pero lo intentaré. No quisiera perderme toda la diversión.

—Tendremos que movernos deprisa —dijo Fay, tomando el barril de manos de Phoenix. Abrió la bolsa de Phoenix, y metió dentro el pesado contenedor. Phoenix hizo una mueca al imaginar su trompeta aplastada por el peso del barril—. Mantén esto a salvo —ordenó Fay, empujando la bolsa contra el pecho de Phoenix—. Y toma este harapo mugriento.

—Este “harapo mugriento” fue un regalo. —Phoenix se puso el ajado abrigo multicolor, y luego se echó la abultada bolsa al hombro—. Le tengo mucho cariño.

Se detuvieron al final de las escaleras. Suaves soplos de viento se colaban en susurros por las grietas de la puerta del cobertizo, alborotándoles el pelo. Fay posó la mano sobre la puerta.

—¿Cuál es el plan?

Phoenix se encogió de hombros.

—Rumbo a Karvil —dijo en voz baja—. Escapar del ejército de Sombras. Intentar no morir. Fay asintió.

—Me gusta lo simple que es. ¿A la de tres?

—¡Tres!

Phoenix abrió la puerta de una patada, y fue recibido por un coro de resoplidos sorprendidos y gruñidos iracundos. Gulliver estaba ante el cobertizo con las orejas planas, rodeado por un semicírculo de Sombras confusas que se giraron para mirar a Phoenix y Fay como un puñado de delgados árboles nudosos grises con un deseo perturbador de alimentarse de carne.

Una Sombra se lanzó a por Phoenix con los largos dedos huesudos extendidos. Fue interceptada en pleno salto por otra Sombra con un sombrero con plumas de colores vivos, y las criaturas rodaron por el suelo en una maraña siseante de extremidades. Phoenix parpadeó, sorprendido.

—Interesante.

—¡Phoenix! —Fay ya había saltado sobre el lomo de Gulliver—. ¡Muévete!

Phoenix esquivó otra Sombra que saltó sobre su cabeza para unirse a la rencilla de la Sombra con sombrero de plumas. Gulliver cargó contra la masa de cuerpos, y Fay se estiró para tomar a Phoenix de la mano.

—¡Salta!

Phoenix dio un brinco desde una roca cercana y se montó a horcajadas sobre la espalda del caballo detrás de Fay. A su alrededor estalló un brillante muro de luz roja, lanzando por los aires a la multitud de Sombras.

Gulliver se lanzó hacia el lateral de la casa, galopando por el estrecho camino mientras las Sombras trataban de ponerse en pie. La mitad se lanzó tras Gulliver, y las demás se volvieron unas contra otras, mordiendo y arañando y disparando luz dorada.

—Parece que hemos detonado una especie de guerra civil entre las Sombras. —Phoenix observó el caos por encima de su hombro—. ¿Esa luz roja de ahí atrás ha sido cosa tuya?

—Es un círculo de protección —gritó Fay mientras Gulliver atravesaba la puerta principal—, pero no tengo energía suficiente para crear otro. Céntrate un segundo, y no me dejes caer. —Se apoyó contra Phoenix y desapareció dentro de su chal, encogiéndose hasta convertirse en el gato desaliñado. Casi se cae al camino, pero Phoenix la aferró por el pellejo del cuello y la metió dentro de su camisa, donde podía aferrarse a la tela con las garras.

—Muy bien, Gulliver —murmuró Phoenix—. Hora de ganarse esos terrones con avena. —Se inclinó hacia delante, aferrando la crin de Gulliver y apretando los muslos en torno al caballo. Gulliver agachó la cabeza y cogió velocidad, con las pezuñas sobrevolando los escombros callejeros mientras aparecían Sombras de detrás de muretes derruidos para unirse a la persecución—. ¿Por qué están tan interesadas en nosotros? —preguntó, mientras Gulliver esquivaba con una finta un vagón en llamas en medio de la carretera.

Una Sombra que había estado agazapada en un callejón se lanzó a su encuentro, arañando con las garras a Gulliver en el costado. Gulliver se apartó de su alcance con un resoplido furioso, casi tirando a Phoenix.

—Quizá saben que estamos transportando energía en bruto —dijo Fay, con la voz bastante más calmada que cualquiera de los pensamientos que le cruzaban la mente a Phoenix—. Quizá lo

vean como una amenaza.

—¿Entonces por qué algunas parecen defendernos? —preguntó Phoenix, encogiéndose cuando Gulliver saltó por encima de una valla.

—Sobre eso —dijo Fay—, no tengo ni idea.

Atravesaron las calles maltratadas, esquivando el torbellino de garras y dientes. Para cuando lograron huir a las tierras de cultivo cercanas, habían conseguido reunir una impresionante horda de persecutores hambrientos.

—Si crees que puedo correr más que estos monstruos durante todo el camino a Karvil —dijo Gulliver—, estás tremendamente equivocado.

—Pensé que a estas alturas ya se habrían rendido, la verdad. —Phoenix miró por encima de su hombro a la legión de Sombras que se extendía por el campo tras ellos—. Sigue el acantilado. Quizá podamos despistarlas al otro lado.

Huyeron a toda velocidad colina abajo, y Fay trepó por la espalda de Phoenix.

—¡Esas garras, Faydelia!

Phoenix hizo una mueca cuando ella le arañó la piel. Fay sacó la cabeza por el cuello de su camisa y observó el campo que estaban dejando atrás.

—Se han quedado atrás, pero siguen persiguiéndonos.

Phoenix tragó saliva.

—Tenemos un problema.

—Vaya lince estás hecho —replicó Fay.

—No con las Sombras —dijo Phoenix—. Conmigo.

—¿Contigo?

—Me voy a desmayar.

—¡No es un buen momento, Phoenix!

—Créeme, nunca es un buen momento.

Delante de ellos hubo una explosión de luz, y Gulliver se encabritó por la sorpresa. Phoenix se cayó de espaldas al suelo, mientras que Fay dio un salto y aterrizó ilesa sobre la hierba.

Phoenix se incorporó, y parpadeó al ver la figura colosal que pendía sobre él. Simon se cruzó de brazos, con los intrincados tatuajes brillando con un tono eléctrico de azul mientras la energía crujía y crepitaba en torno a su cuerpo como el rayo en una tormenta.

—¿Simon? —murmuró Phoenix, mientras el tremor pulsante de cientos de cuerpos a la carrera se acercaba más y más a él—. Qué sorpresa tan agradable.

Simon frunció el ceño, pasando por su lado sin mediar palabra. Extendió los brazos, y sus tatuajes pasaron del azul eléctrico al rojo. Una pantalla de luz de color rubí se extendió por toda la colina, y el ejército de Sombras rebotó contra ella como pelotas de ping-pong contra una ventana.

Phoenix dejó escapar un silbido.

Simon juntó las manos con una palmada, y el muro brillante se cerró sobre sí mismo para encerrar al enjambre de Sombras en un anillo que se estrechaba poco a poco. Comenzaron a pisarse unas a otras en un esfuerzo por evitar tocar los muros.

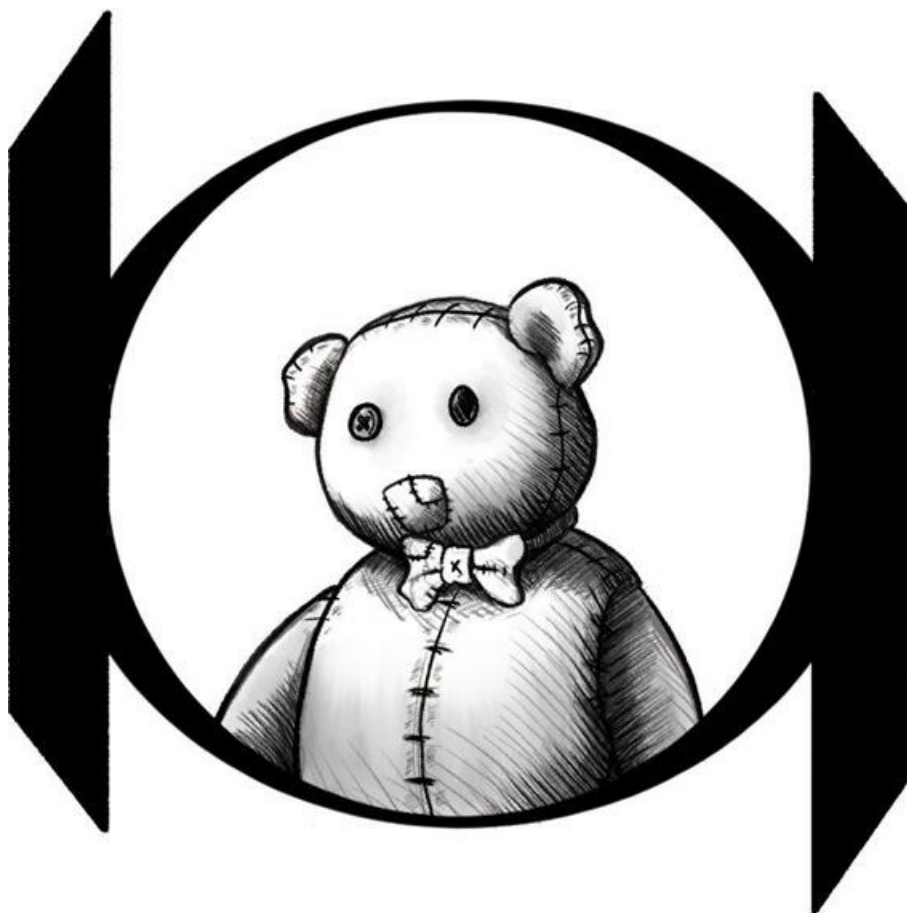
—Has saltado a través del vacío —dijo Phoenix, levantándose del suelo entre tambaleos—. Y en el momento perfecto —añadió mientras se quitaba el polvo de la espalda del abrigo—. Por un instante las cosas se han puesto algo feas. ¿Cómo te sientes, por cierto? Es evidente que has ganado un formidable nivel nuevo de poder. Te garantizo que tiene un alto precio, y esto lo dice alguien que ha estado tonteando con el uso recreativo de piedras del vacío la mayor parte de su vida. Este tipo de frivolidades luego te muerde en el culo.

—Marchaos —dijo Simon, con los ojos clavados en las Sombras.
Phoenix sonrió.

—Y me dices a *mí* que deje de jugar a ser un héroe. En serio, Wolfe, este carácter sobreprotector tuyo...

Sin mirarlo siquiera, Simon movió la mano tras de sí, y un muro de luz roja derribó a Phoenix. Éste trastabilló hacia atrás, y luego se puso en pie de un salto.

—¿Tan disgustado estás? —preguntó, risueño—. Solo... —Pero Simon lanzó otro disparo, y la poderosa luz tiró a Phoenix al suelo antes de que pudiera terminar de hablar. Tosió, y dejó caer la cabeza sobre la hierba—. Vale. Lo capto. —Miró las nubes un momento, y luego cerró los ojos—. Creo que me marchó a otro planeta. Con un poco de suerte, la gente de allí estará menos decepcionada conmigo.



Héroes mediocres

—Admito que parece poca cosa. —A Phoenix le llegó la voz de una mujer mientras yacía de costado, con los ojos cerrados—. Pero Alice nos ha asegurado que puede cerrar el Portal.

—Bueno... —La mujer que respondió sonaba como si su voz estuviera siendo proyectada por un altavoz—. Alice también nos asegura que tendremos un hechicero increíblemente poderoso de nuestro lado antes de que comience el Festival de la Luz el mes que viene, y todavía estoy por ver pruebas de su existencia.

—Siento interrumpir, Lady Maxine. —La voz de Bee parecía sonar desde arriba. Phoenix supuso que estaba tendido en el sofá, y Bee estaba sentada sobre el reposabrazos junto a él—. Pero creo que vimos ayer a ese hechicero. Apareció de la nada con un loro, y luego se desvaneció ante nuestros ojos sin decir mucho.

—Vaya, suena a que es un tipo muy de fiar.

—Es solo que no entiendo qué ganaría Alice con mentirnos sobre las capacidades de Phoenix —añadió Bee—. Además, le he visto usar una de las piedras de las que habla Alice. Es real. Flota en el aire y emite una especie de zumbido sordo.

—Con el debido respeto, querida, pero tengo a mi disposición cientos de drones militares que hacen exactamente lo mismo.

—Sí —añadió Jayden desde detrás del sofá—. Y él lo único que hizo con su piedra mágica fue contar hacia atrás, y tener un sangrado de nariz.

Phoenix abrió los ojos y descubrió que el sofá sobre el que había estado inconsciente estaba colocado delante de una mesita de café cubierta de papeles. También vio la imagen entrecortada de una mujer, proyectada en una pantalla enorme incrustada en la pared. Estaba sentada detrás de un escritorio, con los largos dedos entrelazados bajo su puntiaguda barbilla mientras observaba al grupo de gente reunido en torno a Phoenix y el sofá.

Lo primero que pensó Phoenix era que aquella mujer parecía una versión joven de su abuela. Tenía facciones angulosas, ojos duros y observadores, y el pelo oscuro recogido en un refinado moño.

—Quiero creer que el chico puede ayudarnos —dijo—, pero lo único que tenemos es la palabra de Alice, y no estoy segura de si me fío. Si este tal Phoenix pudiera ofrecernos pruebas sólidas de sus buenas intenciones... Quizá los detalles exactos de este misterioso Portal...

Phoenix suspiró.

—El Portal se encuentra sobre la Cúpula de Veracity. —Se incorporó, y le sonrió al mar de rostros que lo rodeaba—. Hola, terrícolas.

—Phoenix. —La mujer de la pantalla le ofreció una sonrisa fugaz—. Es un honor conocerte por fin.

—Uy, estoy bastante seguro de que eso es falso. —Phoenix le devolvió la sonrisa antes de apoyar los codos sobre las rodillas y cerrar los ojos, intentando aún recuperarse de su estancia en la cámara de vacío.

—Phoenix —dijo Bee a su lado—. Te presento a Lady Maxine. Representante pública oficial elegida para llevar a Veracity hacia el futuro.

—Todas las campañas necesitan un rostro —dijo Lady Maxine—. Y el mío es uno con el que la gente se identifica. Crecí en el ojo público. Mi padre era un político respetado, ¿sabes?, antes de que Flamegate apareciese y hundiera sus tentáculos en cada recoveco y cada grieta de nuestro mundo.

Phoenix se masajeó las sienes mientras la mujer continuaba con su discurso.

—Mi padre era un buen hombre —dijo—. Fue clave para garantizar mayor acceso universal al sistema de salud. Trabajaba con varias organizaciones benéficas. Abogaba sin descanso por el medio ambiente, y era un ávido fan de la ciencia.

Phoenix abrió los ojos y se encontró con un pequeño osito de peluche mullido en su regazo.

—Era un mentor increíble —continuó Lady Maxine, mientras Phoenix miraba el osito—. Me enseñó mucho sobre la importancia de tener contactos. De la resiliencia. De la proactividad y la humildad en cualquier cargo de liderazgo. En muchos aspectos, creo que me preparó para esto desde el principio.

—Así que ese es el plan, ¿no? —preguntó Phoenix, tomando el osito entre sus manos con delicadeza—. ¿Derrotar a los actuales opresores de la pobre población impotente para colocarte tú como la siguiente noble gobernante que va a decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer? ¿Porque tu familia viene del privilegio, y te has convencido de que sabes qué es lo mejor para todos los demás?

—Me parece que tienes problemas con la autoridad. —Lady Maxine no sonaba ofendida por los comentarios.

—¿Problemas con la autoridad? —Phoenix soltó una carcajada, y se reclinó en el sofá con una sonrisa tirante—. Mis razones tengo, Max.

—Claro. —Lady Maxine adoptó la expresión sombría de alguien en el funeral de una persona que apenas conoce—. Entiendo que Flamegate te ha causado una angustia terrible a lo largo de los años.

Phoenix se clavó el pulgar en una cicatriz pálida de su antebrazo, y frunció el ceño.

—Mira... —Tragó saliva—. Entiendo que la sociedad necesita reglas. Y entiendo que, *quizá*, debería haber gente que cree esas reglas y las imponga y se asegure de su cumplimiento, y en general sea pretenciosa y molesta al respecto. Solo... Por favor, no te conviertas en Flamegate. Por favor, no te rebajes a su nivel. Todo lo que te pido es que seas mejor que ellos.

La expresión de Lady Maxine se suavizó.

—Ten por seguro que mi equipo y yo pretendemos erradicar las prácticas corruptas de Flamegate. Terminaremos con la explotación, con la avaricia ciega. Estamos desarrollando políticas para estrechar la brecha entre los excesivamente acomodados, y los inexcusablemente privados.

—La retórica política no me suele dar mucha confianza, que digamos.

—Veracity ya no estará dividida por muros. —La voz de Lady Maxine quedó impregnada de una suave urgencia mientras se acercaba más a la cámara, que captaba cada movimiento suyo—. En su lugar, quedaremos unidos por nuestro deseo de mantenernos y llevarnos hacia un bello y brillante futuro nuevo lleno de libertad, prosperidad y esperanza. No quiero *gobernar*, Phoenix. Solo aspiro a liderar.

—Bueno, pues que os vaya bonito con eso. —Phoenix se levantó del sofá, con el osito todavía en la mano—. Lo que la Tierra haga consigo misma tras cerrar el Portal ya no es asunto mío. —Miró a su alrededor, buscando algo que hacer.

—La Alianza va mucho más allá de lo que piensas —dijo Lady Maxine, observándolo con detenimiento desde el otro lado de la cámara—. No soy más que una única cara en un diverso tapiz de rostros que trabajan juntos para mejorar el mundo. Una parte pequeña, pero necesaria, de una máquina imponente. Y una vez hayamos restaurado el orden, con mucho gusto le ofreceré a otros la oportunidad de que tomen mi lugar. —Vaciló—. Tengo una hija. Hago esto por ella. No por mí.

—Señora, si pudiéramos avanzar un poco... —Lo dijo una mujer alta con pintalabios rojo oscuro y un traje de chaqueta azul, a la izquierda de Phoenix. La reconoció como la mujer que lo había descrito como “poca cosa”. Me gustaría pasar a todo lo relativo a lo que el chico pretende hacer y cómo encaja con nuestros planes.

Phoenix soltó una risita.

—Señora, el chico tiene un nombre. ¿Cuál es suyo?

La mujer hizo una mueca.

—Discúlpame. Stephanie Grace. Jefa de Relaciones Públicas y Oficial de Conexión Interanillar. —Sacudió la mano con el entusiasmo excesivo de un terror intentando partirla el cuello a una rata—. Asesinaron al último oficial de conexión la semana pasada, en un encuentro con simpatizantes de la Alianza en el Anillo Superior. Si te soy sincera, aún estoy adaptándome al puesto.

—Has dicho que parezco poca cosa —dijo Phoenix, estirando para aliviar los calambres que sentía en los doloridos dedos. La mujerladeó la cabeza, casi con lástima.

—Corazón. Tienes pastel en el pelo, vas en pijama y estás abrazando un osito.

Phoenix se llevó la mano a la cabeza, sorprendido al encontrar que tenía el pelo anudado en una serie de coletitas desastrosas y desiguales que albergaban una densa población de migas. Miró de forma acusadora a Bee.

—¿Habéis comido pastel sin mí?

Ella lo miró en silencio por un momento.

—¿Qué le ha ocurrido a tus ojos?

Phoenix parpadeó.

—¿Perdón?

—¿Por qué su luz es tan débil?

—Ah. —Phoenix apretó al osito entre sus puños—. Me he pasado hoy con el gasto energético. Nada de lo que preocuparse. Ya volverá. ¿Dónde tenéis el pastel?

Bee frunció el ceño un poquito más, y luego hizo un gesto.

—En la cocina.

Stephanie juntó las manos en una palmada sin sonido.

—Vamos a centrarnos, ¿vale? ¿Alguien tiene alguna pregunta para Phoenix?

—Yo. —Una mujer de pelo muy rizado vestida de negro se apoyó sobre el sofá, y le ofreció la mano—. Naia. Departamento de ingeniería civil, Grupo A, subsector 2. Un placer conocerte.

Phoenix le tomó la mano.

—Lo mismo digo. Sobre conocerte. No soy ingeniero, no tengo ni idea de en qué grupo estoy y la palabra subsector me incomoda. Phoenix Page. Tu pajarita mola.

—¿Cuán importante es este Portal para Flamegate? —preguntó Naia.

—Mucho —respondió Phoenix, dejando el osito sobre el sofá de tal forma que mirase a la pantalla. Tomó la pata del oso y la agitó con alegría en dirección a Lady Maxine, pero la expresión de ella permaneció inalterada ante el gesto.

—¿Lo suficiente para que sin él se queden cojos? —preguntó Naia mientras Phoenix se colaba en la cocina, donde tenía una vista despejada de todo el mundo desde detrás de la encimera.

—El Portal de Yonder siempre está abierto. —Cogió uno de los pasteles, despachando rápidamente el dulce antes de servirse un vaso de agua—. Pero el Portal que se abre en la Tierra es un breve evento anual que emociona a todo Flamegate más que una celebración yonderiana extravagante para celebrar la mayoría de edad en el distrito rico y lujoso de Karvil a un niño mimado. —Dejó el vaso vacío sobre la mesa—. No ha sido un buen ejemplo para este público, pero ya me entendéis. Es algo gordo. Es el único momento del año en que Flamegate obtiene acceso total al vacío.

—¿Y cuando lo cierres...? —lo presionó Naia.

—Esa será vuestra gran oportunidad —dijo Phoenix, abriendo la nevera para ver qué había dentro—. Flamegate quedará en un estado de emergencia tremendo, con el que nunca antes han lidiado. Sus mejores armas y defensas dependen de la energía del vacío y toda la que quede será drenada de la Tierra, succionada a través de los túneles que se cierran hasta el corazón del vacío al que pertenece.

Tomó una bolsa de pan, y metió una rebanada en un tostador oxidado.

—A Flamegate no le quedará nada —añadió, devolviendo el pan a la nevera—. No tendrá forma de mantenerse. De manipular a la gente. No tendrá forma de mantener el control. Lo que ocurra después es decisión vuestra al cien por cien; os dejaré el resto a vosotros.

—Le hemos dado un ultimátum a Flamegate —dijo Lady Maxine desde la pantalla en la habitación de al lado.

Phoenix soltó una risita mientras observaba el tostador.

—Estoy seguro de que les ha encantado.

—Hemos dejado claro —continuó Lady Maxine—, que si Flamegate no se aparta de su posición de poder antes del primer día del Festival de la Luz, los derrocaremos por la fuerza.

Phoenix arqueó las cejas.

—Vaya, menuda declaración de intenciones.

—La Alianza lleva años preparando esto —continuó Lady Maxine—. Reuniendo seguidores. Predicando esperanza. Tenemos a gente lista para dar un paso adelante y cargar en cuanto se les diga. Solo necesitamos el momento adecuado.

—Superar las barreras exteriores de Flamegate parece bastante factible —dijo Naia mientras Phoenix se apoyaba, distraído, contra la despensa—. Lo que va a ser más difícil es meterse en las áreas fortificadas del Anillo Superior.

—*Te lo he dicho* —gruñó Fantasma—. Te daré acceso por los túneles. —Phoenix ni se había fijado en el hombre espectral de ceño fruncido que vagaba por un rincón de la habitación—. Y si no puedo, me cortaré un dedo y se lo enviaré a Lady Maxine.

Lady Maxine forzó otra sonrisa rígida.

—Un gesto muy honroso, Fantasma, pero completamente innecesario.

—Phoenix —interrumpió Bee—, que se te quema la tostada.

Phoenix se giró y encontró humo saliendo del tostador. Intentó apagarlo, pero la maquinita se negó a cooperar y la mitad del pan carbonizado se deshizo y se prendió fuego en las entrañas metálicas del tostador. Para gran alarma de toda su audiencia, Phoenix metió la mano en la máquina y comenzó a tantear en busca de los restos quemados de pan.

—Habilidades de regeneración rápida —explicó, en respuesta al coro de inhalaciones bruscas y murmullos preocupados—. Totalmente inútiles la mayoría del tiempo. Solo las dispara el calor extremo.

—¿Qué coño *eres*? —preguntó Stephanie.

Phoenix frunció el ceño, con la mano todavía metida en el tostador y el humo envolviéndole los dedos mientras reunía los últimos trozos de su pan quemado.

—¿Por qué todo el mundo me sigue preguntando eso?

—No nos vendría mal contar contigo... —dijo Fantasma.

Phoenix no dijo nada mientras dejaba caer todos sus trozos de pan ennegrecido en una pila sobre la banqueta, con la mano perfectamente ilesa.

—Podrías hacer trabajos de demolición en los túneles —continuó Fantasma.

—Soy ignífugo —dijo Phoenix—. No estoy a prueba de humo. O de trozos de ladrillo. O de muerte. Y mi ropa no se recompone mágicamente después de convertirse en cenizas. Así que, aunque me parezca muy divertida la idea de atravesar el subsuelo en llamas totalmente desnudo y dando saltitos, igual es mejor que reserve mis talentos para cuando cierre el Portal. —Mordisqueó algunos de los trozos menos desastrados de su tostada—. ¿Cómo se ha tomado Flamegate vuestro ultimátum?

—Se han vuelto peor —respondió Lady Maxine mientras Phoenix intentaba ignorar el zumbido sordo que había comenzado a rugir en las orejas—. Más ejecuciones públicas. Seguridad reforzada... Regulaciones más brutales.

—Intentan rompernos —dijo Naia, tirándose de la pajarita con gesto ausente—. Pero solo nos han hecho más fuertes.

—Si por “fuertes” quieres decir pequeños y desesperados... —dijo Jayden, dejándose caer en el sofá con tanta pesadez que el osito salió disparado como un cohete. Bee lo atrapó al vuelo con una mano, y lo puso sobre su regazo.

Lady Maxine lo fulminó con la mirada desde detrás de su puntiaguda nariz.

—Como siempre, Jayden, agradecemos tu valiosa contribución.

—Me alegra ser parte de todo esto, nada más —murmuró Jayden.

—Sí... —Lady Maxine apretó los labios—. Sigo sin estar segura de por qué insiste Alice en que continúes implicado.

Phoenix volcó las últimas migas de pan en el fregadero, y luego regresó al salón para quedar de pie ante Jayden, agachándose hasta estar nariz contra nariz.

—¿Eso dice? ¿Qué es, me pregunto, eso tan especial que tienes?

—Buena pregunta. —Jayden se apartó, incómodo—. Solo dijo que soy valioso.

Phoenix ladeó la cabeza un poco, observando a Jayden desconcertado.

—Igual como sacrificio humano. Los Dioses del Vacío exigen uno para que podamos cerrar el Portal.

Jayden abrió los ojos como platos, y Phoenix se rió.

—Es broma. —Le dio a Jayden una palmada en el hombro—. Creo. Quizá sí hay dioses, y quizá sí exigen un pesimista con cambios de humor y el pelo repeinado. —Se tumbó boca arriba entre la mesita de café y el sofá, y cerró los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Bee.

—Oh, sí. —Phoenix se metió los dedos en los oídos, en un intento inútil de ahogar el persistente zumbido. O recuperarse de su tonto con la cámara de vacío le estaba llevando más tiempo del habitual, o el vacío estaba experimentando alguna clase de flujo irregular.

Se preguntó si quizá Simon aparecería de nuevo.

—¿Así que el Portal está sobre la Cúpula de Veracity? —planteó Lady Maxine. Su voz quedó ahogada por los dedos de Phoenix y el incesante zumbido—. ¿El viejo estadio junto a la Torre de Flamegate?

—Sep. —Phoenix mantuvo los ojos cerrados—. Donde tiene lugar la celebración anual de luces. La gran red de metal que Flamegate alza al cielo cada año en realidad no crea luz, como piensa todo el mundo. El *Portal* crea la luz. La red solo recoge la energía a medida que fluye hacia vuestro mundo.

—¿Y podrás cerrarla tú solo? —Stephanie sonaba escéptica.

Phoenix suspiró.

—Pese a parecer porquita cosa, estoy seguro de que soy capaz de hacer esto.

—Palabras valientes de un tipo con pastel en el pelo —murmuró Jayden.

Phoenix no abrió los ojos.

—Madre de las Sombras, espero que Alice tenga razón con lo de que eres útil.

—¿Y cómo exactamente pretendes cerrar este Portal? —preguntó Stephanie.

—Heroicamente —dijo Phoenix—. Y desde dentro.

—¿Es eso posible? —cuestionó Bee—. ¿No te matará toda la energía?

Phoenix se sacó los dedos de las orejas.

—Ya lo he hecho antes.

Hubo un silencio incrédulo.

—¿Has atravesado el Portal?

—Una vez —dijo Phoenix—. Hace un año. En el último Festival de la Luz.

—¿Qué pasó? —preguntó Jayden.

Phoenix vaciló, y luego se incorporó despacio.

—Regresé —dijo, encogiéndose de hombros.

Bee lo observó con mirada atenta y firme.

—¿El vacío no te hace daño?

—Si entrase tal y como soy —dijo Phoenix—, mi cuerpo se desintegraría más rápido que la nieve en el desierto. Pero, afortunadamente, mi cuerpo no pasará por el Portal. Lo hará el resto de mí.

—¿El resto de ti? —Jayden parecía ofendido por sus confusas palabras.

Phoenix asintió, y se apoyó de nuevo contra la mesa.

—El resto de mí.

—¿Qué le pasará a tu cuerpo? —preguntó Naia. En ese momento, Phoenix decidió que se había encariñado de la mujer de pelo rizado y pajarita y de sus ganas de adaptarse.

—Cuando el Portal empiece a cerrarse —dijo—, será tan simple como volver a meterme en mis pacientes carne y huesos y seguir con mi día, como nuevo.

—Ejem. —Un joven sentado en uno de los sofás levantó la mano. Había estado tan quieto, mirando con tanta intensidad a las pantallas sobre su regazo, que Phoenix ni se había dado cuenta de que estaba ahí—. La conexión acaba en cinco segundos.

—Mantenedme informada —dijo Lady Maxine, y se desvaneció en la pantalla. Stephanie suspiró.

—Rory, ¿y si nos avisas un poquito antes a la siguiente, por favor?

—¿Por qué no intentas monitorizar toda la red de seguridad entera por una vez, hermanita, y ves a ver cuánto antes podrías avisarnos tú?

Stephanie puso los ojos en blancos.

—Menudo niño estás hecho.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó Rory.

—Muy maduro.

—Naia. —Fantasma asintió con la barbilla en dirección a la mesa. Naia hizo una mueca.

—Disculpadnos. Tenemos estrategias imposibles que debatir. —Siguió a Fantasma hacia la mesa cubierta de desorden.

Bee se deslizó desde el reposabrazos del sofá para sentarse junto a Phoenix en el suelo.

—Estás mintiendo.

Phoenix arqueó una ceja en su dirección.

—¿Sobre qué?

—Cerrar el vacío para regresar después a tu cuerpo, como si fuera un vehículo del que te has bajado un ratito. No puede ser así de simple.

Phoenix sonrió, y presionó las palmas de las manos contra sus orejas.

—Es tan simple como tiene que serlo.

—¿Qué se supone que *significa* eso? —preguntó Jayden, al parecer dirigido a alguna presencia invisible en el techo.

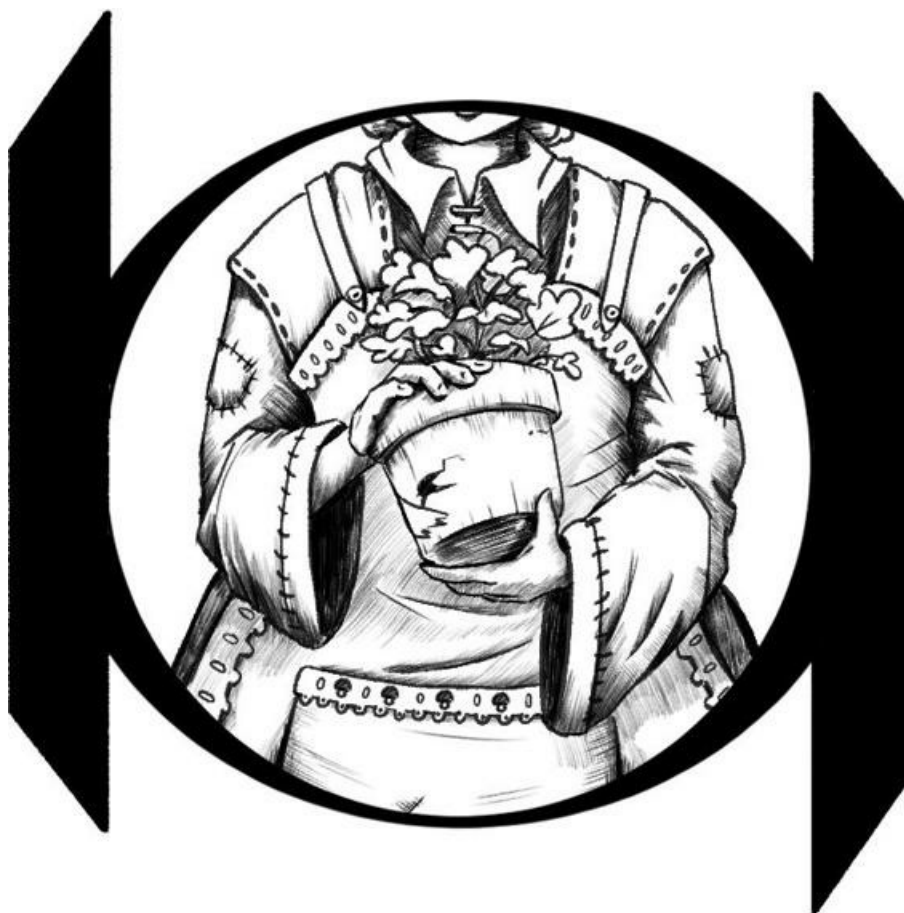
—Mira —dijo Bee, acercándose un poco más a Phoenix—. Mi prioridad siempre ha sido derrotar a Flamegate. Es lo que querían mis madres. Es lo que he querido toda mi vida. Nada se va a interponer entre esa meta y yo. Pero como te pase algo, lo que sea, mi carrera profesional se va a hundir.

—¿Por qué?

Stephanie se sentó junto a Jayden en el sofá, y se inclinó hacia delante para darle a Bee una palmadita afectuosa en la espalda.

—Bee es tu guardaespaldas.

—Disculpa. —Phoenix se apartó las manos de las orejas—. ¿Qué?



El problema con el tiempo

—Bee es tu guardaespaldas —repitió Stephanie—. Y tu apoderada. Phoenix parpadeó.

—¿Mi *apoderada*?

—Habla y escucha en tu nombre cuando tú no eres capaz de hacerlo.

—Lo cual viene a ser la mayoría del tiempo —terció Jayden, apoyándose contra los cojines del sofá con los brazos cruzados sobre el pecho.

Phoenix paseó la mirada entre Stephanie y Bee.

—¿Desde cuándo?

—Desde que firmaste el contrato —dijo Stephanie, como si fuera obvio.

—Yo... Espera. ¿Qué contrato?

Stephanie tomó un trozo de papel de uno de los documentos esparcidos por la mesita de café y se lo ofreció a Phoenix. Él lo cogió, y frunció el ceño al ver las palabras garabateadas bajo el bloque de texto que cubría la mitad superior de la hoja. El caótico pintarrajo de letras indescifrables era su firma, definitivamente, pero no se acordaba de haberla hecho en ningún momento.

—¿Cuándo hice esto?

—Alice dijo que lo firmaste hace meses —dijo Bee—, cuando estuvisteis los dos a solas. No mucho después de que llegásemos.

Phoenix le dio unos toquitos al papel.

—Alice falsificó mi firma —comprendió, en voz alta—. ¿Cuántas decisiones más estará tomando en mi nombre sin que yo lo sepa?

—¿Estás en contra? —preguntó Bee—. A mí me parece razonable que tengas un portavoz, considerando que a menudo estás dormido.

—¿Eh? —dijo Phoenix distraídamente, todavía mirando el papel—. No, eso me parece bien. Por favor. Adelante. Gracias. —Dejó el contrato en la mesa, y la miró—. ¿Me estás protegiendo?

Ella le clavó los ojos marrones y severos.

—¿No me crees capaz? —preguntó, acunando el osito mullido en una mano mientras con la otra acariciaba la daga que colgaba de su cinturón.

Phoenix tragó saliva.

—Me resultas muy difícil de leer.

—Bien. —Bee se cruzó de brazos—. Así me gusta.

A Stephanie le sonó el teléfono desde el bolsillo de su traje, y se excusó para ir a otra habitación a responder la llamada.

—¿Tienes mucha experiencia como guardaespaldas? —preguntó Phoenix, mientras Stephanie se escabullía. Bee se rió.

—Llevo más de un año acompañando a Fantasma en sus redadas en los túneles. Vigilarte no es precisamente una tarea agotadora.

—Sé de un hechicero que te discutiría eso —murmuró Phoenix.

—En verdad —dijo Bee—, lo único que hago es echarte un ojo. Seguir el protocolo de la Alianza. No es para tanto.

—¿Y no te dan nada a cambio?

Bee se encogió de hombros.

—¿Satisfacción laboral, supongo? ¿La alegría de saber que estoy contribuyendo a algo por lo que mis madres lucharon muy duramente antes de morir?

—Murieron *porque* estaban luchando —suspiró Jayden—. Eran rebeldes, y fueron castigadas. Y si no tenemos cuidado, el resto de nosotros acabaremos muriendo también por lo mismo.

Rory silbó desde el otro sofá, reunió todos sus trastos y se apresuró a marcharse escaleras abajo para trabajar en la enfermería, lejos de tanto drama.

—Murieron porque Flamegate vino en busca de Phoenix —respondió Bee con calma—. Y, si no recuerdo mal, Flamegate vino a mi casa a por él porque *tú* los llamaste para compartir su localización.

Jayden se quedó boquiabierto.

—Bee... No puedes... Eso no es justo.

—¿Ah, no?

—¿Es por eso por lo que estás tan fría conmigo últimamente?

Bee puso los ojos en blanco.

—Jay, si luchar contra la malvada organización que mató a mis madres, torturó a tus padres y encerró la libertad del mundo entero entre murallas enormes es un inconveniente tan enorme, ¿qué haces aquí?

Jayden dejó escapar una risa incrédula.

—¿No es evidente? Estoy aquí por *ti*. ¿Qué más quieres de mí?

Bee lo miró, y luego sacudió la cabeza y se marchó de la casa sin mediar palabra, dando un portazo tras de sí antes de atravesar el desmadrado jardín.

—Quizá esa no fuese la respuesta que Belinda esperaba oír —dijo Phoenix, cubriéndose las orejas con las manos. El zumbido sordo estaba empeorando, lo que sugería una perturbación en el vacío en vez de su propia incapacidad para recuperar toda la energía que había entregado.

Jayden frunció el ceño, mirando la puerta principal.

—Cállate.

—Sospecho que esperaba algo más... Ambicioso.

—Tu opinión no me importa una mierda, Phoenix.

—Deberías hablar con ella.

—¿Y decirle qué? —soltó Jayden—. Siento que me importes tanto que te seguí al sucio submundo del Anillo Inferior. Siento haberme unido a un grupo rebelde y suicida por ti. Siento que no me entusiasme vivir en este caserón viejo y asqueroso, rodeado de revolucionarios radicales y criminales asesinos y políticos aburridos y viajeros del tiempo sospechosos y viejos gruñones y alienígenas irritantes y sabelotodo.

Phoenix se apartó las manos de las orejas, rindiéndose al creciente zumbido.

—Nunca me he visto a mí mismo como un alien, en realidad...

—Eso no te hace ni un poquito menos irritante.

—Supongo que no —dijo Phoenix—. Voy a ver si me hago amigo del piano. Ve a hablar con Bee.

Se levantó, y luego se cayó de culo cuando Alice apareció ante él con un cálido destello de luz. Jayden aulló y se puso a cubierto tras el sofá.

—Alice. —Phoenix le sonrió desde donde había caído de espaldas, sobre la mesita de café. Ella se agachó y lo ayudó a incorporarse, mientras que Jayden se puso en pie de un brinco y se limpió el polvo en un frenético esfuerzo por parecer tranquilo.

—Edgar se ha vuelto a atrincherar en su habitación —dijo Naia, levantando la mirada de un mapa enrevesado del subsuelo mientras Fantasma fruncía el ceño tras ella ante la tan poco ortodoxa llegada de Alice. Alice sacudió la cabeza.

—No he venido a ver a Edgar. —Posó la mano sobre el corazón de Phoenix, con la máscara roja colgándole de la muñeca—. Es como si ni siquiera estuvieras aquí.

Phoenix apenas podía oírla por encima del zumbido ensordecedor. Alice apartó la mano.

—Toda tu energía ha quedado drenada.

Phoenix sonrió.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Vigilo tus niveles de energía mientras viajo —dijo Alice, desviando la mirada a su mata de pelo ahora infantilizada—, para saber cómo progresa el gran plan. Eres el hilo que lo conecta todo, y a todos.

—Me mantienes humilde. —Phoenix estiró los dedos tras él, tanteando en busca del reposabrazos para agarrarlo. Apoyó parte de su peso contra él, deseando no caerse a los pies de Alice—. Aunque sí que me da un poquito la sensación de estar siendo acosado desde todos los confines del Tiempo y el espacio, la verdad.

—No te lo tomes como algo personal —dijo Alice—. Eres fácil de rastrear. Es sobre todo por conveniencia.

—Rastrear... —titubeó Phoenix—. Así es como me ha encontrado hoy Simon.

—¿Simon?

—Mi amigo hechicero —dijo Phoenix, cerrando los ojos ante el creciente dolor de cabeza como si con ello pudiera bloquear el insoportable ruido—. ¿Pensé que sabías quién es?

Alice lo observó, pensativa.

—Parece que todavía no lo conozco.

Como si le hubieran dado entrada, Simon apareció exactamente donde lo había hecho el día anterior con un estallido casi ensordecedor, agazapado en medio de la cocina con un loro metido en la chaqueta. El zumbido pulsante explotó a nuevos niveles de ferocidad en el cerebro de Phoenix, que se dejó caer en el sofá.

Alice soltó un pequeño jadeo, mirando a Simon con los ojos como platos. Fantasma se sacó un cuchillo de algún lugar de su persona, y apuntó con él al enorme intruso enfundado en cuero.

—Vuelvo con malas noticias. —El hechicero se puso en pie, y dejó que el loro se subiera a su hombro antes de echar un vistazo a su alrededor—. Alice. —Le regaló una sonrisa cauta—. ¿Qué te trae a nuestro pequeño rincón del Tiempo?

Alice se limitó a mirarlo estupefacta.

—¿Nos fiamos del pirata mágico, o no? —gruñó Fantasma desde detrás de la mesa abarrotada—. Porque le puedo arrancar el corazón en tres segundos si hace falta.

—Ah... —Simon frunció el ceño—. Lo he vuelto a hacer, ¿no? No hay *forma* de que hoy esto me salga bien.

Alice recuperó su compostura de acero y se metió en la cocina, con la túnica roja haciendo frufrrú sobre sus pies.

—¿Tú eres Simon?

—Sí... —Simon frunció el ceño—. ¿Es esta la primera vez que nos vemos?

Alice dio un paso cauteloso hacia él.

—Eres como yo...

—Ni de lejos tengo tanto talento —dijo Simon, observándola con la misma aprensión recelosa con la que uno observa un oso salvaje.

—Cierto. —Alice le tomó por la barbilla y observó sus ojos oscuros y hundidos—. Tu magia está bajo una presión terrible. Por eso estás cometiendo errores.

El loro chilló a modo de protesta, pero Simon no dijo nada. Cerca de ellos se abrió una puerta, y al girarse Phoenix vio a Edgar aparecer desde su habitación, con la túnica revuelta y el largo pelo blanco que le caía por los hombros enredado y hecho un desastre. Entró en el área común justo cuando Bee entraba por la puerta principal, con sangre en las manos y un pollo descabezado sobre la bandeja plateada que sostenía.

Se detuvo en el salón y miró a Alice y Simon, que se habían quedado paralizados en la cocina cuando ella le sostenía a él el rostro en las manos. Luego miró a Phoenix, que seguía sentado en el sofá a la espera de que le explotara el cerebro.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Bee.

Antes de que nadie pudiera responder, Stephanie volvió a la habitación, con los labios pintados de rojo curvados en una mueca de ansiedad.

—Era Big Mick —dijo—. A Vince lo ha atacado un gato mutante.

Edgar frunció el ceño ante aquella escena.

—Es demasiado temprano para todo esto —murmuró, y luego giró sobre sus talones y volvió a su dormitorio con la túnica ondeando. Cerró la puerta tras de sí.

—¿Está Vince bien? —preguntó Naia.

—Perfectamente —dijo Alice, centrándose en Simon de nuevo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, soltándole la barba—. Para que tu magia esté bajo tanta tensión... ¿Qué has hecho?

Simon miró a Phoenix, y luego a Alice a los ojos. Ella asintió mientras entre ellos pasaba un acuerdo no verbal.

—Vete. Vuelve a tu línea temporal.

—Vámonos, Firulais. —Simon metió de nuevo al loro en su chaqueta.

—Espera. —Había una nota de miedo en la voz de Alice cuando dio un paso hacia él. Simon vaciló, y Alice se limitó a agachar la cabeza—. Lo siento —murmuró.

—Ya. Tú y todos. —Simon desapareció en un estallido de luz.

Phoenix se dejó caer de lado sobre los cojines, cerrando los ojos con fuerza mientras el tremendo rugido parecía ir a partirle la cabeza en dos.

—Levanta. —Notó un suave roce en el hombro—. Te llevaré a tu habitación.

—Déjame desmayarme, y punto—murmuró Phoenix.

—No. —Alice lo obligó a levantarse—. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿No puede esperar? —preguntó Phoenix, inclinándose hacia delante mientras Alice colocaba su hombro bajo el brazo inerte de él.

—No.

Phoenix alzó la vista para ver, a través de su propia melena, cómo todo el mundo los miraba fijamente mientras Alice se lo llevaba de allí.

—Solo quiero *aclararte* —dijo Alice, llevándolo escaleras arriba—, la importancia de mantener una reserva adecuada de energía. Si mueres antes del festival, todos nuestros esfuerzos irán a la basura.

—Fue un riesgo calculado —dijo Phoenix, arrastrando los pies al subir los escalones—. Tenía cerca a alguien para ayudarme. Lo cual, ahora que lo pienso, podrías haber hecho tú cuando pasé dos meses dormido, o atrapado en mi propia cabeza durante la Luz sabe cuánto tiempo antes de que Maulbrak interfiriese para traerme de vuelta. Sin duda disfrutó la oportunidad de demostrar lo que cree que es su poder irrefutable sobre mí. —Llegaron a lo alto de las escaleras, y Phoenix se dejó caer de rodillas—. Igual me echo a dormir aquí, y ya está.

—Phoenix, no tengo tiempo para perseguirte por el Tiempo y el espacio para ir a sacarte de cada follón que consigas buscarte en el vacío.

Phoenix se rió mientras se desplomaba contra la pared.

—¿Que *tú* no tienes tiempo? Eres una viajera del tiempo. Imagina cómo me siento yo.

Alice lo fulminó con la mirada.

—Los viajes temporales llevan tiempo, Phoenix. Tiempo y energía, y no me puedo permitir malgastarlos en ti cada vez que te apetece jugarte la vida. —Tiró de él para ponerlo en pie—. Tengo que centrarme en el gran plan.

Comenzaron a caminar de nuevo, recorriendo el pasillo con su lujosa alfombra hasta el dormitorio al final. A Phoenix le costaba mantener el equilibrio a medida que se le iba nublando la vista.

—Alice... —dijo cauteloso—. Te quiero. De verdad. Eres lo más parecido que tengo a una familia en este mundo. Pero me siento..., a veces..., como si fuera una marioneta, y tú manejas mis hilos.

Alice permaneció callada mientras abría la puerta y guiaba a Phoenix hacia la cama, pasando sobre una alfombra de colores.

—¿Crees que te estoy utilizando? —preguntó, después de que Phoenix se hubiera tirado de cara sobre el colchón.

—No lo sé —dijo Phoenix contra la almohada—. ¿*Debería* pensarlo?

—Ha muerto mucha gente —Alice se recogió la túnica, y se sentó a su lado—. Uno. Los mellizos. Las madres de Belinda. Miles más, despojados de dignidad, en nombre de la expansión de Flamegate. Lo que intento lograr con mi vida es más grande que tú. Más grande que cualquiera de nosotros. Y requiere sacrificios.

—También dijiste eso cuando nos rescataste de casa de Bee —musitó Phoenix.

—¿Ah, sí? —Alice comenzó a deshacer las coletas desastrosas que los niños le habían hecho a Phoenix—. Todo eso pertenece a mi futuro. Supongo que para entonces sabré exactamente qué sacrificios son necesarios.

—Cuando pase el Festival de la Luz —dijo Phoenix, girando la cabeza para poder verla—, supongo que todos estaremos igualados.

Alice respondió con una sonrisa apenada.

—Sí. —Se agachó y le dio un beso en la mejilla—. Si logras sobrevivir tanto tiempo.

—Eso ha sido cruel.

—Ten cuidado —dijo Alice—. Solo te pido eso.

—Nah. —Phoenix sonrió y cerró los ojos—. Me pides un poco más que eso.

Se quedó dormido antes de oír si Alice respondía o no.

*

Para cuando Simon hubo colocado a un Phoenix inconsciente sobre el lomo de Gulliver, musitado a Fay que se encontrase con él en Karvil, y observado sombrío cómo Phoenix, Gulliver y Fay desaparecían al otro lado de las distantes colinas, las Sombras atrapadas en el círculo rojo de energía brillante tras él se había tornado frenéticas por la rabia y la desesperación.

Simon dejó escapar un suspiro y se giró para fruncir el ceño en dirección a las agitadas criaturas, observando cómo se subían unas a otras, mordiendo y arañando en busca de una posición más segura en el centro de la melé que quedase lejos de los peligrosos muros de luz.

Simon se acercó a la masa resoplante de cuerpos larguiruchos y gruñidos y plantó con firmeza los pies en la hierba, con las manos sobre el cinturón.

—¡Escuchad! —gritó, y las Sombras pararon; no podía estar seguro de si por la sorpresa, o por obediencia. Lo miraron con sus grandes ojos dorados, que tanto le recordaban de una manera incómoda a Phoenix, sin parpadear—. No sé si me podéis entender o no —gruñó Simon—, pero os voy a dar una oportunidad muy generosa.

Las Sombras permanecieron en silencio y quietas, con los rostros hundidos desprovistos de emoción mientras lo observaban fijamente.

—Voy a eliminar la barrera. —Simon hizo una pausa, pero las Sombras no dieron ninguna indicación de entender de qué estaba hablando—. Si me atacáis... Os mataré. Si perseguís al idiota de mi amigo..., os mataré. Si os atrevéis a emboscar Karvil City..., me da igual cuántas seáis..., os mataré.

Hizo una nueva pausa, fulminando con la mirada a casi todas las Sombras con la esperanza de que sus ojos entrecerrados dejaran clara la sinceridad de su mensaje.

—¡Ahora bien! —rugió—, si os dais la vuelta y volvéis al Bosque de Bloodwood, os perdonaré vuestras repugnantes vidas. Solo por hoy. ¿Queda claro?

No obtuvo respuesta alguna, aunque a aquellas alturas ya no se esperaba una.

—Voy a eliminar la barrera —anunció, alzando las manos—. No hagáis nada estúpido.

La barrera titiló como la luz del sol sobre las ondas del agua de un lago, y luego se desvaneció por completo. Las Sombras no se movieron, optando en su lugar por permanecer donde estaban, con las extremidades nudosas dobladas en los ángulos extraños en los que habían estado cuando se detuvieron ante el discurso de Simon.

Simon se encogió de hombros.

—Me sirve. —Se dio la vuelta y comenzó a alejarse, pero una Sombra, más atrevida que las otras, se lanzó hacia delante para derribarlo. Antes de que las garras de la criatura pudieran alcanzar su objetivo, Simon se giró y estampó la mano contra su rostro ajado.

El monstruo estalló en el aire, salpicando carne y hueso por toda la ladera con un chapoteo repugnante. Las Sombras restantes se encogieron cuando Simon dirigió la palma abierta hacia ellas.

—¡*Largo!* —ladró, y se dispersaron, zigzagueando por la hierba alta mientras huían en dirección a Bloodwood.

Simon bajó la mano, con arcos de luz roja goteando de las puntas de sus dedos antes de desaparecer con un chisporroteo. Oteó el horizonte hasta que se quedó seguro de que las Sombras no volverían. Luego cerró los ojos y pensó en la tranquila cabaña del pantano de los fabricantes de guardas, centrándose en los marcadores únicos que definían su posición en el espacio. Su magia se hinchó, recorriendo los tatuajes de sus brazos y su espalda. Un estallido de calidez lo embargó, y al abrir los ojos se encontró de pie en la pasarela de madera que llevaba a la puerta de entrada de la propiedad aislada de los fabricantes de guardas.

Fue recibido con un relincho nervioso mientras Tugger aparecía al trote desde un lateral de la casa para recibir a su humano en la valla. Simon le rascó al enorme caballo la barbilla.

—Siento haberte hecho esperar, señorito. ¿Está Gloria por aquí?

El caballo no dijo nada, algo que Simon agradeció. Un único caballo con capacidad verbal era más que suficiente. Atravesó el jardín y llegó al porche, donde los carillones de viento que colgaban de las vigas le rozaron el pelo.

—¿Gloria? —la llamó—. ¿Sigues por aquí?

Al entrar por la puerta principal, pasó junto a la figura transparente de una Matilda Elway mucho más joven, inmersa en una discusión silenciosa y animada con una Gloria mucho más joven mientras un Phoenix de seis o siete años tiraba sin descanso de los dobleces de la falda abullonada y con numerosas capas de Gloria.

Simon trató de no dejarse distraer por una historia sobre la que no tenía control, pero se encontró fascinado por la escena. Gloria tiró de Phoenix hacia la casa, y el chico enclenque levantó la mirada hacia su severa abuela antes de alejarse corriendo. Simon lo siguió por la habitación hasta una de las muchas estanterías, que era evidente que llevaba tiempo vencida, mientras Gloria y Matilda continuaban con su discusión detrás de él.

Simon observó cómo Phoenix recorría con el dedo los lomos de cada libro, eligiendo al final una colección de historias cortas. Lo abrió por un marcapáginas ajado hacia el final del libro y se quedó de pie de cara a la estantería, con la nariz enterrada en una historia titulada “De cómo el ratón derrotó al dragón”. Simon sonrió. Luego, sin esperar respuesta, se agachó hasta quedar a la altura del niño.

—Qué tal, Phoenix.

Phoenix parpadeó, sorprendido, y cerró el libro, girando la cabeza para mirar directamente a Simon a la cara. Sorprendido, Simon movió con cuidado la mano delante de la nariz de Phoenix, pero él se limitó a seguir mirando, asombrado.

—Casi he terminado de empaquetarlo todo. —Gloria pasó del recibidor a la sala de estar, con una macetita bajo el brazo—. ¿Asumo que los demás están a salvo, a juzgar por tu tranquilo aprovechamiento de mi biblioteca?

La escena que Simon había estado observando se desvaneció en el pasado de nuevo, sin hacer ruido.

—Gloria. Hola. —Simon la miró, sintiéndose como si se hubiera tropezado en el último escalón de la escalera, esperando pisar suelo firme y encontrando aire en su lugar—. Están a salvo... Se dirigen hacia Karvil.

—Bien. —Gloria asintió en dirección a la estantería—. ¿Has visto algo?

Simon se tomó un momento para recuperarse.

—El pasado ha cambiado —dijo—. Los colores son más fuertes. La gente, más... Sólida.

Gloria sonrió mientras caminaba hacia él. La maceta rebotaba al ritmo de sus caderas.

—El pasado no cambia. La gente sigue siendo tal y como siempre lo ha sido, atrapada en su tiempo. —Apoyó la mano sobre el brazo de Simon—. Eres tú el que se ha vuelto más nómada, más hábil para deslizarte entre momentos temporales, como si fueras un fantasma errante. Tienes una afinidad notoria con ello.

—¿Pueden verme? —preguntó Simon, mirando de nuevo hacia donde había estado de pie el pequeño Phoenix.

—Por lo general, diría que no. Pero si te refieres a Phoenix... —Gloria se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Él no sigue las limitaciones de este mundo.

—¿Tú crees en esa tal Tierra, entonces? —preguntó Simon mientras Gloria se acercaba a la mesa redonda en el centro de la habitación, cubierta de cajas y bolsas.

—Sí —respondió ella, guardando la maceta dentro de una caja de madera—. A Jack nunca le convenció. Siempre creyó que era una fantasía que Phoenix se inventó para lidiar con su vida en Bloodwood.

—¿Por qué iba a inventar un mundo peor que Bloodwood? —preguntó Simon, sentándose a la mesa. La silla crujió de forma amenazante bajo su peso.

—¿Peor que...? —Gloria frunció el ceño—. Cielo, Phoenix *adoraba* la Tierra.

Simon hizo una mueca de desdén ante aquella idea.

—Estuvo prisionero quince años. Ha conseguido escapar esta semana.

Gloria lo miró durante un largo momento, y luego se pasó los dedos por el pelo salvaje y ahuecado.

—Al principio —dijo, sacando un viejo abrigo de una de las cajas y extendiéndolo sobre la mesa—, después de que Maulbrak lo viera por primera vez, habló de una cárcel. Phoenix le hablaba a todo el que pillaba de ese otro mundo. —Enrolló el abrigo con tirantez, y luego lo sacudió y estiró de nuevo—. Más o menos un año después..., después de que su amiguito Uno muriera, supuestamente..., las historias empezaron a complicarse.

Gloria dobló el abrigo en un rectángulo, y luego lo metió en un lateral de una de por sí abultada bolsa.

—Había sido adoptado por una familia que pagó su fianza. Sus nuevos hermanos eran mellizos, y siempre estaba cuidando de ellos. —Hizo una pausa, sacó el abrigo y lo hizo una bola—. La Tierra estaba en apuros, así que estaba usando sus habilidades para proteger aquel mundo. Un equipo de científicos lo estaba entrenando para ser un héroe. Viajaba con una banda de músicos, y tocaba ante enormes multitudes. Sus cuentos cada día se volvían más insólitos.

Al final apretó con las manos el abrigo y se dejó caer en la silla frente a Simon.

—Nadie sabía qué creer —dijo, observando la prenda arrugada sobre su regazo—. Lo único en lo que todos estábamos de acuerdo era en que el pobre chico tenía problemas.

—Y los sigue teniendo —musitó Simon. Tomó el abrigo de manos de Gloria, lo dobló pulcramente y lo devolvió a la caja de la que había salido.

—Sus abuelos nunca supieron cómo manejarlo —añadió Gloria—. Matilda nos lo traía cada semana solo para poder descansar. —Vaciló, y luego estiró la mano sobre la mesa para apretársela a Simon—. Nunca me perdonaré por hacer la vista gorda con lo que le hicieron a ese chico.

—¿Entonces tú sabías lo que le estaban haciendo sus abuelos?

—Todos lo sabíamos. —Gloria le soltó la mano a Simon—. Pero nadie en Bloodwood lo

pensó demasiado. Como hijo de una Penumbra, Phoenix tenía que demostrar su valía. Al igual que lo había hecho su madre antes que él.

Un movimiento en una esquina llamó la atención de Simon, y al mirar en esa dirección vio a la versión infantil y transparente de Phoenix pegada a la pared, con los grandes ojos muy abiertos y clavados en la mesa.

—Supongo que fue doloroso para Matilda —especuló Gloria, sin ver al Phoenix espectral acercándose—. Tener que ver a Phoenix crecer como lo hizo después de que a ella le arrebataran a su niña perfecta.

—¿Nunca intentaste intervenir? —preguntó Simon. Phoenix se encogió, se tendió sobre la tripa y comenzó a reptar por el suelo sobre los codos, acercándose a la mesa con decisión.

—Quería hacerlo —respondió Gloria—, pero tienes que entender que Matilda y yo nacimos durante la Guerra de las Sombras. Ella siempre ha sido una oportunista, y cuando llegó Phoenix, solo quiso sacarle el máximo provecho a una situación terrible. —Gloria sacudió la cabeza, y suspiró—. Me avergüenzo... Pero sentía que no tenía ningún derecho a decirle cómo llorar a su hija, o cómo criar a un niño difícil.

Simon se rascó la barba, observando cómo Phoenix gateaba bajo la mesa.

—El dolor puede deformar la mente —dijo—. Odio en quién me convertí tras la muerte de mi familia. Pero la pérdida no es excusa para cómo me comporté entonces. Y no es excusa para tratar a un niño inocente como si fuera basura.

Gloria lo miró en silencio, pensativa, antes de esbozar una sonrisa amable.

—Tenemos mucho por lo que compensarle. —Se puso en pie—. Jack se dirige a Karvil con esa pobre troll confundida. Es hora de que tú y yo vayamos también. —Dio una palmada, y todos los objetos desaparecieron de la mesa—. Siento no poder transportarte yo misma, querido, pero con mis años las plantas son la forma de vida más complicada que me veo capaz de manejar.

Simon sacudió la cabeza.

—Iré con Tugger, como pensaba hacer de todos modos. —Se puso en pie, y agachó la cabeza en una humilde reverencia—. Gracias.

—Cuidado con esa magia tuya. —Gloria le dio una palmadita en el brazo, y luego desapareció con un suave “pop”.

Simon estaba a punto de acercarse a la puerta cuando el joven Phoenix salió de su escondrijo bajo la mesa y se puso en pie en medio de la habitación, con los ojos recorriéndola con incertidumbre y los puños apretados a los costados.

—¿Me buscas a mí? —preguntó Simon en voz alta. Phoenix se giró para mirar en su dirección.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó. Su voz sonó temblorosa, con un eco similar al de alguien en el fondo de un pozo.

Simon se agazapó delante de él.

—¿Puedes verme?

Phoenix se mordisqueó el labio unos segundos, y luego asintió.

—Un poquito. Quizá.

—¿Quizá?

Phoenix entrelazó las manos, observando a Simon con suspicacia.

—¿Eres real? —Se estiró para tocarle el hombro a Simon, pero su mano translúcida atravesó limpiamente el cuerpo del hechicero. Phoenix apartó la mano tan rápido como si hubiera tocado carbón ardiendo.

En el rostro del chiquillo apareció tal terror que Simon sintió la repentina necesidad de

aliviarlo.

—Mira —dijo apresuradamente—, puedo explicarlo...

Pero Phoenix ya estaba apartándose, con los brillantes ojos preñados de pánico mientras se refugiaba en el hueco que había entre dos de las estanterías.

—¿Por qué estás aquí? —exigió saber.

—No es para hacerte daño. —Simon se levantó para reconfortar, pero para su alarma, el chico empezó a llorar. Aunque al principio sollozaba con suavidad, sus hipidos pronto se convirtieron en aullidos incesantes.

De repente Phoenix dio una palmada, invocando una piedra del vacío y lanzándola tan alto en el aire que rebotó contra el techo.

—Phoenix, escúchame.

Simon se acercó a él, pero Phoenix estiró el brazo y lanzó una de las estanterías contra la pared adyacente. Los libros se desperdigaron por la habitación, con los lomos partidos. Un torbellino de páginas arrancadas flotaron hasta el suelo.

Phoenix se metió entre las estanterías que había detrás de él y se dejó caer al suelo, arañándose con saña el antebrazo mientras la piedra giraba furiosa sobre su cabeza. Simon observó asombrado cómo una Gloria más joven y transparente entraba corriendo en la habitación. Estiró las manos hacia delante y un orbe de luz roja apareció en torno a Phoenix y la piedra, contrayéndose como la barrera con la que Simon había capturado a las Sombras hacía unas horas.

Phoenix gritó y lanzó un disparo de energía en dirección a Gloria, pero éste rebotó contra la barrera y se estampó contra él con tal fuerza que se le pusieron los ojos en blanco y cayó de bruces al suelo. Se puso en pie de un brinco con un gruñido, pero para entonces Gloria había eliminado la barrera y se había arrodillado a su lado. Acunó al niño en sus brazos, y él dio puñetazos y patadas y resopló hasta que por fin dejó de resistirse. Terminó por acurrucarse sobre el regazo de la rolliza mujer mientras ella lo mecía hacia delante y hacia atrás, acariciándole con los dedos la mata de pelo.

Sintiéndose culpable, Simon recordó que *este* era el niño al que antaño había intentado exterminar.

—Hora de irse —murmuró.

Se apresuró a salir a por Tugger.



Karvil

Simon continuaba pensando en aquella extraña interacción con el pasado mientras seguía el camino polvoriento hacia Karvil City. Tugger marchaba sin guía, alejándose de las madrigueras de monstruos mientras se abría paso por las verdes praderas de Yonder. Tan firme era el paso de Tugger, y tan absorto estaba Simon en sus pensamientos, que no se fijó en las dos figuras en el camino hasta que las alcanzó.

—Jack —dijo, haciendo detenerse a Tugger—. Fidelity. Pensé que para ahora ya estaríais más lejos.

—No dejamos de pararnos —explicó el anciano fabricante de guardas, mientras Simon se bajaba del caballo para caminar con la extraña pareja—. Se distrae con mucha facilidad.

—Me temo que eso es culpa mía. —Simon miró a la enorme troll que caminaba junto a Jack—. ¿Qué tal la cabeza, Fidelity?

—¿Has encontrado tu tenis? —preguntó Fidelity.

Simon parpadeó.

—¿Qué?

—Estabas buscando un tenis.

—*Phoenix* —dijo Simon—. Estaba buscando a *Phoenix*.

—Eso no puede ser. —Fidelity frunció el ceño, mientras la gravilla crujía bajo sus enormes pies grises—. Yo estoy buscando a *Phoenix*.

—¿Ah, sí? —Simon intercambió una mirada fugaz con Jack, y luego le ofreció una sonrisa a Fidelity—. Supongo que ya estás recuperando la memoria.

—¿Buscamos al mismo Phoenix? —preguntó ella.

—Creo que sí. —Simon le dio una patada a una piedra con la bota, sacándola del camino—. Pero si vuelve a intentar otra locura temeraria a mis espaldas, me rindo con él. Todo tuyo.

—Es de vital importancia que lo encuentre —dijo Fidelity, asintiendo con la seriedad de una mujer de negocios—. Debo entregarlo al Alto Mequetrefe.

Simon se rió tras la barba.

—El Alto Mequetrefe, ¿eh?

—¿Cómo está Gloria? —preguntó Jack con una mirada de preocupación, posando una mano frágil sobre el hombro de Simon.

—Se ha adelantado —respondió Simon—, para transportar lo que debían de ser todas las cosas que alguna vez han pasado por tu casa.

Jack asintió.

—Va a mover todo lo que tenemos a nuestra casa en el Distrito de los Hechiceros. Tenemos un apartamento adorable encajado entre las terrazas del Clan Oso, que lleva varias generaciones en mi familia.

Simon hizo una mueca. No entraba en esa parte de Karvil City desde niño, y no tenía ganas de implicarse en las tediosas riñas y relaciones turbulentas inherentes a tener a tantos hechiceros viviendo tan cerca. Los clanes ya eran bastante complicados por sí solos. Pedirles que cohabitasen era como obligar a todos los animales de un zoo a compartir la misma jaula.

—Está un poquito abarrotada —continuó Jack—, pero puedes quedarte con nosotros tanto tiempo como necesites. Dadas las circunstancias, puede ser difícil encontrar alojamiento.

Simon rechazó amablemente la oferta.

—Pero querrás visitar la Casa Principal de los Wolfe —agregó Jack mientras continuaban avanzando entre las colinas.

—¿Por qué? —preguntó Simon—. Drenaron de su poder a todos los miembros del clan.

—Eso cuenta la leyenda —admitió Jack—. Pero los ex-miembros del clan pasan por la Casa de vez en cuando. Incluso Maulbrak portaba el apellido Wolfe, antes de quitárselo para hacer carrera en solitario.

—¿Maulbrak era un Wolfe? —Simon miró con sorpresa al anciano.

—Hace mucho, *mucho* tiempo —dijo Jack—. Se apartó del clan poco después de la Guerra de las Sombras.

Simon frunció el ceño.

—Supongo que era más listo que el resto de nosotros.

—Creo que la guerra lo cambió —dijo Jack—. De todas formas... Ahora que Yonder está en peligro, quizá los viejos Wolfe consideren volver al clan y unir fuerzas.

Simon se rió con la amargura propia de lo que opinaba sobre sus orígenes Wolfe.

—Al contrario de lo que pueda sugerir el nombre de nuestro clan, los Wolfe teníamos bastante menos mentalidad grupal de lo que puedas pensar. Nos peleábamos como perros hasta por el último trozo de carne.

Jack se encogió ligeramente de hombros.

—Si quieres desbloquear lo que falta de tu poder, necesitarás encontrar a alguien con la sabiduría de tu clan.

—Preferiría no involucrarme con ellos nunca más —dijo Simon, con la voz tan sombría como su ánimo—. Pero me lo pensaré.

—¿Entonces te quedarás en el Gremio de Inventores? —preguntó Jack, mientras Fidelity se apartaba del camino para meter el brazo en una madriguera.

—Durante un tiempo —dijo Simon, observando cómo la troll sacaba por los cuernos a una enorme criatura escamosa de seis patas—. Aunque, para serte sincero, creo que Rojo planea hacer que lo arresten.

—Sigue siendo tan imprudente como siempre.

Jack y Simon se detuvieron a un lado del camino, con los brazos cruzados mientras observaban a la alegre troll. Fidelity esbozó una sonrisa llena de dientes mientras balanceaba al monstruo por la cola, agitándolo en círculos cada vez más rápido hasta que lanzó a la pobre criatura por los aires en dirección al otro lado de la colina. Se estrelló contra un arbusto antes de salir corriendo entre agudos alaridos.

Fidelity sonrió, y se quitó el polvo de las manos.

—Es el decimotercer gorvel al que aterroriza hoy —dijo Jack, girándose para continuar siguiendo el camino. Simon fue a seguirlo, pero se detuvo en seco al notar una sutil ola de energía. Jack no parecía interesado en el leve temblor del aire, pero Simon tenía experiencia suficiente para reconocer a quién pertenecía la energía.

Pese a que tenía bastante menos fuerza de lo normal, la naturaleza característica de la fuerza vital de Phoenix resultaba tan inconfundible como siempre.

—Me voy adelantando —dijo Simon, subiéndose a lomos de Tugger—. Seguro que nos volveremos a encontrar.

—Suerte encontrando tu tenis.

—Gracias, Fidelity.

Simon les deseó un buen viaje y luego espoleó a Tugger, galopando hasta que rodearon la última tanda de colinas y llegaron a las vastas llanuras que rodeaban Karvil. La caótica silueta de la famosa ciudad reluciente se veía desde lejos, con sus altas torres elegantes y sus chapiteles enroscados que se estiraban hacia el cielo.

El camino ante él estaba a rebosar de viajeros. Muchos de ellos se desplazaban sobre carros abarrotados y alimentados por disco, pero la mayoría iba a caballo o a pie. Mientras que Simon se estaba acercando desde el oeste, el grueso de la multitud llegaba desde los caminos del este, que llevaban a ciudades costeras empobrecidas como Adderhead Cove. El lugar que lo vio nacer.

Sintiendo la presencia de Phoenix, Simon espoleó a Tugger para que se uniera al flujo de tráfico que se acercaba a las puertas de la ciudad. Tras serpentear entre las lentas multitudes de viajeros fatigados, terminó por alcanzar a Gulliver, que se movía con pesadez carretera abajo, con la cabeza agachada. Phoenix caminaba distraído al lado del exhausto caballo, con Fay envuelta en el chal y apoyada contra su pecho. Su cola mullida colgaba del brazo de él, y se balanceaba de un lado al otro a cada paso.

—Qué agradable sorpresa encontraros vivos. —Cuando llegó junto a ellos, Simon hizo a Tugger aflojar el paso.

Phoenix alzó la mirada, con una sonrisa incómoda.

—Antes de que te plantees tirarme al suelo de nuevo me gustaría señalar que estoy llevando a Fay, y ella no te ha mostrado nada más que amabilidad.

Simon puso los ojos en blanco.

—No te voy a tirar al suelo.

Phoenix dejó caer los tensos hombros, aliviado.

—Gracias.

—Rojo... —Simon mantuvo al mínimo la exasperación en su tono de voz—. ¿En qué estabas

pensando?

Phoenix clavó la mirada en el suelo mientras caminaba.

—Hice lo que tenía que hacer.

—¿Ah, sí? —preguntó Simon mientras un grupo de pescadores lo adelantaban por la derecha, con las cañas y anzuelos repiqueteando mientras caminaban con sus sombreros de paja y sus sandalias—. ¿Actuar a mis espaldas, poner a Fay en peligro y arrancarte toda la energía que tienes para poder venderla?

—Sep —dijo Phoenix—, más o menos.

Simon abrió la boca para abroncar a Phoenix respecto al impacto que sus decisiones tenían en quienes lo rodeaban, pero algo en el aire abatido del chico le hizo cambiar de idea. Suspiró, y se bajó de lomos de Tugger.

—¿Todavía no se ha terminado de regenerar tu energía?

—No del todo —confesó Phoenix, esquivando con cuidado a un pequeño goblin morado que se había detenido para tirar de un hierbajo que crecía en medio del camino—. Me está llevando más tiempo de lo que solía cuando era niño.

—¿Por qué?

Phoenix sonrió.

—Una desafortunada mezcla de todo un poco, supongo.

—¿Por qué no estás montado sobre Gulliver? —preguntó Simon.

Phoenix se encogió de hombros.

—Estoy intranquilo. Hay mucho en lo que pensar. Necesito moverme. —Rascó el suave pelaje de las orejas de Fay y ella le siseó, así que le dio unas palmaditas en la cabeza a modo de disculpa. Tras fruncir el ceño, Fay se volvió a dormir. Phoenix continuó callado, caminando con la falta de prisa y la expresión ausente de alguien cuya mente estaba en otra parte.

—Bueno... Si no te supone mucho problema —dijo Simon—, ¿qué tal si me pones al día sobre tu *nuevo* plan autodestructivo para salvar el mundo?

—¿Ahora ya eres un hechicero con todas las de la ley? —preguntó Phoenix.

La pregunta pilló desprevenido a Simon.

—Yo... —Frunció el ceño—. Casi.

Phoenix le lanzó una mirada de aprobación desde detrás de su melena.

—¿Por qué? ¿Gloria no pudo arreglarte los tatuajes?

—Los tatuajes no necesitan cambiar —dijo Simon—. Solo quedan unos pocos minerales amortiguadores de magia bajo mi piel que necesito que me quiten, pero algunos afectan a arterias de energía demasiado complejas como para que Gloria se arriesgase a trastear con ellos.

—¿Así que..., hablando en abstracto..., no planeas proyectarte a un mundo totalmente diferente, al menos de momento?

—¿Con mis habilidades actuales? —Simon frunció el ceño—. No parece probable. Aunque sí que es algo en lo que he pensado.

Phoenix se frotó los ojos.

—¿No podría interesarte algún hobby menos peligroso que el viaje interdimensional? ¿Como el punto de cruz, por ejemplo?

—Relájate —dijo Simon—. No voy a seguirte hasta la Tierra.

—Cuánto desearía que fuera verdad —dijo Phoenix—. Porque que vayas a la Tierra es una idea terrible, horrible y *espantosa*.

—Lo que es, es imposible. —Simon suspiró, cruzándose de brazos mientras caminaba—. Jack dice que si quiero desbloquear todo mi poder de forma permanente tendré que encontrar a

otro Wolfe.

—¿Acaso no eres el único Wolfe a este lado del vacío? —preguntó Phoenix.

—Oficialmente, sí —respondió Simon, y se detuvo—. ¿Sabías que Maulbrak antes era un Wolfe?

Phoenix hizo una mueca, y se adelantó sin él.

—Yo que tú le evitaría —dijo, antes de añadir sombrío—. Mira esa ciudad.

Simon lo alcanzó, y miró hacia delante. Incluso a primera hora de la tarde, la ciudad al final del abarrotado camino brillaba con luces de colores vivos. Brillaban y se encendían y apagaban desde los laterales suavemente curvos de los edificios, cubriendo por completo el borde de la muralla baja de piedra que rodeaba toda la reluciente metrópolis.

—De toda la energía que recolecta Bloodwood —dijo Phoenix—, casi el noventa por ciento lo compra Karvil. Por supuesto que lo acaparan ellos; les encanta presumir del esplendor lujoso y la riqueza abundante de la ciudad. E igual uno se esperaría que les interesara ser un poquito más austeros ahora, considerando cuánto vamos a necesitar toda la energía que logremos reunir en las próximas semanas...

Simon se acarició la barbilla.

—Supongo que Karvil tiene a su disposición más energía de la que pensaba.

—O eso, o los pretenciosos arrogantes que gobiernan son un puñado de capullos cabezones, desagradecidos e insensibles que se merecen por completo el tremendo ataque de Sombras que se les viene encima —dijo Phoenix con tibieza.

—Igual quieres moderar un poco tu tono en público, Rojo. —Simon le lanzó una mirada circunspecta—. Bastantes problemas tenemos ya sin que tu idealismo nos vuelva a meter en líos con las autoridades.

Phoenix se rió con suavidad.

—Me comportaré. Por ahora.

Continuaron caminando, tan despacio que un grupo de trolls ancianos que discutía mientras arrastraba piedras caras y decoradas a mano amenazó con adelantarlos; seguidos por una joven que intentaba desesperada tirar de un burro muy poco convencido. Simon esperaba que Phoenix rompiera el silencio, pero éste se limitó a mirar el camino. Al final, el hechicero se rascó la barba, sintiéndose incómodo.

—¿Está bien Fay? —preguntó.

—Supongo. —Phoenix sostuvo al adormilado gato frente a él, con las piernas y la cola colgando inertes—. ¿Te apetece unirme a la conversación, Faydelia?

Ella le apartó la nariz con la pata y él sonrió, devolviéndola al chal.

—Yo también estoy bien —dijo Gulliver—. Gracias por preguntar.

Simon resopló.

—Lo siento, Gulliver. Me alegro de que estés bien.

—No suelo me suele gustar mucho eso de dar las gracias... —Gulliver vaciló antes de continuar con tono rígido y controlado—. Pero aprecié tu puntual llegada esta mañana. Y tu respuesta rápida a esas Sombras fue... Encomiable.

Simon arqueó una ceja.

—¿De dónde viene tanta ñoñería afectuosa? ¿Estás enfermo?

Gulliver meneó la cola, irritado.

—Manejaste a esas Sombras con una tranquilidad pragmática a la que muchos en Yonder no pueden más que aspirar. Si no hubieras llegado cuando lo hiciste, me inclino a creer que podríamos haber muerto los tres.

Simon parpadeó.

—*Tienes* que estar enfermo.

—Estoy diciendo que lo hiciste bien —le ladró Gulliver.

Simon frunció el ceño.

—¿Me estás alabando?

—Sí —dijo Gulliver tras una larga pausa.

—Tú nunca le haces cumplidos a nadie.

—Es que rara vez hacéis nada digno de alabanza.

—Necesitamos un vigilante —dijo Phoenix, evidentemente sin prestar ninguna atención a la conversación.

Girándose hacia él, Simon preguntó:

—¿Dónde?

—Aquí. —Phoenix se detuvo a un lado del camino—. Necesitamos que alguien esté fuera de la ciudad para avisarnos cuando las Sombras comiencen a acercarse.

—¿Estás sugiriendo...? —Gulliver aplanó ambas orejas.

—Hay mucha hierba —dijo Phoenix, haciendo un gesto hacia los campos—. Y un arroyo no muy lejos.

—También hay monstruos bajo tierra —gruñó Gulliver—. Y Sombras al caer.

—Muy cierto. —Phoenix le puso una mano en el lomo a Gulliver—. Contacta con nosotros si necesitas algo.

—¿Como por ejemplo un refugio de las inclemencias del tiempo? —siseó Gulliver—. ¿O un muro entre las Sombras y yo?

Simon ya estaba guiando a Tugger lejos del camino, hacia la enorme pradera.

—Apreciamos esto muchísimo, Gulliver.

—¿Por qué tiene que quedarse Tugger? —preguntó Gulliver, como un niño petulante.

—Porque le caes bien —replicó Simon, dejando que Tugger se rebozase en la hierba alta—. Y esto sale más barato que un establo.

—Y os va mejor si os quedáis juntos —añadió Phoenix.

—Esto igual te sorprende —dijo Gulliver—, pero no existo para complacerte. Soy un ser altamente inteligente con la capacidad de comunicar ideas abstractas y pensamientos complejos. Tugger es...

—Sí, sí —suspiró Simon—, Tugger es un idiota. ¿No estabas dándome las gracias por salvarte hace dos segundos? Me debes una, ¿recuerdas?

Gulliver movió una oreja, y luego se apartó para hacer que Tugger se levantase del suelo.

—Manteneos a salvo —les dijo Phoenix—. Y en contacto.

Gulliver resopló mientras se daba la vuelta, y luego Tugger y él salieron corriendo, levantando briznas de hierba y nubes de polvo a su paso. Cuando los caballos no fueron más que puntitos negros en el horizonte, Simon y Phoenix continuaron siguiendo el abarrotado camino. Fay todavía estaba echándose la siesta en brazos de Phoenix.

No hablaron hasta llegar a la densa multitud que taponaba el camino debido a que todo el mundo se apretujaba para pasar por la entrada principal a Karvil. La muralla de piedra que la rodeaba no era particularmente alta, pero sí lo suficiente para obligar al viajero de a pie a atravesar la entrada, altamente vigilada, en vez de perder el tiempo intentando trepar por el perímetro, igual de estrechamente vigilado.

Mientras se acercaban a la entrada, Simon advirtió la mirada de un niño uniformado desde uno de los parapetos que seguía sus pasos entre la multitud.

—Oye —dijo Phoenix, distrayendo a Simon de la mirada vigilante del guardia—. ¿Te importa sujetar esto? —Se había ocultado a la sombra de la muralla justo junto a la entrada, y le tendía su ajada bolsa.

—¿Pesa demasiado? —Simon frunció el ceño mientras se echaba al hombro la bolsa de Phoenix.

—Aunque aprecio tu condescendiente preocupación —dijo Phoenix con ligereza—, mis motivos tienen un carácter un poco más criminal.

—¿Prefieres que sea yo el que cargue con tu carísimo contenedor de energía de contrabando? —adivinó Simon.

Phoenix le ofreció una sonrisa sin ganas.

—Si alguien me reconoce por los pósteres de “Se busca” de Fidelity, deberíamos por lo menos saber que esa energía está oculta hasta que no nos quede otra que revelar su existencia.

—¿Y si soy yo a por el que van? —preguntó Simon mientras volvían al flujo de viajeros. Phoenix le dio una palmadita en la espalda.

—En ese caso, me lo dejas a mí.

Se dejaron arrastrar por la multitud. Simon notó un pico en la energía de Phoenix mientras atravesaban las puertas, y bajó la mirada a tiempo para ver una mueca en el rostro de Phoenix, pero Phoenix no dijo nada. Así que Simon siguió su ejemplo, y no hizo comentarios sobre las potentes guardas anti-Sombras de Karvil.

Al cruzar al otro lado de la muralla quedaron bañados en la luz del sol, y Simon se detuvo para observar la ciudad. El camino que habían estado siguiendo continuaba en línea recta hasta el corazón de Karvil, pero a ambos lados de la carretera había una ancha franja de tierra que separaba la gran muralla de la amalgama de torres y hogares en forma de burbuja que brotaban del centro de la ciudad, como un jardín salvaje de metal reluciente y luz.

La Franja, como la llamaba todo el mundo, rodeaba toda Karvil con exuberante hierba, y hacía las veces de área al aire libre que la gente podía disfrutar sin tener que temer encontrarse monstruos como los del otro lado de la muralla. Por lo general quedaba ocupada por picnics, banquetes de boda, jóvenes con demasiado tiempo libre entre manos, y un profeta del apocalipsis o dos. Pero hoy la Franja se había transformado en un mercado abierto a rebosar de gente; hilera tras hilera de puestos ambulantes se habían instalado en ella, tratando de ganar dinero con el flujo de visitantes que atravesaba sin cesar la entrada principal.

Una gran parte de la multitud continuó derecha en dirección a la ciudad para regatear en busca de un lugar para dormir, pero muchos recién llegados se desviaron al mercado para explorar las infinitas hileras de puestos. La multitud era tan densa que Simon perdió a Phoenix de vista enseguida. Su revuelta melena pelirroja se desvaneció casi de inmediato en aquel océano de gente mucho más alta que él.

Simon tragó saliva mientras lo embargaba una oleada de náuseas. La ciudad siempre había sido difícil de transitar, ya que estaba llena de destellos del pasado vagos y a menudo caóticos. Desperdigadas entre los vivos había personas transparentes que habían dejado aquel mundo hacía tiempo. Fantasmas, como le gustaba llamarlos a Phoenix pese a la cantidad de veces que Simon le había corregido.

A la izquierda de la entrada podía ver un ahorcamiento público desvaído y etéreo; la palestra de madera se fundía de forma espeluznante con una mesa de picnic del presente.

Debía de pertenecer a un momento remoto de la historia de Karvil, ya que la ciudad no había ejecutado a nadie desde que terminó la Guerra de las Sombras hacía cincuenta años. Por lo menos, no en público. Por supuesto, las Penumbras habían sido las únicas excepciones a la regla.

Simon apartó la mirada mientras el ejecutor abría la trampilla, y cerró los ojos mientras respiraba hondo para intentar sacarse el pasado de la cabeza.

Cuando abrió los ojos de nuevo, todas las figuras fantasmagóricas habían desaparecido. Fuera lo que fuese lo que había logrado hacer Gloria con sus poderes, la conexión de Simon con el pasado se había vuelto, por fortuna, más fácil de controlar.

Un troll empujó a Simon por la espalda y él continuó caminando, aunque no sin antes lanzarle al troll una mirada envenenada que no se registró en el limitado campo de visión de la enorme criatura. Alcanzó a Phoenix un momento después, y se dio cuenta de que se había detenido junto a una tienda decorada con partituras. Estaba tan absorto en su conversación que ni se dio cuenta de que llegaba Simon.

—¿Cuánto por esa trompa? —preguntó Phoenix, inclinándose sobre la mesa y señalando al instrumento en cuestión: un nudo brillante de metal dorado exhibido al fondo de la marquesina.

La dama bajita con fino pelo gris que regentaba el puesto tomó la trompa de su lugar, y se la enseñó a Phoenix para que la mirara más de cerca.

—Tiene buen ojo, señorito —dijo con voz ronca—. Esta bestiecilla fue creada por mi abuela hace casi medio siglo. Dos tubos. Una válvula extra para cambios de tonalidad sutiles. Válvulas de hueso.

—¿Qué precio tiene? —Phoenix fue a tocarla, pero la mujer le apartó la mano.

—Doce mil oros.

Phoenix hizo una mueca.

—¿Y si le ofrezco este gato en su lugar?

La mujer se rió.

—Si no vas a comprarla, crío, vete a paseo.

—Vaya, de señorito a crío en diez segundos —suspiró Phoenix. Se giró y se encontró a Simon de pie a su lado—. Simon. Hola. Me he distraído.

—¿Estás tratando de vender a Fay?

—Uy, un momento. —Phoenix alcanzó algo que había detrás de Simon, y arrancó un trozo de papel colgado de la tela de la tienda enfrente del puesto de música. Agitó el papel delante de la cara de Simon, quien reconoció la ilustración a color de Phoenix en el póster de “Se busca”. Phoenix sonrió, sombrío—. Nuestra amiga troll ha estado ocupada.

—No creo que nuestra amiga troll sea la única que te busca —dijo Simon, cogiendo el póster y metiéndolo arrugado en su bolsa mientras la multitud se movía alrededor de ambos.

—¿Crees que me han puesto mi propio equipo de búsqueda? —preguntó Phoenix, pareciendo entusiasmado con la idea.

Simon frunció el ceño, y luego le dio un tirón a la capucha de Phoenix para cubrir su llamativa mata de pelo rojo.

—Mejor que sigamos moviéndonos —murmuró—. ¿Adónde vamos primero?

Phoenix colocó a Fay en una posición más cómoda, y luego estudió el mar de puestos y tiendas.

—¿A por comida? —sugirió.

Atravesaron la multitud en dirección a un puesto que vendía pan recién hecho, hasta que una sensación punzante en la nuca hizo que Simon se diera la vuelta. El joven guardia que había visto patrullando la pared estaba hablando con la mujer del puesto de música, agitando un trozo de papel del tamaño de un póster. A Simon se le hundió el corazón cuando la mujer señaló hacia un lado de los puestos, y el guardia miró a Simon a los ojos.

Le dio un codazo en la espalda a Phoenix.

Antes de que Phoenix pudiera reaccionar, el guardia se acercó a todo correr entre la multitud, agitando un dedo acusatorio en su dirección.

—¡No os mováis!

—Muévete —le urgió Phoenix, lanzándose entre dos tiendas hacia la siguiente hilera de puestos. Simon se metió como pudo entre ellas y corrió tras él, abriéndose paso entre la marea de gente al otro lado mientras seguía a Phoenix y juntos se adentraban más en el mercado.

El guardia los siguió entre la multitud a una velocidad sorprendente.

Phoenix esquivó de un salto una gran caja de fruta que Simon tiró al suelo sin querer. Se disculpó con el enfadado propietario del puesto mientras pasaba corriendo.

—Es demasiado temprano para ser arrestados. —Phoenix hizo un giro cerrado a la derecha, esprintando en dirección a la siguiente fila de puestos con Simon pisándole los talones y Fay maullando con irritación.

—¡Tú! —gritó el guardia—, ¡el del abrigo! ¡El de colores! ¡Oye!

Se abrieron paso entre el tráfico pedestre, esquivando percheros de ropa y exposiciones precarias hasta alcanzar una horda de gente que hacía fila para comprar en un puesto de panadería con una oferta de pasteles por tiempo limitado.

Deteniéndose un momento, observaron la enorme multitud que impedía el paso a los puestos circundantes. Phoenix se rió.

—Esos pasteles deben de saber a Luz bendita. —Se giró para encarar al guardia, que se acercaba corriendo.

—¿Plan? —siseó Simon, agachándose hasta estar a la altura de Phoenix.

—Nos encontraremos junto a la dama desnuda —murmuró Phoenix.

—¿Qué?

—No llevará mucho rato.

—¿El qué?

—Llévate a Fay. —Phoenix le plantó a Simon el gato en brazos, y luego se giró para sonreírle al guardia que se acercaba—. ¡Señor guardia! ¿En qué puedo ayudarle?

El guardia se detuvo ante ellos, y se tomó un momento para recuperar el aliento. Parecía joven, quizá con diecisiete años recién cumplidos, y tenía brazos larguiruchos y un intento fallido con calvas de barba adulta.

Llevaba el uniforme beige bien planchado, aunque ahora estaba algo arrugado por la persecución, y Simon advirtió una serie de cuchillos y porras colgando de su cintura, además de una lanza de Sombras en su cinturón que brillaba bajo el sol. Si el joven guardia decidía usarla, Phoenix iba a estar en un buen apuro.

El guardia se envaró, y señaló a Phoenix.

—¿Eres Phoenix Page?

A modo de respuesta, Phoenix le ofreció una sonrisa relajada.

—A juzgar por tu tono, me da que me convendría decir que no.

—Te busca el Alto Jefe.

—Qué halagador.

—Por favor, ven conmigo.

—¿Por favor? —Phoenix arqueó una ceja—. Eres nuevo en esto, ¿no?

—No opongas resistencia —dijo el guardia—, y nadie saldrá herido.

—Eso es muy considerado por tu parte —dijo Phoenix, y pareció genuinamente conmovido por la cortesía del guardia—. ¿Cómo te llamas?

—Bradley. —El rostro del guardia empalideció—. No debería habértelo dicho.

—Un placer conocerte, Bradley. —Phoenix le ofreció una sonrisa amistosa, que Bradley le devolvió con cautela.

—¿Así que...? —dijo, con una esperanza que Simon suponía que estaba a punto de ser aplastada por lo que tuviera Phoenix en mente—. ¿Vendrás en silencio?

—Escucha —dijo Phoenix, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo—, Brad. Pareces un tipo decente. Y me parece justo ser igual de amable contigo.

Bradley frunció el ceño.

—¿Qué?

—Haz lo que te diga —dijo Phoenix—, y no le haré un agujero del tamaño de una casa a esa bonita muralla de piedra que todos queréis vigilar con tanto ahínco.

—Allá vamos —musitó Simon entre dientes.

Bradley se revolvió, incómodo.

—¿Puedes hacer eso?

Phoenix juntó lentamente las manos.

—¿Es que te gustaría verme intentarlo?

—No —respondieron Bradley y Simon al unísono.

—Creo, entonces —dijo Phoenix mientras la multitud se arremolinaba en torno a ellos—, que probablemente podamos alcanzar algún tipo de acuerdo.

El joven guardia levantó la suave barbilla, lo cual no hizo mucho por contribuir a hacerlo más intimidante.

—Di tus condiciones.

—Con gusto —dijo Phoenix—. Mi amigo queda libre para marcharse.

Bradley miró a Simon, y luego se encogió de hombros.

—Sin problema.

—Ah —añadió Phoenix—, y tienes que responder cualquier pregunta que te haga mientras vamos hasta donde está el Alto Jefe.

—Pero tengo que reportarte a mi supervisora —objetó Bradley—. Es ella la que te llevará ante el Alto Jefe.

—¿Y dónde está ella, exactamente? —preguntó Phoenix.

—Junto a la entrada. —Bradley asintió en dirección al final del mercado.

Phoenix sonrió.

—Entonces supongo que puedes contestar a mis preguntas mientras vamos allí.

—¿Tengo que responder *la verdad*?

—Como quieras —respondió Phoenix—. Es parte de la gracia.

—¿Y ya está? —preguntó Bradley, entrecerrando con suspicacia los ojos—. ¿Vendrás si *hablo* contigo y dejamos aquí a tu amigo?

Phoenix le dio una palmadita en el hombro.

—Sí, es así de simple.

—Tendré que atarte.

A Phoenix se le cayó la sonrisa del rostro.

—Preferiría que no hicieras eso.

—Solo las manos —dijo Bradley, desenrollando una cuerda corta de uno de los enganches de su cinturón—. Tenemos órdenes de hacer eso, o dejarte inconsciente.

—No te imagino logrando dejarme inconsciente... —dijo Phoenix. Extendió las manos, solo para apartarlas bruscamente en cuanto Bradley le tocó las muñecas.

El joven guardia frunció el ceño y Phoenix titubeó antes de ofrecerle de nuevo las manos,

haciendo una mueca cuando la cuerda le rozó la piel. Bradley apretó la cuerda y Phoenix dio una palmada sonora, mientras la energía en el aire se expandía como si estuviera a punto de invocar una piedra de vacío.

—Tranquilo, Rojo —murmuró Simon. Un mercado abarrotado no era el mejor lugar para andar lanzando energía del vacío letal sin control.

Phoenix le lanzó una mirada llena de pánico antes de relajarse, esbozando una sonrisa que no podía significar nada bueno.

—Os alcanzaré pronto.

Bradley agarró a Phoenix del brazo y le dio la vuelta, llevándolo de vuelta hacia la entrada principal.

—¡Cuidado con el gato! —gritó Phoenix.

—¡Espera! —vociferó Simon tras él—. ¿¡Dónde está la dama desnuda!?

La multitud dejó de hacer sus compras por un momento para lanzarle miradas de desaprobación. Incluso Fay levantó la cabeza para fulminarlo con la mirada antes de volver a acurrucarse en el chal.

Phoenix echó la mirada atrás.

—Venga, Wolfe. Un poquito de decoro. —Entonces el guardia y él doblaron una esquina y desaparecieron tras un puesto de telas, y Simon se quedó de pie y algo confuso junto a un anciano que vendía patatas al horno.

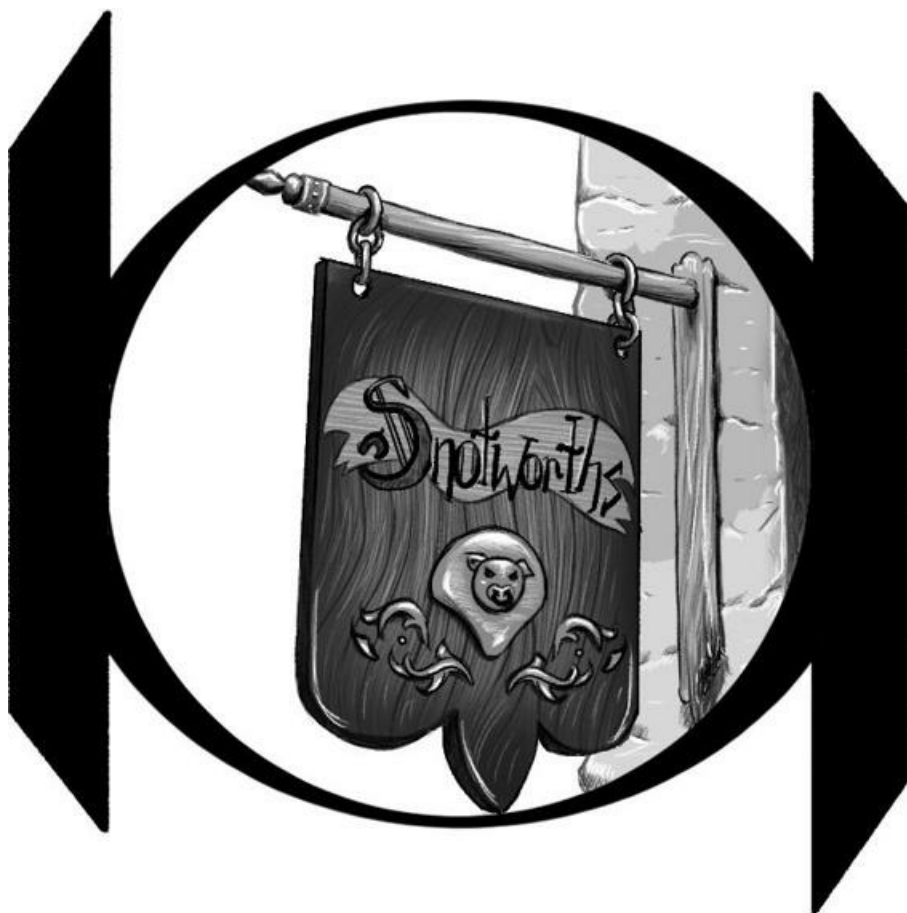
—Me ha contado su plan —dijo Fay, ronroneando en la mente de Simon con una suavidad sedosa que le puso la piel de gallina.

—¿Y era bueno? —preguntó Simon en voz alta, sin mucho optimismo.

Fay soltó un bufido.

—Para nada.

Simon se frotó los ojos, frunció el ceño mientras miraba al cielo en un silencio contemplativo durante un momento, y luego suspiró mientras se compraba una patata.



Calles de la ciudad

“La dama desnuda” resultó ser el sobrenombre de la estatua de piedra que coronaba la Fuente del Alzamiento, ubicada al final de una lóbrega callejuela junto a la taberna más roñosa e infestada de gérmenes de Yonder: Snotworth’s. Simon había cometido una vez el error de pedir en ella un bol de estofado. Terminó en cama durante tres semanas, para gran preocupación de Phoenix, que había tenido doce años y había sido incapaz de cuidarse a sí mismo; mucho menos a un hechicero adolescente irritable que de pronto se pasaba los días durmiendo, maldiciendo y vomitando a morir.

La dama desnuda tenía buenos músculos, además una mano sobre la cintura desnuda y un pie sobre la cabeza decapitada de una Sombra mientras alzaba una lanza contra una ola de piedra pulida. El agua caía por su lanza hasta la fuente poco profunda que la rodeaba. En teoría, la obra representaba algo en relación a la fuerza de Karvil, aunque el origen exacto de su creación se había perdido con el tiempo.

Mientras Simon esperaba a Phoenix de pie junto a la fuente, frunciendo el ceño ante el rostro determinado de la dama desnuda, no pudo evitar recordar su primer encontronazo con la estatua.

—Diez años —murmuró para sí.

—¿Qué? —La voz de Fay interrumpió sus pensamientos.

Se giró hacia ella. Estaba sentada al borde de la fuente, limpiándose el largo pelaje con la elegante despreocupación felina que hacía del Clan León el más egocéntrico de todos los clanes.

—Este lugar —dijo Simon—, es donde vi a Rojo por primera vez.

*

Simon tenía quince años, y estaba sentado sobre el tejado de una sospechosa tienda de antigüedades viendo cómo las calles adormiladas de Karvil se ocupaban de sus asuntos a sus pies. Habían pasado meses desde que escapó por última vez de la ciudad, pero ya llevaba un tiempo siguiendo al misterioso niño y la persecución lo había traído derecho de vuelta a Karvil.

Odiaba estar tan cerca del clan, pero los periódicos que había robado de la oficina de Edgar le habían proporcionado la suficiente información sobre el inusual chico para darle esperanzas. Suficientes esperanzas para convencerlo de que merecía la pena correr el riesgo de ser capturado por los Wolfe al volver a la ciudad.

El pequeño mocoso pelirrojo se escaqueó por la puerta trasera de un restaurante, con la ropa ajada abultada por toda la comida que había robado.

Simon se puso en pie de un salto. El chico era inconfundible. No parecía nadie especialmente impresionante, pero la energía que impregnaba el aire confirmaba que era un fenómeno de la naturaleza inestable con acceso directo al vacío, que los papeles de Edgar habían citado tranquilamente como una rareza a la que mantener vigilada.

—¡Eh, tú! —Simon se apresuró a bajar por un lateral del edificio, aterrizando con un ruido sordo entre los sorprendidos viandantes. El chico salió corriendo a la velocidad del rayo—. ¡Espera! —gritó Simon, saltando por encima de la montaña de panecillos que se le habían caído de la camisa al chico—. ¡Sólo quiero hablar!

Lo alcanzó junto a una mugrienta fuente de piedra en un callejón vacío, agarrando al chico por el brazo para que no huyese. Hubo un fogonazo de luz dorada tras los ojos del chico mientras daba una palmada, lanzando una piedra verde brillante por encima de sus cabezas.

Simon dio un salto hacia atrás cuando el chico dirigió sus palmas hacia él.

—Calma, Rojo —dijo Simon, bajando sus propias manos para no parecer una amenaza—. No quiero hacerte daño. ¿Cómo te llamas?

El chico lo fulminó con la mirada en silencio mientras la piedra zumbaba sobre su cabeza. Un par de personas miraron hacia el callejón mientras pasaban por allí, pero a la mayoría le bastó un vistazo a la piedra luminosa y la postura agresiva del chico para salir por patas.

Simon suspiró, y se agazapó para quedar a la altura del chico.

—Soy Simon —dijo—. Soy un hechicero.

—¡Qué vas a ser un hechicero! —replicó el chico—. He conocido a hechiceros. Tu energía es demasiado... Plana.

—Está regulada —dijo Simon, impresionado al ver que el chico se había dado cuenta de aquello—. Pero eso no me interesa; me interesas *tú*. He visto el reguero de destrucción que dejas. Puedes mantener una piedra del vacío activada mucho más tiempo que cualquier hechicero que conozca.

—Es fácil.

—Es peligroso. *De todas formas* —dijo Simon, continuando con el discurso que había estado practicando desde que descubrió los diarios de Edgar—, he continuado la investigación de mi antiguo tutor sobre la naturaleza de los túneles de vacío. Y ya que tantos túneles están rodeados por rumores de un enclenque pelirrojo saliendo a cañonazos de sus celdas de aislamiento, orfanatos y plazas de mercado abarrotadas por todo Yonder, bueno..., me imaginé que tú y yo haríamos buen equipo.

—¿Por qué es antiguo?

Simon frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tu tutor —dijo el chico—. ¿Antiguo respecto a qué?

—Oh. —Simon vaciló—. Antiguo en el sentido de que ya no está con nosotros.

—¿Se ha muerto?

Simon tragó saliva.

—Puede.

—Los túneles no lo traerán de vuelta.

Simon parpadeó.

—¿Eh?

—Buscas a tu tutor, ¿no? Por eso persigues los túneles.

—Esto no tiene nada que ver con el inútil de mi tutor —dijo Simon, mientras de sus dedos saltaban temperamentales chispas de magia—. Busco a Tristan, mi hermano. El vacío se lo llevó. A principios de año se lo tragó un túnel. Bueno, lo empujaron dentro de uno, realmente. Tampoco es que suponga mucha diferencia.

—Entonces supongo que él también está muerto —dijo el chico, encogiéndose de hombros.

Simon entrecerró los ojos.

—Mi *loro* se metió una vez en un túnel, y volvió ileso. Y con tu ayuda...

—No. —El chico sacudió la cabeza.

—Pero puedes manifestar energía desde dentro del propio vacío —dijo Simon, con la voz cargada de desesperación—. Puedes abrir túneles. Puedes...

—No. —De las manos del chico salió disparado un chorro de energía dorada que abrió un pequeño cráter en el suelo, a los pies de Simon. Simon se quedó paralizado, observando al chico con una cautela renovada—. No puedo ayudarte.

El chico disparó otra bola de energía hacia las botas de Simon, y Simon agitó las manos para crear una delgada pared titilante de luz naranja.

—¿Por qué no? —preguntó desde detrás de la pantalla oscilante.

El siguiente disparo de energía atravesó el escudo de Simon, estampándolo contra la escultura de la dama desnuda.

—Porque —dijo mientras Simon tosía y escupía agua, aferrándose a la mujer de piedra en busca de apoyo—, lo rompo todo.

Simon se encogió mientras salía de la fuente.

—Eres como mi hermano.

El chico lo fulminó con la mirada mientras motas doradas giraban en sus iris.

—Fascinante. Me da igual.

—Tristan pensaba que tenía el control —dijo Simon, mientras le chorreaba agua a los pies—. Pensó que era lo suficientemente fuerte por sí mismo. Pero nadie puede controlar el vacío. No si no es a un alto precio.

El chico no dijo nada. Le manaba sangre de la nariz pecosa mientras se mantenía firme.

—Solo eres un niño —continuó Simon, acercándose—. No tienes por qué gestionar esto solo. Necesitas que alguien te cuide. Y podríamos trabajar juntos, y ayudarnos el uno al otro.

El chico volvió a disparar un torrente de energía.

—No te acerques más —le advirtió, abriendo mucho aquellos extraños ojos por el pánico.

Simon hizo una pausa. Ya había visto antes esa mirada. Era la de alguien aterrado por el desgarrador hecho de saber que eran la parte más peligrosa de la ecuación. La de alguien que no se fiaba de sí mismo. Y era la última y desoladora expresión que Simon había visto en el rostro ensangrentado de su hermano antes de empujarlo al vacío.

—Vale, lo pillo. —Simon agachó la cabeza mientras se apartaba—. No te volveré a molestar. —Y lo decía en serio. Mientras volvía a la calle principal, Simon creyó de corazón que no volvería a tener nada que ver con el aterrado muchacho.

Pero el universo tenía planes bien distintos.

*

—¿Así que os conocisteis en Karvil? —preguntó Fay. Antes de que Simon pudiera responder, el aire se volvió más denso debido a la energía de piedras del vacío. Entre las paredes de los edificios retumbó un tremendo crujido, seguido por una explosión que atronó toda la ciudad e hizo temblar el sucio empedrado bajo sus pies.

Fay se bajó de la fuente de un salto y se apretó contra las botas de Simon, con los colmillos al descubierto y el pelaje erizado.

—Espero que sea Phoenix —dijo—, y no el comienzo de una invasión de Sombras.

—Es Phoenix —confirmó Simon, mientras los temblores remitían a sus pies. Una segunda explosión le retumbó en los oídos antes de que cayera un extraño silencio sobre la ciudad. Incluso la ruidosa clientela de Snotworth's se quedó callada mientras salían a la calle, murmurando entre sí mientras miraban a su alrededor en busca del origen del alboroto.

Simon bajó la mirada al gato que trataba de escabullirse entre sus pies.

—Pensaba que Rojo solo iba a pasarse de listo con ese guardia canijo.

—Pues ha sido una explosión bastante gorda para tratarse solo de un guardia canijo —dijo Fay, dando un brinco para sentarse de nuevo sobre la fuente.

Simon frunció el ceño.

—Quizá algo ha salido mal.

—Desde luego, no ha sido un ruido como para que todo haya salido *bien*.

Simon ni siquiera se molestó en responder.

Al final, la multitud de Snotworth's se aburrió y se apresuró a volver dentro para seguirla jugando con la peligrosa comida.

Simon se rascó la barbilla un ratito.

—Debe de estar en apuros.

—¿Cuánto tiempo crees que deberíamos esperar? —preguntó Fay.

Desde la taberna de al lado les llegó un ruido de platos rotos, seguido por pisotones estruendosos y aullidos de risa. Entonces Phoenix salió disparado por la puerta principal, con una multitud de admiradores dándole palmadas en la espalda y alborotándole el pelo mientras lo seguían hacia la estrecha calle.

Snotworth's había sido un refugio para rufianes y agitadores desde el día que abrió, y era accesible desde una serie de túneles secretos, trampillas y conductos esparcidos por la ciudad: era perfecta para cualquiera que necesitara escapar de prisa. Phoenix conocía cada uno de esos túneles, trampillas y conductos, y se había convertido en algo así como una celebridad local entre aquellos sin derechos de Karvil City gracias a sus ideales antiautoritarios y su gusto por los follones.

Vio a Simon calle abajo y se separó de la multitud, sonriendo de oreja a oreja mientras se acercaba a saltitos a la fuente. Le brillaban los ojos con una energía tan imposible de reprimir como su risa.

—Os lo juro, yo creo que a veces me subestimo —dijo Phoenix, secándose las lágrimas de los ojos—. ¡Ha sido espectacular! —Se inclinó hacia delante con las manos sobre las rodas, emanando oleadas de júbilo—. Sus caras —dijo, jadeando para recuperar el aliento—. Bendita Luz, ha sido perfecto. —La risa se convirtió en un ataque de tos, y se apoyó contra la fuente.

—¿Y si compartes el chiste con la clase? —preguntó Simon, incómodo, mientras Phoenix enterraba el rostro en un pañuelo para disimular la carraspera que le había dado.

—Claro. —Phoenix se guardó el pañuelo en el abrigo y apoyó la nuca contra la piedra, riéndose todavía para sus adentros—. Soy el pelirrojo de abrigo arcoíris más discreto de Yonder. El Maestro del Escape. El Campeón de...

—Ve al grano, Rojo.

—He volado en pedazos la muralla.

Simon parpadeó.

—¿Cómo?

—Solo una parte —dijo Phoenix—, y me aseguré de que nadie saliera herido. Avisé con tiempo suficiente. Lo coordiné a la perfección. Hubieras estado muy orgulloso: fui la mar de responsable con todo este asunto.

—No has sido lo que se dice *discreto* —señaló Simon, mientras Fay se convertía en humana detrás de él.

—Quizá al principio no —dijo Phoenix—. Pero fue la distracción perfecta para mi escape, que demostró ser un espectáculo de técnicas de evasión inteligentes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fay, ajustándose el chal con el broche de cráneo de rata—. Pensé que ibas a perder al guardia entre el gentío una vez le sacases suficiente información.

—Resulta —dijo Phoenix, poniéndose en pie—, que el joven Bradley no es el color más brillante del arcoíris. No dejaba de soltar información. Cosas interesantes, además. Como que el Alto Jefe dice que soy una Penumbra pura, de primera generación. O que todo el mundo tiene órdenes estrictas de *no* matarme. —Se quitó algo de gravilla del abrigo—. Al final me dio curiosidad conocer a la supervisora de Brad, aunque solo fuera para preguntarle qué justificación tenía para haberle dado a aquel adorable imbécil cualquier responsabilidad para empezar. Además, aparte de asuntos relacionados con el cuestionable contrato de Bradley, quería saber cómo será el procedimiento cuando *sí* quiera que me detengan.

—Otro plan a prueba de bombas —dijo Simon, mientras Phoenix se agachaba con cautela para sentarse sobre el murete de la fuente—. ¿Cómo has escapado?

Phoenix sonrió.

—Negociaciones inteligentes, y quizá alguna seria amenaza que otra en relación con piedras del vacío, escudos protectores y la seguridad de la población. La gente se mostraba reacia a atacarme, incluso después de reventar la muralla. —Phoenix se inclinó sobre la fuente—. Mi encanto ayudó bastante —agregó, y luego cogió algo de agua con las manos ahuecadas y se la llevó a los labios.

—Phoenix, por el amor de la Luz. —Fay frunció el ceño, asqueada—. Te garantizo que la gente mea ahí dentro.

Phoenix se enjuagó la boca con el agua, y luego la escupió en la fuente de nuevo. Sus ojos se entretuvieron en el agua durante un segundo, pero luego se levantó de un salto y le rodeó los hombros a Fay con el brazo.

—¡Al Gremio de los Inventores! —dijo, señalando calle abajo con el grandioso fervor de un actor de teatro amateur—. Antes de que me vuelvan a arrestar.

Fay se apartó de él.

—No voy a ir contigo.

Phoenix se desinfló un poco.

—¿Ah, no?

—Tengo que hablar con lo que queda de mi clan —dijo Fay—. Me voy al Distrito de los

Hechiceros. —Se giró, y le lanzó una mirada severa a Simon—. Tú también deberías.

Simon emitió un gruñido evasivo e ininteligible.

—¿Volveremos a verte? —preguntó Phoenix, sentado una vez más al borde de la fuente.

—Prometí que te ayudaría a sellar el vacío. Así que... Toleraré tu compañía hasta que quede sellado. —Fay le ofreció una sonrisa cínica, y le dio unas palmaditas en la cabeza—. Nos vemos en el Gremio.

—¿Hoy?

—Mañana. —Fay se giró, y le dio un puñetazo en el brazo a Simon—. Da un paso hacia delante y sé un Wolfe. Ahora los clanes tienen grandes responsabilidades.

Se alejó calle abajo, con el pelo enmarañado balanceándose tras ella como la cola undulante de un gato.

Simon suspiró mientras ella se perdía en la distancia.

—Qué fácil será para ella decirlo.

—¡Fay! —la llamó Phoenix antes de que doblase la esquina. Ella frunció el ceño al mirar hacia atrás, impaciente. Phoenix vaciló, y luego se encogió de hombros con una sonrisa incómoda—. Gracias.

Fay se limitó a poner los ojos en blanco, y desapareció por otra calle.

—Creo —dijo Phoenix, cruzando una pierna sobre la otra—, que ha decidido dejar de odiarme.

—¿Al Gremio de los Inventores, entonces? —preguntó Simon, dejando caer sobre su regazo la bolsa de Phoenix. Éste asintió.

—Va siendo hora de que me cobre algunos favores.

Se abrieron paso por las cuestionables callejuelas, manteniéndose en la sombra para evitar las multitudes. Aunque la mayoría de Karvil estaba decorada con alegres luces brillantes, las zonas que solían frecuentar Simon y Phoenix eran oscuras y apagadas, y estaban llenas de susurros furtivos y miradas recelosas mientras la gente se deslizaba de un sitio en el que hacer negocios turbios al siguiente.

Eran lugares como aquel, argumentaba Phoenix, los que tenían no solo la comida más barata, sino también la mejor música.

—Tú escucha —dijo mientras se acercaban a una chica que tocaba el violín en la puerta de una librería de segunda mano—. La gente de por aquí entiende lo que *significa* la música. Es auténtica. —Rebuscó en su bolsa, y dejó caer unas monedas en la funda junto a la mujer. Ella le guiñó un ojo, y continuó con su melodía—. Resulta infinitamente más inspirador que el rígido coñazo que se hace llamar música en Karvil Centro —agregó Phoenix mientras se alejaban—. Allí, todo el mundo está demasiado distraído por las luces bonitas y las reputaciones prestigiosas para reconocer el sonido del verdadero talento. —Volvió a mirar a la violinista—. Ellos se lo pierden, supongo.

Simon soltó una risita.

—¿Sigues molesto porque Lord y Lady Belton no nos dejaron tocar en la ceremonia de mayoría de edad de su hijo?

—“Demasiado dinámica” —dijo Phoenix, sacudiendo incrédulo la cabeza—. ¿Qué clase de crítica es esa? ¿Viste a su hijo cuando hicimos la audición? Se sentía increíblemente desgraciado. El pobre niño está encadenado a una vida de fruslerías superficiales y escrutinio adulto perpetuo. Habría apreciado un poco de música como la nuestra. —Phoenix puso los ojos en blanco—. “Demasiado dinámica”.

Doblaron una esquina, y casi se dieron de bruces con dos niñas con largas coletas que corrían

en la dirección opuesta. Phoenix saltó rápidamente a un lado mientras las niñas rodeaban a Simon y salían corriendo de nuevo en la dirección de la que acababan de venir para perseguirse por el parque desierto en la siguiente esquina.

—No tienen ni idea —concluyó Phoenix, observando a las niñas saltar entre las barras de los columpios. Ver a niños jugando en los desvencijados toboganes y columpios recordó a Simon una pregunta que llevaba queriendo hacer desde por la mañana.

—Rojo —comenzó mientras echaban a andar de nuevo—, cuando eras pequeño... Y visitabas a Gloria y Jack... ¿Recuerdas haber visto algo que te hiciera explotar con una especie de pánico frenético?

Phoenix se rió.

—Tendrás que ser más específico —dijo—. No es que fuera un niño de bajo mantenimiento.

—Una persona —dijo Simon, mientras se acercaban al parque—, que te habló. Pero no podías verla bien. Entonces te asustaste, e intentaste volar en pedazos una estantería.

—Intenté... —Phoenix se quedó en silencio y se detuvo, girándose para mirar a Simon, buscando con los ojos el rostro del hechicero con aprensión y desconfianza—. ¿Por qué quieres que te hable de eso?

Simon vaciló, intimidado por el repentino cambio de actitud de Phoenix.

—Parece que mi conexión con el pasado ya no se limita a la observación —dijo Simon—. Al parecer, puedo ser visto. Por lo menos, *tú* puedes verme.

Phoenix lo miró. Las niñas chillaron y se rieron mientras bailaban en el patio; una de ellas chillaba a pleno pulmón mientras la otra la empujaba por el tobogán. Phoenix ni siquiera las miró.

—¿Ese fuiste tú?

—Sí... —dijo Simon, sorprendido por lo débil que se había tornado la voz de Phoenix—. Lo siento.

Phoenix tragó saliva, y luego se giró y echó a andar de nuevo.

—Me equivocaba.

—¿Respecto a qué? —preguntó Simon, pero Phoenix no contestó.

Doblaron una esquina, y caminaron por en medio de la calle hasta el otro lado del parque.

—¿Por qué has tenido que sacar ese tema? —murmuró Phoenix, con tanta suavidad que Simon casi no lo oyó.

—¿Por qué te molesta tanto?

Phoenix aflojó el paso, y Simon vio que tenía el rostro pálido.

—Mira —dijo, mientras Phoenix trastabillaba hacia un lado de la calle—. No pretendía recordar los viejos tiempos. Llevas diez años huyendo de Bloodwood, y debería haberme dado cuenta de que no querías revivir nada de eso. Es sólo que pensé... —El resto de la explicación de Simon se vio cortado cuando Phoenix se inclinó sobre un gran arbusto lleno de hojas a un lado del parque y vomitó, con tanta violencia como si acabase de comer en Snotworth's.

Simon esperó apartado de los arbustos.

—¿Estás bien?

—Podría estar mejor —consiguió decir Phoenix al fin. Se apartó del arbusto, y comenzó a sacarse ramitas del pelo—. Debe de haber sido el agua de la fuente —murmuró, pero Simon sospechaba que era por algo más que el agua contaminada.

Las dos chicas se habían marchado del parque para aquel entonces, dejando la calle vacía y silenciosa. Simon frunció el ceño en dirección a Phoenix, buscando cualquier indicio de lo que estaba pasando, pero él le evitaba la mirada, rascándose distraídamente el brazo mientras

estudiaba los tejados suavemente inclinados de las tiendecitas desgastadas por el tiempo que flanqueaban la calle.

Tras decidir que Phoenix no corría peligro inmediato de desmayo, se dirigieron despacio hacia el Gremio, deteniéndose en la primera cafetería que vieron porque Simon pensó que Phoenix parecía muy pachucho.

La cafetería era un establecimiento en forma de caja con mesas redondas y sillas desparejadas. El especial del día era pan mantequillado de masa madre, así que Simon pidió un par de porciones mientras Phoenix se alejaba para conseguir mesa, moviéndose con la estabilidad de un hombre mareado que volviera a pisar tierra.

—Todo el mundo habla de la explosión —comentó Simon, llegando a la mesa con una jarra de agua y dos vasos para acompañar.

—¿Qué explosión? —preguntó Phoenix, con el puño contra la cara mientras se apoyaba sobre el codo.

Simon hizo una pausa, a medio servir el agua.

—Ah —dijo Phoenix—. Ya. *Mi* explosión.

Simon sacudió la cabeza, y dejó un vaso lleno delante de Phoenix para quedarse el otro para sí.

—¿Te sientes mejor?

—Algo no va bien —murmuró Phoenix. Tamborileó con los dedos sobre la mesa y luego levantó la mirada, frunciendo el ceño con intensidad—. Sigues teniendo barba.

—¿Y?

—Tiene que desaparecer —dijo Phoenix—. Creo que tu barba me está poniendo enfermo.

Simon puso los ojos en blanco.

—Bebe algo de agua. Estás delirando.

—Es en serio —insistió Phoenix.

—¿Qué hay de la barba de ese tipo? —preguntó Simon, señalando a un anciano milenario que bebía cerveza en una esquina del local, con la larga barba canosa metida en el cinturón. Phoenix observó al hombre en cuestión, y se encogió de hombros.

—Esa barba tiene un pase. Que se quede. Pero la tuya... —Señaló el rostro de Simon—. Hay que hacer algo. —Se llevó el vaso a la boca, pero se le escapó de la mano antes de poder beber nada. El agua se derramó sobre la mesa, salpicando también las botas de Simon.

Un chico joven y apocado con delantal eligió aquel momento para llegar con un plato de pan caliente. Incluso de puntillas, apenas era lo suficientemente alto para ver lo que había sobre la mesa.

—El especial del día —anunció, dejando la comida sobre el charco de agua. Luego se giró sobre los talones y regresó a la cocina.

—¿Cuántas piedras has usado? —preguntó Simon mientras Phoenix fregaba el agua con sus mangas remendadas.

—Oh... Solo una. —Phoenix tomó una porción de pan.

—¿Sí? —dijo Simon, rellenándole el vaso a Phoenix—. Yo noté dos.

Phoenix se rió.

—¿Para qué haces preguntas de las que ya conoces la respuesta?

—¿Para qué mientes cuando sabes que ya conozco la respuesta? —contraatacó Simon, y luego se tiró de la barba durante un buen rato antes de inclinarse hacia delante para que solo pudiera oírle Phoenix—. No puedo creerme que hicieras explotar la muralla.

Phoenix soltó una risita.

—Pues claro que puedes. Me conoces desde hace el tiempo suficiente.

—Karvil no es nuestra enemiga, Rojo.

—Lo sé —dijo Phoenix, alcanzando otra porción de pan—. Y por eso esperé hasta que llegamos a los Jardines del Jefe. Allí solo hay guardias de palacio sin sangre en las venas y pájaros exóticos. Y, como *ya te he dicho*, avisé a todo el mundo antes de que se derrumbara la muralla. Aunque me temo que igual aplasté a un pavo real. Me siento mal sobre ese. No tenía tiempo suficiente para comprobarlo.

—Se supone que debemos proteger Karvil —dijo Simon—. No destrozor sus defensas.

—Incluso si *hubiera* vuelto y hubiera encontrado un pavo real herido, ¿qué habría hecho? —se preguntó Phoenix—. No sé de primeros auxilios para pájaros aplastados.

—Esa muralla —continuó Simon—, es más importante ahora de lo que lo ha sido en los últimos cincuenta años juntos.

—Por favor —dijo Phoenix—. Incluso si fuera tres veces más grande, esa muralla no detendría a una Sombra. Y lo sabes. —Se lamió las migas de los dedos, y luego cogió su vaso lleno.

—Mi preocupación —dijo Simon, mientras Phoenix bebía agua—, es que no te estás pensando las cosas. Y estás poniendo a la gente en peligro, incluyéndote a ti.

Phoenix sonrió por encima de su vaso.

—¿No podemos tomarnos un segundo para apreciar que soy impresionante? Demolí yo solito una muralla de ciudadela diseñada para aguantar ejércitos enteros.

—Acabas de vomitar en un parque infantil.

Phoenix lo fulminó con la mirada durante un minuto y luego sacudió la cabeza, relajando el rostro para componer una sonrisa cansada.

—Estoy teniendo cuidado, Wolfe. No me voy a disculpar por intentar pasármelo bien a la vez. Ah —añadió—, y creo que deberíamos montar una fiesta.

Simon lo miró un momento en silencio, y luego se dejó tentar por lo absurdo de la sugerencia.

—¿Qué?

—Una fiesta —repitió Phoenix—. Grande. Mañana. En el Gremio.

—¿Por qué?

Phoenix se rascó la mata de pelo como un perro tratando de quitarse las pulgas, y luego se encogió de hombros y apartó la mirada.

—¿Por qué no?

—¿Porque eres el criminal más buscado de Yonder, el vacío está haciendo cosas raras, Bloodwood ha caído, y las Sombras se acercan? —Simon frunció el ceño—. ¿Te mataría tomarte esto un poquito en serio?

—Pues quizá —dijo Phoenix, y luego entrecerró los ojos—. Cállate.

Simon comenzó a replicar, pero Phoenix le chistó antes de ponerse en pie de un salto y lanzarse sobre un grupo de tres cazadores hoscós de mirada cruel que cenaban al fondo del local, rodeados de lanzas y flechas y trampas que podrían derribar a un troll. Aunque quizá “cenar” fuera un término demasiado generoso. Luchaban como animales por una bandeja de carne variada, partiéndola con las manos, arrancando tiras con los dientes.

—Siento interrumpir —dijo Phoenix, agarrando una silla y uniéndose a esos tres a la mesa—, pero no he podido evitar oírlos hablando de gigantes.

—¿Y a ti qué te importa? —escupió una mujer fornida, fulminándolo con la mirada por encima de la pata de pavo que estaba devorando.

—¿Hay gigantes en Karvil? —preguntó Phoenix, mientras Simon se acercaba para quedarse detrás de él con las bolsas.

—Por lo general, no. —Un hombre rollizo de mejillas sonrojadas le sonrió, revelando una sobrecogedora ausencia de dientes—. Pero parece que ahora sí.

La mujer fornida le dio una patada por debajo de la mesa.

—Fascinante —sonrió Phoenix—. ¿Sois matagigantes?

—Quizá —dijo la mujer, apuntando a Phoenix con la pata de pavo—. ¿Y tú?

—¿Yo? —preguntó Phoenix, fingiendo sorpresa—. ¿Es que parezco alguien capaz de derribar un gigante?

—No. —La mujer desvió su mirada acerada hacia Simon—. Pero quizá tu amigo sí. No podemos andar dándole información privilegiada a la competencia.

Los otros dos matagigantes musitaron que estaban de acuerdo, aunque sobre todo les preocupaba desgarrar su comida.

—La verdad es —dijo Phoenix— que mi amigo y yo estábamos investigando las músicas de Yonder. —Hurgó en su bolsa, y la trompeta golpeó el contenedor de energía mientras la sacaba—. Luz bendita, menuda paliza lleva... —Phoenix frunció el ceño al ver el maltratado instrumento.

La mujer lanzó su hueso a la bandeja en el centro de la mesa.

—¿Sois músicos?

—Hacemos lo que podemos. —Phoenix tocó una rápida sucesión de notas, y luego metió de nuevo la trompeta en su bolsa—. Hemos oído que los gigantes tienen una expresión musical única —agregó, mientras los cazadores escuchaban con suspicacia—, pero son criaturas notablemente reservadas. *Por tanto...*, pagaríamos una fortuna por saber lo que sabéis de los gigantes de Karvil.

La mujer fornida, que parecía estar a cargo del grupo, se inclinó hacia delante sobre la mesa y obsequió a Phoenix con una sonrisa avariciosa.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—Depende de sobre cuánta información hablemos —dijo Phoenix, imitando su postura al apoyarse sobre la mesa e inclinarse hacia ella.

Simon se cruzó de brazos, y se irguió para parecer todavía más alto detrás de la silla de Phoenix.

—Seréis recompensados muy generosamente.

Los cazadores lo miraron con recelo, pero como muchos otros hechiceros, Simon poseía una gravedad propia muy convincente que era difícil de ignorar.

El más anciano de los cazadores, un hombre arrugado con pelo ralo del color de la paja, juntó las manos con alegría reprimida.

—Ayudemos a estos gentiles bohemios.

—¿Qué queréis saber? —gruñó la mujer, masticando jamón.

—Cualquier cosa que podáis contarnos —respondió Phoenix.

—Dicen las malas lenguas —silbó el cazador rollizo y desdentado—, de que se ha corrido la voz sobre el trágico destino de Bloodwood por todo Yonder. Si ni siquiera Bloodwood puede plantar cara a las Sombras, ¿qué posibilidades tenemos los demás?

Phoenix frunció el ceño.

—¿Adónde quieres llegar?

—Karvil tiene su propio ejército de ensueño, ¿no? —dijo el hombre, meneando un dedo en su dirección—. Y tiene un tremendo escudo anti-Sombras. Y tiene esa gran muralla.

—Tenía —dijo la mujer fornida, sacándose carne de entre los dientes—. *Tenía* una muralla.

—Y la sigue teniendo —argumentó el hombrecillo—. Solo que queda menos de ella.

—Me da igual la muralla —dijo Phoenix—. Háblanos de los gigantes.

El anciano cazador esbozó una lenta sonrisa.

—Han venido a buscar refugio a la ciudad.

Phoenix resopló.

—Ni de broma abandonarían las montañas para mezclarse con pusilánimes como nosotros.

—Que sí —insistió el anciano—. Esta misma mañana hemos visto a una

—Y bien fea. —La mujer partió un hueso por la mitad, y tiró ambas mitades al suelo.

—Le pasaba algo, creo —dijo el hombre rechoncho—. Es demasiado pequeña.

Su colega asintió, mostrando su acuerdo.

—Nuestra teoría —agregó—, es que la exiliaron de su tribu.

—¿Dónde estaba esta gigante? —preguntó Simon.

La mujer se encogió de hombros.

—Haraganeando cerca del Puesto Oeste. Todavía no hemos ido a por ella. Decidimos sorprenderla cuando bajara la guardia.

El anciano cazador soltó una risita.

—Así que... Si queréis aprender cuáles son sus preferencias musicales, hacedlo hoy. Para mañana por la mañana ya habremos capturado a esa cosa.

La mirada de Simon echaba chispas mientras les daba la espalda a todos.

—Habéis sido de gran ayuda.

—¿Qué hay de nuestra recompensa? —exigió la mujer mientras Simon comenzaba a apartarse.

Simon se dio la vuelta y estampó la mano contra la mesa, creando delgadas grietas que se extendían más allá de la bandeja de carne. Un oscuro charco de tinta le brotó de la palma de la mano y se elevó en el aire, mientras un orbe ralo que giraba sobre sí mismo se partía y se lanzaba al rostro de cada cazador con la velocidad de una serpiente al ataque. Regresó a su estado oscuro y entintado y serpenteó por los cuellos de los cazadores, sobre sus hombros y por sus brazos, convirtiéndose al final en la imagen de una cruz sobre el dorso de la mano de cada cazador. Allí quedó grabado permanentemente en su piel.

—*Esa* es vuestra recompensa —dijo Simon—. Acercaos a un lanzamiento de lanza de un gigante otra vez, y ese tatuaje os hará desear estar muertos.

—¿Qué clase de recompensa es esta? —gimoteó el hombre rechoncho, frotándose sin resultado alguno la marca sobre su mano.

Phoenix se rió mientras se echaba la bolsa al hombro.

—Seguís vivos.

—¿De verdad pensáis entrevistar a esa criatura sobre *música*? —exigió saber el rollizo cazador, aterrado, mientras Simon y Phoenix comenzaban a alejarse—. ¿Es que pensáis tener una conversación sentimental con ella?

Simon regresó a la mesa, furioso.

—Es una simplona vulgar y torpe —continuó el cazador. Su tono subió toda una octava a medida que Simon se acercaba a él—, guiada por instintos salvajes y...

Simon lo agarró por el cuello de la camisa y lo sacó a tirones de su asiento, manteniéndolo inmóvil mientras acercaba su otra mano al rostro de aquel cretino que luchaba por soltarse. Relámpagos rojos danzaban en sus dedos, chisporroteando peligrosamente cerca de la nariz del hombrecillo. Simon notaba la mirada tensa de todas las personas reunidas en la cafetería, pero no

le importó mientras enseñaba los dientes y apretaba con más fuerza la camisa del hombre.

—Di una sola cosa más sobre Jess —gruñó, mientras el relámpago chisporroteaba en su mano—. *Atrévete*.

El hombre se quedó inerte y miró a Simon con estupor.

—¿Quién?

Simon lanzó el rayo y éste pasó junto a la oreja del cazador, quemando la pared de detrás, atravesando la cocina y calcinando la pared que había tras un puesto de preparación de comida, donde un anciano cocinero se quedó tan sorprendido que lanzó la cesta que había tenido en manos por los aires e hizo que una colección variopinta de vegetales se desparramase por el suelo.

—Así que... —Phoenix apareció junto a Simon, mostrando una sonrisita de suficiencia en el rostro—. La charla que me estabas echando sobre ser responsable...

Simon frunció el ceño, y dejó caer al cazador aturdido y regordete sobre su silla antes de salir del local para fulminar con la mirada a los viandantes. Phoenix se reunió con él unos minutos después, todavía sonriendo como si hubiera ganado un premio.

—He tenido una charla con el propietario —dijo, metiéndose la bolsa de monedas en su holgado abrigo—. No está para nada contenta con tu pequeño estallido. Al parecer, nada que dos mil oros no pudieran arreglar.

—Te los devolveré. —Simon se llevó la mano a la bolsa, pero Phoenix lo detuvo sacudiendo la mano.

—No te preocupes.

Simon frunció el ceño.

—Eso son un tercio de tus ahorros.

Phoenix se encogió de hombros.

—El dinero me parece algo irrelevante en el gran esquema de las cosas. —Comenzó a bajar la calle a paso ligero—. Tu amada espera, y el tiempo apremia. Deja de perder el tiempo. ¡A reunir a la banda de nuevo!

Simon sonrió con todas sus ganas. Pensar en Jess solía tener aquel efecto.



Desde el otro lado de la brecha

Phoenix se detuvo al final de una polvorienta callecita que desembocaba en el suelo llano y cubierto de hierba de la Franja, siguiendo con la mirada a los dos guardias que patrullaban la cima de la muralla a lo lejos. Todo el mundo, excepto aquellos lo suficientemente desafortunados para vivir y ganarse la vida allí, evitaba el oeste de Karvil, que rebosaba lugares como Snotworth's y tenía el misterioso Distrito de los Hechiceros encajonado justo al lado. Así, no era de extrañar que la Franja junto al Puesto Oeste estuviera casi desierta en comparación con el mercado a rebosar que habían visto en la entrada principal de Karvil, que quedaba más al sur.

El propio Puesto Oeste no era más que un asta de bandera cubierta de luces intermitentes que sobresalían de la cima de la muralla frente a ellos, velando por la pacífica escena a sus pies. Un riachuelo fluía a través de una rejilla de metal estrecha al pie de la muralla y serpenteaba por la hierba, recorriendo un camino ondulante en paralelo a la Franja y desapareciendo tras un recodo, donde continuaba hasta los Jardines junto al palacio, en la zona norte.

—Ahí —dijo Simon, señalando un giro en el riachuelo. Phoenix apartó la mirada de los guardias.

Incluso desde lejos, y sin tener mucho alrededor con lo que comparar, era fácil ver que Jess era alta. Estaba de pie dándoles la espalda en medio del río, y el agua le lamía las rodillas mientras observaba el fondo del arroyo; probablemente, asumió Phoenix, en busca de peces.

—¿Deberíamos llamarla? —preguntó Phoenix, pero Simon ya se había adelantado hacia la

Franja, abriéndose paso entre la hierba en dirección al arroyo. Phoenix miró a los guardias a lo lejos, y luego siguió a Simon al campo abierto.

Por lo menos, si les tendían una emboscada, tendría a un hechicero formidable y a una gigante ferozmente leal de su parte.

Jess sumergió los brazos en el agua mientras se acercaban. Tenía el pelo castaño ondulado, recogido en una trenza suelta para apartarlo de la cara, echado sobre un hombro. Una marca de nacimiento de color lavanda le cubría la mayor parte de la mejilla derecha, extendiéndose hasta el borde de su nariz chata, la base de su oreja, y hasta justo debajo de su ojo derecho. A veces Jess bromeaba diciendo que tenía la forma de un pájaro estampándose contra una ventana, pero Simon, que estaba enamorado hasta las trancas, le respondía que parecía un brote del tesoro; una flor rara que florecía cerca de la ciudad costera en la que había crecido él, de la que se rumoreaba que daba buena suerte a cualquiera que lo encontrase.

Phoenix encontraba infinitamente divertido el hecho de que Simon, pese a su apariencia dura, fuera un romántico empedernido, cursi y bochornoso, sin que ninguna cantidad de burla fuera a rebajar jamás hasta qué punto expresaba su afecto.

—Preparados para el impacto —anunció Phoenix, deteniéndose bastante lejos del arroyo.

Simon se detuvo a su lado, sin apartar la mirada de Jess mientras sonreía y lanzaba sobre la hierba su bolsa.

—¡Osito mío!

Jess alzó la mirada y enseñó los dientes en una sonrisa hambrienta, que le arrugó la marca de nacimiento a un lado de la cara. A pasos agigantados, comenzó a correr. Agua blanca salpicaba a sus pies mientras atravesaba el arroyo en dirección a ellos, con la chaqueta de cuero que llevaba puesta ondeando como una vela mientras cogía velocidad. Un hombre joven que había estado paseando por la Franja con su hijo cogió en brazos al niño y salió corriendo en la dirección contraria, pasando como una flecha junto a Simon y Phoenix en dirección a la seguridad del centro de Karvil, con ojos aterrados.

Phoenix no podía culparlo. Estar de pie ante una gigante a la carrera era un poco como presenciar la erupción de un volcán.

Cuando conocieron a Jess, tenía dieciséis años y era descarada, asertiva, y alta como un caballo. Ahora tenía veinticuatro y se había vuelto, además, apasionada, inteligente y astuta; aparte, casi doblaba la de por sí impresionante altura de Simon. Seguía siendo más bajita que cualquier otro gigante que Phoenix conociera, pero no era tan pequeña como para que la tierra no temblase cuando se lanzó hacia el mago y lo placó de espaldas contra el suelo.

—Hola, gatito —gruñó, atrapando a Simon contra el suelo con las rodillas.

Simon le ofreció una sonrisa deslumbrante.

—Hola.

Jess se inclinó, y lo besó con una intensidad tan feroz que parecía de mala educación presenciar la escena.

—Voy a daros un momento, ¿eh?

La pregunta de Phoenix fue ignorada por completo, así que vagó arroyo abajo. Se mantuvo ocupado haciendo rebotar piedras un rato, hasta que decidió que ya le había dado a la pareja suficiente tiempo para ponerse al día.

Al regresar se los encontró tendidos el uno al lado del otro, con los rostros separados por un par de centímetros, y las narices casi tocándose.

—En serio —dijo Phoenix, de pie ante ellos con los brazos cruzados—. Es como si no os hubierais visto en décadas. No hace ni una semana que nos despedimos.

—Ha sido una eternidad —dijo Simon, y ni Jess ni él se molestaron en mirar a Phoenix, demasiado absorbidos por la mirada del otro.

—Demasiado tiempo —estuvo de acuerdo Jess. Entonces se besaron de nuevo.

—Anoche Simon estaba haciendo la cucharita con una troll —dijo Phoenix, sentándose al otro lado de Jess—. En serio, Jesinta, te iría mejor con alguien respetable. Alguien de quien poder depender. Estable. Como yo. Podemos casarnos y retirarnos a las montañas con una docena o así de niños y un perrito. O un dragón. Siempre he querido un dragón. La llamaremos... Steampuff.

—Cierra el pico, Phoenix. —Jess le pasó un fuerte brazo por los hombros, y tiró de él para darle un incómodo abrazo que le hizo crujir toda la columna vertebral.

—¿Eso es un sí? —preguntó Phoenix, con la cara aplastada contra la clavícula de Jess—. ¿Entonces ya estamos prometidos?

Jess soltó una risita y luego se incorporó hasta quedar sentada, arrastrando a Phoenix para que se sentase delante de ella y así poder echarle un buen vistazo.

—No puedo casarme contigo. —Jess tenía una voz grave que Simon había descrito en una ocasión, de forma muy cursi, como “el retumbar de un trueno entre las cimas de una cadena montañosa”. Mis padres todavía te encuentran insoportable.

Phoenix frunció el ceño.

—Pensé que ya me habían perdonado por desatar aquella avalancha.

—Sí —confirmó Jess—. No es la destrucción que siembras allá donde vas lo que les molesta. Es tu personalidad.

—Au.

—Demasiado errática. Eres la personificación de todo lo que la cultura gigante intenta evitar.

—Una pena —dijo Phoenix, antes de añadir con suspicacia—: ¿y qué piensan de Simon Wolfe?

—Me adoran —dijo Simon, todavía tendido sobre la hierba y mirando a Jess con una sonrisa bobalicona en la cara—. Pero no tenemos ningún interés en casarnos.

Aquello era nuevo para Phoenix.

—¿Ninguno en absoluto?

Jess se rió.

—¿Tú sabes cuánto duran las bodas de gigantes?

—¿Horas? —adivinó Phoenix.

—Doce días —respondió Jess—. La mayoría del tiempo estás de pie en silencio, aunque de vez en cuando alguien señala una roca o un árbol o una montaña y dice algo como, “observad”, y es todo muy solemne y un coñazo increíble

Phoenix hizo una mueca.

—No he dicho nada, entonces.

Jess sonrió, y le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Cómo va todo, pequeñín?

—Ah, pues bien —dijo Phoenix—. Me mantengo alejado de los follones.

—Mentiroso. —Jess señaló el corte en el cuello de Phoenix, donde Simon le había clavado la lanza de Sombras—. ¿Qué pasó?

—Tu novio intentó apuñalarme —sonrió Phoenix.

Jess le lanzó una mirada inquisitiva a Simon.

—¿Otra vez?

—Se lo buscó él solito —murmuró Simon. Entonces se puso en pie y comenzó a sacudirse

toda la tierra y la hierba de la ropa.

Jess devolvió su atención a Phoenix.

—¿Fuiste tú el que voló en pedazos la muralla de la ciudad?

—Ay, solo una parte pequeñita —le aseguró Phoenix—. Ya lo sé —añadió mientras estiraba las piernas y se echaba hacia atrás, estirándose como si estuviera tendido sobre una tumbona, con las manos enredadas en la hierba—. No te molestes. Simon ya me ha echado la bronca. ¿Cómo *están* tus padres, por cierto?

Jess asintió despacio, con un brillo travieso en sus ojos oscuros.

—Están bien.

—¿Así que esos asuntos de gigantes altamente secretos que tenías que hablar con ellos ya están solucionados?

Jess le lanzó una mirada a Simon, que estaba sacándose briznas de hierba del pelo, y volvió a asentir.

—Los ancianos me han dado su bendición.

—¿Y todavía no nos vas a decir para qué es? —adivinó Phoenix.

—Todavía no. —Jess le tendió la mano a Simon, y él empleó todo su peso para ayudarla a levantarse.

—Deberíamos ir a algún lugar menos expuesto —dijo, sujetando todavía la mano de Jess mientras oteaba la hierba.

—Buena idea. —Phoenix se puso en pie de un salto—. Seguidme. —Comenzó a alejarse sin mirar atrás. Simon y Jess intercambiaron una experta mirada de cansada resignación antes de alcanzarlo junto al riachuelo.

—Tenemos que hablar de algo —dijo Jess mientras se acercaban a un pequeño puente de madera, bajo el cual borboteaba el riachuelo. Pinchó con un dedo el vello áspero que cubría la barbilla de Simon—. ¿Qué es esto?

—¿En serio? —Phoenix arqueó una ceja en su dirección—. ¿Os estabais comiendo la boca hace un momento, y te das cuenta *ahora* de esa abominación?

Simon se detuvo, y echó los hombros hacia atrás.

—¿Te gusta? —preguntó.

Jess sonrió.

—Podría acostumbrarme.

—Jess... —Phoenix gimíó, y se subió al puente—. Ahora no se deshará nunca de esa maldita cosa.

Simon le ofreció una sonrisa arrogante.

—Un punto para la barba.

—De todas maneras, ¿adónde nos estás llevando? —preguntó Jess.

—El Gremi... —Phoenix echó la mano hacia atrás para agarrarse al pasamanos bajo del puente, pero llevaba resistiendo el tirón de la Tierra desde que voló en pedazos la muralla. Su cuerpo lo echó de Yonder a patadas, de forma tan abrupta que se cayó de espaldas en el riachuelo.

Por lo menos pudo ver que Simon y Jess corrían hacia él mientras caía, así que resultaba reconfortante saber que no se ahogaría durante demasiado rato.

*

Phoenix se despertó en la cama en la que lo había dejado Alice, mientras una brisa jugaba con las viejas cortinas de encaje mientras entraba por la ventana en la soleada habitación.

—Y *así* —dijo Bee, sentada al pie de la cama—, es como Arthur Dent casi perdió el cerebro

a manos de unos cuantos ratones superinteligentes. —Cerró el libro que tenía en las manos, y luego alzó la mirada, sorprendida—. Estás despierto.

—Y, con un poco de suerte, no me estoy ahogando. —Phoenix frunció el ceño con incertidumbre—. ¿Me estabas leyendo un cuento?

Bee se encogió de hombros.

—De alguna forma tenía que pasar el rato. Para ser sincera, me he saltado algunas partes. Ya lo he leído antes, y como estabas dormido..., pensé que no te importaría.

Phoenix se incorporó, y se apoyó contra el cabecero de la cama.

—Eres un poquito rara, Belinda.

Bee smiled.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Sabes que no me entero de nada de lo que pase aquí mientras estoy en el otro mundo, ¿no? —Incluso mientras lo decía, un dolor fantasma recorrió la espalda de Phoenix, lo cual podía significar dos cosas: o el río lo había arrastrado con una fuerza inesperada y se había estampado contra el lecho rocoso de alguna cascada hacía largo tiempo olvidada, o Jess había venido al rescate y estaba sacándole el agua de los pulmones.

—Quizá sea cierto —dijo Bee, dejando el libro a un lado de la cama—. Pero Alice dice que siempre queda atrás una parte de ti.

A Phoenix le ponían incómodo las implicaciones que podría tener algo así, así que buscó otro tema en el que centrarse.

—¿Qué demonios le pasa a la cuchara?

—¿Perdón?

—Esto. —Phoenix agarró la cuchara plateada junto al reloj de la mesilla.

—Es la que elegiste —dijo Bee—. Cuando te pregunté qué arma preferías usar.

—Ya. —Phoenix dio unos cuantos golpecitos con la cuchara sobre la mesa, y luego apuntó con ella a Bee—. Pero ¿por qué está *aquí*?

—Me la traje de recuerdo.

Phoenix arrugó las cejas.

—¿De qué?

Bee se encogió de hombros.

—Del principio.

Phoenix no estaba seguro de qué quería decir eso, así que Bee continuó.

—Aquel día comenzamos una nueva vida —dijo—. Pensé que quizá te gustaría tener algo con lo que recordar dónde empezó todo.

Escaleras abajo alguien estalló en una risotada falsa antes de que Phoenix pudiera hacer ningún comentario, y a continuación una mujer soltó, burlona:

—¡Pensaba que a cabezones como vosotros les *gustaría* un reto! Salid aquí y organizaos.

—Stephanie —respondió Bee a la mirada confusa de Phoenix—. Ya la conoces. Jefa de Relaciones Públicas. Está reunida con gente de la PIAV.

—¿La fuerza policial?

Bee asintió.

—Steph quiere organizar un follón enorme de Relaciones Públicas antes del festival —dijo—. Un cargamento de comida y panfletos que resten credibilidad a Flamegate, y le hagan propaganda a Lady Maxine. Pero tendremos que localizar un puñado de recursos caros..., infiltrarnos en los Anillos Medio y Superior..., apañárnoslas para colocar suficientes drones antes de que nadie se dé cuenta... Es un riesgo enorme.

—Los riesgos enormes —dijo Phoenix— están garantizados cuando te enfrentas a Flamegate.

—Ya... —Bee cayó en un silencio pensativo.

Phoenix miró la cuchara que todavía sostenía en la mano.

—No pensaba que fueras a ser tan sentimental —dijo, dándole vueltas al cubierto con las manos—. Asumía que eras más... Fríamente calculadora.

Bee cogió una de las almohadas y la colocó tras su espalda, contra la pared.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—La última vez que te vi —dijo Phoenix—, llevabas un pollo muerto. Que estoy bastante seguro de que mataste tú misma.

—De forma humanitaria. —Bee le lanzó otra de sus largas miradas, de las que los padres enseñan a los niños que son de mala educación—. La comida escasea —añadió al fin—. Cultivamos lo que podemos. Hacemos trueques para conseguir suministros. Cada semana es un desafío, y la vieja Betsy nunca ponía huevos.

—¿Betsy? —preguntó Phoenix, tamborileando con la cuchara contra un lado de la cama—. ¿Tenía *nombre*?

Bee suspiró.

—No podemos permitirnos ser blandos —dijo, robándole de la mano a Phoenix la cuchara convertida en baqueta—. Por eso respeto tanto a Alice. Puedes verlo en sus ojos. Hace lo que cree que es correcto, da igual lo difícil que sea tomar la decisión. Todos los miembros de la Alianza están preparados para hacer sacrificios. Lady Maxine, Fantasma, rebeldes como yo... Incluso Edgar, a su manera gruñona y desapegada. —Hizo una pausa, y le devolvió a Phoenix la cuchara con la condición muda de que no volviera a golpear con ella la madera—. Flamegate caerá. Da igual cuánto cueste.

Phoenix frunció el ceño, incapaz de detectar exactamente *qué* lo incomodaba tanto.

—Vas muy en serio con todo este rollo de la revolución.

Bee se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta vaquera y sacó una delgada pantalla de cristal, no más larga que su mano. Dio toques sobre la superficie transparente hasta que apareció una foto, y entonces se la pasó sin mediar palabra.

Phoenix observó a las dos mujeres que reían ante la cámara. Una tenía la piel oscura y pecosa, llevaba vaqueros ceñidos y una chaqueta vaquera sobre una camiseta de colores brillantes. La otra tenía la piel pálida, gafas de pasta, y pelo rubio fresa ondulado, y llevaba un vestido de tirantes con flores que le llegaba por las rodillas.

La pareja estaba de pie junto a un banco con hojas otoñales cubriéndoles los pies, mientras los árboles circundantes lucían colores cálidos bajo el sol de última hora de la tarde. Y entre ellas, balanceándose tomada de sus manos con una sonrisa a la que le faltaban dientes y los diminutos pies en el aire, había una niña de pelo castaño.

Phoenix tragó saliva, y miró a Bee.

—¿Son...?

Bee asintió.

—Mis madres.

Phoenix sonrió con tristeza al mirar los tres rostros risueños.

—Parecéis felices.

—Lo éramos. —Bee lo observó con atención, como si esperase que dijera algo más, pero Phoenix no tenía nada que decir. Se limitó a contemplar lo duro de todo aquello hasta que Bee volvió a hablar.

—Flamegate no tomó el control de un día para otro —dijo, recuperando la pantalla de cristal y observando con calma la familia que había perdido—. Fue lento... Sutil. La gente cerró tratos que en el momento parecían irrelevantes, pero que se fueron acumulando. —Deslizó para cerrar la foto, y se metió la pantalla en el bolsillo de nuevo—. Entregaron su privacidad a cambio de facilidades. Su libertad a cambio de seguridad. La educación en pro de la tranquilidad personal.

Bee se dejó caer de la cama, y estiró los brazos tras de sí. Phoenix se preguntó cuánto tiempo llevaría allí sentada, leyendo cuentos que él no había podido escuchar.

—Mis madres vieron las señales antes que la mayoría —dijo Bee, inclinándose y posando las manos sobre la alfombra arcoíris—. Advirtieron a tantas personas como pudieron. Pero para cuando alguien quiso escuchar, fue demasiado tarde. —Se envaró, frunciendo el ceño—. Hay gente muy decidida a convencerse a sí misma de que no hay nada que pueda hacer para cambiar las cosas.

—¿Gente como Jayden? —dijo Phoenix.

Bee sonrió sin humor.

—La gente como Jayden quiere olvidar. ¿Por qué molestarse en luchar por el cambio cuando todo podría irse a pique igualmente? —Hizo una pausa, y le lanzó una mirada extraña a Phoenix—. ¿Eso ha sido tu estómago?

Phoenix le ofreció una sonrisa apurada.

—La verdad es que la única razón por la que no te he comido a ti es porque estabas hablando de la trágica muerte de tus madres, y me parecía un poco inapropiado.

La risa de Bee fue suave pero genuina.

—Venga. Vamos a ver si podemos encontrarte comida abajo.

—¿Estás enfadada con Jayden? —preguntó Phoenix mientras salía de la cama de un salto, todavía en pijama.

Bee se tomó un momento para responder mientras caminaban por el pasillo.

—Intento no estarlo —dijo, cerrando la puerta del dormitorio—. Cuando Flamegate terminó con sus padres, quedaron irreconocibles. Y eso lo aterró. Todos respondemos de maneras distintas.

Antes de que Phoenix pudiera preguntar más, hubo un cambio en el equilibrio del vacío. Un aullido agudo hizo añicos la calma en el piso de abajo, acompañado por el sonido cacofónico de cubertería y platos lanzados contra el suelo de baldosas.

Phoenix se lanzó escaleras abajo, con Bee pisándole los talones. Para cuando alcanzó el último escalón, ya había manifestado una piedra del vacío y la había lanzado al aire.

De pie en medio de la cocina, atontada, había una Sombra larguirucha, con los enclenques brazos grises colgando inertes a ambos costados mientras se balanceaba sobre sus pies, parpadeando ante el nuevo entorno en el que se encontraba. Stephanie estaba atrapada, tendida en el suelo junto a una montaña de cerámica rota, con la espalda contra la nevera mientras miraba boquiabierta a la criatura que le bloqueaba el paso. No había ni rastro de ninguno de los miembros de la PIAV que había mencionado Bee, pero Fantasma estaba en el salón cuchillo en mano, con los afilados ojos azules saltando de la Sombra a la piedra del vacío zumbante de Phoenix, como si no pudiera decidir de qué misteriosa entidad debería fiarse menos.

—¿Amiga, o enemiga? —gruñó Fantasma, señalando a la Sombra.

Phoenix alzó las manos.

—Espera. —Sorteó a Fantasma, y se quedó de pie junto a la encimera de la cocina a lo que esperaba que fuese una distancia suficientemente no amenazante. La Sombra le devolvió la mirada con el tipo de concentración intensa que tienen los borrachos cuando tratan de parecer

sobrios—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Phoenix, más para sí mismo que para la Sombra.

Los ojos dorados de la Sombra se desviaron lentamente a la piedra que flotaba sobre la cabeza de Phoenix, y luego se apartaron para posarse en Stephanie, encogida en una esquina a su espalda. La Sombra dio un paso tembloroso hacia ella, que gritó, llevándose la mano a la boca para ahogar su miedo. La Sombra hizo una pausa y respiró hondo; el aire aulló al llenarle los sus pulmones.

—Estás muriendo —comprendió Phoenix, advirtiéndole al fin la energía que se escapaba del núcleo de la Sombra. La Sombra giró la cabeza para mirarlo de nuevo, balanceándose todavía sobre sus pies.

—¿Qué es? —preguntó Bee, apareciendo a un lado de Phoenix con una mano sobre su daga.

—¿Me va a comer? —añadió Stephanie.

—¿Deberíamos matarla? —Fantasma le apretó a Phoenix el hombro con tanta fuerza que le dejó de inmediato una marca.

—Shh. —Phoenix entrecerró los ojos y observó cómo la Sombra tomaba aire de nuevo durante un largo instante, resollando. Luego presionó con una mano huesuda su pecho jadeante, y abrió la boca.

—Ayuda.

Su voz sonaba como la gravilla cayendo por una tubería.

Phoenix parpadeó. Nunca, en la historia de los nuncas, había habido una Sombra que hablase. Habían sido consideradas durante mucho tiempo animales gregarios, inteligentes y peligrosos; pero de ninguna manera capaces de hablar.

Entonces el vacío se abrió y dos nuevas Sombras se materializaron en medio de la cocina, desorientadas y confusas, con los ojos llenos de pánico mientras miraban de un lado a otro, buscando al parecer algo con lo que descargar sus frustraciones.

Una de ellas giró su cuerpo esquelético para mirar a Stephanie mientras la otra se agazapaba y apoyaba una huesuda rodilla en el suelo, con los ojos fijos en Phoenix, lista para saltar. Phoenix lanzó una segunda piedra del vacío al aire. La primera Sombra aulló trémulamente.

Y todo se movió a la vez.

La Sombra que acechaba a Phoenix saltó hacia delante y Phoenix estiró la mano, con un disparo de energía que estampó a la criatura contra el fregadero. Con un movimiento rápido, Fantasma entró en la cocina y se tiró sobre la otra Sombra, que en aquel momento estaba corriendo hacia Stephanie con las garras extendidas y la boca muy abierta. Cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas. Bee se metió en la refriega y ayudó a Stephanie a levantarse, llevándola al cuarto de estar mientras la Sombra junto al fregadero volvía a lanzarse hacia Phoenix con furia.

—¿Qué diablos tiene de especial esta cocina? —se quejó Phoenix, estampando a la Sombra contra la puerta de la despensa—. Primero Simon. Ahora las Sombras. ¿Qué más va a aparecer de la nada? ¿Una casa entera?

Fantasma rugió de dolor, y Phoenix se giró para encontrarse al hombre de pelo blanco inmovilizado en el suelo con la Sombra inclinándose sobre él. Tenía una garra sobre la garganta de Fantasma y la otra en torno a su cráneo. El afilado pulgar del talón se hundió profundamente en el ojo derecho de Fantasma.

—Ah, no. Ni de coña. —Phoenix alzó la palma de la mano y le lanzó un chorro de energía a la criatura, pero la otra Sombra se despegó de la despensa y placó a Phoenix al suelo.

Phoenix se estampó contra las baldosas, y luego se giró para abrirle un agujero en el pecho a

la Sombra. El monstruo se derrumbó sobre él con un último aullido de furia, y pasaron varios segundos de pánico antes de que Phoenix lograra salir de debajo del peso muerto en el que se había convertido la Sombra.

Se puso en pie como pudo y encontró a Fantasma hecho un ovillo en la esquina, cubriéndose la cara con las manos ensangrentadas. La Sombra que lo había atacado yacía enroscada en el suelo con Bee sobre ella, daga y cuchillo de carnicero en mano. Phoenix frunció el ceño por un momento al ver el cuchillo, y luego se dio cuenta de que la Sombra del suelo se aferraba al muñón en que acababa su muñeca.

—No tengo ni idea de qué son estas cosas —dijo Bee—, pero no me gustan.

La criatura a sus pies se levantó e intentó lanzarse a por ella, pero Bee blandió el cuchillo en un amplio arco y decapitó al ser. Stephanie jadeó cuando la cabeza salió botando del salón para rodar hasta detenerse bajo una mesa.

Phoenix miró a Bee, que se encogió de hombros.

—Es la misma hoja que usé con Betsy.

Phoenix sacudió la cabeza.

—Que la Luz les dé su calor.

Se tomó un momento para valorar la situación. Las baldosas ensangrentadas estaban cubiertas de trozos de platos rotos, comida y contenedores dañados de la despensa. La primera Sombra estaba de pie en la esquina opuesta de la cocina, observando la escena con ojos muy abiertos y ahora oscuros. Phoenix se movió hacia ella con cuidado, con las dos piedras del vacío flotando todavía sobre su cabeza.

—¿Qué querías decir? —Observó el rostro demacrado de la Sombra mientras ésta resollaba al tomar aire de nuevo—. ¿Ayudarte? ¿Con qué?

La Sombra trastabilló hacia delante y cayó al suelo. Los últimos restos de su débil energía se desvanecieron cuando murió.

Phoenix la observó en silencio unos segundos, y luego regresó al lado de Fantasma y se agazapó junto con Stephanie y Bee.

—La criatura que os ha hecho esto —dijo Phoenix al unirse a ellos—, estaba buscando un recipiente para contener su energía moribunda. Quería poseeros. Meterse dentro de vuestro cuerpo y tomar el control. Si lo hubiera logrado, estarías más que muertos ahora mismo. —Le dio una palmadita a Fantasma en el brazo—. Qué suerte.

—¿Suerte? —siseó Fantasma—. Tengo *mi propio ojo* en la mano.

—Enfermería, ya —dijo Bee—. Id a buscar a Horst.

Phoenix se levantó de nuevo.

—¿Hay alguien llamado Horse? ¿Caballo?

—*Horst* —siseó Bee, enfatizando la T—. El enfermero.

—El de... —Phoenix se tiró de un bigote francés imaginario.

—Sí. Date prisa.

Phoenix llamó a las piedras, que se deslizaron con suavidad sobre su mano, dejándolo dolorido y peligrosamente ido. Posó la mirada sobre un tarro de galletas roto que yacía sobre el suelo.

—¡Phoenix! —ladró Bee—. Venga.

Phoenix cogió una de las galletas, y luego se escabulló.



Preguntas

Phoenix sintió una extraña sensación de déjà vu al entrar en el asfixiante sótano sin ventanas y encontrarse al enfermero haciéndole una revisión a Bailey, la rebelde de pelo encrespado y acné, al fondo de la habitación.

—Necesitamos a un profesional médico —anunció Phoenix desde las escaleras, reacio a adentrarse mucho más en el inquietante espacio—. Ataque de monstruo en el globo ocular. Mucha sangre. Muy serio.

—¿Ataque de *monstruo*? —resopló el enfermero. Luego entrecerró los ojos bajo los agresivos fluorescentes—. Estás cubierto de sangre.

Phoenix bajó la mirada hacia sí mismo.

—Ha habido un pequeño incidente —dijo—. ¿No habéis oído todo el escándalo que había?

—Solo un par de gritos y golpes —dijo Horst, anudando rápidamente un cabestrillo en torno al cuello de Bailey—. Nada raro para este lugar.

—¿Y no se te ocurrió venir a echar un vistazo? —preguntó Phoenix mientras el enfermero se ponía en pie.

—No puedo estar en todos lados a la vez, chico —dijo Horst, cogiendo un maletín de una mesa mientras se acercaba a las escaleras. Bailey se levantó de su cama de un salto y lo siguió.

Phoenix arqueó una ceja en su dirección mientras Horst se adelantaba, dándose cuenta de que uno de sus brazos tenía la muñeca vendada mientras que el otro estaba protegido por una

escayola.

—¿Te has *vuelto* a hacer daño? —preguntó mientras corrían escaleras arriba.

Bailey le guiñó un ojo.

—Me rompí el otro brazo esquivando a guardias de la Muralla Inferior. Muy entretenido. Ahora tienen cañones láser.

—¿Y aquí qué coño ha pasado? —preguntó Horst al entrar en la cocina destrozada, con Phoenix y Bailey pisándole los talones.

—Yo solo me estaba haciendo un sándwich —dijo Stephanie débilmente—. Aparecieron de la nada.

—¿Te refieres a los cadáveres larguiruchos y calcinados que nos rodean? —dijo Horst, frunciendo el ceño mientras se arrodillaba junto a Fantasma.

Phoenix arrugó la nariz en dirección a las Sombras, con su piel gris carbón, sus caras hundidas y sus largas extremidades huesudas. Horst tenía razón. Se parecían preocupantemente a personas que hubieran muerto calcinadas en incendios horribles.

—Se llaman Sombras —dijo—. Vienen del propio vacío, pero ahora también existen en mi mundo. Suelen ser realmente fuertes... Estas eran muy débiles.

—¿Débiles? —graznó Stephanie—. ¡No me han *parecido* débiles!

Phoenix asintió.

—Las tres se estaban muriendo.

—¿No hay más heridos? —preguntó Horst mientras abría su maletín a un lado.

Phoenix, Bee y Stephanie sacudieron la cabeza.

—Bien. —Horst tomó la mano de Fantasma y la apartó de su ojo herido. Phoenix se dio la vuelta, prefiriendo recoger la cocina antes que tener en su cerebro más imágenes grotescas en las que tendría que evitar pensar en el futuro.

—Esto me llevará horas —gruñó Horst mientras acumulaba un material blando y blanco en torno al ojo de Fantasma—. Entre Bailey metiéndose en follones, *vosotros* siendo atacados por monstruos, Vince siendo arañado por gatos mutantes y Edgar siendo *Edgar*... ¿Cuándo se supone que voy a tener tiempo para mí?

Bailey levantó la mirada del bol destrozado de nueces que estaba recogiendo, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—¿Le ha pasado algo a Edgar?

—¿El karma, a lo mejor? —murmuró Phoenix, pensando acerca de cómo Edgar lo dejó solo sobre el frío suelo de la cocina mientras se retiraba a su dormitorio, ignorando todas las mantas al alcance de su mano.

El enfermero frunció el ceño en dirección a Phoenix, como si intentase leer una señal de tráfico desde muy lejos.

—Lo siento —dijo al final—. No puedo contároslo, niños.

—¿Contarnos el qué? —preguntó Bee.

—Los detalles —dijo Horst, envolviendo con cuidado la cabeza de Fantasma con una venda—. He jurado mantenerlo en secreto. Decid lo que queráis sobre ese vejestorio gruñón, pero bien que sabe persuadir a la gente para que mantenga cerrado el pico.

—¿Está bien? —preguntó Bailey.

—Eso asegura él —respondió Horst mientras cerraba con un clic su maletín. Se giró hacia Bee—. Haznos un favor, Belinda. A ti te tolera. Echa un ojo a ver qué tal va por mí, ¿eh?

—Le caigo tan mal como todos los demás —dijo Bee—. Pero claro, lo haré.

Horst asintió, y señaló a Phoenix y a Bee.

—Vosotros dos, id a limpiaros. Bailey, busca a Little Mick y pídele que apañe el desastre de aquí arriba. Stephanie, ayúdame a bajar a este por las escaleras.

Así que Stephanie ayudó a trasladar a Fantasma a la enfermería, Bailey se quedó a limpiar y Phoenix y Bee subieron al piso de arriba en busca de ropa limpia.

Una vez se hubieron duchado y cambiado la ropa por otra menos ensangrentada (Phoenix se puso otro pijama de Jayden, y Bee una camiseta negra ancha y medias), volvieron al piso de abajo para ver cómo estaba Edgar. Para entonces alguien se había llevado de allí a las Sombras, y la cocina estaba ocupada en su lugar por Bailey, Jayden, y un hombre musculoso de estatura normal con un peto gris que Phoenix supuso que era Little Mick. Jayden les ofreció a Phoenix y Bee un asentimiento de cabeza mientras se detenían ante la puerta de Edgar, y luego continuó barriendo restos de platos hechos añicos.

—Supongo que Jay estaba siguiendo a Little Mick mientras hacían recados otra vez —dijo Bee, observando a Jayden trabajar—. Tiende a hacer eso cuando está de mal humor.

—¿Ese tal Mick es carpintero? —adivinó Phoenix, observando cómo el fornido joven, con pelo castaño oscuro engominado hacia atrás, atornillaba una nueva puerta para la despensa.

Bee sacudió.

—Es polifacético. Limpiador. Reparaciones del hogar. Ladrón. Cuenta la leyenda que conoce a cada habitante del Anillo Inferior. —Una sonrisa traviesa se extendió por su cara—. Hay quien dice que conoce a gente que ni siquiera es gente.

—¿Que ni siquiera es gente?

—Ogros, hadas, y criaturas de fantasía —dijo Bee—. Al principio era escéptica, pero ahora me siento tentada de creérmelo. —Llamó con suavidad a la puerta del dormitorio de Edgar—. ¿Edgar? ¿Podemos pasar?

No hubo respuesta, así que tras intentarlo unas pocas veces más, Bee giró despacio el pomo. La puerta chirrió al abrirse mientras se adentraban en la oscuridad.

Edgar yacía en una cama al fondo de la habitación, y la luz del pasillo se derramó sobre su delgada cara mientras las mantas arrugadas se movían suavemente al compás de su respiración. Por primera vez, Phoenix se dio cuenta de que la nariz torcida del anciano estaba algo inclinada hacia la izquierda, como si se la hubieran roto hacía años y nunca se hubiera curado adecuadamente.

Bee le dio unos toquécitos en el hombro a Edgar, pero o estaba profundamente dormido, o fingía fenomenal.

—Parece menos mal bicho cuando está durmiendo —observó Phoenix.

Bee sonrió.

—No creo que sea tan mal bicho como finge ser.

—Hmm —dijo Phoenix, recordando la incomodidad de yacer paralizado sobre las frías baldosas del suelo de la cocina y todos los comentarios desdeñosos que Simon había hecho sobre su poco convencional tutor evanescente.

Bee chasqueó la lengua al ver el caos de ropa y libros abiertos esparcido por toda la habitación y se inclinó para recoger el desorden, murmurando algo sobre peligro de tropiezos.

—Es un hechicero —dijo Phoenix, ayudándola a recoger los libros del suelo.

—¿¡Qué!? —Sorprendida, Bee alzó la mirada.

Phoenix asintió.

—De Yonder —dijo, en voz baja—. Lo noté al verlo por primera vez. El poder que emana de él..., es similar al de mi amigo Simon.

—¿El tipo peludo del loro? —preguntó Bee, mientras Phoenix dejaba con cuidado la pila de

libros sobre el escritorio abarrotado de Edgar.

—Sí —dijo con suavidad Phoenix—. El tipo peludo del loro. Es un hechicero. Y Edgar también.

—¿Qué estaba haciendo aquí tu amigo? —susurró Bee.

—¿Y por qué tenía un loro? —añadió Phoenix—. Dos excelentes preguntas para las que no tengo respuesta. —Se cruzó de brazos y se sentó al borde del escritorio—. Pero hay algo en Edgar... La mayoría de los hechiceros tiene una energía distintiva. El poder de Edgar es definitivamente del Clan Wolfe, pero no está del todo bien... Es como si estuviera contaminado por otra fuente. Lo cual *podría* explicar por qué desapareció de Yonder y acabó en la Tierra. —Phoenix se pasó una mano por el pelo desastroso—. Quizá se vio atrapado en algún tipo de experimentación nefaria con el vacío, como les pasó a los Maestros de las Sombras.

Bee frunció el ceño.

—¿Los hechiceros que se convirtieron en la Orden de la Noche y crearon Flamegate? —preguntó, dejando un suéter de punto sobre una pila de ropa en medio de la habitación.

Phoenix asintió.

—Me pregunto cuántos años tiene. Que desapareciera de Yonder hace quince años no significa mucho. Podría haber pasado décadas aquí ya. ¿Crees que sufre de exposición al vacío? A veces le pasa a hechiceros que usan demasiado sus poderes. —Phoenix frunció el ceño en dirección al hechicero durmiente, posando la vista en el delgado brazo que colgaba a un lado de la cama.

Un suave resuello acompañaba la respiración de Edgar, y la extraña energía en la habitación titilaba como una lámpara moribunda, temblando al borde de la percepción de Phoenix sin permitirse a sí misma extinguirse por completo. Sus pensamientos volvieron a Simon, y a la cantidad de energía que debía de requerir moverse entre mundos.

—Los hechiceros son bastante resistentes a energías extremas —dijo en voz baja—, pero no dejan de ser humanos. Quizá Edgar se sobreestimó a sí mismo demasiadas veces.

—En mis tiempos —dijo Edgar, con los ojos aún cerrados—, se consideraba de mala educación entrar en la habitación de alguien y discutir su magia mientras estaba dormido.

Phoenix y Bee intercambiaron idénticas sonrisas de culpabilidad.

—Lo siento, Edgar —dijo Bee—. El enfermero nos pidió que te echásemos un vistazo.

Edgar abrió los ojos para mirarlos con enfado desde su almohada.

—¿Qué os contó Horst?

—Solo que eres un vejestorio gruñón que sabe cómo persuadir a la gente —dijo Phoenix con ligereza.

El sonido gutural que escapó de la boca de Edgar casi parecía una carcajada.

—¿Estás enfermo? —preguntó Bee, mientras Edgar salía con cuidado de la cama.

Edgar cogió su petaca plateada de la mesilla de noche.

—Lo que estoy es viejo —dijo antes de desenroscar el tapón, dar varios tragos, y guardarse la bebida en el bolsillo de su túnica. Se puso en pie en la luz trémula y los miró durante un rato—. Aquí han estado Sombras —dijo, como si acabara de recordar la fiesta de cumpleaños de un pariente lejano a la que se suponía que debía ir y no sintiese ninguna alegría por tener que asistir.

—Sí —dijo Bee—. ¿De verdad eres un hechicero?

—Lo que soy —dijo Edgar—, es alguien sin ningún interés por tener esta conversación. —Luego salió del dormitorio, con Phoenix y Bee siguiéndolo.

—¡Edgar! —Bailey se levantó de un brinco del rincón de la cocina en el que estaba recogiendo cristales rotos del suelo—. ¿Esta tarde me contará historias sobre sus días de

revolucionario?

—No. —Edgar entró en la cocina, y puso mala cara al ver el desastre—. Esto es lo que pasa cuando dejas a inconformistas saltadimensiones entrar en tu casa. No estoy muy seguro de que tener aquí al héroe favorito de Alice merezca la pena.

Phoenix se rió, incrédulo.

—¿Estás diciendo que esto es por *mi* culpa?

Edgar se encogió de hombros.

—Estoy diciendo que hay una fuerte correlación entre tu presencia y una cantidad de problemas casi inimaginable.

Jayden cruzó la cocina para ponerse al lado de Bee y observar el drama. Phoenix se cruzó de brazos.

—Para tu información —dijo—, no he invocado a criaturas letales de más allá del vacío para que te invadan la casa.

—Quizá no deliberadamente —respondió Edgar, observando cómo Little Mick atornillaba la última bisagra de la puerta de la despensa.

—Os dije que había monstruos por ahí. —El manitas tenía una voz tan aceitosa como su pelo repeinado—. Acordaos de mis palabras, amigos, cada vez son más.

Luego se apartó de la despensa y comenzó a frotar el lavabo para limpiar la sangre de Sombra.

Desde la puerta principal se coló en la casa el murmullo de una conversación ahogada, y pronto el salón se llenó de una multitud de personas; muchas se apoyaron sobre la isla de la cocina para observar fijamente la sorprendente escena. Unas pocas se entretuvieron por curiosidad, pero la mayoría se dispersó para sentarse en torno a mesas u ocupar los sofás y continuar con lo que fuera que fuese el asunto importante de la Alianza que tenían programado para ese día.

Phoenix reconoció unas cuantas caras. El hermano amargado de Stephanie, Rory, se dejó caer en un sofá y comenzó a teclear sobre una pantalla, sin que le importase un pimiento el debate post-ataque-de-monstruo. Vince, el cocinero, cubierto de vendas tras su escaramuza con un gato mutante, estaba de pie junto a Bee y Jayden con una expresión perpleja en el rostro cubierto de arañazos. Y Naia, la ingeniera civil con una camisa abotonada negra y una pajarita amarillo chillón, se detuvo junto a Edgar para observar los restos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—*Monstruos* —dijo Bailey con deleite.

Edgar sacudió la cabeza.

—Seres inteligentes —dijo—, arrancados cruelmente de su Tiempo. —Se agachó y cogió la mano cercenada de una Sombra, que había sido barrida a un rincón junto a una montaña de cerámica rota—. Algunos sucesos —dijo Edgar, levantando la mano marchita hasta situarla a la altura de sus ojos— alteran tanto el vacío que dejan algo parecido a una cicatriz. O una herida abierta. Un túnel temporal caprichoso que permite a las cosas pasar de donde deberían estar..., a donde no deberían.

—Túneles de vacío —dijo Phoenix, sombrío, todavía ofendido por haber sido culpado de que a Fantasma le hubieran sacado un ojo—. Ya los he visto antes.

—No me sorprende —dijo Edgar, mirando la mano con los ojos entrecerrados.

—En realidad, así fue como conocí a Simon —añadió Phoenix, dejándose caer contra la puerta de un armario para sentarse sobre las baldosas al fondo de la cocina—. Tu aprendiz siguió tus pasos un tiempo. Perseguía el sueño de trazar mapas del vacío. Controlar los túneles.

—Un malgasto astronómico de tiempo y energía, la verdad —murmuró Edgar.

—Siempre me han atraído las concentraciones altas de energía —continuó Phoenix—. Y como Simon vagaba por Yonder en busca de túneles del vacío, estábamos destinados a terminar encontrándonos.

—Por desgracia para él —comentó Edgar, y antes de que Phoenix pudiera preguntar qué se suponía que significaba eso, Edgar pasó los dedos por la mano cercenada y ésta se desvaneció. El aire crepitó con una energía que Phoenix dudaba que nadie más pudiera sentir.

Bailey jadeó.

—Los rumores eran ciertos. ¡Tienes magia!

—Es un hechicero —dijo Phoenix.

—¿Un hechicero? —repitió Naia, paseando la mirada entre Edgar y Phoenix.

—Y uno increíblemente experimentado —añadió Phoenix—. De un clan muy, muy poderoso.

Edgar cerró los ojos y alzó la mirada hacia el techo, como si buscara la ayuda de algún poder superior.

—¿Así que *usted* es el poderoso hechicero que Alice dice que nos ayudará a luchar contra Flamegate? —preguntó Naia, frunciendo el ceño.

—No —dijo Edgar sin emoción—. Nuestra querida Alice hablaba de otro.

—Simon —dijo Phoenix—. Evidentemente hablaba de Simon. —Metió la mano en el bote de galletas roto, cuyos trozos seguían en el suelo, y se tomó su tiempo para elegir una que pareciera seguro comerse.

Edgar lo observó con una expresión tremendamente similar al asco.

—¿Por qué no se lo contaste a nadie? —preguntó Bee, observando con fascinación al anciano.

Phoenix soltó una risita.

—Si su negativa a darme una manta sirve de guía —dijo, quitándole los trozos de cristal a su galleta—, diría que simplemente no pensó que contarle a todo el mundo que es hechicero merecía la pena para luego tener que esforzarse por actuar como uno.

—Luz bendita, niño —murmuró Edgar—, ¿es que no he hecho ya suficiente por esta organización? —Hizo un gesto en dirección a la gente dispersada por la sala—. ¿Quién crees tú que reunió a todos estos payasos sin idea de nada?

Phoenix arqueó una ceja.

—¿Alice?

—Yo —gruñó Edgar, mientras Phoenix le daba un mordisco al aperitivo casi libre de cristales—. Alice se limita a coordinar esta locura. Yo he sido el agente de campo a cargo de todo el trabajo sucio. Quien ha encajado todas las piezas en su sitio. Podría estar en Yonder y en cambio estoy atrapado aquí, siguiendo su ridículo plan, aguantándoos a todos y a vuestra ignorancia.

Phoenix tragó su comida.

—Tras quince años —dijo—, de estar encerrado y ser torturado por Flamegate, ¿qué es, exactamente, lo que ignoro? —La frialdad de su voz lo sorprendió hasta a él.

Edgar echaba chispas.

—Más de lo que tu infantil mente podría imaginar. —Entonces resopló y se dio la vuelta, musitando algo sobre críos que no sabían la maldita suerte que tenían.

Bailey levantó la mano que no tenía inmovilizada en un cabestrillo.

—¿Edgar, señor? Solo quiero decir que sé exactamente la suerte que tengo, y creo que es usted increíble. Por favor, concédame el honor de firmarme la escayola.

—Bailey... —Edgar hizo una pausa para pellizcarse el puente de la nariz—. Ahora no. El rostro cubierto de marcas de Bailey se iluminó con una sonrisa esperanzada.

—¿Luego, entonces?

—No. —Edgar sorteó una sartén en medio de la habitación, y abrió de un tirón la nevera. Bailey le tocó el codo.

—La forma en que manejó a esos drones láser atrayéndolos al parque acuático fue muy, muy inteligente —dijo, mientras Edgar escudriñaba las estanterías en busca de comida—. ¿Y colarse en la convención de Flamegate disfrazado de miembro de la Hermandad, con una máscara? ¡Buah! *Genial*.

Edgar se envaró, y la miró. Bailey sonrió.

—Mi abuela tenía recortes de periódico sobre usted.

—Pues claro que los tenía.

—Lo siento —interrumpió Naia—. Sigo intentando enterarme de todo esto. Edgar... ¿Por qué había monstruos aquí?

—¿Por qué estamos aquí cualquiera de nosotros? —musitó Edgar entre dientes, y luego volvió a fulminar con la mirada el interior de la nevera.

Phoenix había tenido más que suficiente. Se levantó, cruzó la cocina, y se interpuso entre Bailey y el viejo hechicero amargado.

—Monstruos —dijo, cerrando la nevera— de otra dimensión acaban de aparecer en tu hogar, apuñalar a alguien en el ojo, intentar comunicarse con nosotros, y morir por pérdida de energía. Bueno... Uno murió por pérdida de energía. Pero los otros llevaban el mismo camino, aun si Bee y yo los rematamos primero.

Edgar no dijo nada.

—La gente de esta organización sobre la que dices tener tanta responsabilidad —continuó Phoenix—, nunca antes había visto una Sombra. Así que quizá se sientan algo incómodos con este giro de los acontecimientos. Si hay algo que puedas decirnos, desde tu amplia sabiduría como hechicero antiquísimo y altamente cualificado, seguro que todos los presentes aprecian tu conocimiento de la materia.

Tras observar los muchos pares de ojos que lo observaban a su alrededor, Edgar se llevó la mano al bolsillo de la túnica.

—Ya lo he dicho —murmuró, sacando su petaca plateada—. Se colaron usando un túnel. Pero el vacío es más débil aquí que en Yonder, así que las Sombras también.

Dio un par de tragos, y luego se agazapó para tocar la sangre de Sombra que manchaba las baldosas con tanta delicadeza como si fuera una criatura viva que pudiera darle un mordisco.

—Es una pena. —Alzó la mirada a Little Mick, que se apoyaba sobre una fregona mientras esperaba, o eso parecía, a que todo el mundo se fuera para poder darle uso—. ¿Dónde están los cuerpos?

—En el patio delantero, jefe —dijo Little Mick—. Pensé que podría enterrarlos esta tarde.

Edgar asintió, y desvió la mirada a la ventana de la cocina que daba al descuidado patio delantero.

—Pase lo que pase —dijo, usando la nevera como punto de apoyo mientras se incorporaba—, no podemos dejar que esas Sombras caigan en manos de Flamegate. Cuanto antes nos ocupemos de ellas, mejor.

—Delo por hecho —dijo Mick, con un saludo militar.

—Primero inspeccionaré los restos. —Edgar comenzó a alejarse, pero Phoenix lo siguió a toda prisa, bloqueando su camino antes de que pudiera salir de la cocina.

—Pidieron ayuda —dijo, con la mirada clavada en los ojos grises de Edgar.

—¿Y? —dijo Edgar.

—*Hablaban* —añadió Phoenix—. ¿Es que no te sorprende?

Edgar arqueó sus delgadas cejas canosas.

—No —dijo—. Y a ti, precisamente, tampoco debería.

—¿A mí precisamente? —repitió Phoenix, sin que le gustase adónde iba todo aquello.

—Tú —dijo Edgar despacio—, te has codeado con Sombras mucho más de lo que estás dispuesto a admitir.

Todos los espectadores guardaron silencio, asombrados.

—No sé de qué estás hablando —dijo Phoenix.

—Por favor. —Edgar estiró un dedo huesudo, y le dio unos toquecitos en la frente a Phoenix—. Estuvieron dentro de tu cerebritito perturbado, porque fuiste lo suficientemente estúpido para dejarles entrar. Has sentido sus miedos y emociones con tanta fuerza como si fueran tuyos. Tan reales y válidos como los de otros.

Phoenix se encogió.

—¿Te lo contó Alice?

—No necesito que me lo cuenten —dijo Edgar, con una risita sombría—. Las experiencias así dejan huella.

Phoenix tragó saliva, rascándose el brazo con las uñas.

—¿Qué tipo de huella?

Edgar estiró el brazo, y posó la mano sobre el hombro de Phoenix.

—Una permanente.

Luego apartó a Phoenix tranquilamente y entró en el salón.

—Sombras en mi cocina —comentó mientras se alejaba—. Así nos va. Este es el principio del fin.

Dobló la esquina, y todos los presentes oyeron cómo se cerraba la puerta principal cuando el hechicero salió de la casa.

La multitud que dejó atrás comenzó a murmurar, y enseguida, a charlar con dureza y discutir con ansiedad. Phoenix estaba de pie y callado en medio de la cocina, procesando las voces como ruido blanco mientras apretaba la mano en torno a los arañazos de su brazo. Pese a la masa de gente, de pronto se sintió increíblemente solo.

Quedaba menos de un mes para el Festival de la Luz.

Phoenix tragó saliva, obligándose a concentrarse mientras Jayden le pasaba una escoba y le decía que hiciera algo productivo.

Ayudó a limpiar la cocina, aceptando el chorro de preguntas mientras trabajaba, evitando las conversaciones sobre Sombras y piedras de vacío para centrarse en el propio Yonder.

—¿Así que vienes de una civilización tecnológicamente avanzada? —preguntó Naia, y Phoenix sonrió.

—Quizás no *avanzada* —respondió—. Pero distinta, desde luego.

Explicó algunos detalles sobre los discos de energía y sobre cómo Karvil era el centro de la sociedad yonderiana, evitando mencionar la fábrica de energía recién destruida de Bloodwood y el hecho de que Karvil estaba al borde de la guerra contra una raza de vengativas criaturas del vacío. A Vince le interesaba la comida, así que Phoenix le habló a todo el mundo del estofado chisporroteante, las ballamas y las tartaletas picantes. Mientras tanto, Jayden y Little Mick discutían sobre si un caballo parlante podía ser considerado un caballo cuando manifestaba claramente rasgos que lo diferenciaban de todos sus congéneres equinos.

—A quién le importan los caballos —dijo Bailey, observando a Phoenix desde al lado de la pila de platos que estaba ignorándonos—. Háblanos de los monstruos.

—Y la música —agregó Bee, reorganizando las latas de la despensa—. Alice dice que eres músico.

Phoenix sonrió, y sus preocupaciones pasaron a un segundo plano como un sueño olvidado. No tardaron mucho en restaurar la antigua gloria de la cocina, y el improvisado equipo de limpieza comenzó a dispersarse. Jayden tomó a Bee de la mano y la llevó escaleras arriba para hablar en privado, mientras que Naia, Bailey y Vince fueron al piso de abajo para ver cómo estaba Fantasma.

—Mejor saber qué está haciendo el viejo —dijo Little Mick, asintiendo en dirección a la ventana de la cocina; al otro lado, Edgar supuestamente investigaba los restos de las Sombras muertas del patio—. Va a anochecer pronto.

—Voy contigo —se ofreció Phoenix, pero Little Mick sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Nope —dijo—. Lo siento, Hombre del Espacio. No puedes salir del refugio. Tanto Alice como Edgar fueron tajantes, y toda la Alianza está de acuerdo.

Phoenix se rió, nervioso.

—Vaya, de una prisión de alta seguridad a otra.

Little Mick se encogió de hombros a modo de disculpa.

—En casita hasta que te necesitemos en el frente, compadre.

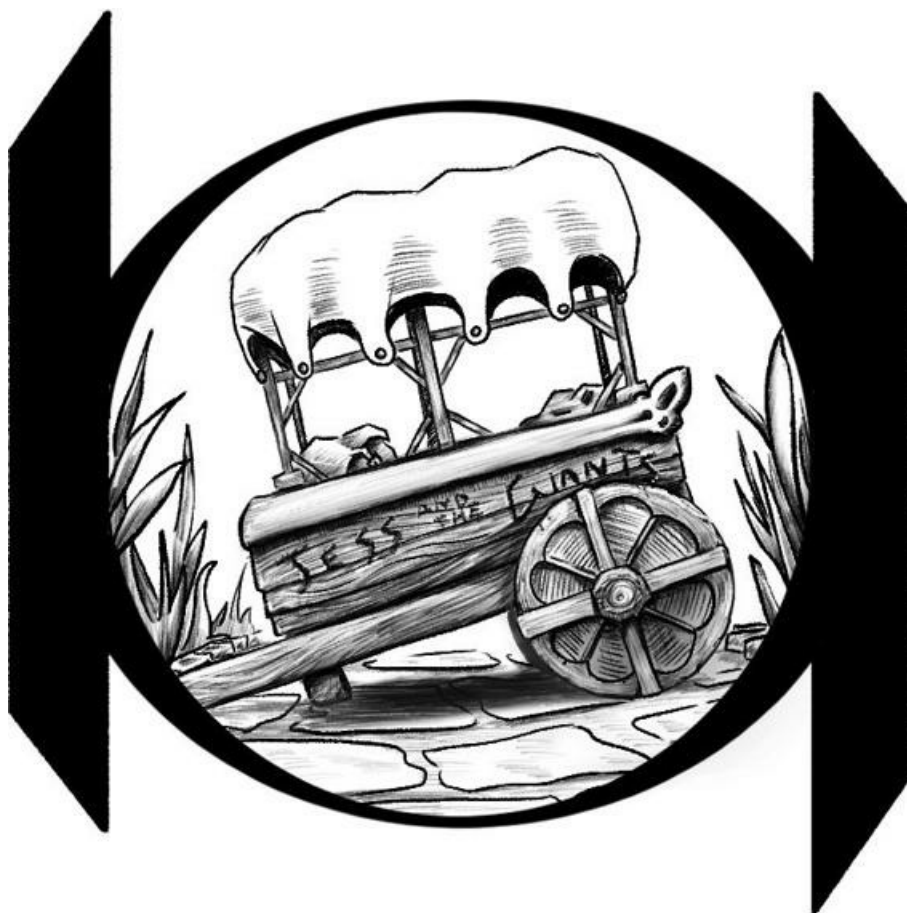
Y con aquello Phoenix se quedó solo. Mariposeó por el salón durante un rato, molestando a otros miembros de la Alianza con preguntas y comentarios no muy útiles, hasta que por fin captó la indirecta de que estaba molestando. Al final se retiró a la pequeña biblioteca al otro lado de la casa, y se encontró sentado al piano, mirando inexpresivo las teclas.

Quería tocar, pero el silencio se volvía más pesado a cada segundo que pasaba allí sentado; y las palabras de Edgar lo perseguían como un mal presagio.

El principio del fin.

Phoenix se tragó el nudo en su garganta, y dejó caer la cabeza. Estrelló la frente sobre un Do, y el estrépito de notas retumbó en su cerebro para luego desvanecerse en el pesado silencio mientras él cerraba los ojos deseando, no por primera vez, que el universo le permitiese por lo menos un minuto de sueño. Una oportunidad para dejarlo todo aparcado.

Pero el universo no estaba de humor, y Phoenix continuó tirado sobre el piano hasta que se le entumecieron los músculos y el sol se puso, dejándolo solo en la oscuridad.



Compartir la carga

Phoenix apenas se mojó antes de que Simon y Jess chapotearan por el riachuelo y Jess agarrase a aquel idiota empapado por el tobillo.

—Qué buena coordinación —dijo Jess con una sonrisa, cogiendo en brazos a Phoenix como si fuera un bebé y llevándolo a la orilla opuesta. Simon sacudió la cabeza.

—Te juro que lo hace adrede, o algo.

La siguió hasta la pradera, donde Jess dejó a Phoenix en el suelo y lo puso de costado. Phoenix respiraba sin problemas, pero Jess le dio unas cuantas palmadas en la espalda por si acaso. A Simon no le cabía duda de que despertaría con marcas de su mano.

—Metámoslo en el vagón —dijo Jess, quitándole del pelo una hoja húmeda a Phoenix.

—¿Te has traído el vagón?

—Por supuesto —respondió Jess—. Lo he dejado un poco más abajo.

—¿Con todos los instrumentos? —preguntó Simon, impresionado al oír que Jess había transportado el equipo de música de los tres por terrenos no muy aptos para ningún vehículo con ruedas.

Jess asintió.

—Rojo va a estar encantado —dijo Simon, agachándose para levantar a Phoenix de la hierba—. Quiere dar una fiesta.

—¿Una fiesta? —repitió Jess mientras Simon se echaba a Phoenix al hombro, como si fuera

una manta mojada—. *¿Ahora?*

Simon estaba a punto de contestar cuando el pañuelo que había usado Phoenix en la Fuente del Alzamiento se le cayó del bolsillo, y se posó sobre la bota de Simon. Jess se agachó para recuperar el cuadrado de tela húmeda arrugado y lo sostuvo entre sus dedos, frunciendo el ceño ante la mancha oscura de sangre que había en la tela.

—Supongo que no ha bajado de intensidad, ¿no? —preguntó Jess.

Simon tomó el pañuelo y lo dobló en un triángulo antes de devolverlo al bolsillo del abrigo de Phoenix.

—Si acaso, se ha puesto peor. Ayer usó cuatro a la vez.

Jess frunció aún más el ceño.

—Ni siquiera sabía que *tuviese* cuatro.

—Tiene trece. —Simon se encogió de hombros para hacer más cómoda la posición de Phoenix, y comenzó a caminar Franja abajo siguiendo el arroyo.

—Teníamos toda la razón al preocuparnos —dijo Jess, adoptando su ritmo.

Simon la miró.

—¿Has...?

Ella le devolvió una sonrisa.

—No te preocupes, Gatito, lo encontré.

Simon dejó escapar un suspiro de alivio, y Jess se rió.

—Estaba exactamente donde pensamos que estaría —dijo—, aunque fue más difícil de conseguir de lo que me esperaba. Tuve que pelear contra una banda entera de ogros, pero al final gané.

Una sonrisa tiró de la comisura de la boca de Simon.

—Eres increíble, ¿sabías?

Jess asintió.

—Lo sé.

—¿Cuándo deberíamos dárselo?

Jess tamborileó con los dedos sobre su marca de nacimiento, un hábito inconsciente que tenía cuando consideraba con cuidado las cosas.

—A juzgar por lo que me has contado... —dijo—, le va a hacer falta más pronto que tarde.

Cayeron en un silencio pensativo mientras seguían un estrecho camino que serpenteaba junto al riachuelo, dejando la muralla de Karvil a la izquierda y la abarrotada ciudad, que seguía inmersa en sus asuntos, a la derecha.

—Escapó de prisión —dijo Simon al final.

Jess se detuvo en seco.

—¿Por qué nadie ha empezado por ahí?

—No creo que Phoenix quiera armar mucho escándalo al respecto —dijo Simon, posando el pie con cuidado sobre anchas piedras que unían el camino a un lado del río con el camino al otro lado—. En ese mundo pasan cosas que no entiendo, pero que sé que tienen que ver con el problema con el vacío de aquí. Y Rojo está atrapado en todo el medio. —Llegó a la ribera opuesta, y se dio la vuelta para observar cómo Jess saltaba con facilidad por encima del agua para aterrizar a su lado—. Al parecer, es medio Penumbra.

Jess arqueó las cejas.

—Bueno —dijo—, eso explica muchas cosas.

—Ay, no —gruñó Phoenix, con la voz ahogada por la chaqueta de Simon. Simon y Jess se detuvieron, pero como Phoenix continuó durmiendo, pronto siguieron recorriendo el camino.

—Eso no es todo —dijo Simon—. Piensa que puede sellar el vacío entero.

—¿Y *puede*?

—Quizá —musitó Simon—. Pero es una apuesta enorme, y una idiotez estúpida y peligrosa. —Se dio cuenta de que Jess le sonreía de la misma forma en que la gente le sonríe a crías de animales que están aprendiendo a andar—. ¿Qué? —preguntó, a la defensiva.

—No podemos protegerlo para siempre —dijo Jess mientras una familia de trolls se acercaba desde la dirección opuesta, avanzando por el camino en fila con rocas en equilibrio sobre sus cabezas—. Puede tomar sus decisiones solo.

—Pero no *esta* decisión —argumentó Simon.

—Es adulto.

Simon resopló.

—No, no lo es.

Se hicieron a un lado para dejar paso al desfile de trolls. Las rocas que llevaban se parecían sospechosamente a las usadas para construir la muralla de Karvil, y Simon apostaba lo que fuera a que cierta pila de ruinas en los Jardines del Jefe estaba siendo muy popular con todos los visitantes trogloditas.

—Si cree que cerrar el vacío es buena idea —dijo Jess mientras se ponían a caminar de nuevo—, quizá deberíamos confiar en él. Dejando de lado las piedras del vacío, ya no es tan irresponsable como solía ser.

Simon soltó una carcajada.

—Hoy mismo me ha dejado solo mientras se infiltraba en una ciudad ocupada por Sombras con tan solo un caballo y un gato de su lado, y se ha drenado toda la energía para meterla en una lata.

—Por una buena razón, presumiblemente —alegó Jess mientras se desviaba del camino y se dirigía a una arboleda densa con arbustos frondosos—. El vagón está por aquí.

Simon la siguió, todavía gruñendo sobre el chico que colgaba de su hombro.

—Ni siquiera le contó a nadie adónde iba.

—Phoenix siempre ha sido de lanzarse al peligro —dijo Jess, desapareciendo entre la frondosa vegetación mientras Simon esperaba a cielo abierto con Phoenix—. Al menos últimamente parece estarlo haciendo con cierto sentido del propósito.

—Exacto —dijo Simon, frunciendo el ceño mientras miraba al suelo—. La pregunta es *por qué*, Jess... ¿Qué ha cambiado?

Jess vaciló. El crujido de sus botas sobre la hojarasca se ralentizó hasta detenerse antes de que se diese la vuelta y se abriese paso entre las plantas para volver a mirar a Simon. Le cogió el brazo con la mano, dándole un cariñoso apretón que casi le cortó el flujo sanguíneo hasta los dedos. La miró a los ojos e intentó no encogerse.

—Murió el año pasado —dijo Jess con suavidad—. Era de esperar que eso afectase la forma en que ve las cosas.

—Le restó importancia a aquello en su momento —murmuró Simon—. Pero quizás fue más serio de lo que pensamos.

—¿Más serio que pasarse tres minutazos de reloj muerto?

—Quizá no fue un error de cálculo de la gente de Flamegate, como dijo Phoenix —dijo Simon, frunciendo el ceño mientras miraba la famosa muralla de Karvil. Proyectaba una amplia sombra sobre la Franja, y la brisa de la tarde se estaba tornando más fresca mientras serpenteaba entre la hierba y sobre el riachuelo—. Quizá fue el comienzo de algo —continuó, con una voz tan seria como los problemas que llevaba a hombros; específicamente al hombro del que colgaba

Phoenix—. Algo de lo que no quiere hablar. Algo... —Miró de nuevo a los ojos a Jess, buscando la palabra adecuada—. Algo *definitivo*.

Jess le ofreció una sonrisa compasiva.

—Quizá esa naturaleza protectora tuya le esté jugando una mala pasada a tu imaginación. — Le dio una suave palmadita en la mejilla, y luego continuó hurgando entre los arbustos y los árboles.

—Se comporta como si viviera a contrarreloj —dijo Simon.

—Es que *vive* a contrarreloj —dijo Jess, desde las profundidades de la mole de ramas y hojas—. Todos nosotros lo hacemos, a menos que consigamos resolver esta locura con el vacío. Phoenix lo sabe mejor que ninguno.

—¿No te da miedo perderle?

—Por supuesto que sí —respondió Jess, mientras su voz profunda se perdía incluso más entre la hojarasca—. Pero quiero que el futuro sea seguro, y esté lleno de esperanza.

Varias ramas se doblaron y partieron mientras Jess llegaba hasta el escondrijo del vagón, y comenzaba a sacarlo a tirones de donde lo había puesto a salvo entre los árboles.

—Claro que Phoenix puede ser un inconsciente —continuó, levantando la voz para hacerse oír por encima de los crujidos y chirridos de las ruedas tratando de rodar sobre la vegetación—, pero no es tonto. Si piensa que puede crear un mundo mejor para las generaciones futuras, deberíamos apoyarle.

—Mucha sangre —murmuró Phoenix—. Muy serio.

Simon frunció el ceño, preocupado, y luego miró al horizonte, observando la brillante ciudad mientras se rascaba la barba.

Las palabras habían salido de su boca antes de que pudiera valorar su impacto.

—Estoy pensando en ir a la Tierra.

Jess salió de la arboleda, arrastrando el conocido viejo vagón con el que habían viajado por todo Yonder. Era una tosca caja de madera sobre dos grandes ruedas, con una lona verde atada en la parte de arriba y las palabras *Jess y los Gigantes* grabadas en los cuatro costados con una letra grande e infantil. Por lo general Tugger tiraba de él, y era lo bastante grande para que alguien bajito se hiciera un ovillo entre todos los instrumentos y los útiles de acampada; pero era demasiado pequeño para que Simon o Jess pudieran meterse dentro cómodamente. Y, aunque Gulliver se negaba a rebajarse a la categoría de caballo que tiraba de un carro, Simon y Jess eran más que capaces de arrastrar aquella cosa torpe cuando no tenían la opción de usar a un caballo.

—¿Que quieres ir a la Tierra? —Jess soltó el vagón sobre la hierba—. ¿Acaso es posible, siquiera?

—En teoría, sí —replicó Simon, todavía de pie a unos pocos pasos de ella y cargado con Phoenix—. Pero solo si consigo que me ayude un hechicero llamado Maulbrak. Que probablemente pueda.

—Incluso si *fuera* posible —añadió Jess—, ¿es necesario?

Simon dudó, incómodo al advertir la preocupación con la que Jess arrugaba la nariz.

—Sea por la razón que sea —dijo—, los mundos están vinculados a través del vacío. Así que sea lo que sea lo que está haciendo Rojo allí, también está conectado con nosotros. Este idiota piensa que puede lanzarse sin más al corazón del vacío. Pero necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

—Gatito —dijo Jess, apartándose del vagón para mirarlo de nuevo a él—, ¿se te ha ocurrido que quizá Phoenix quiera mantenernos a salvo, y que igual es por eso que asume riesgos y guarda secretos?

Simon hizo una mueca.

—No puedo sentarme en silencio y ver cómo se juega la vida por nosotros. Sabes que no puedo.

Jess tomó las manos de Simon.

—Lo sé. Pero seguirlo hasta la Tierra...

Phoenix se rió en sueños.

—¿Dices que esto es culpa *mía*? —preguntó, con la boca pastosa.

Jess le apartó el pelo de los ojos a Phoenix para comprobar si estaba despierto.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó con amabilidad mientras Phoenix seguía durmiendo.

—Jess. —Simon la miró, suplicante—. Es mi familia. Es lo más cercano que me queda a un hermano.

Jess se mordió el labio un momento.

—Bueno..., si ese es el caso..., tendrás que decirle a Phoenix que va a ser tío.

Simon frunció el ceño, confuso.

—Que va a ser... —De pronto abrió los ojos de par en par, y miró a Jess boquiabierto—.

Jess. ¿Estás...? ¿Estamos...?

Jess asintió, y posó ambas manos sobre su estómago.

—Lo estamos.

—Luz bendita. —Simon dejó caer a Phoenix y envolvió a Jess con los brazos, dándole un abrazo que le habría roto algún hueso de no haber sido una gigante—. No tengo palabras. —Le besó el hombro, porque era la parte de su cuerpo más fácil de alcanzar—. Mucho antes de lo que nos esperábamos... —añadió, algo incómodo—. Pero da igual. Es increíble. Eres increíble.

Jess se rió con suavidad y lo atrajo hacia sí, dándole un beso en la coronilla. Tras darle a Simon un momento para procesar las noticias en silencio, Jess se apartó y asintió en dirección a la figura desvanecida de Phoenix.

—Tendrás que tratar al bebé con más cuidado —le advirtió con una sonrisa—. Ni los gigantes son tan resistentes como Phoenix al nacer.

Simon asintió, con la cabeza aún dándole vueltas.

—Tendré cuidado. Más que cuidado. —Hizo una pausa mientras comenzaba a procesar la magnitud de aquella noticia—. Pero corren tiempos difíciles... Nuestras vidas no son precisamente estables. Nuestro mejor amigo es un caos emocionalmente volátil e impredecible de energía del vacío letal. No tenemos una rutina. No tenemos una dirección fija. No tenemos una fuente de ingresos fija. Las hordas de Sombras crecen cada día. La semana pasada, el pueblo entero de Lillibrook desapareció.

Simon se pasó los dedos por el pelo, y luego se sentó en la hierba.

—Y no sé nada sobre cómo sacar adelante una familia —continuó—. Mis propios padres se odiaban el uno al otro. Aprendí todo lo que sé de Edgar, y él es un modelo terrible. Una vez me empujó al mar desde la cima de un acantilado, cuando yo tenía ocho años, porque pensó que sería una buena oportunidad de aprendizaje. —Simon miró a Jess cada vez más preocupado—. Para *él*. Una buena oportunidad de aprendizaje para *él*. Quería saber cómo respondería un hechicero de ocho años a una situación de vida o muerte teniendo los poderes suprimidos. Y aquello era un día normal con el viejo. —Simon se frotó las manos—. De pronto desapareció sin ni siquiera una palmadita en el hombro, o una notita diciendo adiós. *Ese* es el tipo que me ha criado. Esa fue mi figura paterna. ¿Y se supone que debo ser padre? Jess, ¿cómo vamos a hacerlo bien?

Jess le ofreció una de sus sonrisas torcidas mientras trataba de no reírse.

—Lo haremos bien —dijo, agarrándolo por los hombros y agachándose para mirarlo a los ojos—. Confía en mí, gatito. Estás cualificado de sobra para ser padre. Y si estamos Phoenix, tú y yo cuidando de la nueva miembro de la familia va a tener todo lo que pueda necesitar.

—¿La?

—Vamos a tener una niña —dijo Jess tras tirar de Simon para ponerlo en pie.

Simon parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo noto —dijo Jess, regresando al vagón.

—Tendremos que empezar a pensar en nombres —dijo Simon, agazapándose para coger a Phoenix de la hierba otra vez.

—Tienes poco o nada que decir respecto a eso. —Jess sonrió mientras retiraba la lona verde.

Simon tendió a Phoenix junto a una colección de instrumentos de persuasión y una vieja tienda de campaña enrollada, y luego se giró para mirar a Jess.

—¿No puedo decidir el nombre de mi propia hija?

Por toda respuesta, Jess soltó una carcajada gutural.

—¿Acaso no llamaste Firulais a tu mascota de niño?

—Sí... —Simon sonrió—. Firulais es un nombre la mar de apropiado para una mascota.

Jess puso los ojos en blanco.

—Para un loro, no tanto.

Simon lanzó las bolsas suya y de Phoenix dentro del carro, y luego se sacudió las manos.

—Un nombre poco usual para una criatura poco usual —dijo, encogiéndose de hombros—. Era un pájaro realmente excepcional.

Jess y él volvieron a echar la lona sobre el vagón, de forma que Phoenix y el equipaje quedaron ocultos, y luego agarraron un lado del vagón cada uno y comenzaron a tirar en dirección a las brillantes luces de la ciudad. El sol se había hundido tras la muralla, y la tarde invadía Karvil mientras la ciudad cobraba vida con la música y las frivolidades de la noche.

—Me sentí devastado cuando murió mi pájaro —dijo Simon más tarde, mientras Jess y él tiraban del vagón por una calle empedrada bien iluminada en dirección al Gremio de los Inventores. El aire estaba cargado de una combinación de los olores del alcohol, las verduras recién cocidas, y la carne especiada a la parrilla.

Jess soltó una carcajada estruendosa, asustando a dos mujeres jóvenes que caminaban dadas del brazo en la dirección opuesta. La pareja se abrazó mientras cruzaban a la otra acera, observando con recelo a Jess hasta que desaparecieron tras la siguiente esquina. Jess trató de sofocar la risa.

—Vas a ser padre —dijo, por encima del ruido de la charla de los restaurantes abarrotados—, ¿y estás pensando en tu pájaro muerto?

—Oye —dijo Simon, encogiéndose de hombros—, has sido tú la que ha sacado el tema de Firulais.

Jess le dio un papirotazo en la nuca.

—Yo tenía catorce —continuó Simon—. Edgar me dio una iguana de cola espinosa como reemplazo, pero no era lo mismo.

—Aun así, fue un gesto amable por su parte —dijo Jess, sin prestar atención a las miradas que recibía de los clientes que intentaban disfrutar de sus cenas en los establecimientos abarrotados y de dudosa reputación ante los que estaban pasando—. Tu tutor no puede haber sido *tan* malo.

Simon se rió con disimulo.

—Creo que se sentía responsable de la muerte de Firulais.

—¿Mató a tu pájaro?

—No directamente.

Antes de que Jess pudiera preguntarle nada más, dos adolescentes aparecieron a trompicones en la calle, atacándose con espadas de madera. Estaban tan metidos en su pelea que chocaron contra Jess, rebotaron y cayeron elegantemente al suelo mientras perdían las espadas.

Simon y Jess dejaron el vagón en el suelo y observaron a los jóvenes con los ojos como platos, expectantes. Los chicos llevaban chalecos de terciopelo abotonados, botas puntiagudas, y sombreros de ala ancha pese a no haber sol del que tener que protegerse. Simon los reconoció de inmediato como jóvenes de clase alta del centro de Karvil que se habían escabullido al Lado Oeste en busca de una noche de entretenimiento más aventurera.

—¿Una gigante? —dijo uno, agarrando su espada y poniéndose en pie como pudo mientras las plumas de sus pendientes dorados se mecían.

Jess enseñó los dientes con una sonrisa malvada.

—¿Es que te doy miedo?

El chico dio unos cuantos pasos hacia atrás.

—Nah. Es solo que nunca he visto a una gigante en Karvil.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Simon, observando las espadas de madera mientras el otro chico se ponía en pie de un salto. Era más alto que el otro, y tenía la cabeza cubierta de rizos oscuros.

—Practicar.

Simon enarcó una ceja.

—¿Para qué?

—Para la segunda Guerra de las Sombras —dijo el chico con las orejas agujereadas—. Debemos estar listos.

Jess soltó una risita.

—¿Pretendéis luchar contra las Sombras usando palos?

El chico de pelo oscuro le devolvió una mirada desafiante.

—Evidentemente, utilizaremos espadas *reales*.

Bajo la luz de las farolas, el rostro de Jess suavizó su expresión.

—A menos que seáis hechiceros —dijo—, como mínimo os va a hacer falta una lanza de Sombras.

—Apuñaladles el corazón —añadió Simon, dándose golpecitos en el pecho con el dedo—. O cortadles la cabeza.

Los chicos se miraron el uno al otro, y luego se acercaron a Simon y Jess.

—¿Qué más deberíamos tener en cuenta?

—Manteneos alejados del follón —dijo Simon—, y dejadle las Sombras a gente más cualificada.

—¿Gente como los capullos pretenciosos del palacio? —preguntó el chico de rizos—. No pueden protegernos. Hoy mismo algo ha volado en pedazos la muralla de la ciudadela. Solo una Sombra podría causar tanto daño.

Su amigo asintió.

—Hay rumores de que el Alto Jefe está trabajando en un arma capaz de eliminar a cientos de Sombras de un solo golpe, pero no me lo creo.

—¿Qué tipo de arma? —preguntó Jess.

El chico se encogió de hombros.

—Alguna especie de cañón de superenergía.

En una taberna cercana se rompió un vaso, y un coro de insultos de borrachos y risas inundó las calles.

Jess frunció el ceño.

—¿Un cañón...?

—El Alto Jefe ha estado buscando a Phoenix —murmuró Simon, y Jess se mordió el labio. Se dirigió a los chicos—. Mirad. El escudo que protege Karvil es lo suficientemente fuerte para aguantar un poco más. Usad ese tiempo para aprender algo útil, y no vayáis a la caza de Sombras. —Les dio un empujoncito—. Perdeos.

Los chicos obedecieron, y casi habían desaparecido cuando el más alto echó la vista atrás.

—¿Los gigantes comen huesos?

La sonrisa de Jess se extendió por todo su rostro.

—Son buenísimos para los dientes.

Satisfechos, los chicos se perdieron en la noche.

—¿Crees que deberíamos haberles explicado cómo luchar contra las Sombras? —se preguntó Jess en voz alta.

Simon se encogió de hombros.

—La ignorancia no los mantendrá a salvo.

—Cierto... —convino Jess—. Pero de cara al futuro me gustaría que leyéramos unos cuantos libros sobre la parentalidad positiva.

Simon hizo una pausa, notando que el pelo de la nuca se le levantaba mientras la energía a su alrededor cambiaba como una leve alteración en la brisa.

—Hora de lidiar con el siguiente niñoato confiado del día —dijo, haciendo un gesto en dirección al vagón—. Phoenix está despierto.



Llegan los problemas

Phoenix despertó tendido sobre su espalda, oyendo los ruidos de tazas contra la mesa, cubiertos contra los platos, y charlas animadas durante la cena. Alzó la mirada a las luces cálidas que parpadeaban más allá de la lona negra que se extendía sobre él, escuchando cómo un cuarteto de cuerda tocaba cerca y el vaivén melódico de una banda de viento metal en la distancia. Las estridentes notas de la trompeta parecían bailar en la brisa desde el final de la ruidosa calle.

Definitivamente estamos en el Lado Oeste, pensó Phoenix. Nadie más en Karvil hacía música que sonase tan viva.

Rozó con los dedos la tela áspera sobre su cabeza, reconfortado por la familiaridad de todo aquello. El fuerte olor a madera del vagón. El caos de instrumentos musicales y material de acampada que lo rodeaba. Las gruesas mantas, acribilladas por las polillas y apiladas en una esquina tras su cabeza.

La presencia siniestra y silenciosa de energía del vacío concentrada que latía en la oscuridad a su lado, sin embargo, lo tomó por sorpresa.

Se tendió sobre el estómago y se acercó más a la fuente de energía para investigar. Había muy poca luz para ver bajo la lona, pero Phoenix podía adivinar las siluetas vagas de los objetos que lo rodeaban. Un objeto largo, semejante a una rama y envuelto en una gruesa tela atada con fuerza, captó su atención; en cuanto lo cogió, una oleada de poder le recorrió el brazo y le asaltó

el corazón antes de quedar reducida a un zumbido más suave y constante. La sensación se parecía mucho a la de activar una piedra del vacío, y aunque el objeto misterioso estaba envuelto con decisión, Phoenix estaba bastante confiado en que sabía qué ocultaban aquellas capas de tela.

—¿Todo bien, Rojo? —Simon dio unos golpecitos sobre el costado del vagón.

Phoenix no contestó; estaba demasiado extasiado con la nueva incorporación al cargamento del vagón. Le dio vueltas al paquete entre las manos mientras buscaba una forma de abrirlo, tirando con los dedos de las cuerdas llenas de nudos.

—¿Phoenix? —Simon retiró la lona y echó un vistazo dentro del vagón, con Jess a su lado.

Phoenix entrecerró los ojos cuando la luz ámbar de la calle le dio en la cara, y luego se incorporó y sacudió el paquete.

—¿Es esto lo que yo creo que es?

Simon y Jess se miraron para compartir una de sus rápidas conversaciones silenciosas antes de volverse de nuevo hacia Phoenix, al parecer habiendo alcanzado un acuerdo no verbal al respecto.

—Depende —dijo Simon, apoyando los codos sobre el borde del vagón—. ¿Crees que es el báculo de un antiguo hechicero, imbuido de una reserva de energía bruta masiva y recargable?

—¿El tipo de energía que podría plantar cara a las Sombras —añadió Jess, pasándole un brazo por los hombros a Simon—, almacenada dentro de bellas vetas de una aleación de piedra del vacío que lleva años formar, y años convertir en un báculo?

—¿Un arma deseada y versátil —dijo Simon, exagerando su entusiasmo—, diseñada para manipular energía externa al cuerpo del usuario y replicar el poder de las piedras del vacío sin dejar al usuario al borde de la muerte?

La sensación que tenía Phoenix era como de estarse perdiendo algún elemento central de una historia, o la gracia de un chiste del que él era de pronto la víctima. Se tiró de la capucha hasta cubrirse los ojos, y luego miró suspicaz a Simon y Jess.

—Sí... —dijo—. Eso es exactamente lo que pensaba.

—Bien —dijo Simon—. Porque es exactamente lo que es. —Tiró de la lona para cubrir el vagón—. Mantente oculto. Lo debatiremos en el Gremio.

Phoenix parpadeó ante la repentina oscuridad, y luego apartó la esquina de la lona para poder asomar la cabeza, sonriendo por encima del vagón mientras Simon continuaba tirando de él calle abajo. Las multitudes de paseantes nocturnos se quitaron de en medio sin que hiciera falta persuadirlas mucho, aunque unos pocos se detuvieron para mirar a Jess mientras pasaba.

—Creo que deberíamos hablarlo *ahora* —dijo Phoenix—. La gente mata por estas cosas. ¿Cómo es que hemos acabado tropezando con una?

—La gané —dijo Jess, y Phoenix la miró con asombro.

—¿Cómo, en una tómbola? —dijo, suspicaz—. ¿En la Noche de Bingo de algún club de hechiceros jubilados? La gente no se desprende de algo así por voluntad propia.

Jess respondió con una de sus carcajadas graves y guturales.

—La gané limpiamente.

—¿Se la ganaste a *quién*? —preguntó Phoenix.

—No fue a un hechicero —dijo Jess, caminando junto al vagón mientras Simon lo maniobraba para doblar una esquina en dirección a una callejuela lateral mucho más tranquila, vacía excepto por unos pocos grupúsculos de individuos con capas y botas de tacón y algún que otro dueño de una tienda cerrando somnoliento—. Sino a una familia de ogros —continuó, deteniéndose para mirar el escaparate de una panadería, suavemente iluminado—, que se la habían robado a una ninfa de los bosques, que se la había robado a un troll, que la encontró en un

lecho de río seco hace muchos años.

—¿Crees que pudo pertenecer a un Maestro de las Sombras? —preguntó Phoenix mientras Jess alcanzaba de nuevo el vagón.

—Es lo más probable —respondió ella—. Uno de los de alto nivel, que desaparecieron tras la guerra. Debería empezar a probar más comida tradicional humana. Esos postrecitos tenían una pinta increíble.

Doblaron otra esquina. El vagón se meció sobre el empedrado mientras se acercaban al Gremio de los Inventores, cuya vibrante entrada podía verse desde el principio de la calle desierta. El Gremio se alzaba sobre las casas vecinas en todo un impresionante espectáculo de madera esculpida, enormes engranajes giratorios de metal, e incontables luces titilantes que se enroscaban en hileras de color sobre arcos de madera y vidrieras.

Nadie estaba muy seguro del propósito práctico de los engranajes de metal, que giraban despacio a ambos lados del enorme edificio como si fueran un fondo interactivo, pero conseguían captar la atención de cualquiera que pasase por allí. Y por si los engranajes no llamaban lo suficiente la atención, una miríada de chimeneas retorcidas brotaban tanto del tejado como de las paredes, vomitando chorros de vapor de colores, denso humo gris, y alguna que otra burbuja.

—Gremio a la vista —dijo Simon, animado.

Parecía estar de particular buen humor, algo que habría hecho sospechar a Phoenix si no hubiera estado tan distraído.

En su lugar, Phoenix frunció el ceño al mirar el báculo cubierto que descansaba sobre su regazo. Era más pesado de lo que parecía, y casi tan largo como Phoenix.

—Me pregunto a qué Maestro de las Sombras perteneció... —dijo, desatando los nudos que sujetaban la tela—. Casi seguro que lo conocí en Flamegate.

—¿Quién sabe? —dijo Jess—. Aunque una cosa es segura. Si *no* se la hubiera ganado a esos ogros, la habría robado. Solo la usaban para sembrar el terror entre la población local de goblins y hacer explotar árboles para obtener leña. Estaban malgastando del todo las capacidades del báculo.

Phoenix por fin logró desenredar las cuerdas, y desenrolló la tela con un experto giro de muñeca. El báculo salió rodando de su regazo y repiqueteó contra la madera del vagón, tan impresionante como Phoenix se había esperado. Un delicado alambre verde, tan delgado como el hilo, serpenteaba por toda la pulida rama, formando patrones complejos y diseños intrincados muy similares a los tatuajes que cubrían los brazos y la espalda de Simon para regular su flujo de energía interno.

Phoenix levantó de nuevo el báculo, disfrutando de la sensación que sentía cuando el delgado alambre le rozaba la mano.

—¿Es para Simon? —preguntó, observando la forma en que la luz de las farolas hacía brillar los alambres del báculo.

Simon soltó una risita, y continuó caminando.

—En realidad... —dijo Jess—, es para ti.

Phoenix parpadeó.

—¿Para *mí*?

—Nos hemos dado cuenta de que te has empezado a ayudar más y más de las piedras de vacío este año —dijo Jess, mientras Simon continuaba tirando del vagón por el camino—. Canalizan la energía directamente usando tu cuerpo..., lo cual es peligroso hasta para alguien con tanta resistencia al vacío como tú. Un báculo de mago es una opción mucho más segura.

—No sientes nada cuando se activan las piedras —dijo Simon, dejando el vagón en el suelo junto a la entrada al Gremio, iluminada con focos brillantes—, así que no te das cuenta de la severidad de lo que te está ocurriendo. Pero Jess y yo lo vemos. —Simon apartó el resto de la lona, y comenzó a coger bolsas mientras hablaba—. Te estás aferrando a ese poder más tiempo del necesario, y los efectos secundarios empiezan cada vez antes. Cada vez tardas más en recuperarte. Y, ya que eres demasiado cabezota para atender a razones y dejar de usar esos estúpidos trastos, supusimos que otra opción era buscarte una alternativa menos potencialmente letal.

Simon dejó caer al suelo el equipaje, y luego se giró para mirar a Phoenix con los brazos cruzados, como si esperase que dijera algo. Jess se colocó tras el hechicero y lo envolvió con los brazos, apoyando la barbilla sobre su coronilla.

Phoenix se limitó a mirarlos, demasiado impactado para decir nada. De pronto hubo una brisa, y Phoenix se encogió ante el frío, consciente de que su ropa estaba húmeda a raíz de su desastroso chapuzón en el riachuelo.

—Pensábamos dártelo por tu cumpleaños —dijo Jess—, pero por cómo están poniéndose las cosas últimamente... Pensamos que igual te vendría mejor antes.

—Tiene sus límites, por supuesto —añadió Simon cuando Phoenix fue incapaz de aportar nada a la conversación—. Puedes usar su poder sin arriesgarte a tener tanta energía recorriéndote el cuerpo, pero no es infinito. Y, si te hacen daño, no serás inmune al dolor como lo eres cuando usas las piedras.

Phoenix los miró desde el vagón, preguntándose qué había hecho para merecer su generosidad. La atención al detalle que venía con el extraordinario regalo le parecía más abrumadora que el báculo en sí mismo.

Jess se inclinó para susurrarle a Simon al oído:

—Algo va mal —anunció—. Phoenix Page no tiene nada que decir.

—El universo se dirige hacia su fin —dijo Simon, asintiendo sombrío.

Phoenix se aclaró la garganta.

—Escuchad —dijo, con la voz más ronca de lo que se había esperado—, sé que a veces actué como un capullo desagradecido. Pero esto... —Phoenix sacudió la cabeza, incapaz de pensar en una forma apropiada de expresar su gratitud—. Esto significa muchísimo. No estoy seguro de cómo daros las gracias.

Simon soltó una risita.

—Úsalo con sabiduría —dijo—. Y no te nos vuelvas a morir.

Phoenix se rió con nerviosismo, y luego salió del vagón de un brinco con el báculo bajo el brazo.

—Siempre he querido un báculo —dijo, estirando una mano hacia la pila de pesadas mantas junto a la que había estado sentado—. Al parecer, mi madre usaba uno cuando estaba viva. Según Maulbrak y mi querida abuelita, quedó destruido el día en que nací. —Se echó una manta por la espalda y la ató sobre sus hombros, a modo de capa—. ¿Y si vemos lo que puede hacer?

Simon y Jess apenas habían abierto las bocas en señal de advertencia cuando Phoenix señaló con el báculo las farolas alineadas al otro lado de la calle y lanzó una serie de explosiones en rápida sucesión. Las luces explotaron en una cascada de chispas y cristal de colores. Entonces Phoenix balanceó el báculo en el aire y un chorro de energía salió disparado hacia el nublado cielo nocturno, estrellándose contra el escudo invisible que envolvía la ciudad. Olas refulgentes de brillante luz dorada se extendieron por el cielo para luego desvanecerse en la oscuridad, con tanta velocidad que duraron un parpadeo, pero Phoenix vio el espectáculo con tanta claridad

como si fuera una fotografía brillante grabada a fuego en su mente. Era un mensaje para el Alto Jefe de Yonder y su sed de vacío.

Desde el distante palacio comenzaron a oírse sirenas, y varios perros se pusieron a ladrar mientras Phoenix se giraba para sonreír a Simon y Jess.

—Bueno. Ha sido fácil.

Simon le ofreció una sonrisa temblorosa a Jess.

—Hemos metido la pata.

—¿Me pregunto qué pasaría si utilizara el báculo y una piedra del vacío a la vez...? —comentó Phoenix, dándole toquitos al suelo con el báculo.

—Phoenix —gimió Jess.

Él soltó una risita.

—Solo era una idea. Puramente hipotética.

Las grandes puertas dobles del Gremio se abrieron de golpe y de ellas salió disparada una niña, rodeando con los brazos la cintura de Phoenix con tal entusiasmo que casi se tropieza con la ajada manta que lo cubría. Estampó el báculo contra el suelo para recuperar el equilibrio, y luego sonrió y le alborotó el pelo rizado a la niña: un nido oscuro y nudoso que le concedía unos centímetros extra a su estatura, y en ocasiones albergaba objetos de pequeño tamaño como lápices, monedas o llaves.

—Has crecido, Piper.

La niña dio un paso atrás, con los brazos en jarras. Se trataba de una chica larguirucha, con músculos fibrosos, pómulos afilados y el ceño permanentemente fruncido, incluso cuando sonreía; lo cual hacía que pasase la mayoría del tiempo pareciendo o muy seria, o felizmente confusa.

Con sus rasgos fuertes y su ropa holgada, la mayoría de gente confundía a Piper con un chico, pero a ella le daba igual y rara vez corregía a nadie. De hecho, Piper había engañado a todo el Gremio de Lenguas y Literatura, unos cuantos edificios más abajo, convenciéndolo de que era un huérfano de las calles llamado Brutus, y usaba su alias para conseguir pan gratis y un nuevo libro prestado cada semana.

—Llevas más de un año sin visitarme —dijo—. Tengo trece años.

—¿Nos hemos perdido tu ceremonia de mayoría de edad? —preguntó Simon, sorprendido—. Lo siento, pequeña.

—Eso me da igual. —Piper se cruzó de brazos—. Pensé que habíais muerto.

—Solo durante un minutillo o dos —dijo Phoenix, recogiendo su bolsa del suelo—. Pero la mayor parte del tiempo hemos estado ocupados. Viajando. Visitando a la familia. Gestionando mi crisis existencial. Tocando música. Esta es Jesinta, por cierto. —Hizo un gesto hacia Jess, y Piper se giró para mirar a la gigante, con la cara iluminada por el interés.

—Simon nos lo ha contado todo sobre ti. —Piper le tendió una manita sucia, que Jess se inclinó para estrechar con cuidado—. Eres más pequeña de lo que me esperaba —añadió, recorriendo con la mirada a Jess: desde la marca de nacimiento que tenía en la cara hasta las enormes botas de cuero.

Jess sonrió.

—Mis padres dijeron lo mismo.

Piper sonrió con incertidumbre y luego se dio la vuelta para mirar de nuevo a Phoenix, que ya estaba adelantando a todo el mundo y dirigiéndose a la entrada del Gremio con la mochila al hombro, el báculo bajo el brazo la manta arrastrándose detrás de él por el suelo.

—Mamá dice que solo vienes a Karvil cuando estamos en apuros —añadió Piper.

Phoenix se detuvo para mirarla.

—¿Quizá es que nosotros traemos los apuros? —sugirió.

—¿Estás aquí para luchar contra las Sombras? —preguntó Piper.

Phoenix le guiñó un ojo.

—Estamos aquí para luchar contra el sistema.

—¿Ya estás metiéndole ideas en la cabeza, Phoenix? —los interrumpió una voz femenina áspera desde la entrada al Gremio, y todo el mundo se giró para mirar a la alta y delgada mujer que estaba de pie en el umbral, iluminada desde atrás por la luz cálida que venía desde el patio interior.

Vestía un mono de color rojo desvaído bajo una bata de laboratorio que en algún momento fue blanca, pero que ahora tenía el mismo aspecto que si la hubieran arrastrado por una impresión recién pintada de la Gran Guerra Goblin: un período trágico en la historia goblin que había sido terriblemente horripilante, y a la vez espectacularmente colorido.

Los grandes bolsillos de la bata de la mujer estaban abultados por los distintos materiales y herramientas inidentificables que llevaba en ellos, y de su cuello colgaban unas gruesas gafas de protección.

Phoenix le ofreció una enorme sonrisa.

—Jamás soñaría con ser otra cosa que un refinado ciudadano de primera en presencia de tu joven protegida, Wallace.

La mujer se rió con un resoplido.

—Mi joven protegida tiene una colección en expansión de pósteres de “Se busca” con tu cara en ellos.

—Mamá... —Piper se sonrojó, frunciendo el ceño y mirándose los pies.

—Soy un modelo de conducta excelente —dijo Phoenix, cubriéndose con la pesada manta los hombros y avanzando por el camino para encontrarse con la inventora ante la entrada.

Wallace arqueó las cejas, mirándolo.

—¿Os habéis enterado? —preguntó, con un brillo astuto en la mirada—. Algún cabezahueca ha hecho pedazos la muralla junto a los Jardines del Jefe esta mañana.

Phoenix posó una mano sobre el hombro de Wallace, y le ofreció una mirada solemne.

—Todo va según el plan, Wally.

Wallace se rió de nuevo.

—Cuánto lo dudo. —Entonces le hizo un gesto con la mano desde el umbral—. Entrad, pues. Todos vosotros. Os aseguro que no querréis perderos mi última creación.



El taller de Wally

Simon esperó hasta que Phoenix entró junto a Wallace y Piper, y luego tomó a Jess de la mano.

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó Jess, acompañándolo por el camino empedrado en dirección a la entrada al Gremio. Simon se medio encogió de hombros.

—Sé que no te gustan las ciudades.

—Bueno, a Karvil definitivamente le falta la atmósfera adormilada de un pueblecito y el ambiente épico de la montaña —dijo Jess, agachándose para atravesar la puerta—, pero no es tan insoportable como me esperaba. Además, ya era hora de que conociera a toda la gente con la que Phoenix y tú pasáis el tiempo cuando yo estoy por ahí siendo una gigante respetable.

Dentro del Gremio hacía un calor tremendo, y el acogedor recibidor en el que habían entrado parecía mucho más pequeño de lo que había sugerido el exterior masivo del edificio. Había varias pilas de cajas de madera apiladas del suelo hasta el techo a su izquierda, mientras que la pared a su derecha estaba cubierta de por lo menos cien colgadores para abrigo de bronce pulidos que seguían un pasillo alfombrado hasta que éste desaparecía tras una esquina.

Phoenix, Piper y Wallace no estaban por ninguna parte, pero había un joven bien aseado sentado tras un pulcro mostrador de recepción tras las cajas limándose las uñas.

Simon asintió en su dirección.

—Buenas tardes, Nigel.

—Gancho número tres —dijo el hombre, sin apartar la mirada de sus uñas.

—Siempre disfruto de nuestras charlas —murmuró Simon, y luego agarró el tercer gancho para colgar abrigos desde la entrada y tiró de él hacia el suelo. Jess arqueó las cejas mientras una sección de la pared se deslizaba hacia el techo, revelando un cubículo de madera abarrotado, vacío salvo por una hilera de botones plateados en la pared del fondo.

Simon se metió dentro y Jess se apretujó detrás de él, riéndose mientras aplastaba a Simon contra la pared.

—Qué íntimo —dijo. Simon sonrió y apretó los tres botones superiores a la vez.

La habitación entera salió disparada hacia arriba, gruñendo y gimiendo mientras poleas invisibles alzaban a Simon y Jess hasta el piso más alto del Gremio. Se detuvieron con un temblor, y salieron a un pasillo ancho con exquisitos suelos de madera y antiguos retratos de individuos con batas de laboratorio exhibiendo las esféricas cotas de excentricidad por las que el Gremio de Inventores se había ganado una reputación a lo largo de los años.

—Todo este piso está reservado para la Maestra del Gremio —explicó Simon mientras seguían el pasillo, dejando atrás puertas de hierro cerradas, retratos con hermosos marcos y colecciones desvaídas de mapas antiquísimos, diagramas y notas garabateadas con prisas—. Aquí es donde tiene Wallace su taller.

Por delante de ellos, Phoenix charlaba con Wallace y Piper sobre la caprichosa obstrucción en Karvil Centro a la vitalidad musical. La manta raída se arrastraba tras él como una túnica regia mientras desaparecían doblando la esquina.

—¿Deberíamos contarle a Phoenix la noticia? —preguntó Jess, inclinándose para susurrarle a Simon al oído.

—O... —sugirió Simon—, podemos seguir soltando pistas hasta que se dé cuenta.

Jess se rió.

—Tu idea suena más entretenida.

Alcanzaron a los otros justo cuando Wallace tiraba de una de las pesadas puertas de hierro para abrirla.

—Ha pasado un año movidito desde la última vez que nos vimos —dijo Wallace, guiándolos hacia el cómodo espacio al otro lado—, pero me las he arreglado para desarrollar algunas de mis mejores creaciones durante este tiempo.

En el taller hacía calor gracias a un gran horno en una esquina de la enorme habitación. Por las paredes serpenteaban tuberías de metal en una compleja maraña de giros y enredos superpuestos, tubos de goma que cubrían gruesas barras, y un extraño amasijo de lo que parecían ser toscas marionetas de metal colgadas con cadenas y enormes garfios del alto techo.

—¿Ya resolviste los problemas que te estaban dando los generadores de energía? —preguntó Phoenix, haciendo hueco sobre uno de los tres robustos bancos de trabajo cubiertos de herramientas en el centro de la habitación para sentarse encima de un salto, dejando el báculo a su lado.

Wallace chasqueó la lengua.

—Sí y no —dijo, suspirando—. Cada vez que arreglo uno de los problemas, me salta otro a la cara. Pero no me voy a rendir —añadió mientras Piper saltaba sobre el banco para sentarse junto a Phoenix—. Las energías alternativas son definitivamente viables. Pero me cuesta optimizar su eficiencia, e integrar esta tecnología en el estilo de vida yonderiano está resultando ser más difícil de lo que me esperaba.

—¿Qué querías enseñarnos? —preguntó Simon, y a Wallace se le iluminó el rostro de alegría

ante la idea de compartir su último arrebato de genialidad.

Sacó a rastras una gran caja de metal desde detrás del banco de trabajo sobre el que estaban sentados Phoenix y Piper, y luego le apartó la tapa con más dramatismo del que a Simon le parecía estrictamente necesario.

—Contemplad —dijo—, el futuro de la integración mágico-tecnológica.

Todo el mundo se inclinó hacia delante para echar un vistazo dentro de la caja, que parecía llena de pulseras de cuero baratas, delgados alambres, y lucecitas suaves e intermitentes semejantes a luciérnagas atrapadas en un enredo de cuerdas.

—Disculpa nuestra ignorancia, Wally —dijo Phoenix, todavía sentado sobre el banco con la manta por encima—, pero quizá tengamos que reservarnos nuestro asombro y admiración hasta que nos expliques qué estamos mirando.

—Touchée —dijo Wallace, y luego metió una mano dentro de la caja para sacar tres tiras cortas de cuero que les pasó a Phoenix, Simon y Jess—. Primero, ponéoslas.

Simon le dio vueltas a la pulsera, frunciendo el ceño al ver el alambre sujeto al suave cuero y un rectángulo de alguna sustancia translúcida y semejante a la goma cosido al centro de la banda. Éste emitía una débil luz de color azul pálido.

—Son inofensivos —añadió Wallace, advirtiendo la reticencia de Phoenix a ponerse nada en torno al brazo.

—¿Vas a hacer unos pinitos en la extravagante industria de la moda de Karvil? —preguntó Phoenix, antes de ponerse con cuidado la pulsera. Se le borró la sonrisa de la cara y sacudió la mano, alarmado, como si estuviera aferrando documentos importantes a los que había prendido fuego sin querer.

Se recompuso y luego se llevó el brazo al pecho, mirando a Wallace como si le hubiera traicionado.

—La incomodidad es temporal, cielo —dijo Wallace, dándole unas palmaditas en la espalda—. Créeme. Los beneficios superan con mucho el pinchazo inicial.

Simon se puso la tira en torno a la muñeca, y se encogió cuando algo le perforó la piel del brazo y se enterró bajo su piel como el aguijón de una avispa furiosa.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó Jess, inspeccionando el brillante rectángulo azul sobre la banda en torno a su brazo. Simon observó el suyo, y se sorprendió al descubrir que la luz ya no era azul; en su lugar oscilaba sin parar entre el amarillo y el naranja.

—Mide la energía potencial —explicó Wallace, con una nota de orgullo en su voz ronca—. En concreto, el nivel de energía del vacío que puedes usar actualmente.

—Flamegate tiene algo similar —dijo Phoenix, cubriendo con la mano su pulsera—. Lo llaman parche. Toma muestras de energía de tu cuerpo y las prueba bajo diferentes condiciones mientras lo llevas puesto.

—Esto realmente no te quita energía —dijo Wallace—. Solo mide cuánta te queda. Es ideal para cualquiera que trajine con el vacío con frecuencia, pero su potencial se extiende mucho más allá. Podría actuar como dispositivo de alerta para puntos calientes de energía, avisando a la gente de que va a aparecer un túnel. Podríamos evacuar las áreas antes de que se pierdan para siempre en el vacío.

—El mío es naranja —dijo Simon, y Wallace asintió.

—El display está hecho de materia orgánica reconstituida tomada de los preciosos sombreros gomosos de sombrosetas —dijo.

Simon arqueó una ceja.

—¿Sombrosetas?

—Organismos energífagos que hay en el Bosque de Bloodwood —dijo Phoenix en voz baja, observando el display de su propia pulsera con un ángulo tal que era imposible que nadie más lo viera.

—*Exacto* —dijo Wallace—. El alambre lee la energía del vacío que hay en vuestro torrente sanguíneo y le envía esa información al display, que cambia de color en función de cuánta energía haya; lo mismo que hacen las sombrosetas salvajes. Trabaja con todo el espectro de color, desde el violeta hasta el rojo brillante, así que los seres sin conexión natural con la energía del vacío..., como nuestra amiga la gigante..., deberían tener lecturas de energía muy bajas.

—De ahí el azul —comprendió Jess—. En realidad, a mí no me hace falta este aparatito, ¿no?

—No realmente, cielo —dijo Wallace—. Solo quería demostrar eso.

Jess suspiró y abrió la pulsera, extrayéndose el delgado alambre del brazo con delicada concentración.

Era mucho más largo de lo que Simon se esperaba, y se encogió ante la idea de tener que quitarse el alambre de debajo de su propia piel.

—Los hechiceros —dijo Wallace, mientras Jess sacaba de un tirón lo que quedaba del alambre y lanzaba la banda sobre el banco de trabajo—, tienen un suministro casi constante de energía. Aunque nacen con una fuente personal de poder, *también* tienen acceso a cualquier energía que les hayan entregado miembros de su clan concretos que han fallecido.

Wallace tomó la mano de Simon y observó el display que brillaba sobre su muñeca.

—Has acumulado una reserva de poder de tu clan inusualmente grande —dijo—, que es la razón por la que tu tutor trató de suprimirla con los tatuajes. El motivo por el que tu luz oscila entre el amarillo y el naranja es que el potencial no es estable. Aunque... —Wallace entrecerró los ojos—, tienes acceso a mucho más de lo que me esperaba.

—Estoy en proceso de ganar acceso a *todo* —dijo Simon.

Wallace le soltó la mano.

—Ten cuidado —advirtió—. Incluso eso tendrá su límite. Las anomalías como Phoenix, por otro lado... —Se giró y tomó a Phoenix del brazo, tirando de él pese a su grito sorprendido cuando lo hizo bajarse del banco—, parecen tener acceso directo al propio vacío... Un potencial ilimitado. Así que el display debería ser de un tono rojo casi cons... tante... —Hizo una pausa, y hubo un silencio incómodo mientras todo el mundo observaba la pulsera que rodeaba la muñeca de Phoenix, que brillaba con una suave tonalidad verde.

—Bueno —dijo Phoenix con una sonrisa débil—, no puedes tener razón *todo* el tiempo, Wally.

Wallace le dio unos toquitos al display con el dedo.

—Por algunas conversaciones que he tenido con Simon, me imaginaba que se quedaría azul cuando te desmayaras, y regresaría de golpe al rojo cuando despertases. Ver que se queda en un tono tan apagado de verde es... Sorprendente. —Miró a Phoenix a los ojos, y él tragó saliva, incómodo.

—He pasado algo de tiempo de calidad en una cámara de vacío esta mañana —dijo, retirando la mano—, y luego he probado mi fuerza contra una pared de roca... Luego hubo un incidente con Sombras inesperadas en la Tierra que exigió mi atención... Sombras. En la Tierra. ¿Puedes creerlo? Ya no sé qué esperar, Wallace, la verdad. Vivimos tiempos extraordinarios.

—Por lo general tu energía vuelve muy rápido —dijo Wallace, frunciendo el ceño.

Phoenix se llevó la mano a la espalda, y se colocó su bolsa sobre el regazo.

—Sospecho —dijo, sacando el contenedor que había llenado en Bloodwood—, que la

mayoría de la energía que esperabas encontrar está ahora aquí dentro.

A Wallace se le abrieron los ojos como platos.

—Hace años que no veo una de esas... —Estiró una mano, como si quisiera tomar el contenedor de manos de Phoenix, y luego se detuvo—. Espera. ¿Es que alguien te ha encerrado en una cámara de vacío?

—Si por “alguien” te refieres a mí —dijo Phoenix—, entonces sí.

Wallace se giró hacia Simon con una mirada furibunda, y él alzó las manos.

—A *mí* no me mires —dijo—. Estuve muerto para el mundo durante horas después de que una fabricante de guardas profesional arrancase material supresor de energía de mis tatuajes.

Wallace sacudió la cabeza.

—¿Y nos sorprende que Piper tenga pesadillas sobre perderos a los dos? —Se giró hacia Phoenix con un suspiro de irritación—. ¿Me permites?

—Adelante. —Phoenix le pasó el contenedor chato de metal, y Wallace lo dejó sobre el suelo, arrodillándose ante él como si fuera un dios antiguo al que quería rendirle sus respetos—. La artesanía implicada en el diseño de esta tecnología continúa siendo superior a la de todo lo que se creó después. La gente dice que se dejó de fabricarla porque era peligrosa. Y lo es, pero yo creo que tuvo mucho más que ver con el dinero. Piper, ven aquí.

Piper se bajó del banco de un salto, y se acuclilló al lado de su madre.

—¿Qué te parece? —inquirió Wallace, mientras Phoenix observaba desde el banco y se rascaba distraído el brazo.

—Bueno... —comenzó Piper, señalando una espiral dentro de un círculo que estaba grabada en un costado del barril—, ese símbolo indica que está teniendo lugar una conversión espacial, lo cual quiere decir que este recipiente contiene múltiples versiones de sí mismo, que a su vez significa que la cantidad de energía que puede contener es mucho mayor que la de un disco de energía normal... Y la energía viene directamente de Phoenix, y por tanto, no está procesada. Lo cual implica que el potencial es todavía mayor, pero más difícil de manejar... —Su ceño fruncido se acentuó—. Deberíamos utilizar una de las bandas para comprobar cuánta energía hay de verdad ahí dentro.

Wallace le dio un beso en la mejilla.

—Esa es mi niña.

Alargó la mano hacia la caja de metal y sacó una de las tiras de cuero, sacándole un trozo largo de alambre para poder ensartarlo en una placa de metal que había en la tapa del contenedor. En cuanto el alambre tocó la placa, el display se puso de color rojo vivo, y Wallace inhaló bruscamente apretando los dientes antes de dejar caer la pulsera. Cayó al suelo y chisporroteó contra las tablas de madera antes de entrar en combustión espontánea, y Piper se apresuró a apagar las llamas a pisotones.

—Vaya, eso es un montón de energía —susurró Wallace, sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo.

Phoenix se inclinó hacia delante, apoyándose en las rodillas, y le sonrió desde el banco de trabajo.

—Y la mitad es para ti.

—¿Perdón?

—Bueno, para el Gremio —dijo Phoenix—. Siempre y cuando la uses para desarrollar sistemas de energía que no dependan del vacío, y con suerte crees algo que esté listo para llegar al público general en cuatro semanas. Por cierto, ¿podemos quedarnos estas? —Meneó la pulsera que llevaba en torno a la muñeca, y Wallace sacudió distraída la cabeza.

—Todavía no. Les hacen falta algunos ajustes.

—Qué pena.

—¿Por qué cuatro semanas? —preguntó Wallace.

—Creo —dijo Phoenix— que es cuando todo se irá a pique de manera dramática e irreversible. Como un bizcocho empapado en un estanque lleno de patos hambrientos. —Parpadeó, y se giró bruscamente hacia Piper—. Quizá. Puede que me equivoque. Seguro que al final nos va todo bien.

—Lo de los patos comiendo bizcocho no es tan aterrador como crees —dijo Piper. Luego se cruzó de brazos, y se recostó contra el banco—. Además, tienes un plan. Y si tienes un plan, Simon te mantiene vigilado, y mamá te ayuda desde el Gremio..., pues entonces sí, al final nos irá todo bien.

Phoenix la observó durante un momento, y luego sonrió.

—Sí. Desde luego.

—Piper —dijo de pronto Jess—, ¿me harías un tour por el Gremio?

Phoenix le lanzó una mirada de agradecimiento. Piper parpadeó

—¿Ahora?

—¿Hay más talleres? —preguntó Jess, posando una mano sobre el hombro de Phoenix—. ¿Una cocina? Me interesan sobre todo las cocinas.

Piper miró a su madre.

—Enséñale esto a nuestra invitada, cielo —dijo Wallace, asintiendo.

Piper le sonrió a Jess.

—A mí también me interesa sobre todo la cocina.

—Pues empecemos por ahí —dijo Jess, apartando la mano de la espalda de Phoenix mientras se alejaba. Le dio un dedazo juguetón en las costillas a Simon antes de seguir a Piper para explorar el resto del Gremio.

La máscara de optimismo de Phoenix desapareció a una velocidad increíble, y se encorvó hacia delante en cuanto Piper y Jess salieron de la habitación.

Wallace, todavía sentada con las piernas cruzadas en el suelo, frunció el ceño, y luego señaló el grueso contenedor de metal.

—Si vas a donar la mitad al Gremio, ¿qué harás con el resto?

—Pienso usar la otra mitad para negociar con el Alto Jefe —dijo Phoenix, bajándose del banco—. Y me gustaría que estuvieras presente, si tú quieres. Puedo engatusar hasta a una tormenta, pero los detalles técnicos no contarán mucho a menos que se los ofrezcas tú.

—¿Qué detalles técnicos?

—Tenemos que convencer al palacio de que Yonder puede sobrevivir sin el vacío.

—Sea cual sea el interés que tiene últimamente en ti el palacio, Phoenix —dijo Wallace—, te aseguro que no puede ser nada bueno.

—Están desarrollando un cañón de alta energía —dijo Simon—. Para disparar a las hordas invasoras de Sombras.

A Phoenix no parecieron sorprenderle las noticias, pero Wallace alzó tanto las cejas que quedaron ocultas tras su pelo.

—Entre tú y yo —dijo Phoenix, envolviéndose con más fuerza en la manta—, creo que podemos ofrecerle a Yonder alternativas más atractivas.

—¿Quieres influya sobre las decisiones gubernamentales del Alto Jefe? —preguntó Wallace.

—Por favor. —Phoenix se inclinó, y le tendió la mano—. Necesito ayuda, Wally.

Simon vio que los ojos de la Maestra del Gremio se entretenían en la pulsera que rodeaba la

muñeca de Phoenix. Luego asintió, y permitió a Phoenix tirar de ella para que se pusiera en pie.

—Pues claro que te ayudaré —musitó antes de darle un abrazo rápido—. Y, aunque no apruebe el método empleado para adquirirla, aprecio toda la energía que nos das. —Alzó el contenedor para dejarlo sobre el banco—. Escasea. Ayer el palacio ordenó una colecta masiva de discos para poder alimentar los escudos.

—¿Era eso lo que había en todas esas cajas de la entrada? —preguntó Simon—. Noté energía al pasar por su lado.

Wallace asintió.

—Se ha exigido a todos los Gremios que donen setecientos discos antes de que termine el día de mañana, bajo pena de cierre inmediato. Nosotros hemos conseguido reunir los suficientes para satisfacer la petición, pero muchos de nuestros proyectos de baja prioridad han quedado parados. —Se detuvo—. Ah, ya sé. —Se escabulló al rincón opuesto del taller, y regresó con una piedra del vacío verde con vetas doradas—. El Gremio lleva años guardando esto —dijo, ofreciéndosela a Phoenix—, pero deberías tenerla tú. Como agradecimiento. Tampoco es que podamos hacer mucho con ella.

—No necesitas... —comenzó Simon, pero Phoenix sonrió y tomó la piedra.

—Gracias, Wally. Esto me vendrá de perlas.

La gema vibró por un segundo, y luego se desvaneció con suavidad en la palma de la mano de Phoenix. Simon suspiró.

—¿Parte del plan?

—Parte del plan.

—¿Cuántas llevas ya, entonces?

—Catorce —dijo Phoenix, levantando un dedo—. Y un báculo.

—Rojo. El báculo es para que no tengas que usar piedras.

—Las piedras me hacen falta para tener más probabilidades de sellar el vacío permanentemente —dijo Phoenix, tomando el báculo del banco de trabajo—. Me hará falta algo más que un palo mágico chulo. —Frunció el ceño, mirando su pulsera—. Interesante. Cógelo. —Se giró, y le lanzó el báculo a la cara a Simon.

Simon se agachó justo a tiempo, agarrando al vuelo el báculo.

—¿Y eso a qué viene?

—¿Ha cambiado de color tu pulsera?

Simon se miró la muñeca, pero el display continuaba oscilando con suavidad entre el amarillo y el naranja.

—No.

Phoenix recuperó el báculo, y Simon y Wallace observaron cómo el display de Phoenix cambiaba rápidamente del verde al rojo.

—Este dispositivo mide el *potencial* —dijo Wallace—. Los hechiceros pueden blandir báculos, pero no pueden absorber la energía externa y añadirla a su reserva. Al menos, no durante mucho tiempo... Como tú sabes por tu hermano. —Asintió en dirección a Simon. Él hizo una mueca, y desvió la mirada.

Wallace tomó el báculo, observando los patrones grabados.

—Phoenix puede, de manera innata, hacer suya la energía externa. Al igual que lo hace con las piedras de vacío. Pero el hecho de que *puedas*, Phoenix, no significa que debas. —Le devolvió el báculo—. Usa esto por sí solo, como lo haría un hechicero, en vez de absorber su energía con tu cuerpo. Las piedras ya hacen suficiente daño.

—Pero nunca está de más tener una reserva de emergencia... —Phoenix se quitó la pulsera, y

la dejó sobre el banco—. Ah, y espero que no te importe, Wally, pero pensé que mañana podemos celebrar aquí una fiestecilla.

—¿Qué?

—Ya he enviado las invitaciones.

Wallace parpadeó.

—El Alto Jefe te busca.

—Lo sé —dijo Phoenix, antes de sonreírle a Simon—. La primera invitación que envié fue la suya. Espero que aprecie mi sentido del humor. Escribí los detalles en la parte de atrás de un póster de “Se busca” que le robé a Fidelity mientras dormía. —Phoenix se rió para sus adentros mientras se cubría más con la manta, y se dirigió hacia la puerta—. Quizá haya unos pocos términos y condiciones exclusivos en su invitación, que estoy seguro de que cumplirá si sabe lo que le conviene.

—¿Pero cuándo has enviado eso? —preguntó Simon, incrédulo.

—Poco después de volar en pedazos la muralla —dijo Phoenix, encogiéndose de hombros. Luego salió al pasillo—. Voy a charlar con Nigel sobre la decoración para el comedor. Luego reuniré a todos los miembros del Gremio con inclinaciones musicales para empezar a decidir la lista de temas para la noche. Ah, y charlaré con Reggie para que arregle mi trompeta. ¡Esto va a ser divertido!

La voz de Phoenix se perdió cuando desapareció pasillo abajo, dejando atrás a Simon y Wallace. Simon se llevó una mano a la cara para frotarse los ojos.

—Se acabó —dijo—. Me voy al Distrito de los Hechiceros.

—¿Ahora?

—Sí —asintió Simon con un gruñido, quitándose la pulsera de cuero de la muñeca y devolviéndosela a la Maestra del Gremio—. Probablemente Jess se venga.

—Ten cuidado allí —le advirtió Wallace a Simon mientras salía por la puerta.

—Lo haré —dijo Simon, antes de inclinarse para volver a asomar la cabeza al taller—. ¿Y Wally? Échale un ojo por mí, ¿quieres?

Wallace le guiñó un ojo.

—No te preocupes, cielo. No le pasará nada malo mientras esté en el Gremio.



Un paseo por el callejón de los recuerdos

Simon encontró a Jess sentada a una mesa en el espacioso comedor del Gremio, rodeada por una pequeña multitud de niños que bebía cada palabra de Jess mientras les contaba historias sobre heroicas batallas entre antiguas tribus de gigantes. Simon captó su atención desde la otra punta de la sala, y ella se excusó para acercarse a él y a la extraña estatua del caballo de tres cabezas, dejando a Piper a cargo de entretener al resto de niños.

—¿Quieres ver un poco más de la ciudad? —preguntó Simon.

Jess apoyó el codo contra uno de los morros del caballo.

—¿Qué tienes en mente?

—Un paseo nocturno por el Distrito de los Hechiceros —dijo Simon—. Quizá una visita rápida a la decrepita, y probablemente abandonada, Casa de los Wolfe. Será tan romántico como informativo.

—Para que puedas ir a la Tierra, supongo.

—Ya he evitado al clan durante demasiado tiempo —dijo Simon—. Pero..., sí. Si quiero desbloquear ese poder, parece que necesito volver a mis raíces.

—¿Y Phoenix no viene? —preguntó Jess mientras recorrían los retorcidos pasillos hacia la entrada al Gremio. De vez en cuando pasaba corriendo por su lado gente exhausta con batas de protección, deteniéndose para saludarlos educadamente antes de marcharse corriendo en un revuelo de papeles y diminutas piezas mecánicas. Aun con las recientes restricciones energéticas,

el Gremio estaba tan atareado como Simon recordaba.

—¿Dejar suelto a Rojo en el Distrito de los Hechiceros mientras tiene poca energía, y un poderoso báculo de hechicero en su poder? Igual es mala idea —dijo Simon—. Además —añadió, rascándose la barba—, parece estar en contra de la idea de que yo viaje entre mundos. Ya tiene suficientes preocupaciones sin tener que pensar en que yo explore nuevas posibilidades para mi magia.

Jess sacudió la cabeza.

—Él no es el único al que le preocupa.

Llegaron al acogedor recibidor, donde encontraron a Phoenix charlando con Nigel en la recepción sobre el coste y la disponibilidad de unos fuegos artificiales de interior y pintura que brillara en la oscuridad.

—Jess y yo vamos a salir —anunció Simon, apoyándose sobre el mostrador y derribando sin querer una pila de papeles.

—Tienes la inteligencia espacial de un caballo en una cocina —gruñó Nigel, reordenando los papeles mientras Simon murmuraba una disculpa.

Phoenix cogió la pesada manta que había dejado caer a sus pies.

—¿Solos? —preguntó, con un toque suspicaz en la voz. Simon asintió.

—A menos que quieras presenciar una cantidad indecente de morreo, claro.

—No estoy en *contra* de que os mostréis niveles excesivos de amor sincero y afecto... —dijo Phoenix lentamente, volviendo a echarse la manta por encima—, pero no le daría una puntuación muy alta como hobby.

—Genial —dijo Simon, ya con un pie fuera—. Pues te vemos luego, entonces.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Jess, siguiendo a Simon al patio.

—Pues claro —replicó Phoenix—. Tengo mucho que organizar.

Les despidió con un alegre gesto con la mano mientras cerraba la puerta, y Simon y Jess salieron a la fría noche. La calle continuaba a oscuras a raíz de que Phoenix hubiera hecho explotar todas las farolas.

—Ha sido fácil —dijo Simon mientras Jess y él seguían el camino empedrado hacia la calle.

Entonces la puerta se abrió tras ellos con un crujido, y al mirar hacia atrás vieron a Phoenix salir un momento al relente nocturno.

—Oye, Wolfe —dijo, tirándose distraído de la manta sobre los hombros—. Si vas al Distrito de los Hechiceros para saber cómo desbloquear todo tu poder, ten en cuenta que fue sellado para mantenerte a salvo.

Simon y Jess se miraron el uno al otro, y Phoenix suspiró.

—Por lo menos mantente alejado de Maulbrak si lo ves —dijo—. Y por el amor de la Luz: no accedas a nada de lo que te pida, te prometa lo que te prometa.

Para eso Simon no tenía respuesta.

—Tendremos cuidado, pequeñín —prometió Jess, y Phoenix respondió con una media sonrisa y una gran reverencia teatral para despedirse.

—Disfrutad de vuestra tarde, tortolitos. —Después desapareció con su manta tras la puerta, y Simon y Jess se pusieron a caminar de nuevo sin hablar.

—Si incluso *Phoenix* piensa que desbloquear tu energía es demasiado peligroso... —dijo Jess al final.

Simon soltó una risita.

—Solo vamos a echar un vistazo.

Pese haber pasado la última década o así evitando el lugar, Simon descubrió que se acordaba

perfectamente de cómo llegar al Distrito. Tras una serie de paradas técnicas en las que él se detuvo para comprar una bandeja de pollo frito, y Jess redujo tranquilamente un robo con violencia a una serie de disculpas y apretones de manos, llegaron por fin a un cambio notorio en el entorno.

El paisaje urbano, alto y abarrotado, dio paso abruptamente a pequeñas casitas de piedra al otro lado de una valla de metal alambrada que se extendía en ambas direcciones a los lados de la calle que habían estado siguiendo Simon y Jess. Sobre ella colgaba un cartel de madera con las palabras *Distrito de los Hechiceros* escritas con pintura dorada.

Simon se detuvo ante la valla, sintiendo una profunda inquietud. La enorme masa de magia que había al otro lado era tan enrevesada e intensa que incluso Jess pareció notarlo, porque arrugó la nariz y dijo una palabrota en voz baja en el idioma brusco y duro que hablaba con los demás gigantes.

—Aquí el mundo natural está retorcido —dijo. Simon asintió.

—Sí. No se conoce a los hechiceros por seguir el orden natural de las cosas, precisamente. — La tomó de la mano y cruzaron la valla.

El cartel de madera crujió con el viento mientras lo hacían. En cuanto entraron en el Distrito de los Hechiceros al otro lado de la valla, Simon se quedó paralizado, con la visión nublada por momentos del pasado, capas del Tiempo que ocurrían al mismo tiempo en una maraña confusa de extraños transparentes haciendo sus vidas. Personas discutiendo en medio de la calle, familias entrando y saliendo de sus hogares, niños practicando magia; y, de pie en el centro de una multitud que lo animaba, un joven riéndose mientras lanzaba una piedra del vacío al aire.

Presumiendo. Siempre presumiendo.

—Tristan...

—Gatito, me estás aplastando la mano.

Simon miró a Jess y se dio cuenta de que le estaba estrechando con tanta fuerza los dedos que se le habían hinchado, así que la soltó e inspiró hondo, devolviéndose de nuevo al presente antes de continuar caminando por la ahora desierta calle.

—Hay tanta magia aquí —dijo— que ni siquiera noto dónde está Phoenix.

A diferencia del brillo cálido que bañaba el resto de Karvil, las farolas del Distrito de los Hechiceros eran de un color morado fantasmal, así que el rostro de Jess cobró un aspecto extrañamente maldito mientras caminaba a su lado.

—Quizá haya cambiado de mundo —sugirió.

Simon sacudió la cabeza.

—La energía está distorsionada a propósito aquí dentro —dijo, siguiendo con la mirada las figuras de una pareja que preparaba la cena tras una de las ventanas—. Para proteger la privacidad de los residentes.

Se detuvieron ante un gran cartel a un lado de la calle que declaraba, con letras gruesas y amenazantes, *Está entrando en una zona alta en magia. Precaución*, sobre la que pendía una nube de cráneos humanos flotantes, en distintas fases de descomposición, que giraba lentamente.

Simon frunció el ceño y se apartó de la cruenta obra. Jess sonrió, y volvió a cogerle de la mano.

—Encantador.

—Este era mi hogar —dijo Simon, sombrío, guiándola por jardines bien cuidados e hileras de casas compactas y casi idénticas. Varios gatos acechaban en los jardines perfectamente cuidados, observando desde detrás de árboles y arbustos—. Por lo menos durante un tiempo —añadió, mientras doblaban una esquina—. Después de que mis padres enloquecieran lo suficiente para

unirse al círculo interno del clan, y nos mudásemos aquí desde Adderhead Cove. Aquí es donde todo empezó a torcerse.

Recordó un atajo que atravesaba un parque público, y pronto se encontraron paseando bajo una hilera de altos árboles en flor iluminados no por las luces, sino por el propio follaje. Las hojas brillaban como estrellas distantes mientras se mecían con la brisa.

—Es más bonito de lo que me esperaba —notó Jess, y Simon asintió.

—Territorio León —dijo—. Se enorgullecen de su estética y atención al detalle. Pasaremos por el territorio Oso pronto. Es mucho más caótico.

Un gato se cruzó en su camino y luego saltó sobre una roca para observarlos con suspicacia hasta que cruzaron a la siguiente zona residencial, que consistía en una serie de terrazas destartalladas amalgamadas con una mezcla extraña de materiales, en un batiburrillo extrañamente encantador de colores y estilos arquitectónicos.

—Siempre deseé ser un Oso en vez de un Wolfe —dijo Simon con tristeza, preguntándose si Gloria y Jack andarían cerca.

Tras un rato llegaron al fin a una parte de la ciudad que era tan sobria y gris que no cabía duda de que había sido diseñada para estar totalmente separada de los demás clanes. Las casas de piedra semiderruida eran altas, estrechas e imponentes, y se erguían sobre las calles y se apoyaban unas contra otras como si fueran hileras de dientes de troll medio podridos. No había ninguna luz encendida en ningún edificio, y Simon sospechaba que ningún Wolfe había puesto el pie allí en años.

Pero la zona no estaba completamente desprovista de vida. Muchas ratas correteaban por los rincones y cruzaban a toda prisa los callejones mientras Simon y Jess se adentraban más en aquel espacio abandonado.

Recuerdos de cruentas sesiones de entrenamiento, aburridos desfiles y reuniones secretas a la luz de las velas se revolvieron en un rincón de la mente de Simon, y él frunció el ceño. Su estado de ánimo se agriaba a cada paso.

—Goblins —dijo Jess sorprendida, deteniéndose con brusquedad y señalando hacia delante. Simon siguió su mirada y se asombró al ver a una docena o así de pequeñas criaturas con cuernos paseándose por el desolado jardín de la casa más grande del distrito: una inmensa mansión de tres pisos, con gárgolas en el tejado y lobos de piedra guardando la oxidada verja principal.

Los goblins desaparecieron de la vista al entrar en ella por un agujero que había en la puerta principal, que estaba medio podrida.

—Me pregunto qué están haciendo... —Simon frunció el ceño mientras Jess y él pasaban junto a las estatuas de lobos gruñendo para entrar al jardín—. Esta es la Casa Principal.

Empujaron la puerta para abrirla y entraron con cautela en una pequeña alcoba a oscuras que olía a polvo y humedad, con un pasillo que se desvanecía en la negrura y unas escaleras que ascendían en espiral hasta perderse en el piso de arriba.

Los goblins habían desaparecido.

—Aquí hay alguien —susurró Jess—. Oigo movimiento arriba.

—Esperemos que Maulbrak —dijo Simon, con un pie ya sobre el primer escalón. Hizo una pausa, y se giró de nuevo hacia Jess—. Quizá debería ir solo.

Jess arqueó las cejas.

—Soy una temible gigante de la legendaria Tribu de las Tormentas.

—Sí, pero... —Simon le lanzó una mirada al abdomen de Jess, que sonrió.

—Nuestra hija no es ninguna cobarde, gatito. —Pasó por su lado antes de que pudiera plantear ninguna objeción.

Llegaron al rellano y descubrieron una sala espaciosa y melancólica en la que soplaba un viento helado que se colaba por las ventanas rotas que daban a la calle. De sostenes del techo colgaban tapices apagados y polvorientos, y había una serie de estanterías vencidas tiradas contra la pared. Los valiosos textos que Simon recordaba de su juventud habían sido saqueados. El resto de muebles de la habitación eran una larga mesa antigua y tres sillas desvencijadas con los cojines rasgados.

Pero aún más intrigante que el pavoroso diseño de interiores era la figura demacrada que estaba de pie junto a un sillón hecho trizas al fondo de la habitación. Su cuerpo esquelético estaba conectado con tubos y cables a una extraña máquina, similar a un par de pulmones, que crujía y hacía tictac en el suelo junto a él.

El hombre alzó la mirada al oírlos llegar, y vieron que le brillaban los ojos con una luz dorada muy familiar. Jess le partió una pata a una de las sillas, y la alzó ante ella como un bate antes de que Simon y ella avanzasen, acercándose para ver la deslustrada máscara de metal que le cubría la nariz y la boca al hombre y brillaba a la luz de la luna que se filtraba en la habitación a través de la ventana a su espalda. Había un largo tubo que lo conectaba con la peculiar máquina que resoplaba y chillaba. Brotaba de su máscara, y lo llevaba echado al hombro.

—Bienvenidos —dijo, y los pulmones mecánicos se expandieron con algo de aire antes de volver a hundirse con un chirrido metálico.

El hombre era joven, pero aquel rostro ajado lo envejecía dramáticamente. Su ralo pelo castaño estaba salpicado de prematuros mechones grises.

—Ha pasado mucho tiempo... —jadeó tras la máscara—, desde la última vez que tuve visita...

—¿Quién eres? —preguntó Simon, notando un cosquilleo de energía en la punta de los dedos.

El hombre se llevó una mano huesuda al pecho, y fue entonces cuando Simon vio las cadenas que colgaban de sus muñecas, anclando al macilento extraño a grilletes de metal clavados en el viejo sillón detrás de él.

—Mi verdadero nombre no puede ser pronunciado en vuestro idioma —dijo—. Pero podéis llamarme Silas.

—Eres una Penumbra —dijo Jess, pero el hombre sacudió la cabeza.

—Inténtalo de nuevo.

Simon frunció el ceño.

—Eres una Sombra.

Aunque su boca quedaba oculta, los ojos brillantes del extraño se arrugaron en una sonrisa maliciosa.

—Lo soy.

—Y puedes hablar —añadió Simon. Silas ladeó ligeramente la cabeza, aparentemente divertido.

—Puedo hacer muchas cosas, pequeño hechicero.

A Simon se le puso de punta el vello de la nuca, y supuso que, pese a su apariencia demacrada, Simon poseía una fuerza terrorífica.

—¿Cuánto tiempo llevas prisionero así? —preguntó Jess, todavía aferrando su bate improvisado.

Silas se rió a modo de respuesta.

—¿Prisionero? No... Estoy aquí por decisión propia. Maulbrak me da todo lo que necesito. Por cierto, debería llegar pronto. Poneos cómodos. Estoy seguro de que querréis hablar con él.

La realidad de la situación enfureció a Simon, que por fin lo comprendía.

—Esas cadenas no son para ti, ¿verdad? —adivinó—. Ese hombre sigue vivo.

—Duerme bajo la superficie —respondió Silas, sentándose en el andrajoso sillón—. Pero a veces se despierta. Estas cadenas lo mantienen seguro. Y esta máquina... —Hizo un gesto con tristeza en dirección al cachivache siseante—, nos mantiene con vida. El cuerpo de una Penumbra me sería mucho más cómodo, claro —añadió—. Se adaptaría mucho mejor a mi fuerza. Pero se hace lo que se puede con lo que hay.

—Le has robado el cuerpo —gruñó Simon.

—Nunca robo —dijo Silas—. *Negocio*.

Simon se inclinó hacia él y fulminó con la mirada al hombre pálido y enfermizo.

—Dame una sola razón por la que no debería arrancarte de ahí dentro y convertir tu energía en algo más productivo.

Silas se limitó a parpadear con tranquilidad y desdén.

—Creo que los dos sabemos lo estúpido que sería eso —dijo—. Tienes ante ti una oportunidad para comunicarte con alguien cuyo poder e inteligencia son mucho mayores. No puedo sobrevivir en Karvil bajo mi forma natural. Si me extraes de este cuerpo, tendré que marcharme. Y eso enfadaría a Maulbrak. —Silas volvió a reírse—. No creo que quieras enfadar a Maulbrak, sobre todo si pretendes pedirle un favor.

Simon le lanzó una mirada desesperada a Jess, pero ella parecía tan indecisa como él.

—Además —continuó Silas, hundiéndose entre los cojines—, los humanos son criaturas frágiles. Mueren en el momento en que la Sombra termina con ellos. ¿Es que quieres ser tú quien le ponga fin a la vida de este hombre?

Simon frunció el ceño.

—No tienes ningún derecho a robarle la libertad.

Tras los ojos de Silas relució una llamarada de ira.

—¿Ningún *derecho*? —gruñó, poniéndose en pie de un salto y lanzándose hacia delante como si quisiera agarrar a Simon por la garganta. Simon dio un paso hacia atrás, quedando fuera de su alcance, y Silas lo fulminó con la mirada mientras se revolvía contra sus cadenas—. Tu gente nos ha robado la fuerza vital —escupió—. La habéis vuelto contra nosotros. Habéis perturbado el equilibrio. Habéis abierto un agujero en el tejido del espacio, y habéis tirado con egoísmo del hilo.

La máquina tembló mientras insuflaba más aire a la máscara, y Silas volvió a sentarse en el sillón.

—El delgado velo que nos separa se deshace más rápido que nunca... —dijo, casi en un susurro—, y nos derramamos por vuestro mundo como sangre de una herida. No porque queramos, sino porque no podemos evitarlo. Porque la llamada es demasiado fuerte para resistirla. —Hizo una pausa para tomar una larga bocanada de aire, y cerró los ojos—. En nuestro estado natural —resolló—, ahí fuera, en el vacío... Somos pacíficas. Inofensivas... Informes... Infinitas... Libres de restricciones físicas. Pero aquí... —Abrió los ojos para mirarlos con ira—, en vuestro mundo..., cambiamos. Mutamos a formas de vida primitivas. Adoptamos cuerpos más adaptados a vuestra experiencia insípida de la realidad.

—Que la Luz nos ayude —murmuró Jess—. Cotorrea todavía más que Phoenix.

—Imitamos lo que una vez fue... —continuó Silas, lanzando una mirada vacía a su regazo—, convirtiéndonos en representaciones grotescas y vacías de vidas jamás vividas. Pero esos cuerpos son incapaces de coexistir con la energía que habéis retorcido y deformado solo para hacernos daño. Así que buscamos refugio en los cuerpos temporales de otros. —Movié los dedos frente a

su abultada máscara, con los ojos brillantes al observar sus esqueléticas manos—. Estas formas de vida, frágiles y fugaces, son extrañamente hermosas en su simplicidad.

—Qué vergüenza —rugió una voz tras ellos—. Le habéis disgustado.

Simon y Jess se dieron la vuelta y descubrieron la colosal figura de Maulbrak entrando en la habitación, apoyándose en su báculo. La madera del suelo crujió bajo sus enormes botas. Una horda de goblins trotaba tras él, cargada con cestas de bayas y pequeños cubos de metal llenos de un líquido oscuro.

—¡Cómo me alegro de volver a verte, querido chico! —Maulbrak se descolgó del hombro una abultada bolsa de lanzas de Sombras, y la dejó sobre la mesa antigua antes de acercarse a Silas para mirar a Simon y Jess—. Veo que te has traído a una giganta malformada. Tiene un rostro algo imperfecto, pero aun así es resultona.

Jess apretó los dientes, mostrando una sonrisa feroz.

—Una palabra tuya, Gatito, y lo aplasto.

Maulbrak le sonrió.

—Un espécimen magnífico.

—Con quien tienes cuentas pendientes es conmigo —dijo Simon.

El viejo hechicero se dio la vuelta para posar una mano sobre el hombro de Simon.

—En efecto. Vienes a desbloquear tu poder.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Simon, apartándose del contacto—. Esta casa pertenecía a los Wolfe, pero ahora alberga Sombras, goblins y traidores.

Silas soltó una carcajada tras la máscara mientras los goblins dejaban todas las cosas que habían estado cargando a los pies de Maulbrak. Éste sonrió.

—¿Así que crees que soy un traidor?

—Desertaste del clan, al igual que yo —dijo Simon, y Maulbrak apuntó hacia el suelo con su báculo. Los goblins desaparecieron de la vista, correteando con sus piececitos escaleras abajo.

—Esta Sombra nos hizo un favor al limpiar los posos de nuestro patético clan —dijo Maulbrak, agachándose para coger una de las cestas que habían dejado los goblins—. Estábamos demasiado atascados en las viejas formas de hacer. Y ya éramos débiles, después de que tu hermano decidiera que debía asesinar a todo el mundo.

Simon se tensó.

—Él no quería matar a nadie.

—¿Acaso importa? —preguntó Maulbrak, tomando un puñado de bayas.

Simon abrió la boca, pero Maulbrak se le adelantó.

—Vamos a ver esa magia sellada tuya. —La larga mesa de madera se deslizó por la habitación hacia ellos, deteniéndose bajo la luz de la ventana. Maulbrak se metió las bayas en la boca, y luego le dio unas palmaditas a la mesa—. Siéntate.

Simon y Jess intercambiaron una mirada.

Silas soltó una risita desde el sillón.

—No se fían de nosotros.

—Desde luego, Phoenix no —dijo Jess.

Maulbrak suspiró.

—Sea lo que sea lo que os ha contado ese chico, os aseguro que ha embellecido los aspectos más perturbadores de mi persona. —Volvió a darle unas palmaditas a la mesa—. Sentaos. No os lo voy a volver a pedir. Si quieres acceso completo a tus poderes, esta va a ser tu única oportunidad de lograrlo.

Simon vaciló, y luego se sentó al borde de la mesa junto a la bolsa con las lanzas, observando

por la ventana los tejados que había al otro lado. El imponente palacio era perfectamente visible contra el cielo gris oscuro; las torres brillaban con luces de colores.

—Bien, y ahora —dijo Maulbrak—, vamos a despedazarte.



Liberación

La luz plateada de la luna bañaba la mesa sobre la que se había sentado Simon, quitándose en silencio la chaqueta y la camisa antes de tirarla al suelo a sus pies. Silas soltó una risilla resollante desde su ajado sofá en la esquina, y Maulbrak sonrió ante la intrincada red de tatuajes antes de hacerle un gesto a Jess.

—Ven —dijo—. Vamos a ampliar tu educación mágica.

—Quiero que sepas —dijo Jess, mientras se acercaba a la antigua mesa sobre la que estaba Simon—, que estoy aquí para arrancarte la cabeza si haces algo que le haga daño a él.

Maulbrak posó una mano sobre su corazón.

—Cualquier estudiante del gran Edgar Wolfe tiene garantizados mis absolutos cuidado y respeto.

Simon no parecía convencido.

—¿Y qué sacas tú con todo esto?

—Bueno, ya que preguntas... —Maulbrak le pasó a Simon su báculo de madera—. No sueltes esto.

Confuso, Simon frunció el ceño.

—Vas a liberar una cantidad enorme de energía en cuanto desbloquee tu poder —explicó Maulbrak—. Sería una pena malgastarla. Así que en vez de crear una explosión peligrosa y sin control, si puedes intentar canalizar toda la energía aquí dentro..., sería muy positivo.

Simon frunció el ceño. Parecía un intercambio justo.

—¿Ves este símbolo en forma de molino? —dijo Maulbrak, clavándole a Simon un dedo entre los omóplatos—. Lo llamamos “La Semilla”.

Silas se levantó del sillón y tiró de sus cadenas, inclinando el cuello para ver mejor mientras Jess se agachaba hasta una altura más práctica.

—Los hechiceros dejan esta marca en sus parientes —dijo Maulbrak—. Es una forma antigua de designar adónde irá su magia cuando mueran...

—Mi tío abuelo Oscar fue un general famoso durante la Guerra de las Sombras —dijo Simon, mirándose las rodillas—, pero nunca tuvo hijos a los que dejarles su magia. Mi madre tenía grandes planes para mi hermano y para mí, así que..., *animó* a Oscar y sus ocho hermanos para que nos dejaran a nosotros su poder.

—Esa historia me suena —dijo Maulbrak—. ¿Consintieron, y luego murieron en circunstancias sospechosas?

—Los mataron asesinos del clan —dijo Simon—. Mis padres hicieron un trato con la Casa Principal.

Maulbrak resopló.

—De todas formas —dijo Simon, sin ánimo—, Tristan podía manejar, más o menos, todo el poder que nos habían dejado. Yo no.

—¿Y crees que ahora estás preparado? —preguntó Maulbrak. Simon tragó saliva.

—Tendré que estarlo.

—Edgar estaría orgulloso —dijo Maulbrak, con un tono algo burlón—. Solía decirme que un día le superarías. Que dominarías la complejidad de los túneles que pasó tanto tiempo intentando comprender. —Hizo una pausa—. Alguien ya ha metido mano aquí —dijo, recorriendo con un dedo la espalda de Simon.

—Gloria —musitó Simon—. Del Clan Oso.

Maulbrak soltó una risita tras su densa barba canosa.

—Su forma de alterar el flujo es interesante. —Tamborileó suavemente con los dedos sobre distintas zonas de la espalda de Simon, enviando estallidos de energía a través de las líneas de tinta—. ¿Quieres magia creativa y experimental? —continuó, tocando la espalda de Simon hasta que le cosquilleó toda la espalda—. Habla con un Oso. ¿Quieres magia refinada y precisa? Habla con un León. ¿Quieres magia feroz y todopoderosa, a rebosar de poder en bruto? *Entonces* habla con un Wolfe. Quizá nos falte sutileza, pero nadie puede competir con nuestra fuerza.

Le dio una palmada a Simon en la espalda y éste rugió mientras una bestia parecía asestarle zarpazos por dentro, tratando de abrirse paso a través de su pecho.

Se le cayó el báculo de las manos, y por poco no se desplomó en el suelo; Jess se plantó ante él de un salto y lo mantuvo erguido, mirándolo a los ojos con ansiedad.

—Aún no hemos terminado —dijo Maulbrak, poniéndole el báculo a Simon en las manos temblorosas—. Las vías están despejadas. Ahora solo tenemos que reventar el candado.

—Una vez hecho esto... —dijo Simon, mientras se le oscurecía y aclaraba a intervalos la visión—, ¿tendré suficiente poder para saltar entre mundos?

—Ah, probablemente sí —dijo Maulbrak—. Aunque sería una estupidez intentarlo. Concéntrate en el báculo, por favor.

Simon la aferró con más fuerza, y cerró los ojos.

—¿*Por qué* —preguntó, intentando distraerse del dolor mientras Maulbrak ajustaba con más precisión el géiser de energía que ardía dentro de él—, tontearas con Sombras?

Silas siseó, furioso, tras la máscara.

—No somos tan distintos, pequeño hechicero.

—Cometí algunos errores en mi juventud —admitió Maulbrak, y Simon oyó un chirrido metálico perturbadoramente cerca de su espalda—. Asesiné a cientos de supuestos monstruos para probar mi fuerza. Pero siempre me han fascinado las Sombras y las Penumbbras.

Simon se encogió mientras se le contraían todos los músculos de la espalda.

—¿Es por eso que te interesa tanto Phoenix?

—Bueno... —vaciló Maulbrak—. Deja que te cuente un cuento sobre Matilda Elway.

Simon frunció el ceño.

—¿La abuela de Phoenix?

—Una mujer increíble —dijo Maulbrak, dando unos toquecitos con algo frío entre los omóplatos de Simon—. Nacida durante la Guerra de las Sombras. Fuerte. Innovadora. Cautivada por los cantos de sirena del poder, y la emoción de subir de rango.

Algo de metal se clavó duramente en el cuello de Simon y él se balanceó, mareado, dejando caer la cabeza a un lado contra el brazo de Jess.

—Cuando terminó la guerra y las Sombras dejaron de ser una gran amenaza —continuó Maulbrak—, Matilda se encontró sin propósito en un mundo en relativa paz. Sus habilidades eran útiles para mantener el equilibrio en Bloodwood, pero recolectar energía del vacío y defender un pueblecito de una población subyugada de Sombras no era suficiente. Se aburría. Y quería más.

—¿Es normal que sangre tanto? —cortó Jess.

—Buena pregunta —comentó Maulbrak—. Nunca antes he abierto una jaula, y a Edgar se le daba muy bien crearlas. Quizá sea mejor que se tumbe.

Jess apartó a un lado la bolsa con lanzas de Sombras, y ayudó a Simon a tenderse sobre la mesa.

—Matilda —le recordó Simon a Maulbrak, aferrándose al báculo como si fuera una rama que fuera a salvarlo de ahogarse.

—Sí —dijo Maulbrak, presionando con una tela la espalda de Simon—. Nos cruzamos por casualidad mientras yo inspeccionaba la fábrica de energía de Bloodwood. Empezamos a charlar sobre el potencial sin explorar del vacío, y su curiosidad y pasión me fascinaron de inmediato.

Volvió a pincharle la piel a Simon con trozos afilados de metal.

—No era una hechicera —dijo—, pero su ambición me recordaba a los viejos tiempos, cuando los Maestros de las Sombras eran el culmen de la sociedad y éramos libres de explorar ideas y usar el vacío como quisiéramos. Así que le presté algunos de mis artículos de investigación, y quedamos en volver a vernos.

—¿Y esos papeles no tendrían, por casualidad, información detallada sobre cómo crear una Penumbra? —preguntó Simon, cerrando los ojos con fuerza.

—Pues resulta —dijo Maulbrak—, que sí. Un proceso peligroso y sin piedad en que se capturan Sombras recién nacidas, se las encierra en una cámara de vacío, y se les drena toda la energía hasta que mueren.

—¿Sombras recién nacidas? —interrumpió Jess, dando voz a la pregunta que Simon estaba demasiado cansado para hacerse—. Pensaba que las Sombras... Aparecían. Totalmente formadas. Del vacío.

Silas se rió de ella.

—Por lo general eso es todo lo que nos hace falta. La muerte no es algo fácil de lograr para nosotras. Vivimos la misma existencia en bucle, a veces incluso *después* de que nos metáis a la fuerza en esos discos para alimentar vuestros fogones, calentadores y bombillas.

Simon parpadeó, abriendo los ojos.

—¿Estás diciendo que hay discos de energía que están vivos?

—Nosotras *somos* la energía —siseó Silas desde el sofá—. Tenemos conciencia. Podemos comunicarnos de formas que van más allá de vuestra comprensión. Vivimos de una forma única y trascendental que no podéis comprender. —Hizo una pausa para tomar aire de nuevo, jadeando—. Pero en vuestro mundo, en nuestros cuerpos mortales..., sí. Nos reproducimos, a veces. Y amamos a nuestras hijas mucho más de lo que podrías imaginar.

Simon cerró de nuevo los ojos para procesar aquello.

—Todas las Sombras recién nacidas se encuentran cerca del Bosque de Bloodwood —dijo Maulbrak—, y Matilda era una experta en cazarlas. La energía extraída de estas criaturas exquisitamente raras puede ser inyectada directamente en el útero de una mujer embarazada, y con suerte, crea una Penumbra.

Simon no dijo nada, más interesado en mantenerse consciente que en oír el resto de la historia de Maulbrak. Sabía lo que había sido la madre de Phoenix.

—Para cuando volví a ver a Matilda —dijo el anciano hechicero, haciendo la Luz sabía qué con el tatuaje de la espalda de Simon—, ya habían pasado cinco años desde la primera vez que nos vimos. Yo había estado ocupado con mis propios quehaceres, y ella se había casado con ese bostezo inútil de hombre, Theodore. Ya había perdido tres hijos en su empeño por dar a luz a una Penumbra. Le dije que estaba perdiendo el tiempo con él, y ella estuvo de acuerdo en que un mago produciría mejores resultados.

—Espera... —dijo Simon despacio, girando la cabeza para mirar al anciano—. Que Matilda y tú...

Maulbrak soltó una carcajada.

—Nuestra hija era perfecta —dijo, y a Simon le sorprendió el suave afecto en su voz—. Observé desde lejos cómo se convertía en una feroz guerrera. Valiente. Inteligente. Casi indestructible. Todo lo que Matilda y yo habríamos podido desear.

Simon trató de incorporarse, pero Maulbrak sacudió la cabeza y le sujetó.

—No hemos terminado. Sigue agarrando ese báculo.

Hubo una larga pausa. Los únicos sonidos que se oían eran el crujido y el tic-tac de la máquina de Silas, y el metal rascando contra la piel de Simon.

—Siempre he tenido una gran influencia en el palacio —dijo el anciano tras un rato—. Los convencí para que no ejecutaran a nuestra querida Elana, aunque era una Penumbra. Es sorprendentemente fácil apelar a la codicia del palacio.

—¿Así que eres el abuelo de Phoenix? —preguntó Jess.

Maulbrak sonrió con tristeza.

—Unos años después —dijo—, la joven Elana encontró su propia pareja. Benjamin Page. Un hombre simple de escasa importancia.

—¿El padre de Phoenix? —adivinó Simon, aún luchando por permanecer consciente y preparándose para canalizar toda su energía al báculo.

—Se quedaron embarazados —continuó Maulbrak sin detenerse—, pero la afrenta de Matilda a la población local de Sombras no quedó impune. Una de las Sombras a las que le había robado un bebé..., una antigua Sombra madre con una fuerza extraordinaria..., llevaba años creando caos en Bloodwood. Tomando vidas. Esquivando trampas. Incluso atravesando los escudos del pueblo. Era una criatura poderosa y temible, y persiguió a Matilda con una furia calculada rara vez vista más allá de la guerra.

—La Sombra que mató a los padres de Phoenix... —murmuró Simon.

Maulbrak suspiró.

—Elana estaba en el jardín cuando empezaron las contracciones —dijo con suavidad—. Tras el escudo protector, pero el bosque estaba cerca. Matilda y Benjamin estaban con ella. La metieron dentro de prisa, pero la vengativa Sombra había estado esperando. Para cuando ese niño pelirrojo llegó al mundo la Sombra había atravesado el escudo, matado a muchos ciudadanos y destruido las paredes de la casa. Elana estaba exhausta, pero la Sombra estaba más débil por las barreras de Bloodwood y ella tenía su báculo. Matilda siempre estaba preparada, y tenía armas a mano. Benjamin era valiente en extremo, y muy rápido. —Maulbrak presionó con la mano la espalda de Simon—. Prepárate. *Ahora*.

Un dolor agudo irradió del corazón de Simon al resto de su cuerpo, y un subidón de energía ardiente, que no se parecía a nada que hubiera experimentado jamás, le bajó por los brazos y se vertió en el báculo mientras una explosión de luz inundaba la habitación. Jadeó y soltó el báculo antes de bajarse a trompicones de la mesa y balancearse sobre los pies, demasiado desorientado para saber qué hacer a continuación.

—Siéntate, antes de que te hagas daño —indicó Maulbrak, recogiendo el báculo del suelo. Simon se sentó, tembloroso, en el borde de la mesa, y Jess le sonrió para reconfortarle mientras tomaba su rostro sudoroso en sus manos.

—¿Te sientes poderoso? —le preguntó.

Simon le devolvió la sonrisa, pero aún le daba vueltas la cabeza y no se fiaba de ser capaz de hablar.

—Termina la historia —jadeó Silas. Todo el mundo miró a la figura esquelética que se agazapaba en el sillón, y entrecerraba sus ojos brillantes mientras miraba fijamente a Maulbrak por encima de la máscara.

—Como desees —dijo Maulbrak sin emoción, colocándose el báculo bajo el brazo—. ¿Por dónde iba?

—Sombra enfadada —dijo Jess con voz plana—. Penumbra poderosa.

Maulbrak asintió lentamente mientras se limpiaba la sangre de las manos con una tela pequeña.

—Lucharon contra la Sombra —dijo—, pero mató a Benjamin, y luego nuestra preciosa Elana murió intentando proteger al bebé. Loca de furia, Matilda le lanzó todo lo que pudo a la feroz criatura. Se debilitó tanto dentro de la barrera de Bloodwood que se vio obligada a refugiarse en el cuerpo humano más cercano y accesible que pudo encontrar.

Simon parpadeó, y alzó la mirada hacia Maulbrak, alarmado.

—Sí, exacto —dijo el anciano hechicero—. La Sombra se refugió en el niño recién nacido. Y Matilda lo vio como una oportunidad increíble.

—¿Para *qué*? —preguntó Simon, con voz más débil de lo que él quería.

Maulbrak alzó las manos encogiéndose de hombros, como si la respuesta fuera evidente.

—Para convertir a la Sombra en su propia reserva personal de energía.

Simon sintió náuseas.

—En los documentos que le presté a Matilda —continuó Maulbrak, apoyado contra el marco de la ventana frente a Simon y Jess—, había hipotetizado una posibilidad de atrapar a Sombras dentro de sus formas humanas robadas. Una técnica cruel que liga la energía de la Sombra a la sangre del ser humano. Doloroso para la Sombra y la persona por igual.

—No puede... —comenzó Simon, y Maulbrak asintió de nuevo.

—Aunque la energía de la Sombra se estaba apagando y el bebé medio Penumbra estaba casi muerto por el uso de todas esas armas anti-Sombras... Matilda siguió adelante, e hizo lo que ni

siquiera yo había intentado jamás. —Maulbrak sacudió la cabeza—. Supuso que el bebé no iba a sobrevivir, así que atrapó a la Sombra moribunda dentro de él.

Durante un buen rato, nadie habló.

—Termina la historia —repitió Silas, extrañamente alegre mientras observaba desde su sombrío rincón.

Maulbrak lo miró un momento, y luego dejó escapar otro suspiro.

—La pelea..., y el esfuerzo requerido para sellar a la Sombra..., le pasaron una factura tremenda a Matilda. Para empeorar las cosas, durante el conflicto se había encendido un fuego que había incendiado la ciudad. Ella se desmayó, pero fue rescatada por uno de los ciudadanos que vivían cerca.

—El *niño* —resolló Silas con impaciencia—. ¿Qué le pasó al niño?

—El niño —dijo Maulbrak— fue hallado varias horas después, respirando a duras penas pero sin una sola quemadura por las llamas. —Se pasó una mano por la poblada barba y cerró los ojos, apoyando la cabeza contra la ventana—. Los rumores se extendieron rápidamente sobre el pequeño semi-Penumbra maldito. No logró desarrollar la increíble resiliencia de su madre, y se debatía continuamente con todas las guardas anti-Sombras que lo rodeaban. Matilda nunca le contó a nadie más que a mí lo de la Sombra atrapada en su interior.

—Phoenix era ese niño —comprendió Simon—. Hay una Sombra pura, y viva, que todavía acecha en su interior.

—Te equivocas, lobito —dijo Maulbrak con una sonrisa cansada—. Phoenix no es el niño de la historia... Es la Sombra.

Simon lo miró. Silas temblaba sin control sobre el sillón, y su risa sonaba como un siseo tras la máscara de metal.

Simon tragó saliva.

—¿Qué?

Jess se sentó con pesadez sobre la mesa, al lado de Simon.

—¿Phoenix es una Sombra?

Maulbrak arqueó las cejas en su dirección.

—¿De verdad crees que un humano neonato y moribundo podría resistir el contacto directo con una criatura tan poderosa? El chico nunca tuvo una oportunidad.

Simon frunció el ceño, con la mente aún nublada mientras la energía se arremolinaba errática en sus venas.

—¿La parte humana de Phoenix..., ya no está?

—¡Nunca hubo una parte humana! —se rió Maulbrak—. Lo comprobé. El niño murió. La Sombra tomó por completo el control. Volvió a empezar su vida atrapada en el cuerpo de un niño enfermizo. Fue criada como un animal para satisfacer la sed de energía y control de Matilda, sin darse cuenta nunca de cuál era la verdad.

Silas dejó de reírse, frunciendo el ceño mientras enroscaba los dedos, con las cadenas en su regazo.

—La única razón por la que Phoenix ha sobrevivido tanto tiempo es porque el cuerpo que lo contiene es medio Penumbra —dijo Maulbrak—. Lo suficientemente compatible con su energía natural, pero no tanto como para poder durar para siempre. Cada día que pasa se vuelve más débil, y el idiota hace poco por ralentizar el proceso.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Jess, práctica ante todo mientras sostenía la mano de Simon.

Maulbrak resopló.

—Está atrapado en un cuerpo destinado a fallar.

—¿Y no podemos sacarle? —insistió Jess.

—No. —Maulbrak esbozó una media sonrisa—. El capitán se va a hundir con su barco.

—¿Quién sabe? —dijo Silas, mordaz—. Quizá la muerte sea lo mejor para él.

Simon lo asesinó con la mirada.

—¿Qué demonios haces aquí para empezar, Silas?

—En realidad, ayudar a Phoenix —replicó Silas, indiferente al tono amenazador de Simon.

—¿Qué?

Silas se encogió de hombros débilmente.

—Llevo muchos años siendo el compañero de Maulbrak. Aprendiendo de él. Estudiando este mundo. Saltando de cuerpo moribundo a cuerpo moribundo. Y son estos cuerpos moribundos los que podría salvar a tu amigo.

—Hemos estado experimentando —dijo Maulbrak—. Probando pociones que podrían permitir a las Sombras existir cómodamente dentro de un cuerpo humano.

Simon se apartó de la mesa, y se inclinó para mirar a los ojos dorados de la Sombra con rencor.

—¿Cuánto tiempo llevas controlando a este hombre? ¿Cuánto tiempo lleva siendo prisionero en su propio cerebro?

—¿Este? —preguntó Silas, quitando algo de pelusa del reposabrazos—. Hará unos tres años, creo.

—Entonces quizá sea más amable dejarlo marchar y mantener el cuerpo activo con tan solo Silas —dijo Maulbrak desde el alféizar—. Pero las cosas funcionan mucho mejor cuando la identidad original permanece intacta. Ayuda a mantenerlo todo unido de fondo.

—En cualquier caso —añadió Silas—, disfruto explorando su mente.

Simon captó un destello de algo tras los ojos de Silas. Un fogonazo de luz. Un dedo tembloroso.

Silas se envaró.

—Parece que hoy está intranquilo.

Entonces dejó caer la cabeza a un lado, y todo su cuerpo se arqueó hacia atrás como si hubiera recibido un shock eléctrico antes de caer de rodillas.

—¿Silas? —preguntó Maulbrak.

El delgado hombre se lanzó hacia delante y aferró el brazo de Simon, con los ojos muy abiertos por la desesperación.

—¡Por favor! —jadeó—. ¡Terminad con esto!

Simon trastabilló, con su sentido del equilibrio debilitado. Jess tiró de él hacia atrás hasta que estuvo junto a ella, y observaron alarmados al desesperado joven.

Maulbrak frunció el ceño, y se cruzó de brazos.

—Dejadle —rugió—. Silas volverá pronto.

El hombre esquelético se revolvió contra las cadenas, mirando suplicante a Simon a los ojos.

—Matadme.

—Lo siento —murmuró Simon, mientras una vieja culpa invadía su cerebro embotado—. No puedo.

—Yo sí.

De los ganchos se descolgó una figura que aterrizó con un suave ruido sordo sobre la mesa. Con un movimiento dramático con su abrigo raído, Phoenix balanceó su báculo de mago hacia Maulbrak y lanzó de un disparo al anciano hechicero por la ventana de la segunda planta. Antes

de que nadie pudiera reaccionar, Phoenix tomó una de las lanzas de Sombras de la mesa y la lanzó por el aire hacia el viejo sillón, donde se enterró en el pecho de Silas, clavándolo contra los cojines a su espalda.

Jess maldijo en su lengua materna mientras Phoenix saltaba desde la mesa y corría hasta donde Silas trataba de respirar, aferrándose un lado de la cabeza. De su oreja brotaba una sustancia oscura y humeante, que estaba formando un charco con remolinos junto a la máquina, que todavía siseaba.

—¡Fuera! —gruñó Phoenix, blandiendo el báculo contra el creciente banco de niebla. Ésta se volvió más densa, solidificándose rápidamente en forma de una enorme Sombra, alta y huesuda, cuya cabeza calva se alzaba sobre Jess.

Maulbrak reapareció junto a la ventana con un chasquido.

—¡Silas!

La Sombra se acercó trastabillando al anciano hechicero, tropezándose por el camino con las cestas mientras su piel siseaba al reaccionar a los escudos de Karvil. Maulbrak agarró a la criatura por su hombro huesudo, miró fugazmente a Simon, y entonces la pareja se desvaneció.

Simon se giró para mirar el sillón ensangrentado, donde Phoenix estaba agarrando por el brazo al frágil hombre y sonriendo con calidez mientras lo miraba a la cara.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Phoenix, mientras Simon y Jess se acercaban.

El hombre tembloroso jadeó la respuesta, pese a la lanza que le atravesaba el pecho.

—Charlie.

Phoenix sonrió como pudo, y le dio una palmadita en el brazo.

—Me alegro de conocerte, Charlie.

—Estaba... enfermo... —resolló el hombre—. Muriendo. Maulbrak dijo que podía salvarme... Y le creí.

—No te tortures por ello —dijo Phoenix, clavando el extremo del báculo contra una cadena que rodeaba la muñeca de Charlie—. Maulbrak lleva engañando a la gente para que confíe en él desde mucho antes de que tú nacieras. —Hubo un destello de luz dorada, y el eslabón de la cadena se desintegró—. Nos puede pasar a todos.

Comenzó a tratar de liberar la otra mano de Charlie. El hombre lo miró con los ojos marrones llorosos.

—Voy a morir.

Phoenix asintió, rígido, y apartó las cadenas.

—¿Quieres que te quite la máscara? —preguntó, y Phoenix se la desabrochó en silencio y la apartó a un lado. Charlie abrió la boca para hablar, pero no emitió ningún sonido. En su lugar se derrumbó contra el hombro de Phoenix, y Phoenix se tensó mientras la sangre se derramaba sobre él y le empapaba la ropa.

—Se ha ido —susurró Jess.

Phoenix cerró los ojos, aguantando el peso del hombre muerto.

—¿Wolfe? —dijo débilmente—. ¿Me ayudas?

Simon dio un paso hacia delante y recostó a Charlie de nuevo en el sillón mientras Phoenix se apartaba de la perturbadora escena, arrastrando el báculo por el suelo tras él. Jess lo siguió mientras Simon pasaba una mano sobre el rostro del fallecido, cerrándole los párpados.

Si algo le había enseñado el ser un Wolfe, era la importancia de respetar a los muertos.

—Que la Luz te dé su calor —murmuró, y le dio la espalda. Phoenix estaba de pie junto a la mesa, observando la sangre que cubría sus ropas mientras el báculo yacía abandonado a sus pies.

—Phoenix. —Jess estiró un brazo hacia él, pero Phoenix se encogió, trastabillando hacia

atrás hasta chocar contra la pared. Dio una palmada, lleno de pánico, y la energía de la habitación se hinchó como un mar embravecido.

—No —dijo Simon, pero demasiado tarde.

Phoenix lanzó al aire la piedra del vacío, y extendió las manos ante sí.

—¡*Phoenix*! —le advirtió Simon, y Phoenix logró redirigir la energía justo a tiempo. El haz de luz dorada abrió un boquete hasta la planta abandonada que tenían debajo. Simon hizo un gesto con la mano para lanzar su barrera más fuerte: la misma cúpula de energía roja ardiente que había visto a Gloria usar para contener a un Phoenix mucho más joven.

—Tranquilo, pequeñín —dijo Jess, acercándose más al escudo—. Estás entre amigos.

Phoenix los observó indefenso, con la piedra zumbando sobre él. Agachó la cabeza.

—Lo siento.

La gema se hundió en su mano y desapareció.

Simon suspiró, aliviado, y cerró el puño. El escudo desapareció con un siseo, como un mal sueño.

—Salgamos de aquí.

Phoenix recogió su báculo del suelo y se dirigió hacia las escaleras sin mirar a nadie.

Simon miró esperanzado a Jess, pero ella no parecía muy segura sobre qué decir; y, antes de que a Simon pudiera ocurrírsele nada para animarla, cayó hacia delante y se derrumbó en brazos de ella, habiendo alcanzado al fin su límite.



Hacia el vacío

Aquella fría y sombría tarde Simon se abrió paso por los Bosques de la Marisma, persiguiendo los rumores sobre un túnel oculto, cuando por poco se choca con el niño capaz de dominar el vacío que hacía solo tres semanas que se había encontrado por primera vez. El dúo se quedó paralizado en un claro enfangado entre los escasos árboles, observándose como dos gatos que se encuentran por primera vez. Simon arqueó las cejas, impresionado al ver la diferencia tras unas pocas semanas. El chico estaba delgado, tenía las rodillas raspadas y los ojos nublados, y en su maraña de pelo rojo había ramitas enredadas. Su energía era tan débil que Simon apenas podía sentirla.

—Hola. —Simon agitó la mano.

El niño le devolvió la mirada a duras penas.

—Eres el tipo del hermano muerto.

Simon se encogió.

—Simon. Y mi hermano no está muerto.

—Vale. —El niño se dio la vuelta, chapoteando con los pies desnudos por la densa capa de hojas caídas y barro.

—La gente de por aquí dice que se abrió un túnel por esta zona —dijo Simon—. No te sonará por un casual, ¿no?

—Fue un accidente —murmuró el niño. Se resbaló, y cayó de bruces sobre el lodo. Simon

quiso ayudar, pero el chico se apartó bruscamente y alzó las palmas en señal de advertencia.

—De acuerdo, vamos a calmarnos —dijo Simon, dando un paso atrás mientras el niño se ponía en pie como podía—. ¿Estás bien? —añadió, viendo cómo el chico se recostaba contra un árbol.

—Fantásticamente. —El niño se limpió barro de la cara con la ajada camisa, y luego se sorbió la nariz mientras se miraba los pies—. El Festival terminó ayer.

—¿Qué festival?

—Claro que no lo sabes —musitó el niño.

Comenzó a caer una fina llovizna, y Simon miró a su alrededor en el claro.

—Bueno, si quieres pasar la noche a cubierto, yo estaba a punto de levantar el campamento.

El chico se rascó el brazo en silencio durante un momento. Luego se giró y trepó por el árbol, enroscándose en torno a una de las ramas más altas como si fuera una culebra.

—Como quieras.

Simon se ocupó de levantar una lona entre los árboles, y luego puso sobre el suelo húmedo de debajo una segunda lona.

—¿Tienes hambre? —preguntó, asomando la cabeza bajo la lluvia para echarle un ojo al niño, que miraba anhelante la hogaza de pan que le ofrecía Simon—. Voy a dejar esto aquí.

Simon partió por la mitad la hogaza, y la dejó al borde de la lona. En menos de un minuto el niño salvaje se había bajado del árbol, había corrido a ponerse a cubierto, había robado el pan, y se había arrastrado a la esquina más alejada de donde estaba Simon sentado bajo la lona para meterse comida en la boca con famélico entusiasmo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Hace tres días —respondió el niño, con la boca llena—. ¿O quizá cuatro? No lo sé. Estaba ocupado. —Se limpió la boca con la manga, y se tumbó de espaldas con una sonrisa satisfecha—. Nunca he oído que nadie haya salido de un túnel en Yonder —dijo al final—. Al menos, no con vida. Pero te puedo enseñar todos los túneles que conozco. Muchos los creé yo, de todas formas. Podemos preguntarle a la gente si ha visto a tu hermano. Seremos como detectives ambulantes, embarcados en una arriesgada misión. Podemos resolver crímenes, luchar contra los malos, y todo eso.

Simon se rió.

—Me alegra ver que has cambiado de opinión sobre lo de ayudar a la gente.

—No me culpes a mí si nos metemos en líos —dijo el niño, sentándose de golpe—. Soy peligroso. Y el vacío nunca hace nada bueno.

—No pareces *tan* peligroso —dijo Simon, y el niño sonrió sin ganas antes de darse la vuelta, llevándose las rodillas al pecho para observar la lluvia—. No eres un hechicero, ¿verdad?

—Nope.

—Controlas la energía del vacío mejor que nadie que conozca —recalcó Simon—. Quizá seas una Penumbra.

—Ojalá fuera una Penumbra —murmuró el niño—. Entonces sería más fuerte.

—¿Entonces qué eres? —le preguntó Simon.

—¿Acaso importa? —dijo el niño?

Simon frunció el ceño mientras sopesaba la pregunta.

—No sé —confesó al final—. Quizá.

Hizo un par de intentos más por conocer a aquel bicho raro desaliñado, pero el niño le seguía cambiando de tema hasta que, al final, Simon se rindió y desenrolló un par de alfombras para dormir. Para cuando se hubo puesto cómodo, el niño todavía no había cambiado de posición bajo

la lona. Tamborileaba con los dedos sobre las rodillas.

—Te puedes relajar —indicó Simon—, que no te voy a apuñalar mientras duermes ni nada parecido.

El niño sacudió la cabeza.

—Todavía no es hora de que me vaya.

—¿Irte? —Simon soltó una risita—. ¿Adónde? ¿A dormir?

—No soy capaz de dormir.

Simon frunció el ceño, sorprendido por la preocupación que sentía.

—¿Tienes miedo?

El chico se abrazó con más fuerza las rodillas.

—No.

Simon notó un pinchazo de pena en el corazón. Su hermano había sido igual. Un mentiroso empedernido y chulesco para quien la verdad era demasiado aterradora para admitirla.

Pero Simon era paciente. Sabía cómo derruir muros invisibles.

—Bueno... Despiértame si necesitas algo. —Se dio la vuelta—. Buenas noches, Rojo.

—Phoenix —murmuró el niño—. Pero Rojo también vale. Supongo.

*

Simon se despertó con los músculos doloridos en una cama desconocida, mientras la luz del sol entraba por las amplias ventanas cubiertas de escarcha frente a él y acariciaban el largo pelaje revuelto del gato que tenía acurrucado en el pecho.

—Bienvenido al mundo de los vivos —ronroneó en su cabeza una voz.

Parpadeó, reconociendo al fin el desaliñado pelaje y los astutos ojos amarillos que le devolvían la mirada.

—Habla con Phoenix —añadió Fay—. Apenas ha dicho dos palabras desde que llegasteis, y me está poniendo nerviosa.

Simon paseó la mirada por la habitación abarrotada, y sus ojos se desviaron de inmediato a la cama junto él sobre la que dormía Jess encima de las sábanas, respirando tranquilamente, con los brazos y las piernas colgando de los bordes del colchón.

Se tomó un momento para admirar la melena de pelo castaño que le caía por la cara y luego se incorporó, mirando por encima de Fey a Phoenix. Estaba sentado en una cómoda butaca para leer junto a la ventana, vestido con ropa limpia y encorvado hacia delante con los codos sobre las rodillas. Miraba sin ver al suelo, con ojeras, demasiado absorto en sus pensamientos para darse cuenta siquiera de que Simon se había movido.

Simon se aclaró la garganta.

—Buenos días.

Phoenix levantó la mirada, sorprendido, y sonrió.

—Buenas tardes.

—¿Dónde estamos? —preguntó Simon, colgando las piernas al borde de la cama y plantando los pies sobre los tablones de madera del suelo, que crujieron. Aunque, a juzgar por el desastroso caos de libros, cacharros dorados y plantas de interior, estaba bastante seguro de saber dónde estaba.

—En el Distrito de los Magos —dijo Phoenix—, en territorio Oso. Esta es la segunda residencia de Gloria y Jack. Quedaba más cerca que el Gremio. —Phoenix señaló en dirección al pie de la cama—. Jack te ha dejado algo de ropa.

Simon levantó una enorme camisa azul devorada por las polillas que tenía lazos naranjas, mangas abultadas y unos horribles bordados de encaje dorados.

—Su abuelo fue luchador profesional —dijo Phoenix—, y llevaba eso a todos sus eventos formales. Me temo que, con las prisas, nos olvidamos tu ropa en la Casa.

—¿Quién me trajo aquí? —preguntó Simon, poniéndose por la cabeza aquella prenda tan chabacana—. ¿Fue Jess, o fuiste tú?

—Qué gracioso eres cuando quieres. —Phoenix apoyó la barbilla en la mano, observando con pereza cómo Simon tiraba del estropeado encaje dorado—. ¿Cómo te encuentras?

Simon hizo una pausa, dirigiendo la mirada hacia Phoenix e intentando procesar el hecho de que su amigo más fiel era una Sombra.

No parecía un monstruo. De hecho, Phoenix solo tenía aspecto de necesitar una siesta y una ducha: su pelo era un caos de enredos, y el báculo yacía sobre su regazo como si fuera el bastón de un anciano cansado. Así que se encogió de hombros.

—Probablemente mejor que tú. Parece que llevas quince años sin dormir.

Phoenix respondió a aquel chiste con los ojos en blanco que se merecía, y luego se levantó de la silla, asegurando el báculo bajo su brazo.

—Es cierto que llevo aquí más tiempo de lo que suelo pasar en mis cuerpos —dijo, acercándose a la bandeja de té plateada que había sobre una cómoda desvencijada junto a la puerta—. El báculo actúa como una piedra de vacío. Si lo mantengo lo suficientemente cerca de mí, evita que salte entre mundos. Es mi propia anclita. Súper conveniente. ¿Quieres té?

—No —dijo Simon, observando a Phoenix con cautela.

Phoenix asintió, adormilado, mientras se ponía una taza con la vieja tetera.

—Como quieras. ¿Faydelia?

Fay se transformó, quedando de pie desnuda en el centro de la habitación antes de coger una manta de la cama de Simon y cubrirse con ella con la elegancia de muchos años de costumbre.

—Por favor.

Phoenix le pasó una taza y ella se sentó en el suelo, apoyándose contra la cama sobre la que dormía Jess.

—Me gusta tu novia —dijo, con una sonrisa—. Aunque es demasiado buena para un Wolfe.

—Una verdad como un puño —se mostró de acuerdo Simon, antes de girarse hacia Phoenix de nuevo—. Rojo, tenemos que hablar de lo de anoche.

—¿A qué parte infernal de la tarde te refieres? —preguntó Phoenix, reclinándose de nuevo en la butaca de lectura junto a la ventana.

—¿Cuánto oíste? —preguntó Simon.

—Todo —respondió Phoenix, mirando sombríamente al techo.

—¿Nos seguiste?

Phoenix sacudió la cabeza y metió la mano en el bolsillo de su abrigo, que colgaba de una de las orejas de la butaca, recién lavado y aireándose al sol. Sacó una tarjetita de negocios manchada de sangre; la misma que Maulbrak le había dado tras su enfrentamiento en Bloodwood. Simon suspiró.

—¿Sabías que Maulbrak estaba de okupa en la Casa de los Wolfe?

—Sabía que era peligroso, y no merecía nuestro tiempo —dijo Phoenix, volviendo a meter la tarjeta en el bolsillo. Luego sonrió, y envolvió con las manos la humeante taza de té—. Pero por ahora creo que nuestra mayor preocupación es que uno de los hechiceros más poderosos de Yonder se ha aliado con una Sombra.

—Ya... —Simon se frotó la barba—. ¿Qué demonios planea Maulbrak?

Phoenix arqueó una ceja.

—Hablaba de *ti*, no del baboso del viejo.

Fay se giró hacia Simon, con los ojos entrecerrados.

—¿Andas retozando con Sombras?

Simon meneó la mano en su dirección.

—Créeme, llegaremos a eso en un segundo.

Phoenix sopló delicadamente sobre su té.

—¿Qué le ocurrirá a Silas? —preguntó Simon. Phoenix se encogió de hombros.

—Probablemente, que Maulbrak encontrará otro ser humano enfermo al que pueda poseer —dijo, acariciando con el dedo el borde de la taza—. Lo cual quiere decir que puse fin a las miserias de una persona antes de lo necesario, y prolongué el sufrimiento de otra. Lo añadiré a la lista de cosas de las que estoy orgulloso. Más o menos entre la vez que aplasté sin querer a un pavo real, y la vez que masacré a la mitad de una ciudad. —Phoenix le dio un sorbo a su té—. Aunque sigo sin estar seguro sobre lo del pavo. Igual sobrevivió. ¿Si fuera así, me haría no ser un monstruo? No sé por qué, pero lo dudo.

Apoyó la cabeza contra la ventana, y permanecieron sentados en un denso silencio un rato, escuchando la suave respiración de Jess y el tic-tac de un reloj ornamentado que colgaba sobre la puerta.

—Creo que es muy probable que Charlie viera lo que hiciste como un gesto de amabilidad —dijo Simon, y Phoenix hizo una mueca al oír el nombre del fallecido—. Iba a morir de todas formas, intervinieras o no. Mejor que fuera a manos de alguien como tú..., que entiende lo que es que te arrebaten la dignidad y la libertad..., que a manos de sus secuestradores, o marchitándose lentamente con esa máquina.

Phoenix no apartó la mirada de su taza de té.

—No es vida —murmuró al final—. Existir así... Si fuese yo quien... —Phoenix tragó saliva y luego sacudió la cabeza, dejando su taza sobre el alféizar de la ventana junto a él—. ¿Y quién era yo para decidir? —preguntó—. Ni siquiera soy humano.

Fay frunció el ceño.

—¿Desde cuándo te preocupa tener algo de Sombra en la sangre?

—Eso es lo interesante, Faydelia —dijo Phoenix, con entusiasmo forzado—. Es considerablemente más que un “algo”. Soy..., lo creas o no..., una tormenta cautiva de energía pura y consciente. Una criatura rota y retorcida, nacida de las profundidades del vacío. Un pelotazo que se pasea por ahí en un cuerpo robado.

Fay lo miró fijamente.

—¿Eres una Sombra?

—¡Sorpresa! —Phoenix le sonrió y luego volvió a inclinarse hacia delante, enterrando el rostro en las manos.

—¿Una Sombra pura? —preguntó Fay, alarmada.

—Ajá.

—Pero... ¿Cómo?

Phoenix no respondió, demasiado ocupado masajeándose las cejas con los dedos.

—¿Lo sabías? —preguntó Simon.

—No exactamente —murmuró Phoenix.

—¿No exactamente?

Phoenix se envaró de nuevo sobre la silla.

—Sabía que me estaba debilitando. Solo..., solo que no quería pensar en el motivo.

Simon frunció el ceño.

—¿Cuánto sabías?

Phoenix clavó la mirada en el báculo que yacía en su regazo, tamborileando sobre él con los dedos como si estuviera cubierto de teclas de piano invisibles.

—Siempre sospeché que una parte de mí tenía más de Sombra de lo que era normal para una Penumbra —dijo, añadiendo distraído acordes silenciosos con la mano izquierda—. Definitivamente mucho más de lo que debería haber en una medio Penumbra. Aunque, para ser sincero, la idea de que podría ser una madre asesina y amnésica vinculada a la sangre de un niño humano muerto no se me pasó nunca por la cabeza. —La música imaginaria se volvió más rápida y elaborada, hasta que al final Phoenix estampó ambas manos en un dramático *finale* y suspiró—. Muy poco avisado por mi parte, la verdad. El hecho de que soy una Sombra tiene todo el sentido.

Clavó a sus pies la punta del báculo, y luego cerró los ojos y apoyó la frente contra la parte superior.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió Simon.

Phoenix frunció el ceño, mirando al suelo.

—No creo que Maulbrak o mi abuela se lo dijeran a nadie en todo Yonder —dijo—. O mucha más gente me habría perseguido. Era un recurso demasiado valioso que querían quedarse para ellos.

Simon dudó un momento.

—¿Y Flamegate?

Tensándose, Phoenix apretó con más fuerza el báculo.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Saben que eres una Sombra?

—Supongo. Han hecho experimentos más que de sobra. —Phoenix recuperó su té del alféizar, y luego se apoyó en el báculo para ponerse de pie—. Y, tras el fiasco del Festival de la Luz del año pasado, Astros habló conmigo en privado.

—¿Astros? —le cortó Simon, mientras Phoenix se acercaba de nuevo a la vieja cómoda. Éste asintió.

—El Hermano Astros. De hecho, has conocido a su hija.

Simon arrugó la nariz.

—¿La comandante de la máquina voladora esa?

—Esa mismita —afirmó Phoenix, dejando el báculo junto a la bandeja de té—. Astros explicó que a mi cuerpo le estaba costando contenerme. Dijo que no respondía tan bien como antes a procedimientos rutinarios, como todo el condenado asunto del festival. —Phoenix se terminó la bebida, y miró la tetera—. Y que Flamegate apenas pudo traerme de vuelta cuando morí.

El reloj dio tres campanadas mientras Phoenix se servía otro té.

—Un tipo decente, Astros. Que, evidentemente, se mezcló con la gente equivocada. Pero es sincero. Tendré que preguntarle exactamente qué sabe de mí Flamegate cuando vuelva por allí.

—Una pregunta. —Fay levantó la mano—. ¿De verdad tienes que volver a ese sitio?

Phoenix se apoyó contra la cómoda, y le sonrió tras su taza de té.

—Sí. Pero una vez empiece el festival, Flamegate deseará que yo no hubiera vuelto jamás.

Le dio un sorbo al té, pero le temblaba la mano. Así que dejó su taza, y luego cogió de nuevo el báculo, dando toquécitos al suelo de forma distraída.

—¿Cambia esto en algo las cosas? —preguntó con suavidad.

Simon y Fay intercambiaron una mirada.

—¿Que seas una Sombra? —preguntó Simon.

Phoenix no miró a nadie, y continuó dándole golpecitos al suelo con el báculo.

—Sigo siendo yo, ¿verdad?

—Pequeñín. —Jess se incorporó, y miró a Phoenix con los ojos entrecerrados—. ¿De verdad crees que te abandonaríamos por algo así?

Phoenix no dijo nada. Simon sonrió a Jess, y ella le guiñó el ojo antes de continuar hablando.

—¿Crees que tiraríamos a la basura años de amistad porque por fin sabemos cuál es la verdadera naturaleza de tu sangre? —Jess sacudió la cabeza—. Pues claro que sigues siendo tú.

—Esto... —Phoenix hizo un gesto, abarcando su cuerpo—. Esto es una mentira. Estas cicatrices y pecas. Este estúpido pelo. Nada de esto debería ser mío.

—Nuestros cuerpos no nos definen —dijo Jess, levantándose de la cama—. Eres mucho más que la cáscara que te contiene. —Se acercó a Phoenix y se detuvo delante de él, como un oso. Su pelo rozaba el techo—. Soy la gigante más pequeña de cualquiera de las tribus. Me tenían lástima por ser débil. Me evitaban por ser diferente. Tengo en la cara una marca de nacimiento con la forma de un pájaro muerto.

—Brote del tesoro —murmuró Simon desde la cama.

—Lo que quiero decir —dijo Jess, alzándole con ternura a Phoenix el rostro—, es que no soy solo lo que la gente puede ver.

Phoenix le sonrió.

—Jesinta... Tú eres la personificación del amor, la bondad y la fuerza. —Se posó una mano sobre el corazón—. Pero a mí arráncame esto, y te queda una criatura malvada y despreciable como Silas.

—No —dijo Fay.

Phoenix parpadeó.

—Te conozco desde que eras un crío —dijo Fay, levantándose con elegancia para dejar su taza sobre la bandeja—. Sí, eras un rarito, pero no había ninguna maldad en ti. —Se cruzó de brazos, y miró a Phoenix con calma—. Eras amable. Te preocupabas por cómo trataba la gente a las Sombras. Nos querías a Jack, a Gloria y a mí... —Fay se encogió de hombros—. Solo querías ayudar a la gente, y hacer reír a todo el mundo. Y yo pensaba, hasta el día en que Bloodwood te rompió, que eras la persona más humana de todo el pueblo.

Phoenix la miró.

—Sombra pura o no... —agregó Fay, regresando a la cama que Jess había dejado vacía para sentarse sobre el colchón—, sigues creyendo que puedes restaurar el equilibrio del vacío, ¿no?

Phoenix asintió.

—Y no se te va a ir la pinza, y te vas a poner a asesinar a cientos de inocentes otra vez, ¿verdad?

Phoenix miró a Simon.

—Me mataríais antes de que pudiera hacerlo.

—Um —dijo Simon, pensando en lo terrible que había sido la idea la última vez que intentó matar a Phoenix.

—Si pensaras que voy a poner en peligro a alguien —lo presionó Phoenix—, me detendrías. ¿Verdad? Me clavarías una lanza de Sombras en el corazón. Me cortarías la cabeza. Harías lo que fuera necesario.

—¿No puedes limitarte a prometernos que no nos pondrás en esa situación? —se quejó Simon.

—Dado mi historial... —Phoenix se revolvió, incómodo—. Yo... ¿Por favor?

Simon suspiró.

—Eres una tremenda responsabilidad, Rojo.

Phoenix asintió, aparentemente satisfecho con aquella promesa no dicha.

Luego sonrió y estampó el báculo contra el suelo, creando un destello de luz cegadora que invadió la habitación.

—¡Bueno! —dijo—. Todo esto es algo sombrío, y la vida es demasiado corta para pasársela llorando por el hecho de que soy un engendro aterrador y ladrón de cuerpos que viene del espacio exterior. Tenemos una fiesta que organizar. —Señaló a Fay con el báculo—. Faydelia. Confío en que te unirás a nosotros esta tarde, con mis dos Osos favoritos.

—El Alto Jefe ordenó a Gloria y Jack acudir a un concilio de guerra esta noche.

—Pues claro que sí. —Phoenix dejó caer los hombros—. ¿Y tú?

Fay se encogió de hombros.

—Dije que iría a tu fiesta, ¿o no?

Phoenix sonrió, y cogió su abrigo de la butaca de lectura para ponérselo por encima.

—Nos vemos allí.

—Espera que le sigamos —dijo Jess después de que Phoenix saliera por la puerta, bajando a saltos las escaleras al final del rellano.

Simon se giró hacia Fay.

—Dales las gracias de mi parte a los fabricantes de guardas, por favor. ¿Dónde están?

—Palacio los ha convocado —replicó Fay—. Tienen que comprobar los escudos después de que anoche una perturbación hiciera saltar todas las alarmas.

Simon se rió sin humor.

—Creo que pueden agradecérselo a Phoenix.

—Sí... —Fay se enroscó una de las rastas alrededor del dedo—. Me he dado cuenta de que ha conseguido un báculo de hechicero.

—No estamos seguros todavía de si nos arrepentimos de dárselo —dijo Jess con una sonrisa tirante.

—¿Qué podría salir mal? —dijo Jess. Luego les acompañó hasta la calle, donde Phoenix ya estaba a punto de desaparecer tras una esquina.

Simon y Jess se despidieron de Fay, que iba a hacer unos recados, y acompañaron a un Phoenix ferozmente parlanchín de vuelta al Gremio. Habló durante todo el trayecto, dejando pocas pausas para que nadie interviniera en su cháchara.

—Y entonces —dijo, abriendo las puertas para entrar en el recibidor—, fue cuando comprendí que nunca deberías enseñar a saltar a un escorpión ígneo.

Cuando entraron, Nigel levantó la mirada del escritorio, sobre el que estaba brillando un par de botas de cuero oscuras.

—Nigel. —Simon lo saludó con un asentimiento de cabeza.

—Phoenix —dijo Nigel, ignorando por completo a Simon—. El Alto Jefe ha respondido a tu invitación.

—Oh, fabuloso —dijo Phoenix, inclinándose con entusiasmo sobre el escritorio—. ¿Ha aceptado mis términos?

Nigel hizo una mueca.

—Técnicamente sí, pero... Phoenix... No puedes fiarte de él. Esos pósteres de “Se busca”...

—Shhh. —Phoenix le dio a Nigel palmaditas en la cabeza, como si el recepcionista fuera un perrito ansioso—. Tú solo disfruta de la fiesta. Ya me ocupo yo del Alto Jefe.

Simon y Jess intercambiaron una mirada llena de dudas.

—¿Cómo? —preguntó Nigel, apartándose del toque de Phoenix.

—Pase lo que pase —dijo Phoenix—, os prometí una noche de entretenimiento sin rival. —Tamborileó con las manos sobre el escritorio, y luego se giró para sonreír a Simon y Jess—. Si jugamos bien nuestras cartas, este evento pasará a la historia de Yonder. Saquémosle el máximo partido.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Jess.

—Porque... —Phoenix bajó la mirada, y su voz de pronto sonó apesadumbrada—, porque todo está a punto de cambiar.

—Bueno —dijo Nigel, volviendo a concentrarse en abrillantar sus botas—. Las Sombras se están amotinando y matando como nunca antes, la guerra es inminente y el Alto Jefe sigue, evidentemente, planeando tu arresto. Pero siempre y cuando haya una fiesta...

La sonrisa de Phoenix regresó a la velocidad del rayo.

—Esa es la actitud.

—Ya llegó el pedido —añadió Nigel enfurruñado—. Lo dejé en el comedor.

Pronto se encontraron en medio de una marea de miembros del Gremio con muchas preguntas, de pie ante docenas de cajas llenas hasta los topes con curiosidades variadas que incluían banderines, tela y plantas.

—¿Y todo esto quién lo ha pagado? —preguntó Simon.

—Eso es del todo irrelevante —dijo Phoenix, sacando un cubo de pintura de la caja más cercana para pasárselo a Jess—. Si vamos a celebrar la fiesta más memorable de la historia de Yonder, tenemos que hacerlo bien.

Una cabeza cubierta de pelo encrespado se abrió paso entre la multitud de observadores antes de que Piper, de un salto, le clavara un dedo en la espalda a Phoenix.

—¡Piper! —dijo Phoenix, girando a la niña para que mirase a Jess—. Perfecto. Puedes ponerte de pie a hombros de Jesinta para ayudar a decorar las paredes.

Durante las siguientes horas, Phoenix se paseó por allí preparando el enorme comedor y delegando tareas en todos los miembros del Gremio.

—Todo esto me parece algo excesivo —dijo Jess más tarde, ayudando a Simon y Phoenix a fijar una enorme pancarta sobre el escenario que habían montado en el recibidor.

—Créeme —dijo Phoenix, balanceándose sobre una escalera al otro lado del escenario—, es importante. Simon, ¿qué tal aspecto tiene?

Simon se apartó del escenario y contempló la pancarta. Decía *Jess y los Gigantes*, y el lado izquierdo estaba demasiado bajo. Se encogió de hombros.

—Súbela más en tu lado.

Phoenix se subió a lo más alto de la escalera, con el báculo bajo el brazo mientras ajustaba las cuerdas que mantenían la pancarta en su sitio.

—Ha muerto más gente.

La voz sonó apática y monótona dentro de la mente de Simon. Se quedó paralizado, intercambiando una mirada de preocupación con Phoenix y Jess. Al final, frunció el ceño.

—¿Gulliver?

—¿Y quién si no, lumbrera? —dijo Gulliver—. Solo te informo de cómo están yendo las cosas aquí fuera, más allá de la seguridad de vuestra murallita.

—¿Que ha muerto gente? —preguntó Jess. Su voz resonó con tanta claridad como la de Gulliver en la mente de Simon—. ¿Qué gente?

—En su mayoría, cretinos —respondió Gulliver—. Gente demasiado estúpida para obedecer la orden de evacuación y marcharse a la ciudad, además de cientos de soldados del Alto Jefe. Las Sombras han emboscado los pueblos del este, y lo han destruido todo de la misma forma en que

destruyeron Bloodwood.

—¿Lo viste? —preguntó Simon, sorprendido al saber que Gulliver podría haberse alejado tanto de Karvil.

—No por mí mismo —dijo Gulliver—. La gente ha estado huyendo a la ciudad, y yo he estado hablando con supervivientes. Dicen que las Sombras se están desplegando hacia el norte y el oeste para invadir las ciudades más próximas.

—Están rodeando la ciudad —dijo Phoenix, atando un último nudo para asegurar la pancarta—. Esperando a que expire el escudo.

—En efecto —dijo Gulliver, sombrío—. Karvil está bajo asedio.

—Bueno —dijo Phoenix—, es un consuelo que todo esté saliendo como esperábamos. Aunque me preocupa que...

Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, se quedó sin decir, porque en aquel momento se le resbaló el báculo de debajo del brazo para salir rodando por el escenario, llevándose consigo su capacidad de anclaje dimensional.

—Mierda. —Phoenix cerró los ojos, logrando de alguna manera acurrucarse sobre la escalera sin caerse rodando.

—Parece haber perdido contacto —dijo Gulliver, mientras Jess corría por el escenario para coger a Phoenix antes de que cayese.

Para cuando Jess dejó a Phoenix en el suelo, Simon ya se había decidido.

—Voy a ir tras él.

Jess cerró los ojos.

—¿Cómo? —preguntó Gulliver.

—Conozco mejor que nadie la energía de Phoenix —dijo Simon, reuniéndose con Jess junto a Phoenix—. Es muy característica. Deja rastro. Y ahora por fin tengo el poder necesario para seguir ese rastro a través del vacío.

—¿De verdad crees que es así de simple? —se mofó Gulliver.

—Ayer lo encontré usando su huella energética —respondió Simon, con un encogimiento de hombros que Gulliver no podía ver—. Seguir este rastro es lo mismo.

—No es *para nada* lo mismo —le contradijo Gulliver—. ¿Y si te pierdes en el vacío? ¿Te ves arrastrado en la dirección equivocada, y escupido por ahí con toda tu magia hecha puré, de forma que no puedas volver? Entonces me quedo *yo* solo con el rarito charlatán y una giganta de luto.

—No tengo tiempo para discutir con un caballo —dijo Simon—. El rastro se desvanece. Me pondré en contacto cuando vuelva.

—Si es que vuelves —gruñó Gulliver—. Se me escapa el motivo por el que malgasto mi vida vigilándoos a ti y a ese idiota.

Su marcha dejó un extraño vacío dentro de la mente de Simon.

—Vuelve de una pieza —le advirtió Jess, todavía arrodillada sobre el escenario, con la cabeza de Phoenix en su regazo.

Simon sonrió.

—Nos veremos pronto —prometió—. No te preocupes. Puedo hacerlo.

Le besó la marca de nacimiento y luego dio un paso atrás, concentrándose en el núcleo ardiente de la energía de Phoenix que temblaba al final del rastro parpadeante. Era una guía a través de lo desconocido. Un punto de navegación estable en medio de un mar revuelto de oscuridad.

—Hora de expandir mis horizontes —dijo, ofreciéndole a Jess otra sonrisa.

Después cerró los ojos, y dio un paso hacia el vacío.



Epílogo

Alice estaba de pie sola en una habitación espaciosa y lujosamente amueblada en la cima de la Torre de Flamegate. Por los altavoces que colgaban del techo sonaba una suave melodía de piano mientras ella continuaba junto al enorme ventanal, tomando sorbos de champán y observando la ciudad a sus pies. Una espantosa cicatriz se extendía desde su ojo hasta su barbilla, constituyendo una brusca interrupción de los suaves contornos de su rostro.

No le molestaba. Una cicatriz era un precio insignificante a pagar por todo lo que había conseguido.

Una suave llamada a la puerta captó su atención antes de que entrase en la habitación una niña pequeña, vestida con la misma túnica roja vaporosa que Alice.

—La están esperando en la sala de juntas, Hermana —dijo la niña.

—Que esperen —dijo Alice, volviendo a observar la ciudad.

La recién llegada dudó antes de unirse a Alice junto a la ventana.

—¿Es cierto? —preguntó la niña—. ¿Hoy es el día que se supone que regresará?

Alice le dio un sorbo a su champán, y no dijo nada.

—Si es cierto, volverán a ascenderte —dijo la niña. Después, tras una breve pausa, añadió—. Por supuesto, si en cambio resulta que has estado mintiendo y Cinco no vuelve hoy... Bueno... Probablemente la Orden te mande matar.

Alice sonrió.

—Cinco regresará.

—Sin él el Festival no tendría ninguna gracia —dijo la niña.

Alice soltó una risita, y envolvió con un brazo a la niña en un abrazo.

—No tienes por qué preocuparte, Hermana. Lo que queda del poder de Cinco nos pertenece. Nos hará más fuertes que nunca. —Empujó a la niña hacia la salida—. Ahora corre a decirle a todo el mundo que estoy de camino.

—¿Crees que Cinco lo sospechó en algún momento? —preguntó la niña antes de llegar hasta la puerta.

Alice ladeó la cabeza con serenidad mientras sostenía su copa de champán.

—¿Sospechar el qué?

—Que le has debido lealtad a la Orden de la Noche todo este tiempo.

Alice cruzó la habitación, y abrió la puerta con calma.

—Lo que crea Cinco es problema suyo, no mío.

La niña captó la indirecta, hizo una reverencia rígida, y se apresuró pasillo abajo.

Alice regresó junto a su ventana. Desde allí, los guardias que patrullaban el enorme edificio de ladrillo que hacía las veces de cuartel general de Flamegate no parecían más que puntitos informes, moviéndose con intenciones amenazantes de un punto de vigía al siguiente. Incluso la imponente muralla que separaba a la élite del Anillo Superior de la población maltratada al otro lado parecía pequeña e insignificante, como si fuera un decorado en miniatura para un mundo lleno de títeres ignorantes de su condición.

Y ella, Alice, que gobernaba sobre todo y todos, tenía todas las cuerdas en las manos.

Por Favor

Gracias por leer *Flamegate*. Ha sido muy emocionante ver a mis personajes hablando en español. Gracias, Gee, por traducir este libro y por preocuparte tanto por la historia. (Espero que esta página en particular sea legible. La traduje yo mismo usando mis habilidades limitadas en español y el internet.)

Por ahora, me temo que solo puedes leer la duología completa en inglés, pero espero poder tener el último libro traducido en el futuro. Si disfrutaste esta historia, por favor considera dejar una reseña o una calificación en Amazon o Goodreads. Es de gran ayuda para dar a conocer los libros independientes a más lectores.

¡Muchas gracias!

Puedes encontrarme en las redes sociales como
@katemacwriting

<https://www.instagram.com/katemacwriting/>

Website: <https://katemacwriting.com>